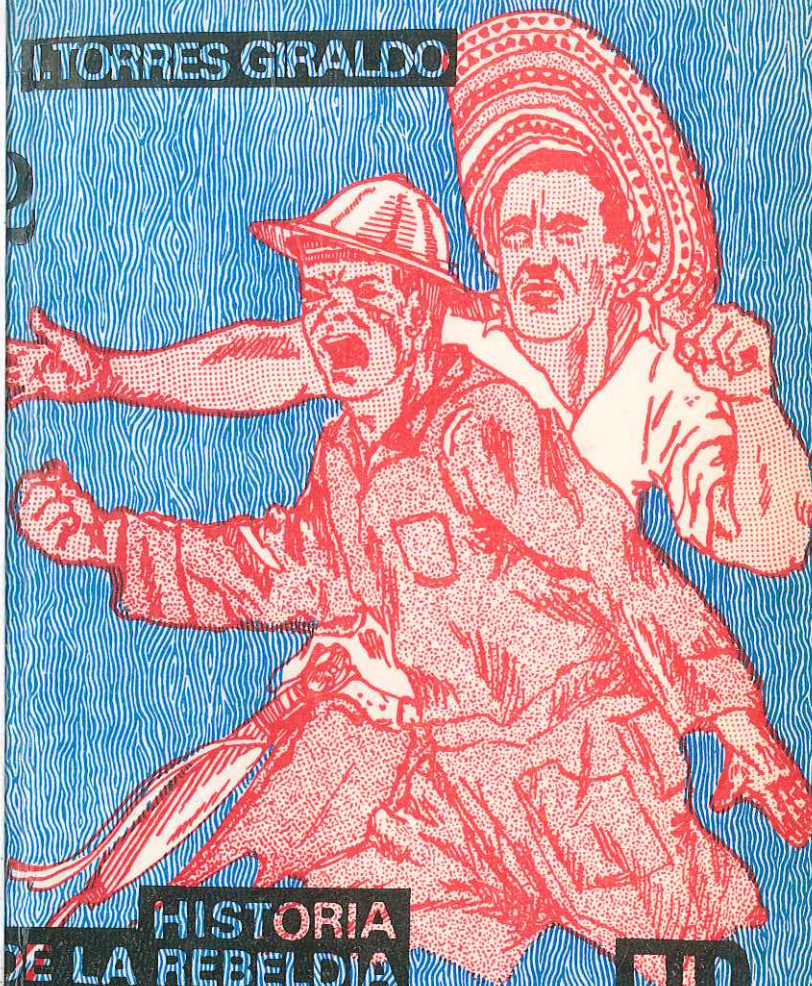


los inconformes

VICTOR TORRES GIRALDO



HISTORIA
DE LA REBELDIA
DE LAS MASAS
Y EN COLOMBIA

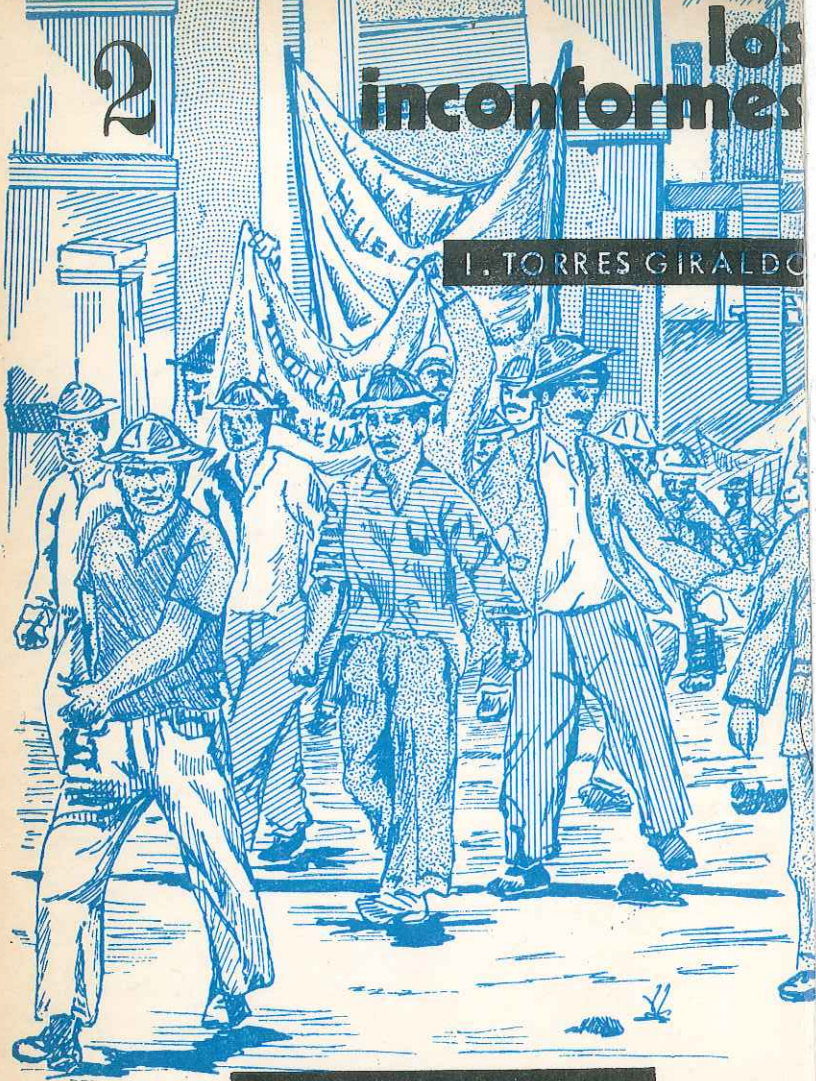


ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

2

los inconformes

I. TORRES GIRALDO



Editorial Margen Izquierdo

Apartado Nacional 6980

Bogotá, Colombia

ESTRELLA.ROJO@gmail.com

Colección Pensamiento | 3

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Prensas Editoriales UNINCCA 1061-IV-73-3.000

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

Ignacio
Torres Giraldo

los
inconformes

Historia de la Rebelión de
las Masas en Colombia

2



editorial Margen Izquierdo

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

A. M. K.

**LAS GUERRAS CIVILES EN COLOMBIA COMO
LUCHAS DE MASA POR EL PREDOMINIO DE
LAS IDEAS DEMOCRATICO-LIBERALES**

Contiene el presente volumen:

El rumbo de los libertadores. Origen y naturaleza de los partidos tradicionales de Colombia. La libertad de los esclavos. Guerras y caudillos. La regeneración como regreso al régimen de la Colonia.

PRIMERA EDICION: ABRIL DE 1973

Diseño de carátula:
CESAR MONTENEGRO

Todos los derechos reservados conforme a la ley por:

Editorial Margen Izquierdo

Apartado Nacional 6980

Bogotá, Colombia.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

PROLOGO

La circunstancia de no haber llegado oportunamente a nuestras manos los tomos IV y V de LOS INCONFORMES, nos ha determinado a redactar la presente introducción basados únicamente en los tres primeros volúmenes de esta obra fundamental de Ignacio Torres Giraldo sobre el origen y desarrollo de la nación colombiana, que abarca desde la Colonia hasta el 10 de Mayo de 1957. Sin embargo, esperamos complementar esta introducción en ocasión posterior.

En la Introducción a Síntesis de historia política de Colombia, del mismo Torres Giraldo, decíamos: "Por fin hoy, con varios lustros de retraso, empieza a salir a la luz pública una visión del desarrollo de los colombianos como nación que pone de pies nuestra historia escrita". Queríamos decir con ello que, salvo algunas excepciones, hasta el momento presente la historia de Colombia nos ha sido contada al revés. Tenemos una historia oficial que recorre nuestras aulas, desde la escuela primaria hasta la Universidad, en cantidad innumerable de textos y ejemplares. Su contenido, que es diario alimento de centenares de miles de estudiantes colombianos, es profundamente

idealista y subjetivo. Es innegable que la historia escrita, como parte integrante de la cultura, no puede escapar al dictado de una u otra ideología. Es por eso que lo que se conoce como historia oficial en Colombia ha sido escrita desde el punto de vista de la clase dominante, para beneficio de sus intereses y el mantenimiento de su "orden". A su vez, la escrita por autores como Ignacio Torres Giraldo, quien se formó al calor de las luchas de masas, es una historia que parte de la posición y la actitud del proletariado. En la primera parte de su obra el propio Torres Giraldo anuncia claramente a los lectores que no encontrarán "imparcialidad" en estas páginas porque, en todas las épocas por las que pasa su mirada crítica, el autor se coloca siempre del lado de los desposeídos y explotados. Mas no con un criterio populista sino buscando la raíz de clase en todas las transformaciones sociales e intentando diferenciar en cada momento las clases y capas sociales que intervienen en el proceso histórico.

La historia oficial nos presenta los hechos que marcan el paso de una época a otra como fruto del genio y el coraje de prohombres dotados de cualidades por encima del vulgo, por encima de la masa popular. En esto consiste principalmente su subjetivismo: en que se presenta a los héroes sin relación alguna con el pueblo, como producto de dotes insufladas a ellos por la "voluntad divina". En cambio, la historia que se escribe a partir del punto de vista científico nos dice que el pueblo es la fuerza motriz que hace la historia, lo cual no niega el papel del individuo en la sociedad sino que afirma este papel como producto de la necesidad y de los intereses materiales de las masas populares.

En segundo lugar, la historia oficial de Colombia encierra un espíritu de avasallamiento y de complejo de inferioridad frente a las grandes potencias colonialistas tanto de ayer como de hoy. De ahí que esa historia justifique —sin analizar sus causas económicas y políticas— la colonización española, con el argumento de una raza inferior (los indígenas) tenían, naturalmente, que claudicar ante la superioridad cultural de los invasores. Es cierto que hubo, en principio, superioridad de los colonialistas españoles sobre los indígenas en los distintos terrenos. Pero decir esto es decir solo una parte de la verdad, pues lo que no ve la burguesía en este tramo de nuestra historia es que toda la superioridad inicial de los españoles fue convertida en inferioridad por la fuerza creciente de las masas sometidas al régimen colonial de la Nueva Granada. A este respecto podríamos decir que al conquistador se lo tragó la manigua y la fuerza organizada del hombre americano. Cabe aquí anotar otro de los aspectos fundamentales de la obra de Torres Giraldo, cual es el de que destruye el mito de la espontaneidad. Los escritores burgueses de nuestra historia coinciden generalmente en el concepto de que aquí todas las luchas y guerras han sido insurrecciones de montoneras, levantamientos de recuas de hombres sin ningún sentido de la organización militar y política. Torres Giraldo nos demuestra que, dentro de esa apariencia de espontaneidad que ha caracterizado a nuestras guerras y movimientos populares, ha existido sin duda un germen de organización.

Pero, ¿es que solo hay subjetivismo e idealismo en este enfoque que a nuestra historia dan los escritores burgueses? No, allí hay fundamentalmente reales intereses de clase. La cuestión consiste en que la es-

estructura de la actual dominación imperialista no podría sostenerse sin tratar de justificar por todos los medios la antigua dominación colonialista. Y para esto, nada mejor que empezar a deformar en la mente del niño la realidad de la historia de su propio país.

La sencillez y la claridad de la exposición, comprensible hasta para las personas más atrasadas, y la nueva visión histórica de la nación colombiana son, además, lo que hace de *Los Inconformes* una obra fundamental en el estudio político de la vida del país.

No se trata aquí, como ya comprobará el lector, de una investigación escolástica y clerical, predominante también en nuestra historiografía, ni del manido positivismo liberal, ni tampoco de la economía política vulgar propia de los confundidores oficiales y profesionales del estructuralismo y demás tendencias; se trata del estudio materialista de la historia colombiana vista a través de las acciones de sus verdaderos protagonistas: las masas populares, obreras y campesinas; y también de un documento vivo, nacido de la experiencia directa del autor.

Torres Giraldo demuestra en los tres primeros tomos de *Los Inconformes* que los colombianos tenemos un origen y una historia como nación, una nación que ha sufrido el proceso, inevitable en toda formación social, de diferenciación de clases, contradicciones de clase y lucha de clases. Es por eso que Torres Giraldo nos dice aquí que el proletariado moderno colombiano tiene en su programa político objetivos nacionales y objetivos sociales de clase. El autor nos hace conocer ampliamente los distintos modos de producción por los que ha pasado nuestro país, y demuestra con evidencias que aquí existió la esclavitud, y que las clases más retardatarias del medioevo español transplanta-

ron a Indo-América las relaciones feudales de producción. Hubo, además, entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, por parte de nuestra burguesía mercantil, un serio intento de desarrollo capitalista propio con base en la industria manufacturera. Sin embargo, dichos esfuerzos fueron interferidos y finalmente frustrados por el ingreso definitivo de capitales extranjeros en nuestra economía. La Guerra de la Independencia fue una revolución burguesa incompleta, puesto que habiendo intervenido en ella la clase terrateniente, dejó casi intacta la estructura feudal heredada de la Colonia, y porque nuestra burguesía se ligó casi de inmediato con fuerzas imperialistas que reemplazaron a la Corona Española en nuestra economía. En 1936, el ala más nitidamente capitalista de la burguesía liberal, representada por Alfonso López Pumarejo, intentó completar desde el Gobierno esa revolución burguesa, pero no se lo permitieron los sectores más retrógrados de la burguesía.

Torres Giraldo destaca, asimismo, su convicción marxista de que la existencia social de la clase obrera colombiana se ha reflejado, necesariamente, en conciencia social de esa clase. Y vemos entonces cómo desde el año 1878 empiezan a producirse huelgas que no siempre tienen objetivos economistas, sino que algunas llegan a desencadenar luchas de un claro contenido antimperialista como la huelga de la Zona Bananera, en 1928. "La historia —dice Torres Giraldo— más que objetividad es esencia subjetiva". Ella parte de las condiciones materiales de cada época, pero sin duda el hombre, sujeto de la historia, no podría transformar la sociedad sin proceder a un resumen histórico de la experiencia, sin que su pensamiento, elevado cada vez a niveles más altos, interviniera de

modo revolucionario en el proceso social. Esta es la conjugación materialista de los dos aspectos que intervienen en la conformación de la historia de la humanidad: de una parte, la existencia material, y de la otra, el papel subjetivo del conocimiento humano, la intervención del líder como producto de la conciencia social y de la lucha de las masas populares. En la época del proletariado y de las revoluciones proletarias, el papel de los jefes y dirigentes no desaparece, pero lo que prima como elemento de la transformación revolucionaria de la sociedad es la estructuración de la clase obrera en la forma más alta de organización política: el partido del proletariado.

Es esta, exactamente, la historia de los inconformes, de los rebeldes que no han querido nunca doblar la cerviz ni ante la prepotencia de los terratenientes, ni ante el despojo y la explotación del capital y del imperialismo. De los que protestaron y ofrecieron sus vidas para la defensa nacional cuando el ejército norteamericano cercenó nuestro territorio en Panamá en 1903, de los que con sus manifestaciones y demostraciones de fuerza hicieron huir cobardemente a Rafael Reyes por traidor y vendepatria. Los mismos que habían peleado antes con José Antonio Galán y más tarde derrotaron al enemigo español en los campos de batalla.

Destaca Torres G. cómo, desde el siglo XIX, las camarillas dominantes de Colombia fueron unciendo su economía al carro imperialista, autorizando concesiones y abriendo las puertas, a la penetración del capital monopolista internacional.

Y resalta la miseria de las masas, los primeros movimientos huelguísticos de artesanos y obreros, y sobre todo analiza y dilucida el proceso de formación

de nuestra clase obrera, su lento pero creciente desarrollo en la organización gremial, las primeras sociedades mutitarias y sindicatos hasta culminar en la creación de la poderosa y combativa Central Obrera Nacional (CON); y va también destacando a todo lo largo de su análisis el crecimiento proletario en lo ideológico, desde los primeros grupos social-reformistas hasta los primeros comunistas y los partidos anteriores a la fundación del P. C. C.

Desbrozando los hechos y mostrando los fenómenos fundamentales, el autor pone de presente la vieja política reaccionaria de la alianza liberal-conservadora, del maniobrerismo político que convierte Concejos Municipales en comités electorales y fabrica parlamentos de bolsillo, y del oportunismo de los que medran a la sombra del movimiento popular y obrero, como aquellos "delegados" apócrifos a reuniones sindicales y de partidos que inventaban asociaciones y directorios fantasmas. Y nos habla también de la vieja tradición del fraude electoral y del social reformismo electorero vinculado ideológica y prácticamente al liberalismo oportunista.

Dos cuestiones, ambas de método, en lo investigativo y en lo práctico, debe tener siempre presentes el lector, por lo claras y sencillas pero también profundas, que Torres Giraldo expone en esta obra: la primera de ellas es el índice más importante para comprender la situación y el desarrollo de las masas, medido a través del grado de comprensión y su actitud ante las "cuestiones nacional y agraria", es decir ante la lucha antimperialista y antifeudal. Y la segunda de ellas, la forma como el autor participa en el desenvolvimiento de la gran huelga de los Ferrocarriles

del Pacífico en 1926 y la extraordinaria reafirmación en la práctica de un principio marxista, el de que "la huelga es una batalla en la guerra de clases".

* * *

Mao Tse-tung ha dicho que "ningún partido político puede conducir un gran movimiento revolucionario a la victoria si no posee una teoría revolucionaria, un conocimiento de la historia y una comprensión profunda del movimiento práctico". Actualmente, las distintas líneas políticas dentro del movimiento de izquierda en Colombia, experimentan todas la necesidad de volverse sobre la historia del país para sostener sus diversos puntos de vista sobre la caracterización de la actual sociedad colombiana. Hay dentro de esa "izquierda" una línea que se empeña en decir "no" a todo, siguiendo a los mencheviques de ayer y de hoy. Ellos sostienen que Colombia no es una nación, que aquí no hubo feudalismo ni subsisten importantes rezagos feudales, y niegan tajantemente que en el país haya existido o exista otra cosa distinta a "capitalismo neocolonial". Esta obra de Ignacio Torres Giraldo, escrita a comienzos de la década del 60, cuando todavía no se manifestaban tan claramente los estructuralistas y marxistas legales de nuestros días, aporta un fundamento más para advertir claramente a esos señores que "quien no conoce la historia está condenado a repetirla".

LOS EDITORES

Bogotá, diciembre, 1972.

LAS LUCHAS POPULARES POR LAS IDEAS DEMOCRATICO-LIBERALES DEL SIGLO XIX

A raíz de nuestra Independencia Nacional se abre un período de guerras civiles que cubre casi un siglo de historial colombiano. A estas guerras aportan las masas trabajadoras el fervor por sus caudillos y el contingente de su sangre, con la esperanza de obtener cambios favorables a su vida. Y termina este peculiar período histórico de las luchas de partido, solo cuando la clase de la burguesía mercantil de origen colonial empieza a modernizarse, a crear su capa progresista industrial, y cuando zonas cada día más amplias de trabajadores despojados de sus medios de trabajo personal y familiar, empiezan a cristalizar la clase del proletariado moderno. Es decir, cuando las luchas económicas, sociales y políticas adquieren la naturaleza propia de la época presente.

¿Pero, cuáles han sido las causas fundamentales de las guerras civiles en Colombia?

La primera causa ha sido el hecho de que la Guerra de Independencia Nacional dejase en pie la estructura feudal de la Colonia —hecha a imagen y semejanza de la España de la Edad Media—, y que sobre

esa armazón de privilegios o esclavistas y encomendados, se haya querido injertar una superestructura democrático-liberal, un sistema de derecho burgués, un Estado de leyes que no podía asimilarse a la realidad económica y social de la nación.

La segunda causa ha sido el hecho de que, al instituirse el régimen republicano —considerándose a sí mismo como régimen de libertad—, no se hubiese dado solución a dos problemas, que sin ser rigurosamente entraña de la feudalidad, fueron los más candentes en la Colonia: la esclavitud y la cuestión nacional indígena. El esclavo que dio su sangre en la guerra contra el Imperio Español para seguir siendo esclavo hasta 1852 y sus descendientes todavía discriminados, tenía que ser el mejor combustible para la hoguera de las guerras civiles. El indígena insumiso que llevó los tributos de su trabajo y el contingente de su sangre a los combates por la libertad para seguir siendo —pese al decreto paternalista dictado el 14 de julio de 1826 por el Libertador y Santander— masa explotada y humillada, es natural que fuese brazo listo para llevar lanza o fusil en las guerras civiles.

La tercera causa ha sido la miseria del pueblo laborioso: miseria que siendo efecto esencial de las dos causas anteriores, se ha transformado en causa también real de las guerras civiles en Colombia.

Este panorama de la realidad post-independiente, contiene las fronteras divisoras del pensamiento nacional. De un lado los que defienden el pasado colonial y feudal (también ahora bajo la divisa de “la hispanidad”); del otro las fuerzas progresistas: las masas que quieren evolucionar y con ellas los caudillos y grupos civiles y militares de ideas liberales,

que inclusive por medio de las armas luchan contra el espíritu medioeval y sus formas de opresión. Este frente progresista, encarnado en los primeros caudillos y grupos liberales, ha evolucionado, en el ritmo lento pero lógico del desarrollo histórico de la nación, y por consiguiente también en las fuerzas sociales que lo encarnan, y que lo son ahora: la burguesía industrial, las amplias zonas sociales intermedias urbanas y rurales y las masas proletarias que lo impulsan hacia finalidades revolucionarias.

Claro que nosotros entendemos por guerras civiles los movimientos armados con participación de masas populares (peones, campesinos, indígenas, artesanos y estudiantes), y no los simples golpes de Estado, los alzamientos de cuartel o las combinaciones de grupos militares y civiles para cambiar un Gobierno, en ocasiones semidemocrático por una dictadura a veces disfrazada con la misma Constitución que se ha burlado. También es para nosotros evidente que las guerras civiles colombianas han tenido diferentes características: progresistas unas y regresivas otras, pero en la mayoría de los casos apenas defensivas: guerras de resistencia o restauración. Ejemplo de guerras civiles de resistencia y al propio tiempo de restauración lo fueron las de 1828 y 1830, que lo son a la vez las dos primeras contiendas armadas con afluencia de masas populares después de la Independencia. Ejemplo de guerras civiles regresivas, las de 1851 y 1876, preparadas y dirigidas por el señorío feudal y el alto clero.

Para fijar la posición ideológica proletaria en la interpretación de los hechos, vamos a proyectar algunos episodios de la post-Independencia. Y tomamos aquí como punto de partida, no la Batalla de Boyacá

sino la de Ayacucho, por la unidad del frente de liberación formado en la América meridional contra el imperio feudal y militar de España. Como es obvio, debemos trajinar un poco con los próceres, no para ver al través de ellos los procesos de nuestra historia, sino al contrario, para que se les vea y estime en la fragua de los hechos.

* * *

Al terminar la Guerra de Independencia, sobresalen en la escena de la paz figuras brillantes que también han de terminar rápidamente, porque apagada la hoguera de las grandes batallas se quedan sin luz que les bañe en resplandores, que les nimbe a los ojos de las multitudes, que les ilumine el camino que habrían de seguir. Casi ninguna de estas figuras brillantes logra salvarse en el ámbito de la paz. Bolívar, Sucre y Córdoba que irradian más en el paisaje de las naciones meridionales, pierden el piso al pasar de los comandos militares al timón de la nave pacífica de los pueblos. Bolívar se juega su sitial en la historia en una contramarcha hacia el pasado que lo asfixia. Sucre, sabio en la guerra, se esteriliza en el ensayo de gobierno pro-monárquico del Alto Perú. Córdoba, el héroe de todas las batallas, el bizarro vencedor de Pichincha y Ayacucho, se enreda en su propia fama porque no sabe orientarse en los vaivenes de la política. Páez se enrumba hacia la dictadura militar; Urdaneta, Flórez, Lamar y Santacruz le siguen. Santander que deja su carrera de las armas cuando podía cosechar mayor esplendor —y tal vez por eso mismo— logra salvarse en la transición de la guerra a la paz y servir de centro a civiles y militares adic-

tos a las ideas liberales de la época, partidarios del gobierno representativo, del Estado de leyes, es decir, defensores de la Constitución de 1821.

Pero Santander, como la gente que lo rodea, es profundamente idealista, subjetivista, místico en este sentido. Y tal mentalidad de Santander y de su ilustre pléyade: pasión por sí mismos pero al propio tiempo éxtasis en presencia de los dioses mayores, conduce a estos hombres ideológicamente avanzados a una falsa actitud. Por los años de 1825 y 1826, cuando Bolívar está en su cenit, empiezan a surgir dificultades; empiezan a sacar la cabeza muchas ambiciones, a tramarse los hilos de las rivalidades entre los caudillos libertadores. A definirse, en todo caso, el rumbo que habrían de seguir las naciones liberadas del yugo imperial de España. Ante una situación semejante, Santander y sus amigos, en vez de enfrentarse a las tareas del momento, claman por la presencia de Bolívar, atribuyendo a su prestigio el poder mágico de resolverlo todo, inclusive situando a los dioses menores, como piezas de ajedrez, en el tablero maravilloso de su extensa imaginación.

Mientras tanto, la situación se hace más tensa. Los partidarios de una "monarquía constitucional" en la América meridional, envían desde Caracas agentes especiales a tratar "su plan" con diferentes personalidades de las naciones liberadas. A Bolívar le llega como agente del Perú don Antonio Leocadio Guzmán; Santander recibe el suyo en Bogotá, y dondequiera que se hallase una persona de importancia civil o militar, ahí pisa tierra el enviado de Caracas...! Pero Páez no espera a que se defina el rumbo de los pueblos y por su cuenta implanta la dictadura en Venezuela, empujado por la paradoja del Parlamento

Grancolombiano de Bogotá, que, por defender el principio del gobierno representativo, trata al "León de Apure" con torpeza, no deteniéndolo políticamente cuando se desliza sino dándole impulso. Obviamente, un tratamiento político hábil al General Páez, cuando empezó a ejercer actos personales de poder, le hubiera frenado sus ambiciones, al menos por un tiempo. De todos modos Páez se pone a la cabeza de la disolución de la alianza militar de Colombia, Venezuela y Ecuador.

En carta a Bolívar fechada el 19 de octubre de 1825, le dice Páez: "La situación de este País es muy semejante en el día a la de Francia cuando Napoleón se encontraba en Egipto y fue llamado por aquellos primeros hombres de la revolución, convencidos de que un gobierno caído en las manos de la más vil canalla, no era el que podía salvar aquella nación; y usted está en el caso de decir lo que aquel hombre célebre entonces: los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla". ¡El gobierno vil y canalla de que habla Páez, es aquí el que preside Santander; Egipto, en este caso, es el Perú, y Napoleón nadie menos que Bolívar! Claro que Páez, idealista también, subjetivista, ególatra pero a su vez idólatra, cree como Santander y su pléyade, que Bolívar puede hacer milagros por el solo poder de su voluntad. Sin embargo, Bolívar se cubre esta ocasión con la capa diplomática, y contesta a Páez: "Ni Colombia es Francia, ni yo soy Napoleón... Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso". Esta declaración de Bolívar no le impide, poco después, cubrir las ambiciones de Páez para preparar el terreno a las suyas, mucho más grandes, aunque ello implicase desautorizar con la elocuencia de los hechos la política de unidad

grancolombiana que defendían el Parlamento de las tres naciones y el gobierno de Santander, inclinándose definitivamente hacia el bonapartismo dictatorial, y, en consecuencia enviando ahora sí directamente los agentes que portan sus planes, ante las personalidades de influencia, y viajando él mismo para alinear a sus tenientes.

El 30 de abril de 1826, después de un motín organizado al efecto en la ciudad venezolana de Valencia, Páez que había sido retirado del Gobierno de Caracas por decisión (precipitada) del Parlamento Gran-colombiano, reasume el mando y se afianza en él como dictador. Santander, legalista de una sola pieza, amonesta al "León de Apure" para que vuelva a los rieles constitucionales con todo su tren, y le advierte que su actitud está fuera de la ley. Pero Páez sigue su rumbo sin inmutarse. A este propósito escribe Santander a Bolívar en carta de 6 de julio de 1826: "...me voy conduciendo con prudencia y circunspección, esperando que la fuerza moral sea la que reprima la insurrección..." como se ve, la supercheria de las fuerzas morales en el juego de la política, idea mística que tiende a congelar las energías vitales de los pueblos y a obscurecer el campo del razonamiento, les viene de lejos a los jefes liberales de mediados del siglo XX, a las "conciencias jurídicas" que abandonan el frente de las masas para que suba al poder la reacción e instaure su dictadura de sangre y fuego.

Y a tiempo que los sucesos de Venezuela toman fuerza y se convierten en modelo y patente para los caudillos en Bolivia, Perú, Ecuador —inclusive para los opositores del Gobierno de Santander—, ¡el ensayo de Congreso Panamericano de Panamá pasa in-

trascendente! La influencia inglesa que llega a la Nueva Granada después de la "Legión", invade el llamado alto mundo social. Se publica en Bogotá un periódico en idioma inglés y castellano; se organizan carreras de caballos; se miden las distancias en millas inglesas y no en leguas españolas; las damas de salón visten a la moda de Londres. Se suceden las recepciones y los bailes de aristocracia y, de paso, las firmas de negocios ingleses obtienen concesiones y privilegios, abren tiendas y, todos felices. Claro que si la clase feudal que manda y la clase burgués-mercantil que pelecha, con sus literatos, clérigos y militares, hacen su vida fastuosamente, no significa que la situación del pueblo esté flotante. Porque "si en la alta sociedad de entonces había lujo y placeres, en las clases bajas dominaban las antiguas costumbres, el mismo sello impreso por la dominación española". (Heno y Arrubla: *Historia de Colombia* - Tomo II, página 350).

Cuando Páez rompe con la Constitución de Cúcuta, con el principio de que "Colombia no es ni será nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona", no acude Bolívar al "lugar afectado" con la rapidez que lo desean Santander y sus amigos, porque está ocupado en la preparación de "su Constitución de Bolivia", que no solamente ha de acabar con la de Cúcuta, sino también con su propio autor. Según lo dispone Bolívar en su Constitución, en Bolivia "ejercería el Poder Ejecutivo un Presidente vitalicio sin responsabilidad, un Vicepresidente propuesto por aquel a las Cámaras (parlamento de bolsillo), y tres Secretarios: éstos y el Vicepresidente sí tendrían responsabilidad", que naturalmente lo sería ante el monarca; porque,

¿no sería éste un régimen más absolutista que aquel que tuvo España a raíz del movimiento constitucionalista de 1820, bajo el Rey don Fernando VII?

Y tenemos aquí, ante la historia, a un Bolívar definido que quiere organizar la constelación de naciones de América meridional en torno suyo, y no sobre la base de ningún programa de gran reformador, sino de sus "hombres de confianza". Con estos satélites, el astro emprende el montaje de su maquinaria. Uno de tales satélites decía en Guayaquil: "¡Bolívar quiere, por medio de facultades dictatoriales, encargarse de los destinos de la patria hasta salvarla del naufragio que la amenaza...!" ¡Y Bolivia, Perú, Ecuador y provincias granadinas como Panamá y Cartagena, se dejan doblegar de los agentes del General Bolívar! Sin embargo, la mayoría de la población activa de la Nueva Granada y muchas zonas de opinión venezolana, como Angostura, Barcelona y Mérida, sostienen la estructura jurídica de la Gran Colombia conforme a la Constitución de Cúcuta, admitiendo en algunos casos modificaciones razonables, naturalmente realizadas por una Convención de las tres naciones, convocada para tal fin.

El Poder Ejecutivo de las tres naciones coaligadas, ejercido entonces por Santander, rechaza de plano el proyecto dictatorial. Y aquí tenemos ya definidos los dos campos de las luchas y rivalidades que siguen a la Guerra de Independencia. A fines de 1826, el General Bolívar sale del Perú, creyendo dejar muy sólida a su espalda esta nación y más allá el Alto Perú con el gobierno del más adicto y brillante de sus ayudantes, Antonio José de Sucre. En Popayán trata Bolívar de ganarse al Comandante de la plaza, Coronel José Hilario López, con halagadoras ofertas, sin

ocultarle su plan dictatorial, pero sin éxito alguno. En Bogotá, escarmentado con el insuceso de Popayán y lo que oyera en la Plata y Neiva, no intenta ganarse abiertamente a los jefes sino que grita al calor del recibimiento: “¡Viva la República de Colombia! ¡Viva su digno Vicepresidente! ¡Viva la Constitución, ese libro sagrado, ese evangelio del pueblo colombiano!” (Bolívar se refiere, naturalmente, a la Constitución de Cúcuta). “Santander, acompañado de los altos funcionarios públicos y de varias corporaciones, le dio la bienvenida, muy emocionado”. Y como Bolívar es el Gobierno, “en su corta permanencia en Bogotá, expidió varios decretos sobre administración de justicia y otras ramas (del poder público); ¡por uno de ellos se investió de facultades extraordinarias...!”

El 25 de noviembre —once días después de su arribo a Bogotá— sale Bolívar para Venezuela a meter en cintura al General Páez, según lo esperan Santander y sus amigos, ingenuamente. Al llegar Bolívar a Maracaibo expide una proclama en la cual exalta al pueblo venezolano; en Puerto Cabello produce un decreto de amnistía “en el cual confirma a Páez en el título y autoridad que le habían dado los Concejos Municipales... de Jefe Civil y Militar. Satisfecho con esto Páez, dicta a su vez otro decreto, por el cual reconoce y manda reconocer al Libertador como Presidente de la República...” Finalmente, Bolívar y Páez se abrazan el 4 de enero de 1827, y el 10 del mismo mes entran juntos a Caracas ¡Que desencanto para Santander y su pléyade que vieron derribarse así el castillo de las ilusiones que se habían creado con los gritos del General Bolívar a su entrada a Bogotá el 14 de noviembre de 1826!

¡El poder civil, el Estado de derecho, la autoridad del Congreso y la Constitución republicana expedida en 1821, desaparecen de la realidad, quedando Bolívar, sus generales adictos y sus "hombres de confianza" en su lugar! Ante la dictadura de hecho se cristaliza en Bogotá la oposición liberal frente a Bolívar. Esta oposición crea sus propios medios de difusión en el periódico *El Conductor* y en la corriente de los hombres que sirven con lealtad a los ideales republicanos de su época. Y se rompen los fuegos en los caldeados frentes: el feudal y clerical militarista que aboga por el régimen dictatorial, con miras inclusive hacia una monarquía de sangre europea, y el republicano demoliberal, sostenedor del gobierno representativo, del Estado de derecho, de la Constitución de Cúcuta.

En Lima se subleva la Tercera División colombiana, que comanda el Coronel granadino José Bustamante (del Socorro), contra los planes dictatoriales bolivianos ya puestos en marcha; militares de diversos lugares de las naciones aliadas, inclusive en Bogotá, se suman al movimiento popular de oposición y resistencia a la dictadura.

En mayo de 1827 se reúne el Quinto Congreso Legislativo de la Gran Colombia que, luego de expedir una ley muy amplia en favor de los que conspiraban contra el orden civil, entra a considerar la renuncia a la Presidencia de la República presentada por Bolívar. Tal renuncia, no obstante su carácter formal de irrevocable, tenía en realidad por objeto provocar un debate que afianzara a Bolívar en sus planes dictatoriales y a sus amigos en la fuerza mayoritaria que tenían a la sazón en el Congreso. Sometida, por fin, a votación fue negada la "renuncia irrevocable" por 50 votos contra 24. Ante este resultado del debate,

Santander renuncia a la Vicepresidencia. El Congreso, tratando de sortear la crisis, decide convocar, como en efecto convoca, la Convención deliberante que habría de reunirse en la ciudad de Ocaña, a fin de analizar allí la nueva situación, y sobre bases republicanas de derecho revisar la Constitución vigente, es decir, la expedida en Cúcuta en 1821.

El 10 de septiembre del citado año de 1827, asume Bolívar de nuevo el poder, prometiendo como en ocasiones anteriores lo había hecho, "mantener y defender las bases jurídicas del Estado", es decir, la Constitución de 1821. Y bajo el ejercicio directo de su gobierno, se eligen los delegados a la antedicha Convención de Ocaña, con el resultado de que los candidatos opuestos a los planes dictatoriales y promonárquicos de Bolívar, obtienen abrumadora mayoría, lo que venía a demostrar que la conciencia de los pueblos libertados del dominio imperial de España estaban superando ya los límites del pensamiento, de la confusa visión, de las actitudes contradictorias, de los estrechos intereses personales y de grupos.

La Convención de Ocaña se reúne el 9 de abril de 1828, y el 21 de mayo se presenta en ella el proyecto de reforma a la Constitución de Cúcuta. La minoría —adicta a Bolívar— ataca el proyecto de reformas "sosteniendo que tendía a establecer un gobierno débil e ineficaz...", y presenta un contra-proyecto que Santander, Azuero, Soto y en general la mayoría califica de "más monárquico que la Constitución de Bolivia, y que no persigue otro fin que organizar el despotismo, perpetuar a Bolívar en el mando". Ante el choque de las fuerzas opuestas, los bolivianos se retiran de la Convención (19 del total de 74), dando cuenta de su decisión a Bolívar que se había situado

en Bucaramanga para influir en el rumbo de aquella corporación, que, por su hora crucial en la historia post-independiente, traza los caminos de las guerras civiles y, de paso, traza también el ocaso del Hijo de Caracas.

La mayoría de la Convención de Ocaña cierra sus sesiones sin tomar decisiones básicas en armonía con la situación (aparte de un convenio en principio de insurrección); sin hacer realmente nada, fuera de conservar, por declaración expresa, la vigencia desde luego apenas teórica de la Constitución de Cúcuta. En la práctica, aunque muy transitoriamente, Bolívar y sus "hombres de confianza" siguen ya, no timoneando sino remolcando la averiada nave del Estado Gran-colombiano.

Y de Ocaña, de la histórica Convención inconclusa de 1828, salen como larvas a la arena del suelo colombiano los partidos que habrían de retener, a título de monopolio de la opinión nacional, el caudal de las masas populares hasta nuestros días. A estos partidos, en su primera infancia, se les llamó *liberal* y *servil*, equivalentes los liberales a los partidarios de las instituciones civiles de gobierno: a santanderistas, en síntesis, y los serviles a partidarios de un régimen personal absolutista: a bolivianos, en síntesis.

El 24 de junio de 1828 regresa Bolívar a Bogotá, en calidad de dictador. Para allanarle el camino, uno de sus "hombres de confianza", el Intendente de Cundinamarca, General Pedro Alcántara Herrán, organiza, adrede, un acto tumultuario (que tuvo ocurrencia el día 13), para instar a Su Excelencia a que "volviera a la capital a organizar el gobierno a su arbitrio hasta que se estimase oportuno convocar la representación nacional". Y claro que Su Excelencia

“regresa para atender los anhelos del pueblo”. Y creyendo Bolívar, con demasiado optimismo, que la maquinaria dictatorial estaba ya perfeccionada, expide una serie de decretos-leyes, sin cuidarse de la opinión republicana que a la sazón se le opone. Uno de tales decretos-leyes, el de 27 de agosto, “que debía servir de Ley Constitucional del Estado hasta el año de 1830, reglamentaba la *dictadura*, organizaba el Consejo de Estado y suprimía la Vicepresidencia de la República”. (Es decir, un decreto que anula la Constitución de 1821, equivalente a una nueva que organiza el despotismo).

Claro que Bolívar sabe, por lo menos desde la elección de los delegados a la Convención de Ocaña, que los pueblos no quieren un régimen dictatorial, por más que lo encarne y lo ejerza el Primer Capitán de la Independencia Nacional. Pero Bolívar contramarcha a la entraña feudalidad, a su mundo de esclavistas y encomenderos que había dejado en 1810.

I

DE LA CONSPIRACION DE SEPTIEMBRE A LA GUERRA CIVIL DE 1840

La conspiración de septiembre - La primera guerra civil - La rebelión de Córdoba.

La exacerbación de las gentes patriotas y republicanas con el despliegue de la dictadura, hizo posible a los grupos partidarios del Estado de derecho más exaltados, fraguar —desde luego muy mal— el fracasado golpe de Estado de la noche del 25 de septiembre de 1828. No es propio de la ideología del proletariado y sus métodos de lucha, aceptar los golpes de cuartel o de grupos conjurados “para cambiar en favor de los pueblos” los abusos de fuerza y engaño de regímenes dictatoriales, y mucho menos cuando tales golpes ignoran la red de intereses que los sustenta, para hacer blanco en una personalidad que puede ser el eje mental de una situación pero no propiamente la maquinaria que mueva tales intereses. De todos modos, el despotismo imperante llegaba a tales

límites, que uno de los más fogosos participantes del golpe septembrino: el muy conservador y católico carlista, doctor Mariano Ospina Rodríguez, Presidente de la República en 1858, vivió su vida hasta 1875 sin arrepentirse de haber actuado como lo hizo en la obscuridad de la conspiración.

Pero sí absurdo y deplorable, en principio, fue y sigue siéndolo el golpe contra la cabeza visible de la dictadura, lo es también la brutal represión ejercida contra los conspiradores y sus auxiliares, inclusive los más pasivos, que caen en las garras de los esbirros oficiales. Catorce fusilamientos, entre los cuales se cuenta el del héroe de la Independencia, Almirante José Padilla (no obstante hallarse en prisión con anterioridad al 25 de septiembre, por actividades eso sí contra la dictadura, en Cartagena), y numerosas penas de cárcel y destierro —entre éstas la de Santander que no participó en la aventura—, claman a la faz del mundo la inauguración de una nueva cruzada de terror tendiente a exterminar las vidas de los granadinos más activos en la lucha por la libertad, como se había experimentado en las retaliaciones de 1782 bajo el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora, y en los años sombríos de los bandidos españoles Morillo y Sámano.

Realmente, la implacable y muy poco hábil venganza de la dictadura, no es la demostración de su fuerza y su prestigio sino por el contrario la expresión de su debilidad, la falta de respaldo popular, la presencia del miedo. Como toda dictadura de minorías, de causas rezagadas del pasado, de ambiciones personales y de grupos, ésta que abanderó el Primer Capitán de la Independencia Nacional en la América meridional, tenía que, por lo menos, ensayar su per-

manencia en el poder por medio de la fuerza de las armas, en manos de sus mercenarios... Y dos aclaraciones: Las gentes influidas por la propaganda en favor del Bolívar aristocrático, "Providencia", a la sazón bandera y representación del feudalismo, del alto clero y los militares reaccionarios, y por consiguiente autoritario, dictatorial y pro-monárquico, creen que Santander "tenía que ser" inspirador y guía de los conspiradores del 25 de septiembre. Pero no es verdad. Santander conoció los planes de sus amigos... y no los delató porque no era un pequeño villano. Claro que esta es otra cosa. Sin embargo, por esta otra cosa fue condenado a muerte, y luego su pena conmutada a destierro... (El pensamiento de los conspiradores, dirigidos en la acción por el Coronel venezolano Carnujo quien delató después a los gestores y participantes, para salvar su pellejo, era entregar el mando al Almirante Padilla, que sí estaba desde su prisión en conexión con la empresa).

Y precisamente, los entonces más prestigiosos militares de ideas liberales, en el sur de la Nueva Granada, Generales López y Obando, interpretando el espíritu de rebeldía popular, se alzan en armas contra la dictadura. Es evidente que López y Obando sin ser revolucionarios capaces de abanderar la destrucción del mundo feudal y esclavista de la Colonia, se convierten sin embargo en jefes de amplias masas, porque luchan por la causa de la libertad, por el gobierno representativo, es decir, por la restauración de los principios republicanos... El encargado del Ministerio de la Guerra, General José María Córdoba, primero y después el propio Bolívar, marchan a debelar la rebelión. Pero Córdoba conduce la campaña cu-

briendo apenas las apariencias, y cuando se firma una tregua, el héroe vencedor en Pichincha y Ayacucho, para explicar su actitud, se declara contra la dictadura, y planea inclusive con el mismo López un nuevo alzamiento en armas para el caso de que no se cumplieren los cambios que Bolívar ha ofrecido como base del convenio de tregua.

Esta primera guerra civil de la post-independencia, tiene como escenario las comarcas que ahora forman los departamentos del Cauca y Nariño, inclusive por el norte tierras del Valle y por el sur del Ecuador, frentes estos hacia los cuales proyectaba extenderse inmediatamente. No se puede hablar en esta guerra de combates en regla, si exceptuamos el del 11 de noviembre en los Ejidos de Popayán que termina con la ocupación de la ciudad al día siguiente. Obando marcha sobre Pasto y —escribe López—: “Dispuesto como estaba todo el pueblo de la provincia de Pasto en favor de nuestra causa, al aproximarse el General Obando a Juanambú, las tropas que estaban destinadas a defender esa línea se insurreccionaron, se pronunciaron contra la dictadura y entregaron a los principales jefes, a saber: Coronel Farfán y Mayor Francisco Gutiérrez, de suerte que el General Obando entró a Pasto sin haber disparado un solo tiro de fusil”. En general, la etapa primera del alzamiento se desarrolla en choques parciales y escaramuzas, tanto de los ejércitos improvisados como de las guerrillas que operan en armonía con el plan. Y sucede así porque López y Obando conciben acertadamente una campaña de desgaste y temor del enemigo, replegando siempre hacia el sur su gente por climas mortíferos y regiones adversas a la dictadura, como el valle del Patía, a tiempo que muy adentro se

fortificaban líneas de tanta importancia como la del Juanambú. En estas condiciones de iniciativa y ventaja para los insurgentes, Bolívar envía comisionados a proponer un tratado de paz, que López y Obando aceptan solo como un armisticio de tregua, y redactan ellos mismos los términos que, tras breve parlamento, Bolívar firma, pidiendo después que no se publicase el texto, "porque mi autoridad —dice— quedaría menguada".

De todos modos, la tregua se firma cerca a Juanambú, en el sitio de la Cañada, y por su contexto Bolívar se obliga a restaurar las libertades, a dar garantías a los jefes republicanos, a someterse a las decisiones del Congreso Constituyente que habría de reunirse en 1830. En este pacto de tregua obran también factores de urgente unidad interior de la Nueva Granada y Ecuador que se hallan en ese momento en guerra con el Perú. Los generales Sucre y Flórez que comandan el frente contra el General Lamar, no podían tener una retaguardia en estado de guerra civil. Es razonable, entonces, dada esta situación, que un armisticio entre López, Obando y Bolívar se marcara como una coyuntura de autoridad política a previsibles futuras actividades de los jefes liberales.

Conviene ahora dilucidar la posición del General Córdoba. Según declara el que entonces fuera Coronel boliviano Tomás Cipriano de Mosquera, a raíz de la firma del armisticio, el héroe vencedor de Pichincha y Ayacucho se declara abiertamente contra la dictadura, llegando a proponerle al mismo Mosquera que se diera un golpe militar a Bolívar cuando éste se dirige a Quito. Y Bolívar sabía, según O'Leary (*Documentos - Volumen VII*), que "Córdoba no había hecho un misterio de su oposición; a pesar de eso

(y quizás por eso mismo, decimos nosotros) fue nombrado Ministro de Marina, cargo que aceptó; pidió permiso para ir a la provincia de Antioquia..." Y el 12 de septiembre de 1829 se alza en armas en Rio-negro, ocupa a Medellín y declara vigente la Constitución de Cúcuta. Y sin ejército de masas, sin plan: inspirado en su genio guerrero y desafiando a la muerte como los héroes de la Cuchilla del Tambo, sale a la lid y en el poblado de El Santuario, con 400 reclutas mal armados, pone el pecho a fuerzas veteranas de 1.000 soldados que lo destrozan en dos horas de reñido combate. Herido Córdoba se halla en la modesta habitación que sirve de hospital de sangre, y ahí, fría y alevosamente lo asesina el oficial irlandés Ruperto Hand, bandido al servicio del General O'Leary que fuera el vencedor servil de triste memoria en el Santuario.

¿Qué pudo perder a Córdoba, el Ney de nuestras batallas libertadoras? Lo mismo que perdió al bizarro Mariscal francés: ¡Su corta visión política! Es lamentable, seguramente, que la más brillante figura militar de la Nueva Granada, no entendiera completamente los trazos esenciales de la política de su tiempo y de su medio. En 1828, sumado desde un principio a la insurrección de López y Obando, obrando con rapidez y coordinando la acción en un plan de perspectivas nacionales, su éxito hubiera sido inmediato y completo. Pero, cuando el país está viviendo un gobierno de tregua y todas las gentes esperan el Congreso Constituyente de 1830 cuando los caudillos civiles y militares que dirigen la oposición han dado a Bolívar la última oportunidad de volver hacia el cauce republicano, es claro que no había, que no podía haber una coyuntura favorable a la insurrec-

ción. Otra cosa hubiera sido si Córdoba espera hasta el año 30, hasta ver realizado y luego burlado el Congreso Constituyente, tal y como lo había convenido en Popayán con el General López que sí entendía de política y podía prever como en efecto previó que Bolívar aprovecharía la tregua para afianzar mejor las bases de su dictadura. Y, un hecho resulta evidente, objetivo: que la insurgencia inoportuna del gran héroe granadino, le sirve al bolivianismo dictatorial y pro-monárquico para ganarse una batalla fácil y fortalecer mejor sus posiciones políticas y militares.

La Constituyente de 1830 y la derrota del bolivianismo - El golpe de Urdaneta - De nuevo la guerra civil.

Para la dictadura boliviana, el proyectado congreso constituyente es una tangente; una maniobra para distraer la atención pública; un telón de boca en el teatro de la farsa mientras se monta el nuevo acto... Para entender esto es suficiente saber que nueve días antes de la insurgencia de Córdoba, es decir, el 3 de septiembre de 1829, se reúne en Bogotá el Consejo de Ministros —desde luego sin el titular de Marina— para abrir consultas con los agentes diplomáticos de Inglaterra y Francia, sobre la creación de una monarquía constitucional, en la cual “Bolívar ejercería el gobierno con el título de Libertador durante su vida, y que el de Rey se empezaría por la persona que le sucediera en el mando...” Desde luego, Bolívar tenía dados muchos pasos en esta dirección. El 16

de marzo de aquel año de 1829 se había dirigido al gabinete inglés para pedirle a la Gran Bretaña que interviniera y protegiera a la Nueva Granada. “El Consejo de Ministros —entonces— no acogió esta iniciativa... , pero sí resuelve reservadamente abrir la complicada negociación con los agentes diplomáticos de Inglaterra y Francia con el objeto de establecer en Colombia, a la muerte de Bolívar, la monarquía constitucional, a cuyo frente se pondría como soberano a un príncipe de alguna dinastía europea”. ¡Con todo, los hechos se adelantan y destruyen estos planes de la antipatria dirigidos precisamente por quien había sido el Primer Capitán de la guerra por la patria!

Pero, ¿por qué no esperar Bolívar siquiera a que se reuniese el Congreso Constituyente de 1830 para pulsar la opinión, inclusive para influenciarla? Sencillamente porque Bolívar está ya totalmente de espaldas a la opinión pública y, por consiguiente, ausente de la historia de sus propias luchas por la libertad. Bolívar ha perdido la fe de su misma ambición, se ha vuelto escéptico. Este Bolívar de temprano ocaso, piensa y escribe: “No hay fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones son libros; las elecciones combates; la libertad anarquía y la vida un tormento”. ¿Se percibe aquí la vibración de una vida? ¡Apenas la sombra de una sombra!

A fines de 1829, Venezuela se constituye en Estado propio, bajo la siguiente declaración: “1. Desconocer la autoridad del Libertador y separar a Venezuela del resto de Colombia, conservando paz y amistad con los departamentos del centro y sur; 2. Comisionar al jefe superior para convocar un Congreso, consultando previamente la voluntad de los departamentos del anti-

guo territorio venezolano; 3. El Congreso Constituyente justificaría en un manifiesto la separación; y 4. El General Páez se encargaría del mando mientras se reunía el Congreso". La farsa: ¡Páez tiene el poder dictatorial en sus manos, convoca un congreso para que lo elija, y mientras tanto se queda él como encargado del poder!

La situación política de la Nueva Granada se agudiza con los sucesos de Venezuela. Mientras tanto, Bolívar instala (20 de enero de 1830) el Congreso Constituyente, al cual asisten 47 delegados que eligen para presidirlo al General Sucre. Bolívar renuncia investidura "presidencial" y, a pesar de que se trata de un congreso prefabricado, llamado "admirable" por su propio hacedor, se le acepta tal renuncia y se nombra, para sucederle con carácter de interinidad mientras la corporación toma decisión final sobre la elección de Presidente, al General Domingo Caycedo, personalidad de ideas liberales muy moderadas. Bolívar pide en la misma sesión inaugural del Congreso "que algunas tropas se acercaran a Cúcuta, manifestando asimismo su pensamiento de ir a Mérida a entrevistarse con Páez". Bolívar entiende que la capa se le ha caído completamente —inclusive en aquel congreso hecho sobre medidas—, y queriendo rehabilitarse trata de inflamar el orgullo granadino para que "somete a Venezuela por la fuerza" ¡Pero los jefes civiles y militares de ideas nacionales y republicanas, promueven en Popayán, en Neiva y otras ciudades plebiscitos de opinión solicitando al Congreso que no hiciese la guerra a Venezuela!

El Congreso acoge la opinión granadina —lo que significa una nueva derrota de Bolívar—, y conviene solo en enviar una comisión de amistad compuesta

por el General Sucre, el Obispo Estévez y el Licenciado Aranda, a conferenciar con delegados de Caracas sobre una posible reconstrucción de la unidad, desde luego sin ningún resultado. El 29 de abril expide el Congreso la nueva Carta Constitucional, en lo general sobre el molde de la expedida en Cúcuta en 1821: alarga el período presidencial a 8 años, crea cámaras o asambleas de provincia, y establece que ni el Presidente de la República ni funcionario público alguno "podría ejercer otras funciones que las que indicase la Constitución..." Todo esto significa que las ideas republicanas, pese a contradicciones, inconsecuencias y traiciones, se abren paso, mientras los prospectos dictatoriales y pro-monárquicos se derrumban. Y si todavía fuera poco, el Congreso elige el 4 de mayo al doctor Joaquín Mosquera en competencia con Eusebio María Canabal, candidato de Bolívar, para Presidente de la República y al General Domingo Caycedo para Vicepresidente, quien por ausencia de Mosquera continúa en el poder. El éxito de las ideas republicanas en este momento no radica práctica y objetivamente en la elección de Mosquera y Caycedo que son eminentes pero demasiado moderados, grises casi blancos, en una hora que exige, hombres ilustres seguramente, pero de garra, acción y tacto en buena combinación: el éxito esencial, subjetivo, radica en el hecho de que no se elige a Bolívar "Presidente", es decir, en que cae el ídolo del altar y la conciencia de los hombres despierta ante la historia.

Bolívar entiende completamente la magnitud de su Caída, de su entrada en la noche, de su final en la escena militar y política de la América meridional, y "realiza" su última evasión por los caminos de Europa. Y marchito como un tallo al sol, y nublado su

espíritu, sale de Bogotá el 8 de mayo de 1830 por la ruta de Cartagena que domina su dictador del Litoral Atlántico, General Montilla... A poco de salir Bolívar, parte también de Bogotá el General Sucre en dirección a Quito con el fin de unirse a su familia, y lógicamente, para reincorporarse a la vida política del Ecuador. Pero en la marcha, en las medrosas montañas de Berruecos, entre Popayán y Pasto, es alevosamente asesinado el 4 de junio. Este crimen abominable que siega la vida del bizarro militar, del jefe que podría ser aglutinante de pueblos y bandera de progreso en el orden republicano, es aprovechado por el partido boliviano, por los caudillos que no cejan en su batalla por la dictadura aunque se haya roto su ídolo, para inculpar a personalidades de ideas liberales, para convertirlo en arma política, en pretexto de verdaderas cruzadas de difamación y desprestigio de militares consagrados a la lucha por la libertad.

¿Qué más fácil, obrando de mala fe sobre superficiales apariencias, que tratar de complicar en el crimen de Berruecos a Obando que se halla de Jefe Militar en Pasto y al mismo López que con igual categoría manda la plaza de Popayán? Extenso sería resumir siquiera el debate histórico-político-partidista, no terminado todavía, según el cual los conservadores cargan el crimen de Berruecos principalmente al General Obando. Para nosotros la situación es de toda claridad: el crimen fue fraguado y pagado en el Ecuador, y sus responsables principales son: el General venezolano Juan José Flórez, su Ministro de Guerra a la sazón y la propia esposa de Sucre. Para llegar a esta convicción de la verdad, nos atenemos

a testimonios de toda ley, inclusive, algunos de los propios ejecutores; a documentos de estricta deducción aportados en la controversia histórica; a libros probatorios tan importantes como el del General Reynales; a investigaciones de académicos y ensayistas; a las *Memorias* de López; a los *Apuntamientos para la historia* (2 tomos) de Obando, y sobre todo a la respuesta evidente que podemos dar a este interrogante: ¿A quién o a quienes interesaba la desaparición de Sucre? Ni a Obando ni a López ni al liberalismo. Sucre, desde su caída en Bolivia en 1828, no era el incondicional de ninguna camarilla ni la bandera de ninguna agresión contra la causa republicana. Al General Flórez, como Jefe del Gobierno ecuatoriano, no podía interesarle un natural competidor de la talla de Sucre, mucho menos si se toma en consideración el plan de ambiciones personales y de grupo que Flórez realizaba ya como próconsul del latifundismo de aquella nación. Al Ministro de Guerra de Flórez tampoco podía interesarle la presencia de Sucre, no solamente por la conexidad política en el Gobierno sino porque era el amante de la mujer de Sucre; y, desde luego, no podía convenirle a la indigna mujer que juega en el monstruoso crimen de Berruecos el papel de la hembra torpemente culpable.

* * *

El Presidente Joaquín Mosquera toma posesión de su empleo el 13 de junio de 1830, y dos meses después, o más exactamente el 4 de septiembre, los militares dictatoriales que siguen agitando como bandera el nombre de Bolívar, una vez sobornados jefes y ofi-

ciales de muchas guarniciones del país se apoyan en el batallón *Callao* que manda el Coronel Jiménez, jefe venezolano como la mayoría de los soldados, y tumban en sangriento asalto a los cuarteles leales al Gobierno republicano de los ilustres pero apacibles Mosquera y Caycedo. Los autores del golpe de cuartel proclaman abiertamente la dictadura Bolívar-Urdaneta, que realmente tendría que serlo de Urdaneta porque Bolívar se hallaba en ese momento en Cartagena, en su "viaje para Europa". Implantando así el régimen absolutista, los jefes bolivianos, con dinero, ascensos y todos los medios de corrupción —alternados con intimidaciones y violencias— logran en poco tiempo subyugar casi todo el territorio granadino. Bolívar, considerándose a sí mismo ya desaparecido, desaprueba, desde Cartagena, el cuartelazo de los militares venezolanos, pero éstos siguen obrando por su cuenta...

En esta nueva situación de opresión del pueblo granadino, los jefes civiles y militares de ideas liberales y republicanas, organizan la resistencia. Otra vez López en Popayán y Obando en Pasto, insurreccionan al pueblo: movilizan sus masas de esclavos, campesinos, indígenas, artesanos, y se hacen fuertes en el sur de la Nueva Granada. Otra vez Casanare, matriz de la Guerra de Independencia, bajo la dirección del General Juan Moreno, se convierte en línea de combate por la libertad en el oriente. Y de nuevo se prende la hoguera de la guerra civil en la nación... (El 10 de agosto de 1830, en Riobamba, en congreso convocado al efecto, se proclama el Estado del Ecuador, terminando así completamente la liga de naciones que tuvo el nombre de Grancolombiana. El dicho

congreso, como era obvio, elige Presidente del nuevo Estado al General Flórez. Y como la situación de la resistencia liberal en el sur de la Nueva Granada se viera muy amenazada, sus jefes conciben el plan táctico de adherir el territorio suroccidental —antiguo Cauca— al Gobierno de Quito, para lograr así, transitoriamente, apoyo o al menos neutralidad en la lucha contra la dictadura de Urdaneta).

El General Obando se crece en esta guerra extraordinariamente: como político de lejana visión, como estratega audaz, como intrépido militar, y sobre todo como gran caudillo de masas. Obando y con él López, organizan guerrillas y disciplinan jefes para ellas, que resulta lo más difícil pero también lo más importante; organizan milicias de artesanos y estudiantes; fundan centros de estudios militares, y publican boletines y periódicos de difusión ideológica liberal y orientación política.

Y cuando la resistencia popular a la dictadura se desarrolla y adquiere inclusive cierta sincronización nacional, un hecho destruye la bandera de la dictadura. Bolívar, en su viaje para Europa, enferma de gravedad y muere en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Se apaga definitivamente la vida de quien había sido el Primer Capitán de la guerra contra España, de quien había puesto su fama al servicio de la reacción y su espada en ejercicio de la tiranía; y se apaga también la última luz del prestigio que animara a los militares que usurparon el poder en su nombre. El hecho desarma realmente a los jefes de la dictadura, y por su parte, anima el espíritu de la lucha por la restauración del gobierno constitucional, creando de inmediato la coyuntura para la ofensiva de las fuerzas populares en armas. El 10 de

febrero de 1831, las tropas regulares de la dictadura, concentradas en el Valle del Cauca para barrer el "Ejército de la Libertad" que comandan los Generales Obando y López, son destrozadas literalmente en la famosa batalla de Palmira.

Aprovechando la coyuntura, y luego de convertir a Cali en centro de operaciones, Obando que no puede aflojar la llave táctica que paraliza a los Generales Juan José Flórez y Luis Urdaneta en la frontera ecuatoriana, opera con sus fuerzas de combate en la extensa banda sur-occidental. López trepa la Cordillera Central con su ejército reforzado con indígenas voluntarios de Tierradentro, Ibitó y Guainás por la ruta de La Plata y Neiva que le es familiar, en dirección a Bogotá. El General Moreno cruza los caminos del oriente, y vencedor del boliviano General Justo Briceño en el Valle de Cerinza, se dirige asimismo hacia la capital. El valiente Coronel Salvador Córdoba (hermano del héroe vencedor de Pichincha y Ayacucho), conducido como prisionero de la dictadura para ser entregado a Montilla en Cartagena, subleva su escolta, que le quita las cadenas y bajo sus órdenes, vuelve caras a la Montaña, en donde se rodea de voluntarios y bate las fuerzas bolivianas de Sonsón, Yolombó, Abejorral y El Santuario. El General Antonio Obando y el Teniente Coronel Joaquín Barriga operan con éxito en el norte del Tolima. El País todo se subleva contra la dictadura feudal y militar que comanda el General Rafael Urdaneta. El Vicepresidente constitucional Caycedo que se halla a la sazón en Purificación (sur del Tolima), por instrucciones de Obando y López —en ausencia del Presidente Mosquera que había sido desterrado—, expide un importante y oportuno decreto por el cual se declara en

ejercicio legítimo del Poder Ejecutivo Nacional y en consecuencia designa ahí a sus secretarios o ministros.

Ante la crisis de la dictadura, su cabecilla principal, Urdaneta, se atiene a la realidad, y teniendo fuerzas adictas para un ejército hasta de 10.000 unidades, no libra ninguna batalla. Con buena visión se pone en marcha hacia la región de Apulo, a donde cita para capitular al propio General Caycedo. A esta capitulación que otorga a Urdaneta y sus tenientes garantías para emigrar a sus comarcas venezolanas, asiste el General López que tenía ya sus tropas en Tocaima, y que había sido nombrado Comandante en Jefe de las fuerzas granadinas, por el Gobierno de Caycedo. Debemos anotar aquí, que Moreno y otros jefes liberales expresan inconformidad con los términos de la capitulación de Apulo: de una parte, por la demasiada generosidad e inclusive confianza que allí se otorga a los jefes militares de la dictadura, y, de otra parte, por el hecho de restaurar el mismo gobierno débil, complaciente e inseguro de Caycedo. Parece que Moreno y sus amigos querían cobrar el triunfo del pueblo golpeando duro sobre algunas cabezas reaccionarias que seguían siendo una amenaza, y, naturalmente, instaurar un gobierno provisional más acorde con la situación. Esta inconformidad así razonada podía tener pleno fundamento. Pero las cosas se han hecho con el criterio apaciguador del Vicepresidente Caycedo, tolerado esta vez por el General López, jefe liberal, muy legalista que concibe ahora toda medida de seguridad y todo posible cambio en la política oficial, solo al través del Gobierno legítimo.

El 15 de mayo de 1831, luego de frustrar diversas maniobras insurgentes y obscuras felonías de los jefes dictatoriales vencidos pero no desarmados, el "Ejér-

cito de la Libertad" hace su entrada triunfal a Bogotá. Por los mismos días, las fuerzas populares de la resistencia en el Litoral Atlántico, dirigidas en Santa Marta por el General Carmona y en Cartagena por el Comandante Vesga, derrotan al procónsul Montilla y le obligan a capitular. Poco después son vencidos y fusilados en Panamá los cabecillas de la dictadura en el Istmo, General Luis Urdaneta y Coronel Alzuru, por las fuerzas del entonces Coronel republicano Tomás Herrera.

Fuerza es decir aquí que los jefes y oficiales liberales inconformes con el pacto de paz de Apulo —y luego con la política excesivamente débil del Vicepresidente Caycedo—, usando en ocasiones métodos anarquistas de imposible aceptación, crean situaciones difíciles al Gobierno, pero al mismo tiempo ayudan a comprender los vacíos mayores de esa política y con ello a llenar por lo menos algunos de esos vacíos. Obrando bajo presión, Caycedo expide decretos reorgánicos del país, y también los especiales sobre restablecimiento de grados y honores del General Santander y rehabilitación de la memoria del Almirante Padilla y otras personalidades sacrificadas a raíz de los sucesos del 25 de septiembre de 1828. En este retemple de Caycedo, el General José María Obando ocupa el Ministerio de Guerra y Marina, y por insistencia suya y gestiones de López, ingresa al Gabinete Ejecutivo el doctor José Ignacio Márquez, liberal de prestigio en la opinión que había sido relegado por los bolivianos a una modesta posición en la ciudad de Tunja. El Gobierno, así reconstruido, convoca una Convención Nacional que se reúne el 20 de septiembre de 1831, bajo la presidencia del doctor Márquez. Esta

Convención aprueba los decretos del Vicepresidente Caycedo, elige una comisión especial para redactar el proyecto de nueva constitución; devuelve el nombre de la Nueva Granada al país, etc.

Presidencia del General Santander - Reagrupación de los bolivianos y deslizamientos liberales - Reestructura del partido conservador.

El 29 de febrero de 1832, el Presidente encargado General Obando, sanciona la nueva Constitución, inspirada en los principios liberales de la época: sin tocar desde luego la estructura económica y social de la Colonia, los privilegios del señorío feudal, la "sagrada propiedad" esclavista, la servidumbre de los indígenas sometidos y de los campesinos pobres. Es decir, frenando el desarrollo del progreso nacional y social del pueblo granadino. Conforme a la nueva Constitución, se elige Presidente de la República al General Santander y Vicepresidente al doctor Márquez, quedando éste en función del empleo, hasta el 7 de octubre cuando, procedente de los Estados Unidos, llega a Bogotá y toma posesión el titular.

En este año de 1832 se inicia realmente el período de reorganización del país sobre la base de leyes teóricamente liberales que tratan de "orientar" el desarrollo histórico del pueblo, sin partir del encauce, impulso y orientación de las fuerzas de producción que son el fundamento y la dimensión de todo progreso, sino de la superficie idealizada de la escuela primaria sin raíces en la realidad, sin vínculos substanciales con la vida. Sin embargo, este ideario libe-

ral recortado sobre el plano de lo real, significa un avance en el camino de la lucha por el progreso. Se consagra y practica en los marcos de clase la libertad de prensa; se instaura la "cátedra libre"; se reconoce el derecho de reunión, organización y actividad política; se declara inalienable la libertad del pensamiento; intangible la conciencia religiosa. En el mensaje presidencial al Congreso ordinario de 1834, Santander informa de progresos realizados ya, tan importantes para la época como la existencia de 500 escuelas de primeras letras en el país; la marcha normal de las universidades de Bogotá, Cartagena y Popayán, y la presencia en función de 18 colegios, entre ellos algunos de tal categoría como el de Medellín que después gana el nombre de Universidad de Antioquia.

El gobierno que preside el General Santander de 1832 a 1837, marca sobre todo un decisivo avance en el sentido orgánico del aparato del Estado. Porque Santander, antes que militar insigne, ideólogo liberal, espíritu progresista, es una mentalidad pragmática que ajusta los hechos cumplidos a definiciones legales, sin ocuparse mucho del análisis crítico de las causas históricas que les hayan generado. Bolívar define acertadamente a Santander llamándole "el Hombre de las Leyes", lo que constituía gran mérito cuando la espada quería ser la única ley; pero que deja de serlo cuando el principio se convierte en dogma de fe y se amasan generaciones de devotos fanáticos de los códigos. Esta mentalidad del prócer ilustre atrae a su alrededor a los detradados como él influenciados del pensamiento liberal europeo, y con ellos forma un ambiente de convivencia, un tipo de gobierno culto asentado sobre normas civiles que no pueden tener

raíces hondas en una sociedad feudal. A este ambiente acuden y en él se acomodan los antiguos bolivianos revestidos ahora de moderación y patriotismo: colaboran en la incipiente administración; ayudan a reprimir algunos brotes de insurgencia reaccionaria; se acreditan como elementos de "unión nacional". Pero interiormente se compactan, atraen y definen a muchos personajes sin principios que han fluctuado en grupos y corrientes de banderas opuestas, y convierten inclusive a su bando a gentes que han sido liberales exaltados como Rufino Cuervo, Eusebio Borrero, Mariano Ospina y al mismo Vicepresidente José Ignacio Márquez.

En este gobierno del General Santander, al amparo de las leyes liberales, se reestructura el partido conservador, no ya en torno de un jefe libertador único sino de los comandos esclavistas y feudales de la hora. Aprovechándose de la Constitución liberal de 1832, los conservadores llegan a 1837 disponiendo ya de un parlamento controlado, lo que les permite imponer a Márquez siendo Vicepresidente, como candidato presidencial para suceder a Santander. El candidato liberal, General Obando, admirador y defensor a ultranza del "Hombre de las Leyes" al punto que su programa electoral podría resumirse en una sola frase: defender y continuar la administración santanderista, tiene sin embargo opositores en la izquierda radical de su partido que lanza como candidato al eximio don Vicente Azuero. Y como la política es algo más que la exaltación, resulta como realidad que Azuero recibe el 10 por ciento de la votación nacional, y en consecuencia poco más del 20 por ciento

de los votos globales del liberalismo, gracias a lo cual obtiene la victoria en las urnas y la confirmación del parlamento el candidato de los conservadores...

El gobierno de Márquez y la primera hegemonía conservadora - Insurgencia de frailes en Pasto - La guerra civil de 1840.

Un jefe conservador de los social-cristianos de nuestra época, Valois Arce, escribe en el periódico *El Siglo* de primero de febrero de 1948, un ensayo sobre "La primera hegemonía conservadora: 1837-1849" Es decir, demostrando el carácter conservador y por consiguiente reaccionario del gobierno del señor Márquez, al cual se refieren muchos historiadores y literatos como a un régimen nacional de convivencia patriótica, naturalmente progresista. Claro que todo gobierno que sigue a un régimen de bandería contraria ha tenido siempre su estilo de transición "suave" y en ocasiones formas de tolerancia y hasta de "unión nacional" en su comienzo. Así por lo menos ha sucedido en Colombia desde 1837 con José Ignacio Márquez, hasta 1945 con Mariano Ospina Pérez. Pero un trabajador consciente del juego de los partidos tradicionales en lucha por el botín del poder público, no puede confundir las formas superficiales con el contenido fundamental de la política: los aspectos tácticos con la línea general que siguen los procesos a veces complejos de esa lucha.

El gobierno de Márquez inicia, entonces, la primera hegemonía conservadora y como tal implica la compactación de los elementos reaccionarios más repre-

sentativos bajo la bandera de los intereses esclavistas y feudales de la época y de las desmedidas ambiciones de los militares aristócratas de la escuela boliviana. Este gobierno enciende una cruzada de odio y persecución contra el caudillo popular General Obando, como acción de estrategia política que tiene por objeto ocupar la sensibilidad pública, encauzar un gran debate de supuesta responsabilidad en el asesinato de Sucre, neutralizar y en parte arrasar a los radicales, provocar y estimular brotes de insurgencia para tener siempre fácil pretexto de dominar el país por medio de la fuerza. En esta dirección, el gobierno de Márquez, sus generales más adictos como Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera —que dirigen el plan—, quiere crear una situación que comprometa en rebeldía al General Obando para poder exhibirlo así como al culpable balandrón que busca escudarse en una insurrección. Y siguiendo este derrotero, ayuda a crear el conflicto de los conventos de Pasto para luego complicarlo y, en realidad, llevar la nación a la guerra civil. Veamos los hechos proyectados brevemente:

La Congregación de San Felipe de Neri, flor y nata del feudalismo en el sur del país (que todavía lo es), tenía como superior en Pasto al fraile Villota, quien se queja ante el Obispo de la Diócesis de Popayán por actos de indisciplina y relajamiento en la vida interior de los conventos, pidiéndole a Su Señoría adoptáse medidas de corrección, inclusive algunas reformas monásticas que la situación exigía. Pero el Obispo, "un español anciano, y traficante consumado, que tenía interés en hacer poseer las fincas rurales de aquellos conventos a unos jóvenes a quienes dis-

pensaba una protección decidida, con perjuicio tal vez del destino piadoso de sus rentas, y aun en desdoro de su propia dignidad", no adopta las medidas disciplinarias ni las reformas sino la drástica salida de suprimir los mencionados conventos! Pero, para la supresión de los conventos necesitaba el Obispo la expedición de una ley, y para el caso se vale de un ciudadano de la casta feudal de los Mosquera, de don Rafael que estaba deseoso de estrechar vínculos con el alto cléro para impulsar su carrera política. Y don Rafael se "hace" representante al parlamento y allí presenta "su proyecto" de ley sobre la supresión de los conventos de los filipenses, desde luego respaldado por su hermano el General, y también por su hermano el sacerdote quien, por razón de casta, está marchando en la posición de Arzobispo Primado de Colombia. Santander y con él los liberales del parlamento, se oponen a la expedición de dicha ley, más por considerarla equivocada que por ver en ella un acto de provocación que hacía el juego al plan de perturbación nacional que buscaba el Gobierno. Sin embargo, para no quedarse a la derecha de los conservadores, al final la votan. Naturalmente, los fanáticos de Pasto se enfurecen, se amotinan, y el propio fraile Villota, jinete en buen caballo, encabeza la insurgencia contra la hegemonía conservadora, en junio de 1839...

El Gobierno que podía solucionar el conflicto "resuelve" aprovecharlo para comprometer al General Obando, sabiendo la religiosidad de éste y la presencia en Pasto de amigos suyos que podrían ser envueltos en los sucesos como realmente lo fue su valiente pero ingenuo Comandante Alvarez. Obando no cae en la trampa. Entiende la maniobra y se queda en su casa

de Popayán, lo que no impide que las autoridades, con instrucciones de Bogotá, monten allí su fábrica de intrigas para hacerle aparecer conectado con la insurgencia, y al calor de la difamación oficial y los falsos testimonios adelantarle el proceso de supuesta responsabilidad en la muerte de Sucre que habría de llevarlo a un consejo de guerra y luego a la pared de fusilamiento...

De acuerdo con el plan, sale de Bogotá el General Herrán a someter a los insurgentes de Pasto. Y con mucho aparato y gente bien armada, este militar que busca acreditar su candidatura presidencial —como estaba ya convenido—, encuentra que los rebeldes solo quieren conseguir un indulto para todos, hacer la paz y que su insurgencia quedara como protesta apenas por la ley de supresión de los conventos. Y tenía que ser así porque los fanáticos, con tumultos y oraciones no podrían conducir una guerra contra ejércitos regulares. Así lo entendía el Comandante Alvarez quien por razones de su grado, aparecía como jefe aunque por encima de él estaban Villota y otros frailes guapos que querían “hacerse matar”. ¡Y esto era lo que necesitaba Herrán: que hubiera quienes quisieran “hacerse matar”! Y es así como el 20 de agosto de 1837, con 600 veteranos cae sobre 800 fanáticos concentrados en el poblado de Buesaco, bisoños mal armados y peor dirigidos en las ondeantes líneas de fuego. Naturalmente los destroza... (Por los tiempos que corren cuando se escribe esta obra, el historiador Echeverría Rodríguez publica su libro *La casaca negra*, en el cual como es costumbre, “justifica” el terrorismo del “pacificador” Herrán en la entonces provincia de Pasto).

El General vencedor en la carnicería de Buesaco, instala un régimen militar de todo rigor en Pasto. Mientras tanto, gentes descontentas con la exhibición de fuerzas del Gobierno, se van a las montañas y aumentan las bandas que a veces son de simples salteadores de haciendas y caminos, pero que a veces también sirven en las luchas armadas inclusive intereses y aspiraciones de masas. Cuando estos hechos acaecen, Obando que se halla detenido ya en Popayán por efecto de la persecución, debe ser movilizado a Pasto, lo cual obedecía al plan de asesinarlo en la marcha. Descubierto este plan por los liberales del sur, se prepara un levantamiento para rescatarlo oportunamente, en la región de Timbío, a seis leguas adelante de Popayán por el camino hacia Pasto, al grito de "¡Viva el General Obando!", precisamente el 22 de enero de 1840.

Sabedor Obando del proyectado levantamiento de Timbío, y teniendo en cuenta que por aquella comarca influye decisivamente el célebre guerrillero Juan Gregorio Sarria, se fuga del cautiverio y llega al campamento liberal; se pone al frente de su gente y poco después choca de frente con el mismo Herrán y sus veteranos en el río de Quilcacé, terminado el lance cuando las fuerzas del Gobierno se sublevan contra sus jefes y se pasan a las filas voluntarias que comanda. Aterrado Herrán con la situación pero conociendo la hidalguía a veces ingenua del General Obando, le propone un tratado de paz que acepta éste sobre bases de garantías para sus voluntarios, para los soldados de línea sublevados, para él y sus amigos políticos.

Después de la paz de Timbío, Obando acepta la "amistad" de Herrán y sigue con él a Pasto en los

primeros días de marzo, con el fin de ayudarle a pacificar realmente la región. En esta ocasión Herrán aparece como un subalterno de Obando, porque éste, con su enorme prestigio —y pese a diez meses de atropellos cometidos por las fuerzas del Gobierno—, logra, en poco tiempo y sin efusión de sangre, la completa pacificación. Sin embargo, la reacción extiende su violencia, al punto de convertir el propio parlamento en centro de agresión, siéndole su blanco inmediato el General Santander, quien, por haber presentado un proyecto de ley de amnistía a los insurgentes del fraile Villota, es difamado por el renegado Eusebio Borrero, Ministro de Guerra a la sazón, en tal forma brutal que le agrava su vieja enfermedad hepática contraída en las campañas por la Independencia, y a consecuencia de ello muere el 6 de mayo de 1840.

En los primeros meses del año en mención, la guerra de resistencia al régimen de fuerza y de apoyo popular al General Obando, se extiende a todo el país, si bien espontáneamente, es decir, sin organización, sin plan de concierto y en algunas regiones sin una dirección adecuada. Entre tanto, el debate electoral para la sucesión presidencial entra en este clima de máxima violencia, cuando la camarilla oficial no tenía resueltos los problemas inmediatos que se había planteado: Obando no estaba liquidado y, por el contrario, podría aniquilar en cualquier momento a los encargados de hacerlo; el candidato oficial no estaba todavía pre-fabricado. Y surge aquí un factor nuevo para los que ignorasen las relaciones secretas entre Bogotá y Quito, en ese momento. El amo y señor del Ecuador, General Flórez, aprovecha el resentimiento de los frailes y sus fanáticos de Pasto,

y fomenta y paga bandas a su servicio que le dirige un conocido cabecilla de apellido Noguera, para que perturben la región inclusive más allá de la frontera.

Ante esta nueva pero elaborada situación, el gobierno de Márquez —como estaba convenido— despacha al General Mosquera con tropas adiestradas para que se entendiese con Flórez, reemplace a Herrán y llevase a su fin la consigna de liquidar físicamente al General Obando. Y Mosquera “se entiende” con Flórez en Ibarra, ciudad ecuatoriana, no en el sentido de restablecer la paz, retirando el apoyo a Noguera y sus bandas, sino de darle el dominio militar de Pasto y quedar así libres Mosquera y Herrán de aquel frente para actuar en otros... ¿Pero, qué hacer con Obando, otra vez detenido para ser juzgado en consejo de guerra? Y, en esta causa tristemente célebre como después, en el proceso Dreyfus, en París, se acumulan todas las infamias para un asesinato legal: desde los falsos testimonios sacados en tormento o redactados y pagados a reconocidos bandidos que los firman, hasta el adiestramiento de quienes han de asesinarlo. Pero Obando, el caudillo popular que tiene tan feroces perseguidores, tiene también amigos en todos los sitios, y éstos le avisan cuando iba a ser asesinado en término de horas; los jefes Herrán, Flórez y Mosquera no podían esperar los trámites del consejo de guerra; además, ¿quién podría garantizar el éxito?

Y el cautivo se fuga otra vez oportunamente, y pocos días después tiene ya un ejército de voluntarios. Demasiado confiado en su genio guerrero, en su audacia sin par, comete el error de quedarse en las cercanías de Pasto en vez de replegarse al Juanambú y luego al Patía, sus bases inexpugnables. Des-

aprovecha el tiempo en choques parciales; sufre traiciones de sujetos que se hacen pasar por adictos al liberalismo; hasta que el 29 de septiembre mueve su gente en dos direcciones claves, quedándose él con 38 hombres de fusil, 23 de lanza y 20 desarmados en un sitio de observación que pretende utilizar como base de comando. Pero su movimiento es delatado, y por esta traición puede ser aislado y rápidamente atacado con el ejército de línea de 2.700 hombres de Flórez, Herrán y Mosquera en el lugar denominado Huilquipamba... Y tal fue la por entonces llamada oficialmente "gran batalla de Huilquipamba" y que sirvió de grito electoral del General Herrán en su marcha hacia la presidencia, y de propaganda "heroica" a Flórez y Mosquera! Ocioso es decir que pocos liberales escapan de la red. Pero el General Obando salva su vida abriéndose paso con un fusil; como soldado raso...

A raíz de la "gran victoria de Huilquipamba", los Generales Flórez, Herrán y Mosquera, ofrecen la suma de doce mil pesos por la cabeza de Obando, oferta que fue leída en bandos públicos y en los púlpitos de algunas iglesias. Flórez se adueña de Pasto y la región sur de la Nueva Granada. Herrán sale con su ejército de regreso a Bogotá, lleno de los méritos de Huilquipamba, a salvar la hegemonía. Porque la guerra ha tomado cuerpo en la nación y la propia capital está para caer en manos de los liberales. Tan grave es la situación del Gobierno que Márquez deja el poder a su Designado General Caycedo y huye precisamente a Popayán, creyendo ya extinguido al General Obando. Ahí le halla Herrán y lo regresa en su marcha al interior del país...

En el gobierno de Márquez, los militares aristócratas hechos en la Guerra de Independencia, y a raíz de ella —expresión del señorío esclavista y feudal— tienden a reemplazar el patriciado español en el disfrute de sus privilegios. Y los Mosquera, los Herrán, los Borrero, los Acosta, los Cuervo, los Pombo y la propia casta de los Caycedo, entre otras, reconstruyen las viejas oligarquías de la Colonia, naturalmente aplaudidas por historiadores y literatos, no solo de vistosa propaganda clerical como la del casi teólogo José Manuel Groot, sino también de quienes presumen de objetivistas como los señores Henao y Arrubla. Estos, en su *Historia de Colombia* - Tomo II, página 489, “justifican” el empleo de la fuerza del Estado contra los fanáticos de Pasto recalentados por el fraile Villota, en acciones tan brutales como la matanza de Buesaco. Y callan como cómplices en la historia el infame proceso de persecución oficial contra el General Obando que fue el epicentro de la vida política nacional en mediados del siglo XIX. ¡Y, para mayor escándalo, Henao y Arrubla (página 493 del tomo citado) “justifican” la invasión de Juan José Flórez al territorio colombiano en confabulación con Herrán y Mosquera, y naturalmente elogian la “gran batalla de Huilquípamba”! Todo por copiar a la letra los papeles oficiales de la época.

Cerrado el anterior comentario volvemos a la proyección de los sucesos. Por el mes de noviembre de 1840, 14 de las 20 provincias de la nación están en guerra. Y son precisamente las fuerzas de resistencia de la histórica ruta del norte las que pasan a la ofensiva y se acercan a Bogotá, desafortunadamente en momentos cuando los liberales que luchan en la banda occidental del país no pueden coordinar la ac-

ción. Los levantamientos del norte, que agitaron en las masas populares la consigna de la "restauración de la normalidad constitucional", y que tuvieron auge en febrero de 1840, habían sido aplanados por la maquinaria militar del Gobierno. No obstante, en julio y agosto del citado año, un nuevo oleaje de rebeldía sube con mayor fuerza. "Sogamoso se pronuncia en septiembre y el Jefe Juan José Reyes Patria ocupa a Tunja; el Gobernador Manuel González levanta el Socorro proclamando su soberanía; Francisco Carmona, en octubre, se apodera de Santa Marta y se declara Jefe Supremo; Juan A. Gutiérrez de Piñeres hizo lo mismo en Cartagena; Salvador Córdoba, mediante la ayuda del Gobernador Provincial, se adueña de Medellín con igual título; y Mompós también organiza su gobierno provisional. En Casanare, Panamá y Veraguas hubo igualmente movimientos revolucionarios". El Gobernador González, con fuerzas considerables, luego de vencer la reacción en la Provincia del Socorro, marcha sobre Bogotá y ocupa victoriosamente a Zipaquirá, como los Comuneros... Es en este momento cuando entra en disolución el Gobierno, cuando Márquez huye a Popayán.

Pero esta guerra tan popular, tan sentida en las masas como necesidad vital de su existencia misma, es algo muy espontáneo; algo que está disperso, sin sentido de la unidad, sin plan, sin dirección coordinada. Los jefes de la resistencia en las regiones se ignoran y por consiguiente sus movimientos carecen de conexión, de enlace indispensable para vencer. Y por estas deplorables condiciones del liberalismo lanzado a la guerra por astuta provocación, el 28 de octubre de 1840, el ejército de González se estrella en la batalla de Buenavista, ya para llegar a Bogotá.

González retrocede y pronto se rehace con fuerzas de los Llanos que marchan a órdenes del General Francisco Farfán. Y unidos los jefes González y Farfán vuelven caras hacia Bogotá. Pero la guarnición conservadora de la capital sabe que González y Farfán no tienen ayuda inmediata de ninguna otra fuerza convergente sobre la capital, y prepara la defensa. (Como en 1813, se inflama el fanatismo; el Jesús Nazareno de la iglesia de los Agustinos vuelve a ser Generalísimo. Y mientras tanto, Herrán y Mosquera llegan con el ejército de línea. Los jefes liberales se repliegan al norte...

Como es obvio, la coyuntura es para los conservadores. Y Mosquera y Herrán que saben nadar precisamente en corriente, emprenden la campaña norte. El 9 de enero de 1841 vencen las fuerzas liberales en Aratoca, después de lo cual se desplaza Herrán a otro frente. Mosquera sigue avanzando a todo viento, y el 1º de abril vence al General Carmona en Tescua. (Carmona se interna con parte de su ejército en Venezuela, para salir luego en Santa Marta, e ir a morir "más tarde por la cobarde traición de Juan A. Piñeres en Cartagena"). Esta batalla ganada por Mosquera —más brillante sin duda que la de Barbaças contra el guerrillero realista Agualongo—, le sirve de tanta aureola como a Herrán la de Huilquipamba, inclusive para llegar también a la Presidencia de la República.

Pero debemos regresar un poco a recoger un eslabón de la cadena. Porque precisamente en enero de 1841 reaparece el General Obando por los lados de Timbío con 13 hombres de fusil y 9 de arma blanca, y con Sarria el valiente aunque cruel y casi legendario guerrillero del sur, improvisa un ejército de

esclavos, de indígenas, de campesinos y peones, y se adueña en algunas semanas de las regiones que ahora forman los departamentos del Cauca y el Valle. En la hacienda "García" del distrito de Quilichao, en marzo del año en mención, Obando vence en singular batalla al renegado General Borrero, esperanza y fe del Gobierno en la banda occidental. Este General Borrero, prisionero de Obando, había sido meses antes derrotado también en Itagüí, cerca a Medellín, por el intrépido Salvador Córdoba, quien, románticamente, le admite una elegante capitulación que le permite regresar al Valle, hacerse fuerte y temible por sus crueldades. Por estos primeros meses de 1841 que no son exactamente de triunfal dominio de la reacción, es cuando se "perfecciona" la elección presidencial del General Herrán hecha a todo gusto del señorío feudal, el alto clero y los militares aristócratas. El candidato liberal, presencia de la bandera solamente, lo es Vicente Azuero, quien "después de arrastrar grillos, se hallaba asilado bajo el pabellón inglés".

El 5 de mayo, ante fuerzas muy superiores, el Coronel Sánchez, ayudante de Obando que comanda una punta de lanza en dirección a Bogotá, es rechazado de Nelva. Córdoba que había hecho una marcha victoriosa de Medellín a Cali, hace aquí su cuartel general, pero es sorprendido en un asalto de confabulados y pierde la plaza, quedando prisionero con todos sus ayudantes. El norte del Valle se desmoraliza, y la situación de Obando, que se halla en Popayán se oscurece; al sur el dictador del Ecuador, General Flórez con su cuartel de operaciones en Pasto; al noroccidente las armas de la dictadura militar Herrán-Mosquera triunfantes sobre Córdoba; al orien-

te la marcha del General Posada por los caminos de Neiva y La Plata, ya vencedor del Coronel Sánchez. En esta hora de tinieblas para los liberales del Cauca, la maquinaria conservadora que sí puede coordinar sus movimientos, lanza una ofensiva de tenaza: Mosquera llega a Ibagué y por la ruta del Quindío se dirige al Valle para exprimir a Obando en Popayán en combinación con Posada. De paso, el sanguinario Mosquera recoge por su cuenta los prisioneros de guerra más sobresalientes que halla en Ibagué, de tránsito hacia Bogotá para ser "juzgados", entre ellos a Córdoba y sus ayudantes, y los devuelve a Cartago y fríamente los hace fusilar. (Poco antes, en vísperas de su derrota en "García", Borrero había hecho fusilar en Palmira los prisioneros de las campañas del sur allí reunidos, entre los cuales se contaba el ayudante de Obando, Comandante Alvarez). Y Mosquera llega a Cali sin haber combatido en ningún sitio, y en seguida hace fusilar a los prisioneros liberales que halla en esa plaza, como había hecho fusilar ya, por orden expresa, a los prisioneros caídos en los caminos de Neiva, entre ellos el Coronel Sánchez y el Capitán Juan Srodo, ambos de las fuerzas de Obando...

Claro que los liberales que operan en el Cauca no miran a Pasto como santuario intocable de Flórez. Presionando ese frente está el Coronel España y, mientras avanza hacia el sur, Obando se tira hacia el norte y, sin pensarlo bien, se compromete en la batalla de la Chanca, en terreno desfavorable y frente al Coronel Joaquín Barriga, renegado del liberalismo, valeroso, inteligente militar que sabe aprovechar las ventajas del campo y los errores del formidable contendor. En la disposición del combate, Sarria y sus bravos atacan por la izquierda; por la

derecha los de a caballo a órdenes de un comandante inadecuado, por falta de coraje y de frente el propio General Obando. Sarria se ahonda demasiado; la caballería retrocede porque hay un atascadero que aprovecha el enemigo. Y Sarria que podía, por su arrojo y su pericia salvar el obstáculo, cambiando de frente, no acata la orden de hacerlo por temor a que su ala izquierda se quebrara... Obando se ofusca, y en vez de modificar el plan de acción, cargando de centro a izquierda para amenazar la retaguardia enemiga y jugarle en mediavuelta al atascadero, o en defecto de este cambio replegar su gente oportunamente, insiste en un nuevo asalto de caballos por el mismo fangal, lo que produce gran confusión, pérdida de tiempo y en seguida la pérdida también del campo, del combate, de armas y mucha parte de la gente.

Una derrota para Obando tiene siempre las peores consecuencias, porque el famoso caudillo popular no hace la guerra con ejércitos regulares, con armas y equipos acondicionados, sino con masas espontáneas, "con el pueblo", como lo dice él: con esclavos, con indígenas, con peones, con campesinos pobres, con artesanos, con estudiantes. Como es obvio, tales fuerzas concentradas para la acción, ni pueden ser movilizadas a lejanas comarcas, ni tienen una elevada disciplina, ni resisten el golpe de una derrota sin que ella signifique el toque a desbandada. Obando entiende mejor que los jefes Comuneros de 1781 la naturaleza de sus ejércitos. Sabe encabezar la acción de las masas y no exige de ellas lo que no podrían dar. Y justamente por esto, porque Obando es un caudillo de masas, un ídolo de multitudes, el más grande jefe del pueblo laborioso de Colombia en el siglo XIX,

por lo que le odian y persiguen los políticos y militares de la feudalidad, inclusive los letrados aristocráticos, así se llamen ellos radicales. Y porque se trata de la primera figura del pueblo, en su época, es que le damos en esta obra escrita para las masas un espacio especial.

De todos modos, Obando regresa a Popayán casi solo después del fracaso de La Chanca, pero resuelto a marchar sobre Pasto. Y de nuevo reúne voluntarios, armas y bagajes. ¡Pero no tiene pertrechos, y es entonces cuando funde los tipos de una imprenta para hacer balas! Y se pone en marcha. ¡A pocas jornadas recibe informes de que su ayudante España ha botado más allá del Guáitara el ejército que Flórez sostenía en Pasto! Un camino de luz se abre en su horizonte; pero un camino corto porque detrás de él marchan las sombras de la reacción victoriosa...

Flórez ha perdido terreno, pero sabe al mismo tiempo de las derrotas liberales y vuelve sobre Colombia. Toma posiciones en Túquerres y de allí ofrece un tratado de paz y amistad al General Obando, que acepta éste. Se firma el tratado. Obando proyecta cambiar de teatro de operaciones: ir al Litoral Atlántico, unirse a la lucha con las fuerzas de Carmona, y por el río Magdalena en presión y extensión de masas insurgentes conectar la acción de oriente y occidente... Pero no tiene por donde salir de la provincia de Pasto. Por razones políticas no lo hace pisando territorio ecuatoriano. Entonces, dejemos hablar al propio Obando: "Salí de Pasto el día 5 de septiembre, descendí por el Putumayo, subí a El Marañón y el 3 de febrero (1842) llegué a Trujillo (costa del Perú). Por los papeles públicos que encontré allí fui informado de que las provincias del Istmo (Panamá y

Veraguas) se sometían al Gobierno de Bogotá por consecuencia de los desastres del norte y del sur: aquí quedó frustrado mi proyecto de pasar al Magdalena". El caudillo se asila en Lima.

Y por los días en que llega el General Obando a tierras de Perú; después de que las fuerzas de la reacción vencen al jefe liberal Lorenzo Hernández en Ocaña y compran la traición de Juan A. Piñeres para atrapar y matar al bizarro General Francisco Carmo- na en Cartagena, termina la guerra con un decreto de amnistia, en el cual Herrán y sus ministros demuestran suficiente astucia política, hablando de perdón al pasado pero al mismo tiempo intimidando con la fuerza a quienes osaran pensar en el desquite.

Así, en una atmósfera de hondos rencores, termina esta guerra de los esclavos, de las masas campesinas e indígenas sumidas en la servidumbre, del peonazgo semiesclavo, de los artesanos rebeldes, de los estudiantes y en general de las gentes amantes de la libertad, y que no pudo triunfar por falta de organización, de plan y, sobre todo porque no tuvo una dirección nacional unificada. Los enemigos del General Obando que desean asociarle su nombre a las derrotas del pueblo, afirman sin fundamento que la contienda fue dirigida por él. Historiadores hay que quisieran simplificar a tal grado las cosas, como Luis E. Nieto Arteta, para quien la guerra civil de 1840 "fue dirigida por el General Obando y unos frailes de Pasto".

II

DEL GOBIERNO DE HERRAN Y LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA A LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS EN 1851

El gobierno de Herrán y la intervención extranjera - La nueva Constitución autoritaria - Represión contra los esclavos - Regreso de los jesuitas.

El periodo presidencial de Herrán se inicia el 2 de mayo de 1841. Y el parlamento de aquel año, hecho sobre medidas, expide una ley que autoriza al Ejecutivo para solicitar tropas de “naciones amigas en calidad de auxiliares para el caso de conmociones interiores...” (Henao y Arrubla: *Historia de Colombia* - Tomo II, página 503). Con esta ley, que tiene efecto retroactivo, se trata de “justificar” la ocupación y actividades de fuerzas ecuatorianas en la provincia de Pasto, y naturalmente preparar el terreno para posteriores urgencias de la reacción colombiana.

En el gobierno de Herrán se expide una nueva Constitución (abril 20 de 1843) que tiene por finalidad la de otorgar mayor fuerza y amplitud al Poder Ejecutivo, como lo desearon los primeros bolivianos y lo realizan en cada oportunidad los conservadores. Según esa Constitución, se suprime el Consejo de Estado y se crea en su lugar el Consejo de Gobierno, compuesto de los Ministros y el Vicepresidente de la República. ¡Es decir, el mismo Organismo Ejecutivo haciendo de Consejo! Ese mismo ejecutivo absorbente absolutista, nombraría empleados de las cámaras, magistrados de los distritos, etc. ¡El pleno reino de las oligarquías feudales!

Como reacción contra la muy amplia participación de los esclavos en la guerra que acaba de pasar, el parlamento elabora la ley del 22 de junio de 1843, que copiamos casi en su extensión por la extraordinaria semejanza que tiene con las Ordenanzas Reales de persecución contra los negros que luchaban por su emancipación en la "horrible noche" de la Colonia:

"Artículo 1º Los que con discursos, sugerencias o consejos provocaren o incitaren a la fuga de algún esclavo, serán juzgados y castigados como cómplices de hurto de valor del esclavo fugado, y los que acojan o den asilo, oculten o protejan esclavo prófugo, sabiendo que es esclavo, serán juzgados y castigados como encubridores de hurto del valor del esclavo. Artículo 2º Los que con discursos, sugerencias o consejos, procuren o dieren motivo a que algunos esclavos se subleven para sustraerse a la obediencia de sus amos, serán juzgados y penados como promotores o cómplices de sedición con las penas señaladas para estos delitos en el Código Penal... Artículo 4º Se

deroga el artículo 6º de la Ley 21 de julio de 1821, permitiéndose la venta de esclavos para fuera de la Nueva Granada, con tal que la venta de los esclavos casados se haga sin dividir los matrimonios o bajo la condición de que los hijos de tales esclavos nacidos libres en virtud de la ley, no se extraigan contra la voluntad de sus padres y sin que conste en el documento de venta de éstos la condición libre de sus hijos... Artículo 6º Los jóvenes libres, hijos de esclavos, de que trata el artículo 6º de la Ley 29 de mayo de 1842, adicional a la de manumisión, serán destinados al ejército o a formar nuevas poblaciones dentro de la República, según lo disponga el Poder Ejecutivo, quien al efecto dictará los reglamentos y órdenes convenientes". (Pero, ¿no estamos refiriéndonos a los "jóvenes libres"?).

En la ley pre-inserta contra los esclavos y los partidarios de su libertad, se ve, en primer lugar, la cara de los esclavistas representados en el Gobierno, cuidadosos naturalmente de que su ganado humano no se desbande, y se pierda su "sagrada propiedad"; en segundo lugar, el interés de los traficantes de esclavos que recobran así el mercado extranjero para sus ventas, en lo cual están interesados notables personajes, como don Julio Arboleda; en tercer lugar, el pensamiento de separar a los negros en colonias o cinturones especiales al estilo de la "democracia norteamericana".

Para fijar exactamente la posición del conservatismo en el gobierno de Herrán, léase lo que escribe, en su *Historia del Derecho Constitucional Colombiano*, el doctor Tulio Enrique Tascón, citando la opinión de algunos gobernantes, sobre los esclavos. El Gobernador de la provincia del Cauca dice:

“Se enseña a los esclavos el camino de insubordinación bajo el nombre seductor de libertad, y ellos aprendieron a mirar su estado y condición como un mal que pudieran evitar... Este estado hace más necesario regularizar de nuevo la subordinación y disciplina, bajo las cuales se conservaron los esclavos antes que principiase la Guerra de Independencia”. El Gobernador de la provincia de Buenaventura (que lo era Manuel Mallarino, después Presidente de la República, alabado como José Ignacio Márquez por historiadores y literatos por supuestas administraciones modelos de convivencia nacional y democracia) declara:

“...A muy serias meditaciones da lugar el creciente número de negros que diariamente salen del poder de sus amos y se mezclan a la sociedad, trayendo el germen de todos los vicios, la indolencia y ferocidad que les dio el clima de Africa, y el odio a la raza caucásica que produce su propia constitución y la inferior escala en que se miran colocados... raza que debemos alejar de nosotros, solicitando del Congreso que acuerde un acto disponiendo que todos los negros que por cualquier motivo entren al goce de la libertad sean conducidos a formar poblaciones en el Quindío, si no en los desiertos que nos separan de Venezuela o Centro América, o bien que se imponga una contribución con el fin de conducir a las costas del Africa a los negros que se vayan libertando”.

El hombre-guía en el gobierno del General Herrán lo es Mariano Ospina, el septembrino que se pule ahora como buen converso en las doctrinas de la Inquisición. Y, por su gestión, regresan al país en 1844 los jesuitas que habían sido expulsados en 1767 por mandato del católico Rey de España don Carlos III,

a recibir el encargo de educar la "juventud dorada". Los apologistas de la reacción abundan en elogios para el gobierno de Herrán. Pero en realidad él marca un paso en la estructura y afianzamiento de las oligarquías regresivas de la feudalidad. Nada que signifique progreso de la nación; nada susceptible de mejorar en algo las miserables condiciones del pueblo; nada, en fin, que no sea el regreso a la "horrible noche" de la Colonia...

Mosquera en el poder - Despotismo y crisis de la hegemonía - Apoyo radical - Tratado con Estados Unidos - Hacia la entrega de Panamá.

En 1845 sucede a Herrán su socio y suegro General Mosquera, que tenía su hermano Manuel de Arzobispo Primado, mientras un hermano del ilustre yerno se alista para ocupar después esa elevada posición de la Iglesia. La imposición de Mosquera en la Presidencia es un hecho de sucesión en la cadena de compromisos "por servicios prestados", y también la exaltación de la categoría en las oligarquías de castas. En la farsa electoral de Mosquera no participa el liberalismo, y sus competidores, Cuervo y Borrero, son apenas bandera de división, signos de crisis en la hegemonía conservadora.

En su hoja de "servicios" tiene Mosquera los mejores méritos para ser Presidente, no solo en su triunfo de Barbacoas sobre Agualongo; su presencia en la "gran batalla de Huilquipamba"; su victoria de Tesuca, sino también el hecho de haber sido el versado intrigante contra los libertadores granadinos conmi-

litones de Bolívar, y el haber sido cómplice de Juan José Flórez, primer responsable del asesinato de Sucre, como director e inclusive financista de la persecución contra el General Obando. ¡Además, el haber sido el más destacado carnicero de prisioneros liberales de guerra!

Mosquera, militar de tipo y naturaleza feudal, aristócrata de cepa, "un poco epicúreo" —como decíase él—, ambicioso y sin escrúpulos; versátil, pomposo, estridente, es la estampa del caudillo tropical sin principios y por consiguiente sin convicciones de partido. Engreído y delirante, se considera por encima de toda corriente política. Conservador de médula y presunto legatario del espíritu boliviano, no sirve ese partido sino en la medida que el partido le sirve a sus ambiciones.

A partir de 1845, cuando Mosquera llega al plano superior de su carrera, sigue marchando en ruedas de políticos, militares y literatos a quienes sabe aprovechar. Mosquera fue antes personaje de corriente, y ahora será —en uniforme de Mariscal francés— figura de gran parada en las revistas de tropa, capaz de impresionar a las sencillas gentes. Y pese al acento "mosquerista" que adquiere en la historia la guerra civil de 1860, el caudillo ostentoso cruza su vida sobre la nuca de sus subalternos. Cuando cree tener la fuerza supersticiosa de los caciques endiosados, ensaya una empresa por su cuenta: ¡Se declara dictador! Pero esta vez se cae definitivamente...

Los liberales han hecho de Mosquera un personaje cumbre porque les entrega el poder pacíficamente en 1849, y porque luego encabeza al propio liberalismo en la guerra de 1860. Los conservadores han hecho, a su vez, de Rafael Núñez su personaje cumbre por-

que traiciona —este sí lo que llamó sus convicciones— y les entrega el poder, en ríos de sangre. Con el solo espíritu de partido, sin análisis crítico de las condiciones históricas concretas, los liberales aplauden a Miguel Abadía Méndez que les entrega el poder en 1930, y los conservadores a Lleras Camargo que se lo devuelve en 1946.

Pero, ¿qué hace Mosquera en el poder? Su primer Gabinete cubre los deseos de sus "electores": En Gobierno, Márquez; en Hacienda, Borrero; en Relaciones, Lino de Pombo; en Guerra, Juan María Gómez. Pero las eminencias conservadoras no logran entenderse con su General, y por el Gabinete se suceden sin dejar huella, don Eusebio Caro que fue de sus ministros de turno, quien sugiere que los colaboradores de Mosquera no podían ser sino sus instrumentos: ¡Como Borrero y Pombo! Describe el señor Caro, cómo ningún conservador de importancia le quiere marchar en los ministerios, y cita el caso cuando les ofrece el de Hacienda a Pastor, a Mariano Ospina, a Juan de Francisco Martín, a Ignacio Gutiérrez Vergara, a Manuel María Quijano y a Julio Arboleda, sin que lo aceptaran. Herido Mosquera en su excesiva vanidad por la flor y nata del conservatismo, y debiendo realizar alguna labor que mantuviera en vigencia su nombre, entra en contacto con los radicales, núcleo selecto de letrados, y de entre ellos hace Ministro de Hacienda al doctor Florentino González...

Mosquera se halla casi completamente aislado de los más conspicuos jerarcas del conservatismo, hecho que lo inclina a buscarse salidas por fuera de los viejos cánones del patriciado feudal. Y se decide a servirles a los ricos comerciantes de manufacturas extranjeras: en primer lugar a dar prenda a los ex-

portadores norteamericanos con el Tratado de Amistad, Comercio, Navegación y Privilegios de 1846, que le sirve al Gobierno de Washington de punto de partida para sus atropellos a la soberanía nacional colombiana, como tendremos ocasión de consignarlo más adelante.

En este viraje de Mosquera hacia el naciente poderío de los Estados Unidos, ayudado por su Ministro de Relaciones Extranjeras, a la sazón Mallarino, es “cuando el Ministro González, para hacerle el juego económico a la oligarquía comercial, propone al Congreso de 1846 el proyecto librecambista que rebaja verticalmente los derechos de aduana de los artículos manufacturados análogos o idénticos a los que producía aquí la industria incipiente y el laboreo artesanal”. Escribe Valois Arce.

Los jefes conservadores divorciados de Mosquera, hacen armas de la absurda política de aduanas naturalmente aplaudida por los ideólogos de la burguesía mercantil, para quienes entonces —como para muchos todavía hoy— es igual la política del libre cambio para Inglaterra que para Colombia, tal y como lo han leído en los dogmas de los tratadistas de la Europa industrializada que busca mercados para su producción. Pero Mosquera no retrocede, por el contrario, avanza otro paso. Esta vez sobre el propio terreno de los radicales más exaltados y seguramente menos versados en el conocimiento de las leyes del progreso real de los pueblos. Y “propuso al Congreso la conversión en documentos de deuda pública de los bienes de la Iglesia Católica, de las comunidades religiosas y de los colegios y establecimientos de beneficencia”.

Mosquera inaugura en Colombia las dos cosas más funestas a la comunidad nacional: la humilde sujeción a los intereses económicos, políticos y militares yanquis, y la corrosiva, esterilizante y absurda lucha religiosa en la entraña de un pueblo católico. Sin embargo, el gobierno del General, inspirado en odios y persecuciones; autoritario y despótico, realiza en parte y en parte inicia obras de importancia. Contribuye a desarrollar —como una consecuencia de la política de aduanas— los transportes por el río Magdalena; es abolido el odiado monopolio del tabaco; se organizan los correos nacionales; se construyen algunos caminos y se reparan otros; se traen al país varios profesores de química y técnicos en aleación de metales; se empieza a construir el Capitolio Nacional...

Influencia de las ideas revolucionarias - Crisis, agonía y muerte de la primera hegemonía conservadora - Elección presidencial del General José Hilario López.

La caída de la monarquía francesa en 1848, como consecuencia de una revolución que tiene extensión en toda la Europa Centro-Occidental por su carácter democrático-burgués, y que marca el hecho histórico de aparecer en ella el proletariado moderno actuando como clase, repercute en los liberales de Colombia forjados bajo la influencia de los enciclopedistas, en la enseñanza de Bentham y Tracy, y sobre todo en los núcleos radicales tocados de anarquía intelectual, de academismo abstracto.

Caldeado el ambiente, el liberalismo, su avanzada radical, agita una serie de reformas propias del derecho burgués que siendo de limitado contenido real en una sociedad predominantemente feudal, despierta sin embargo extraordinario interés en las masas laboriosas que desean el progreso de la nación. Algunos radicales aficionados a los estudios económicos (no simplemente de hacendistas, o administradores), leen a Luis Blanc y empiezan a expresar, en la fronda liberal, ideas socialistas que sin ser concepciones de una estructura científica, en la teoría, y menos, mucho menos la expresión real de una sociedad en concreto, ganan sin embargo prestigio como ideas nuevas.

Los artesanos bogotanos influidos por estas nuevas ideas, impulsan las "Sociedades Democráticas" que habían fundado en 1846, las cuales adquieren en poco tiempo influencia extraordinaria en las masas laboriosas de las ciudades del país. Estas sociedades que tienen a veces el carácter y naturaleza de clubes de agitación liberal solamente, son, para nosotros los colombianos, la primera expresión de agrupaciones populares que no obstante recibir inspiración de los radicales, actúan con espíritu de masa, con sentido de fuerza creada en la unidad, y que por su sostenida beligerancia política juegan importante papel en el debate electoral que culmina con la elección del General José Hilario López.

En rigor, a fines de 1848 que se inicia el debate para la sucesión presidencial, el conservatismo no estaba ya en el poder. Pero el liberalismo tampoco. Mosquera terminaba su mandato rodeado por un grupo de transición, produciéndose así a la inversa o por adelantado el clima suave inicialmente propio de los períodos que siguen a los cambios de partido en

el Gobierno. Suave o tolerante como actitud oficial pero no de las corrientes y fracciones conservadoras que se baten bravamente en sus posiciones. Porque el conservatismo que no está con Mosquera tampoco se halla unido para imponerle sucesor, como lo demuestra el hecho de llevar al debate cinco candidatos: Rufino Cuervo, Joaquín Gori, Eusebio Borrero, Mariano Ospina y Joaquín Barriga.

El liberalismo discute sus candidatos. "La parte más arriscada del liberalismo —escribe el abogado Rodríguez Piñeres— propugnó por la escogencia del General Obando, cuyo prestigio en las masas populares era desgraciadamente (sic) arrebatador. Pero esta candidatura tenía fuertes y fundadas resistencias en la fracción civilista e ilustrada del partido..." Y se desecha la candidatura Obando, no propiamente porque su prestigio en las masas fuera una "desgracia" sino porque su nombre podría unir a los conservadores. Se desecha también la candidatura del ilustre doctor Vicente Azuero, representativo en su partido de la "fracción civilista e ilustrada", o sea de los radicales (utópicos que dijera Santander), porque sin tener la "desgracia" de un amplio prestigio de masas que le diera perspectiva de victoria, no podía ser la candidatura adecuada. Se acoge el nombre del General José Hilario López, liberal de unión, amigo y compañero de armas del General Obando en dos guerras civiles; político de tendencia radical moderada; mentalidad legalista, discreto colaborador de la hegemonía conservadora como Embajador ante la Santa Sede, y sin la "mancha" de haber participado en la guerra de 1840...

Nadie con razón negaría que la dirección del liberalismo es acertada desde el punto de vista táctico,

a pesar de que una parte de la "fracción civilista e ilustrada" se dejara atrapar de un grupo conservador dirigido por el famoso esclavista don Julio Arboleda que postula maquiavélicamente la candidatura del radical Florentino González, con el fin evidente de romper el frente liberal, de restarle votos y poner en peligro el triunfo de su candidatura.

Es digno de mención el hecho de que liberales y conservadores lanzan programas a sus electores de muy semejante contenido teórico. Los conservadores hacen promesas civilistas tan fervientes que parecen liberales; y los liberales hablan con tanta moderación que parecen conservadores. Pero unos y otros juegan sus cartas tácticas solamente, de donde resulta por lo menos ingenuo exhibir el programa electoral de los conservadores partidarios de Cuervo o de Gori en 1848 como programa del conservatismo en la mitad del siglo XX. Con todo, pese al tono suave de los jefes y comandos de los partidos, las masas populares que han participado en la guerra del 40 y que son luego tratadas como las cartagineses por los romanos vencedores, hierven en su anhelo de cobrarle al patriado reaccionario las primeras cuentas de la deuda histórica.

El sistema electoral consistía entonces en la elección de diputados regionales con el carácter de electores. Conforme a este sistema, el país eligió 1.701 electores, divididos, así: conservadores, 895; liberales, 806. Pero como los votos conservadores se reparten en cinco candidatos, solo dos cubren las cifras escrutables de acuerdo con la ley (no existía la argucia del arrastre legal), o sean Gori, con 384 y Cuervo, con 304. En esta forma la votación conservadora se contrae a 688 votos, mientras que López queda con los

735 que ha recibido de los 806 sufragios de electores liberales; los 71 votos diferenciales pertenecen al candidato radical del grupo conservador de Arboleda. Esta es la votación, contraída ya a tres candidatos, que debe "perfeccionar" y decidir el parlamento de mayoría conservadora el 7 de marzo de 1849. Y como el pueblo sabe lo que ha significado "perfeccionar" una elección, o sea aplicarle la maquinaria de la reacción, imponerla, se decide esta vez a no dejarse escamotear. Moviliza las fuerzas de las Sociedades Democráticas, y al grito de ¡Viva López, candidato popular!, presiona políticamente la decisión del parlamento sobre los cauces de la evidencia, sobre el respeto al resultado electoral.

A propósito de la elección del General López se han escrito folletones, a veces titulados como "historia".—Es evidente que sin la erguida beligerancia del pueblo bogotano y sus vanguardias las Sociedades Democráticas, el liberalismo se hubiera visto burlado. Pero no es verdad que los fogosos democráticos hubiesen empleado puñales para intimidar a los supremos electores. De puñales en la elección de López habló Mariano Ospina, pensando posiblemente en el puñal que llevaba él la noche del 25 de septiembre de 1828 en el asalto al Libertador Bolívar. Lo forzoso en esta elección consistía en que los votos de los candidatos tenían que desplazarse primero en la eliminatoria de uno y luego en la distribución de los dos finalistas, de modo que uno de estos cubriera la cifra mayoritaria que la ley exigía. Gori queda eliminado, y en la vuelta final López recibe 45 votos parlamentarios contra 39 de Cuervo. La reacción ha sufrido así una derrota a fondo: primero ante las masas electoras de primera instancia que se oponen victo-

riosamente con su candidato en las provincias a la maquinaria de las oligarquías feudales; después, ante el pueblo liberal bogotano que impide las maniobras parlamentarias.

El gobierno reformista del General López - Hacia el sistema federalista - El ferrocarril norteamericano de Panamá - Libertad de los esclavos - Guerra civil reaccionaria de 1851.

El gobierno del General López está naturalmente influido del espíritu francés, y por consiguiente rodeado de las figuras principales del radicalismo, como Ezequiel Rojas, Murillo Toro, Eustaquio Alvarez, Florentino González, Lorenzo María Lleras, Camacho Roldán, Santiago Pérez y otros, que juegan importante papel en las medidas de libertad y en las reformas progresistas que le dan a este período de la historia colombiana un acento especial. Claro que no se trata, como algunos liberales excesivamente idealistas de ahora piensan, de que aquella pléyade de hombres ilustres y aquel Gobierno pro-democrático y progresista, hubiesen "liquidado la Colonia", es decir, la feudalidad, y que en tal sentido hubiesen hecho la revolución. Esto, como es obvio, exagera la realidad.

Por el carácter de síntesis que tiene la presente obra no podemos analizar cada una de las reformas del gobierno del General López, inclusive algunas de tendencia antirreligiosa que confunden los efectos con las causas y que sirven solamente de pretexto a los jefes conservadores para exaltar el fanatismo de las zonas de masa que controlan. Enuméramos apenas

algunas de esas reformas, reservándonos solo un comentario a la libertad de los esclavos, por la completa claridad que los trabajadores de hoy y de mañana necesitan tener sobre un hecho de tal naturaleza.

El gobierno del General López implanta el sistema federalista en la nación, aunque realmente empieza a regir solamente en 1855 con el Estado de Panamá; en 1856 con el Estado de Antioquia, y más tarde en los demás Estados. Esta reforma fundamental en la división política y administrativa del país, había sido revelada especialmente y en varios casos impuesta por la guerra civil de 1840, y es muy posible que hubiese sido la forma de mayor aceptación y conveniencia, definitivamente, si la Constitución de 1863 no la hubiera exagerado en soberanía regional, desde luego impracticable. Es abolida la pena de muerte por delitos políticos, y también la pena de vergüenza pública, odiosa herencia de la medrosa dominación española; es abolida la prisión por deuda, rezago también de la Colonia; se consagra la libertad del pensamiento; la libertad de imprenta, de enseñanza; la libre elección y ejercicio de religión. Se establece el derecho de expropiación por utilidad pública, previa la indemnización correspondiente...

El cerebro principal en las reformas, lo es Murillo Toro, llevado al Gabinete Ejecutivo por exigencia de las Sociedades Democráticas, precisamente porque se inclina al conocimiento de los problemas sociales y políticos, partiendo de su base económica, como lo demuestra su posición ante el problema de las tierras: "Según su proyecto de ley, aprobado por el Congreso de 1850, el cultivo debería ser la base de la propiedad de la tierra..." Murillo Toro entiende, en lo esencial, el problema del latifundismo, de los mono-

polios feudales, de los privilegios. Pero, ¿cómo luchar contra ese mundo de la Colonia? ¿Con las masas en acción para que fuera realidad? No; con las leyes solamente. ¡Porque los radicales son gente de principios; pero muy poco más cuando se les sitúa ante los problemas del progreso, y con frecuencia mucho menos cuando se meten en combinaciones con los conservadores!

Se limita la tasa legal de los intereses “para librar al pueblo de la usura”, pero todo el mundo sabe la ineficacia de esta medida, en lo que a la gente pobre se refiere. Son abolidos muchos tributos que venían de la Colonia y que fueron bandera de la revolución de los Comuneros. Por mandato de una ley expedida en un parlamento de mayoría conservadora, bajo el gobierno de Mosquera y la verba inflamada del jefe de la extrema derecha, Julio Arboleda, son expulsados los jesuitas del país, precisamente el 21 de mayo de 1850.

* * *

Por aquel tiempo —mediados del siglo XIX— Francia otorga la libertad a los esclavos de sus colonias, hecho que repercute particularmente en Colombia, no solo por el eco que los radicales y el Gobierno les dan a los acontecimientos franceses, sino porque la cuestión de la esclavitud se ha agudizado tanto desde la guerra de 1840, que se ha convertido ya en punto vital de la política de los partidos. Abolir la esclavitud había sido grito de combate en la revolución de los Comuneros, y por lo menos deseo del derecho civil republicano que abordó el problema con la libertad de partos en 1814 y 1821, suprimiendo a la vez

la importación de esclavos. Esta medida, tan respetuosa de la "sagrada propiedad" de los esclavistas, tendía, teóricamente, a eliminar la esclavitud en el término de una generación. Además, se expiden leyes de manumisión (el Estado dedicó una modesta renta para comprar esclavos y darles libertad) leyes que prohíben la venta de esclavos para mercados extranjeros, etc. Pero todo esto resulta no solo demasiado lento sino fundamentalmente ineficaz. ¡Era necesaria una medida de corte, una ley que declarara en una misma fecha libres a todos los esclavos! Desde luego, no se trataba de abolir la propiedad de los esclavistas, sino de expropiarla con previa indemnización. Y para ello se tenía ya la ley de "expropiación por utilidad pública". En rigor, se trataba de comprar los esclavos a sus dueños, pero a precios moderados y pagados en bonos que después se amortizarían...

Y aquí está, en lo pertinente, la "Ley 21 de mayo (de 1851) —sobre libertad de esclavos—. El Senado y la Cámara de Representantes de la Nueva Granada, reunidos en Congreso, decretan:

"Artículo 1º Desde el día primero de enero de 1852 serán libres todos los esclavos que existan en el territorio de la República. En consecuencia, desde aquella fecha gozarán de los mismos derechos y tendrán las mismas obligaciones que la Constitución y las leyes garantizan e imponen a los demás granadinos.

"Artículo 2º El comprobante de la libertad de cada esclavo será la carta de libertad expedida a su favor con arreglo a las leyes vigentes, previos los respectivos avalúos practicados con las formalidades legales, y con las demás que dictare el Poder Ejecutivo.

"Parágrafo único. Ningún esclavo menor de cuarenta y cinco años será avaluado en más de mil seiscientos

reales si fuere varón, y mil doscientos reales si fuere hembra; ningún esclavo mayor de cuarenta y cinco años será avaluado en más de mil doscientos reales si fuere varón, y de ochocientos reales si fuere hembra...

...“Artículo 14. Son libres de hecho todos los esclavos procedentes de otras naciones que se refugien en el territorio de la Nueva Granada y las autoridades locales tendrán el deber de protegerlos y auxiliarlos por todos los medios que estén en la esfera de sus facultades.

“Artículo 15. Autorízase al Poder Ejecutivo para que pueda celebrar un tratado público con el Gobierno de la República del Perú, por medio del cual se obtenga la libertad de los esclavos granadinos que han sido exportados al territorio de aquella nación...

...“Artículo 19. Quedan derogadas todas las disposiciones contrarias a las de la presente Ley y el Poder Ejecutivo dictará todos los reglamentos y órdenes del caso a fin de que tenga su más puntual cumplimiento”.

(Esta Ley se adopta en 1851 porque a tal año corresponde ya un parlamento de mayoría liberal).

Y la ley se cumple, pese a la cerrada oposición del señorío feudal y esclavista dirigida por sus naturales voceros, los jefes conservadores. Los prohombres del conservatismo, tan eminentes como Julio Arboleda—ahora nombre y lustre de círculos académicos de presuntos humanistas—, habían aprovechado la situación agudizada con la guerra del 40, cuando los dueños de esclavos temerosos de perderlos los vendían baratos, para comprarlos y a su vez venderlos con buena ganancia en los mercados extranjeros. Para legalizar este tráfico infame, los eminentes negreros habían obtenido la expedición de la Ley 22 de 1843,

en el gobierno de Herrán, gracias a la cual surtieron los mercados del Perú. ¡Es noble, humana y jurídica, la ley sobre libertad de los esclavos al consagrar en su artículo 15 el rescate de los granadinos de color vendidos como ganado en las plazas de ferias peruanas!

* * *

La oposición de los comandos conservadores a la política progresista del gobierno de López, sobre todo en relación con la libertad de los esclavos, asume toda su violencia primero en la propaganda subversiva que busca inflamar la mentalidad retrasada de las gentes, acusando de socialismo y comunismo inclusive a los jefes liberales; luego en la organización y reforzamiento de grupos fanáticos de choque para oponerlos a las Sociedades Democráticas. Por esta pendiente llegan los conservadores rápidamente a la guerra civil reaccionaria, que estalla en Pasto, después en Neiva, en Mariquita, en diversos sitios de Antioquia y pronto se extiende a casi todo el país. Al frente de los cavernícolas en armas se ven las figuras principales del señorío feudal y esclavista, tales como Julio Arboleda, Eusebio Borrero y los hermanos terribles Pastor y Mariano Ospina. Sin embargo, esta guerra con disfraz religioso y supuesta defensa de las tradiciones del hogar y la familia que nadie amenaza, carece realmente de grande afluencia de masas. Lo que indica que las gentes política y culturalmente retrasadas, también entienden y apoyan las medidas de libertad y las reformas progresistas que se hallan en marcha.

La zona clave del posible éxito de la guerra estaba en el sur y luego en el occidente del país. Por eso, los comandos azules que reciben ayuda en armas y municiones de los antiguos encomenderos y esclavistas del Ecuador, sitúan al entonces Coronel Julio Arboleda en el Cauca y al General Borrero en Antioquia. Pero el caudillo sin igual del pueblo, símbolo de libertad sobre todo en el sur, General Obando, le sale al paso a la revuelta, y destroza el ejército de Arboleda precisamente en el poblado de Buesaco, en forma tan fulminante y completa que no le queda al aristócrata negrero otro camino que la fuga al extranjero. Los alzamientos de Neiva y Mariquita, organizados y pagados por señores latifundistas y dueños de esclavos, como los Leyva, los Caycedo, los Viana y los intrépidos clérigos de Ambalema, el Guamo y otros poblados, son debelados por el Coronel Rafael Mendoza, quien arrasa las últimas fuerzas insurgentes en el combate del 6 de agosto de 1851, en el campo después célebre de Garrapata.

En Antioquia, que parecía ser la principal reserva de los alzados, el movimiento sufre su más grave revés con la entrega, sin pelea del Coronel Braulio Henao en el alto de las Coles, cerca de Salamina, ante el General Tomás Herrera, dedicado a debelar el alzamiento en la Montaña. Sin embargo, Borrero trata de hacerse fuerte en el oriente antioqueño, pero choca con Herrera en algunos sitios y finalmente queda liquidado contra los muros del cementerio de Rionegro en la batalla del 10 de septiembre. En Cundinamarca, defendida por el General José María Melo, la lucha se reduce a rechazar y disolver las guerrillas de Guasca y otros sitios, que comandan los hermanos terribles Pastor y Mariano Ospina.

Y con acciones de menor importancia en otras regiones del país, termina así la guerra de 1851, fraguada por el señorío feudal, los antiguos encómenderos y los furiosos esclavistas, con el fin inmediato de impedir la libertad de los esclavos, de anular las reformas progresistas del régimen liberal y regresar al reino de la primera hegemonía conservadora. (Según el doctor Salvador Camacho Roldán, por el año de su libertad los esclavos sumaban en el país, en números redondos, 20.000, "aparte de un número considerable de hijos de manumisos nacidos libres después de 1821, pero que, mantenidos en el poder de sus antiguos amos, estaban en condiciones semejantes a la de la esclavitud").

Si bien fugaz, esta guerra de los comandos azules, azuzada por los cléricos de pelo en pecho, obliga al liberalismo, a sus órganos directivos, a tomar medidas tendientes a controlar la intervención del clero en la política de partido, tratando así de situar, como es lógico en toda sociedad regida por leyes, el poder civil independientemente del eclesiástico y, como es obvio, en el timón del Estado. En este sentido se suprime el fuero eclesiástico y la Corte Suprema de Justicia sigue conociendo de los juicios instaurados contra religiosos; se fijan normas sobre disciplina del clero, e inclusive se otorga derecho a los municipios para nombrar sus propios párrocos de las listas diocesanas. Claro que tales medidas tenían que irritar como en realidad irritan al Arzobispo Primado, a los obispos y clérigos guapos del país, lo que termina con el destierro de los más violentos.

* * *

El gobierno de López realiza una serie de avances en diversos frentes; en 1849, por concesión a una firma yanqui, se inicia la construcción del ferrocarril de Panamá. Esta negociación iniciada en la administración Mosquera y ligada al plan de concesiones estipuladas en el tratado de 1846, interesaba al régimen liberal como factor de progreso nacional en el Istmo, que realmente no lo fue. A los potentados yanquis les interesaba como ruta que acortaba la distancia en las explotaciones mineras del Pacífico; como dominio de una zona territorial colombiana que les habría de vincular al proyectado canal interoceánico, y por consecuencia al tutelaje y separación del propio Istmo. El gobierno de López crea la Comisión Corográfica que preside Codazzi, para desarrollar y concretar estudios iniciales y dispensos que habían abocado Humboldt, Caldas, Zea, José Manuel Restrepo, Bous-singault y otros, y que ya en 1858 presenta un mapa del país sobre cuya base y estudios especiales escribe el doctor Felipe Pérez su texto de *Geografía de Colombia*. Con todo, el hecho de mayor trascendencia histórica del gobierno de López, lo constituye la libertad de los esclavos...

* * *

La posesión de esclavos se hizo más que una cuestión de propiedad privada; más que fuerza de trabajo en relación a un mundo casi virgen; más que la misma ganancia que producían: se hizo una cuestión de importancia, pero de importancia mayor al efecto psi-

cológico que produce la posesión de riqueza: ¡quizás la importancia de tener al nivel del ganado a sus propios semejantes! Este concepto de la importancia especial de tener esclavos vino al continente con los conquistadores. Para ilustrar el punto, leamos lo que está escrito en la página 65 del libro *Biografía del Caribe*, de Germán Arciniegas:

“Cada castellano que se embarca para la Española puede, al principio, traer una esclava. Luego hasta veinte. Todos quieren tener sus esclavos, y es natural. El padre Las Casas lo pide al Rey con entusiasmo. Los Padres Jerónimos sugieren armar expediciones para cazarlos en Cabo Verde o Guinea. Fray Bernardino de Monzedo escribe: “Todos los vecinos de la Española piden a V. A. les mande dar licencia para llevar negros: nos pareció a todos que era muy bien que se llevasen con tanto que sean tantas hembras como varones y que sean bozales y no criados en Castilla, porque esos salen bellacos” Tal fue la mentalidad de los religiosos ante el hecho inhumano de la esclavitud, y tal tenía que ser porque los religiosos y su Iglesia son apenas una parte de la sociedad; la parte que está encubriendo, con el humo de la fe, la opresión y explotación que las clases dominantes ejercen sobre los pueblos. El jesuita ascético Pedro Claver, discípulo del no menos ascético Alonso Rodríguez, revive escenas del cristianismo primitivo entre los esclavos de Cartagena; hace bandera de su sensibilidad y “adquiere la técnica saludable de la atracción, esa especie de estrategia construida por San Ignacio en sus *Ejercicios* por medio de su inmersión total en la misericordia...”. Pero “casos” como el del jesuita Pedro Claver, son apenas excepciones aprovechadas por la propaganda católica.

Algunos laicos, por su natural sensibilidad humana (descontado que pudieran tener bajo antifaz la vanidad y el miedo de los filántropos de ahora), soltaban a sus esclavos "para que andaran mundo y se bandearan solos", lo que significaba en realidad quedarse de "agregados" en los latifundios, de barequeros en las minas, de arrieros en las comarcas, o de siervos "voluntarios" de las familias ricas y los clérigos. De todos modos, desde años antes de la revolución de los Comuneros, por allá en 1766, "doña Javiera Londoño dio carta de libertad a ciento veinticinco esclavos suyos en las vecindades de Rionegro (Antioquia). Se la tuvo por loca. Hasta llegó a pedirse el concepto de los médicos que, sin embargo, debieron reconocer su lucidez". Don Lorenzo de Agudelo, de Santafé de Antioquia, propietario de minas de oro, dio libertad a sus esclavos e invitó a todos los amos de esclavos a que lo imitaran. Y más aún, ayudó a sus emancipados a establecerse en forma que pudieran ganarse su propio sustento. Pero esto no podían hacerlo los amos, porque la esclavitud además de constituir propiedad privada y otorgar categoría, era una institución, algo que estaba en la base de la estructura social y que no podían modificar por simples emociones algunos esclavistas, como don Lorenzo, doña Javiera y otros que dieron libertad a sus esclavos. ¡Y don Lorenzo fue procesado y condenado a destierro y prisión de por vida en los mortíferos penales de Portobelo, en Panamá! "En cuanto a los negros infelices a quienes diera libertad Agudelo —escribe el historiador Luis Martínez Delgado—, fueron todos ellos aprisionados por las autoridades reales y vendidos en pública subasta a amos menos generosos, menos benévolos que aquel. También las minas y demás propie-

dades del desventurado libertador de esclavos, fueron incautadas por los administradores coloniales, todo en provecho del Tesoro de Su Majestad católica. "Quizás lo más grave que hizo don Lorenzo no fue libertar a sus esclavos sino invitar 'a todos los amos de esclavos a que lo imitaran' ". ¡Esto, en la sutileza casuística de los inquisidores y los jueces de la Colonia, tenía que ser interpretado como invitación a subvertir el sagrado orden social imperante!

Pero lo escrito antes sobre casos aislados no dice casi nada de la esclavitud como institución y su abolición. La esclavitud y su abolición no puede tener explicación histórica sino en los procesos de la evolución económica de la sociedad, en la que siempre estuvo en relación y contradicción. En relación como fuerza de trabajo; pero en contradicción porque también fue conciencia en lucha por la superación de su existencia y la conquista de su libertad. En esta lucha mundial, sorda unas veces y detonante otras, estuvo el esclavo granadino a toda hora, como lo hemos dejado plenamente demostrado en diversos lugares de la presente obra. Pero, como valor excepcional de ejemplo en el Continente Americano, el pueblo haitiano, casi todo esclavo, nos ofrece el espléndido escenario que ofrecemos, como tributo a los negros, en las siguientes líneas:

A fines del siglo XVIII, Haití —colonia francesa desde 1664— tenía 500.000 esclavos negros, y 30.000 habitantes blancos entre los cuales estaban, naturalmente, los esclavistas. Unos 40 años antes de la gran Revolución Francesa, el negro Mackandal agita y trama un levantamiento de esclavos. Estupendo orador, reúne la gente en los montes y la exalta. El plan de rebelión se descubre y Mackandal es quemado vivo.

¡Pero sus ideas de libertad quedan saturando el ambiente, quemando la boca cerrada de los negros! El mulato Oge, rico con influencia entre miembros importantes de la Asamblea Nacional de Francia, organiza un nuevo levantamiento, pero lo derrotan y muere torturado con un martillo, con el cual le rompen la cabeza, le quiebran los brazos, las piernas y las costillas, y después lo amarran de espaldas a una rueda hasta que acaba de morir. El 14 de agosto de 1791 se rebelan de nuevo los negros. ¡Dos meses dura la revuelta: 2.000 blancos mueren; 180 entables de latifundios quedan en cenizas. Pero la pierden los esclavos y cerca de 10.000 suben a la horca! Sin embargo, poco después los negros vuelven a la carga. Surgen los dos caudillos máximos: Toussaint, esclavo cochero que aprendió a leer y se hizo político, diplomático y buen militar, y Dessalines, esclavo de un negro rico, nacido en Africa, astuto, valiente, audaz, terrorista, ambicioso. En diez años de guerra, jugando entre los franceses, los ingleses y los españoles con gran habilidad, Toussaint y Dessalines hacen carrera de armas y determinan el destino de Santo Domingo y Haití...

Tropas de Napoleón, bajo el mando del General Leclerc invaden a Haití para destruir a Toussaint que se ha convertido en héroe nacional. Y no lo vencen en el campo de batalla, pero lo engañan: primero firmando con él un tratado que no iban a cumplir, y después invitándole a una entrevista en la cual le hacen prisionero y le remiten a Francia. No obstante, la lucha sigue: los franceses pierden 60.000 combatientes y el campo queda en poder de Dessalines. ¡Francia renuncia de Haití porque le resulta muy costosa! La esclavitud desaparece ahí. Pero el libertador negro,

en el vértigo de su grandeza, apoyado en el delirio del pueblo libre, se proclama emperador en 1804. Estando en su trono, pasa por la isla el Precursor Miranda a quien recibe espléndidamente y, además, “le da una fórmula para acabar con los españoles: cortarles la cabeza y quemarles las casas”.

Dos años después de hacerse emperador, Dessalines es asesinado. Sube al trono, como rey, el negro Christophe, antes esclavo, quien también envanecido, se dedica a copiar las monarquías europeas, inclusive creándose nobleza. A causa de tanto absurdo, Haití se divide: en un pequeño reino de Christophe y la república de Petión. Este Petión, hombre de ideas liberales, organiza un gobierno liberal y, por lo que a nosotros corresponde, acoge a Bolívar y le ayuda a preparar su expedición decisiva por el caudal del Orinoco...

Un acontecimiento histórico en la lucha contra la esclavitud —no conocido suficientemente por nosotros— es el siguiente:

“A fines del siglo XVIII, sacando partido de la situación creada por la invasión que hizo Holanda al norte del Brasil, los esclavos negros se rebelaron, abandonaron los ingenios azucareros y se internaron en las montañas, fundando en una región que llamaron Palmares una república negra que contaba con una población de 35 a 40 mil habitantes. Allí se fortificaron. La Corona portuguesa envió, sin resultado, una serie de expediciones contra la joven república. Pero finalmente, careciendo del necesario apoyo del resto de las masas esclavas que no se sublevaron, la república negra fue vencida y destruida por un poderoso ejército que envió la Corona al mando de un salvaje aventurero, esclavista y bandido, llamado Jorge Velho.

Cuando este personaje regresó de su expedición trajo consigo, como trofeo y símbolo de su 'gloria', 3.000 pares de orejas de los esclavos vencidos y asesinados.

"No obstante haber sido vencidos, esta rebelión de los esclavos negros, semejante por muchos aspectos —por su sentido social, gobierno propio y refugio en la montaña— a la célebre sublevación de los esclavos romanos encabezados por Espartaco, repercutió hondamente en el Brasil, dejando una clara sensación de gran valor y espíritu de sacrificio de esa raza que hasta entonces había sido considerada incapaz de rebelarse.

"Se refiere que muchos de los esclavos prefirieron morir y se mataron a sí mismos, al ser vencidos, antes que volver a la esclavitud, o antes que entregarse a los vencedores. El esclavo jefe de esta rebelión, el negro Zumbi, verdadero Espartaco negro, fue el primero en dar ese ejemplo, pues al ver sus fuerzas vencidas, antes que entregarse, murió arrojándose desde lo alto de un peñasco". (Del informe de un delegado cubano al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana, en mayo de 1929 en Montevideo, en el cual se trató el problema negro del continente).

La esclavitud toca a su fin. "Es mucho mejor trabajadores libres en la India a penique el día, que esclavos en las Antillas". En tal forma evidente razonaban los ingleses en el cruce de los siglos XVIII y XIX. Los padres de las ciencias económicas burguesas, entre ellos Adam Smith, "condenan el sistema de la esclavitud como el más costoso del mundo", en su época, naturalmente. "En la India se produce todo más barato que en la América", afirma Pitt, Primer Ministro del Rey don Jorge III. En

este ocaso de la esclavitud es cuando nace la Abolitionist Society, que influye naturalmente en la sensibilidad de las gentes. Así, cuando los modos de producción evolucionan, cuando las relaciones económicas y sociales pasan a planos superiores; cuando la fuerza de trabajo del esclavo deja de ser el mejor negocio, es cuando aparecen las sociedades "humanitarias" o protectoras de los derechos humanos que abogan por la libertad de los esclavos: cuando aparecen los idealistas "amigos de los negros" como Brissot, Mirabeau, Condorcet...

Sin embargo, la abolición legal de la esclavitud, aparte de los bravos negros de Haití, empieza a realizarse solamente en 1823, cuando Chile, siendo consecuente con su Guerra de Independencia, rompe las cadenas que ataban a su gente. La esclavitud es abolida en Inglaterra, en 1833; en México, en 1837; en Colombia y Ecuador, en 1852; en Perú y Venezuela, en 1854; en los Estados Unidos, en 1863; en Holanda, en 1876; en Portugal, en 1878; en España, en 1886; en el Brasil, en 1888. En general, el siglo XIX lo es de libertad de los esclavos, porque lo es del florecimiento del sistema social capitalista, de su modo de producción con fuerza de trabajo asalariada.

III

DE LA OLEADA REACCIONARIA EN EL MUNDO A LA RUTINA DE LOS GOBIERNOS RADICALES

Oleada reaccionaria en el mundo - El frente reformista colombiano se agrieta - Obando Presidente - Golpe militar de Melo y guerra civil de 1854.

En la década de 1840 a 1850, la monarquía española trata de realizar sus planes de reconquista colonial en América. Y, para ello, aprovecha la delirante ambición de caudillos y aventureros que podrían servirle de escabel o testaferros en la empresa. En este negocio de nuevos virreinos está comprometido en el Ecuador Juan José Flórez; en el Perú los comandos de la antigua nobleza; en Venezuela, México... En Colombia se sindicaba de jefe aspirante a Virrey al General Mosquera, cuando estaba de Presidente. Y sea por miedo a la resistencia popular o por la polí-

tica anti-española de los Estados Unidos el hecho es que Mosquera se lava las manos cuando firma el Tratado pro-yanqui de 1846, según el cual (entre otras cosas) el Gobierno de Washington prestaría auxilio al de Colombia en el caso de agresión extranjera, a solicitud previa. Esta cláusula del Tratado obedecía, inmediatamente, al peligro de que Flórez y otros instrumentos de la España imperial trataran de invadir el territorio de la Nueva Granada cláusula que devino en fórmula de intervención directa de los Estados Unidos en cuestiones propias de la soberanía colombiana, apoyándose en las fuerzas reaccionarias del país interesadas en conservar el poder...

La revolución de 1848 en Europa se repliega ante el empuje reaccionario. Francia vuelve al imperio; México cae bajo el señorío feudal comandado por un príncipe europeo. En 1851 llega a Bogotá el Nuncio del Papa, Monseñor Boreli, a dirigir la contramarcha. Y, conforme al plan, promueve obispos, llena sillas vacantes y consigue el nombramiento de Arzobispo Primado para el padre Herrán. En 1853, la maquinaria eclesiástica está remontada (véase *Historia Contemporánea de Colombia*, de Gustavo Arboleda, Tomo IV, página 12); los jefes conservadores de la guerra del 51 se confabulan con jefes radicales para volcar el régimen liberal; cinco sacerdotes ocupan sillas en el parlamento...

En el Gobierno del General López se dividen los dirigentes del liberalismo bajo divisas casi absurdas. Los radicales a ultranza se llaman "gólgotas" porque predicán ideas de "libertad, igualdad y fraternidad" que circulan también en la novela, entonces en boga, llamada *El Mártir del Gólgota*, si bien con mucho menos espíritu combativo. Los de corte Santanderista

que llamaban al liberalismo "progresista" desde 1837, que creían en la vitalidad de las masas populares y las buscaban, se llaman —o se les llama— "draconianos", quizás porque saben ir inclusive a la guerra para tratar de solucionar, a su modo, los problemas del pueblo y de su época.

Con todo, esta división de los dirigentes liberales no cala tanto en las masas como para que vieran los conservadores abierto el camino de su regreso al poder. Y para suceder a López los "gólgotas" postulan al General Tomás Herrera; pero los progresistas aclaman a Obando y su triunfo es una estupenda apoteosis nacional. Los conservadores se guardan en este debate presidencial. El primero de abril de 1853 se posesiona Obando, y el parlamento elige a José de Obaldía para Vicepresidente y al General Herrera como Primer Designado.

A pesar del espléndido triunfo del General Obando, el régimen liberal estaba herido de muerte. Si las masas populares le daban su respaldo en las urnas, jefes y grupos radicales conspiraban para destruirlo porque preferían un gobierno de los conservadores antes que un régimen con influencia fundamental del pueblo. Y se ve así un parlamento en donde las alas conservadora y radical, obrando por "coincidencia", dejan en deplorable minoría la corriente progresista en que se apoya el Ejecutivo. ¡El Senado de la República elige para su Presidente al aristócrata negrero Julio Arboleda! Se trata, en general, de un parlamento para tumbar a Obando, y, según los radicales, para llevar al solio al Vicepresidente Obaldía o al Designado Herrera, y según los conservadores para que los liberales se despedazaran y regresar ellos al poder...

El 16 de mayo, cuarenta y un días corridos del gobierno de Obando, recibe el Ejecutivo el texto de la nueva Constitución Nacional expedida por el parlamento y que venía en discusión desde 1851, y de la cual dice el muy ilustre y sagaz radical don Justo Arosemena, que "había ido tan lejos en punto a democracia y libertad, que no se sabe hasta donde habría sido practicable, pues sus principios no estaban abonados por la práctica de ningún país". Esta Constitución que constituye una trampa para el Presidente Obando, la sanciona sin embargo éste, porque así fueron (y en parte todavía lo son) los herederos de Santander; ¡legalistas respetuosos del Parlamento y sus leyes hasta más allá de lo sensato!

Según la mencionada Constitución, se separa la Iglesia del Estado se mantiene la libertad religiosa y queda naturalmente válido el matrimonio civil; se adscriben los cementerios a los Concejos Municipales para su administración civil; se establece el sufragio sin restricciones para los varones mayores de veintiún años y el voto secreto; se consagran amplias libertades públicas, seguridades y garantías individuales; se establece la elección popular de gobernadores, y se descentraliza de tal modo el Gobierno Nacional, que de aplicarse la nueva Constitución, resultaría en realidad la instauración del sistema federal. En condiciones de natural armonía entre las Ramas del Poder Público, no habría nada que objetarle al citado estatuto, desde el punto de vista liberal, romántico seguramente. Pero en momentos cuando los radicales y los conservadores en connivencia lo adoptan e imponen al Ejecutivo, tenía por finalidad rodear al General Obando de gobernadores enemigos o por lo menos desafectos, dado que la "fracción ilustrada" del

liberalismo estaba más cerca de ocupar esas posiciones, como en realidad las ocupa, además de otras de carácter decisivo en las administraciones seccionales.

Pero el parlamento de coalición anti-liberal no se detiene cuando expide la nueva Constitución sino que expide también una serie de leyes que tienen por objeto presionar el retiro de Obando. Entiende la coalición que las Fuerzas Armadas están en poder de los amigos del Presidente, y procede a legislar para suprimir el ejército permanente y el grado de General. Y más todavía, aprueba un presupuesto que reduce en tal forma las entradas por concepto de rentas que deja gran parte de los gastos en descubierto. Veamos las cifras: presupuesto de rentas calculadas para el año 1854-1855, \$ 1.959.756 de gastos, \$ 2.657.662. Todo esto exaspera a los amigos de Obando, más que a éste que parece ingenuamente confiado, tal vez pensando, como Santander en 1826, "que la fuerza moral sea la que reprima la insurrección..."

Pero los hechos se precipitan. El Comandante de las Fuerzas Armadas de Cundinamarca, antes que verlas disueltas, rebajado su grado de General y posiblemente alejado de su carrera; teniendo en plaza bajo su mando 1.500 soldados adictos al Presidente Obando, y todo el apoyo del pueblo bogotano, fragua en combinación con los jefes de las Sociedades Democráticas un golpe de Estado, que viene a verificarse, sin una gota de sangre, en la noche del 16 al 17 de abril de 1854. El comandante de las citadas fuerzas y supremo jefe del golpe, General José María Melo, leal a Obando como toda su gente, quiere allanarle el camino al Presidente. Y, conociéndole su mentalidad legalista, le planea así una situación de hecho: ¡Asuma la dictadura, General Obando! Pero

este General es una perfecta conciencia republicana, una fortaleza de principios invulnerables, y rechaza esta vez la dictadura como la había rechazado en 1831, cuando se la ofrecieron también. ¡Y Melo que no tiene para dónde retroceder, echa un paso adelante para quedarse en el poder!

En la mañana del 17 de abril, cuando Melo concentra sus masas de soldados y civiles en la Plaza Mayor, el Vicepresidente Obaldía, a la cabeza de una comisión de notables, se presenta a Palacio y pide al General Obando que “salga a contener a las tropas, a salvar la República...” Pero Obando le contesta filosóficamente: “Me parece tarde”. Y era verdad. Porque aquí no se trata, en rigor, de un movimiento contra Obando y su Ejecutivo, sino de un “esfuerzo por salvarlo”, visto el problema con los ojos de los liberales que no pueden concebir otra salida para la crisis.

El General Obando no es personaje de camarilla y por consiguiente su gobierno no estuvo rodeado de importantes eslabones de los grandes intereses que le ayudaran a contemperizar con los radicales o con los conservadores, según el caso. Obando pudo haber hecho frente al parlamento con un plan político: llevando puntos nuevos o modificaciones a la nueva Constitución para demorar su expedición; ganando por los medios que otorga el Ejecutivo a elementos claves de la opinión; reforzando sus posiciones de gobierno en todo el país. Es decir, haciendo su administración astuta, maquiavélica. De no proceder así, debía renunciar al poder: pero esto tenía que hacerlo oportunamente, por decisión propia, como luchador que conserva la iniciativa inclusive para saber a qué hora se retira del campo. En la mañana del 17 de

abril ya era tarde. Tarde porque entregar el poder —que fue lo posible— no significa ya una política, ni siquiera de salida, sino simplemente la actitud de un fugitivo.

Y Melo que no estaba en condiciones de pensarlo mucho, reduce a prisión al Presidente y sus ministros. El golpe militar del General Melo se presta, por lo complejo de la situación en que se produce, a juicios encontrados. Para los enemigos de Obando solo había una alternativa en la mañana del 17 de abril: ¡O sale el General a pelear con sus amigos, a morir en la lid, o está comprometido en el cuartelazo! Con este criterio de tartufos, el parlamento de sus enemigos lo declara después culpable: pero la Corte de Justicia en cuyo seno offician viejos adversarios suyos, como el doctor José Ignacio Márquez, lo absuelve. Obando rechaza ser dictador, condena el cuartelazo, pero no toma las armas para restaurar el orden constitucional; argumentan sus enemigos. Es decir, tomar las armas para luchar contra sus enemigos, lo que daría por resultado unirse a los radicales en la lucha contra masas liberales para hacerles el juego a los conservadores. ¡Santander no fue conspirador el 25 de septiembre de 1828 y tal actitud no significó —ni podía significar— su deber de luchar contra los conspiradores, sus amigos!

No está en nuestro conocimiento si hubo algún esfuerzo de unidad liberal para tratar con Melo y regresar bajo alguna forma el Poder Ejecutivo a los cauces legales. Sabemos que los jefes conservadores se inflaman de espíritu republicano, de amor a las normas constitucionales, a las leyes, al Estado de Derecho, y azuzan la guerra para restaurar la legalidad. Los radicales saben que Melo no es un hombre

oscuro, que se puede tratar con él. Pero prefieren darle la carta a los conservadores. El General José María Melo "era uno de los más distinguidos oficiales de la Independencia, soldado de oficio, militar de honor, probado liberal, "afirma el doctor Aníbal Galindo, cuyo testimonio es insospechable, pues apenas hubo conocido los sucesos del 17 de abril, empuñó las armas contra la dictadura, y ese concepto fue escrito muchos años después". (Citamos al académico Carlos Lozano Lozano). El General Melo "poseía el busto del Libertador, las estrellas y escudos concedidos a los vencedores de Pichincha, Junín y Ayacucho, y era de los libertadores del sur, benemérito en grado heroico y eminente", reza su hoja de servicios... Su posición social era de primera, su mujer, cuñada del General Rafael Urdaneta...

* * *

El historial colombiano tiene la tendencia a reducir a Melo, a pintarlo de simple aventurero para encubrir el papel de los confabulados contra el caudillo popular General Obando y revestirlos de los méritos de la restauración constitucional. En realidad, la dictadura de Melo queda reducida al perímetro de Cundinamarca, porque el resto del país estaba, en lo general, bajo el mando o la influencia de los radicales y conservadores. Por consiguiente, era fácil rodearla con las fuerzas regulares y los cuerpos de milicias de los departamentos, y liquidarla. Esto lo entienden perfectamente los comandos conservadores que ven caminar el elefante del poder hacia ellos. Los Generales López, Herrera y otros se dan cuenta de la situación y se lanzan a competir con los jefes azules en la

misma línea de fuego, bajo la suprema dirección del General Herrán y su primer ayudante el General Mosquera.

Y sin embargo de lo confusa que pudiera ser la situación, la guerra de restauración se hace popular, en parte porque, derribado el General Obando, se ve a López ir al desquite, y en parte porque, los conservadores que saben lo que hacen movilizan a su gente para recibir el poder. Melo y sus comandantes ganan combates de importancia en la región de su dominio, tales como los librados en Tiquisa y Zipaquirá que pierde el Designado Presidencial General Herrera; pero pierden también acciones decisivas como la batalla del Cardenal que gana Santos Gutiérrez. Con todo y la experiencia y capacidad militar de Melo, es de toda evidencia que su régimen de hecho no puede sostenerse por largo tiempo, a pesar de que la lucha empieza a tener choques en las regiones del occidente, del norte y del oriente del país, y es así como el 4 de diciembre de 1854, al converger sobre Bogotá el ejército del norte al mando de los Generales Herrera y Mosquera, y el del sur comandado por López, llega a su fin la dictadura. Melo resiste con denuedo a la cabeza de su gente; se libran combates en las propias puertas de la ciudad (ya en la plaza de Las Nieves, muere el bizarro General Herrera). Pero al cerrarse la tenaza sobre la plaza de San Victorino y abrazarse ahí los Generales López y Mosquera que habían sido jurados enemigos, Melo ondea sus banderas blancas.

Esta dictadura singular que retiene el poder durante siete meses sin cometer ningún exceso de fuerza, ningún abuso de autoridad; sin fusilar a nadie, sin restringir ninguna libertad sin censura de prensa ni siquiera ante la falsa inculpación que se le hacía de

haber “asesinado al Cabo Quirós”, pasa “provisionalmente” al Vicepresidente Obaldía, mientras los comandos conservadores designan al doctor Manuel Mallarino, conocido reaccionario que asume el mando el primero de abril de 1855. ¡Y los radicales felices! Mientras tanto el General Melo otorga fianza mientras se le sigue juicio, en cuantía de \$ 8.000 y de carácter hipotecaria que le presta el doctor Murillo Toro. En este juicio de responsabilidades, Melo se muestra altivo, inteligente y digno (véase *Historia Contemporánea de Colombia* - Tomo IV, páginas 339 y 340). Indultado, obtiene pasaporte y sale para México a combatir al lado de Benito Juárez contra la ocupación francesa. Prisionero en el sitio de Juancamá, héroe y mártir, muere fusilado en 1860.

El gobierno de Mallarino - Los Estados soberanos - La elección de don Mariano Ospina. Hacia la segunda hegemonía conservadora.

Mallarino en su papel de Presidente de transición, hace Gabinete de dos conservadores y dos liberales, entre éstos Rafael Núñez, radical con reservas a pesar de que se le considera como personaje de izquierda del liberalismo y naturalmente de sus gentes ilustradas (historiadores de ahora, como Rodríguez Piñeres, niegan que Núñez hubiese sido radical. Pero como tal figuró en la Convención de Rionegro, y como tal lo sitúa su amigo de entonces, Camacho Roldán, en la agrupación radical de 1851. Lo que sucede, realmente, es que los radicales no fueron —y no podrán serlo— un todo homogénico, y que Núñez tenía sus

divergencias inclusive en cuestiones fundamentales que más adelante expondremos). Bajo el régimen conservador se crea el Estado de Panamá (1855); el de Antioquia (1856); el de Santander (1857), y luego los del Cauca, Bolívar, Magdalena y Boyacá, de acuerdo con la Constitución de 1853.

Y como el nuestro es un país medularmente legalista, en donde a veces se invocan las leyes republicanas y pro-democráticas para disfrazar actos dictatoriales y regímenes de fuerza, el Presidente Mallarino que recibe el poder de Obaldía está cumpliendo el período constitucional que correspondía al General Obando. Por consiguiente, el año de 1857 se inicia con una nueva elección presidencial, a la cual concurren, como candidatos, Mariano Ospina por la maquinaria conservadora ya reconstruida; Murillo Toro por el liberalismo vencido, y Mosquera por el "mosquerismo" o sea la zona promiscua de sus seguidores. El debate no resulta necesariamente candente, y las cosas pasan sin asustar demasiado a los liberales. A Ospina le cuentan 96.000 votos; a Murillo, 82.000; a Mosquera, 32.000. En esta forma llega el fogoso conspirador del 25 de septiembre de 1828 a la silla de los presidentes, que ocupa, con todos los ritos del ceremonial, el primero de abril de 1857.

Según se había hecho ya costumbre, el gobierno del señor Ospina empieza por una nueva Constitución, porque la que regia se declaraba "centralista" pero en realidad había sido la base de la creación de los Estados. Se trata aquí de saber si los conservadores regresan a sus bases de principio del centralismo como sistema, o si por razones políticas del momento se quedan de federalistas. Y en esta como en muchas ocasiones, los conservadores demuestran su desprecio

a los principios, a las leyes y a sus propias tradiciones, cuando están en marcha hacia el botín del poder o se hallan en posesión de él. Y es así como el 22 de mayo de 1858, el parlamento de mayoría conservadora expide y el Presidente Ospina sanciona la nueva Constitución de la Confederación Granadina, que significa la plena adopción del sistema federal. Esta nueva Constitución contiene una serie de modificaciones en el orden administrativo, pero, teóricamente, mantiene las libertades y derechos consagrados en la de 1853. "Entre las atribuciones del Presidente estaban las de 'velar por la conservación del orden general y, cuando ese orden sea turbado, emplear contra los perturbadores la fuerza pública', e impedir cualquier agresión armada de un Estado contra otro".

Como es obvio, el Presidente Ospina no necesita la colaboración liberal propia del gobierno de transición, y desde su llegada al poder implantó su Gabinete de perfecta hegemonía. Naturalmente, regresan los jesuitas al país y de nuevo se les entrega la "educación de la juventud dorada". El parlamento de 1859 se ocupa del pie de fuerza de la Confederación y de cada uno de los Estados que la componen; se ocupa asimismo de reajustar la maquinaria electoral por medio de una ley que asegurará a perpetuidad el régimen conservador y clerical. La expedición de las citadas leyes y el tipo beatón del gobierno de Ospina, exalta a los liberales. Y la situación entra a una atmósfera de extraordinaria tensión. El Ejecutivo confederal entiende la gravedad y procede a fomentar guerras "preventivas" en los Estados de gobierno liberal, a fin de quebrantarlos. En esta línea de provocación oficial, estalla un levantamiento conservador contra el gobierno de Santander, a la sazón en

manos del General Eustorgio Salgar. La guerra se extiende de Santander a Boyacá pero en ambos Estados es aplastada. Ospina declara, entonces, turbado el orden público en la nación (3 de septiembre de 1859) y ataca otros frentes liberales.

La guerra civil de 1860 - Liberales y “mosque- ristas” en un solo frente - Otra vez los radi- cales contra el General Obando - Sin haberse consolidado aun cae la segunda hegemonía conservadora.

El gobierno jesuístico de Ospina estaba tan confiado en su plan de maniobras guerreras, que antes de los sucesos de Santander y Boyacá tenía ya resuelto el problema de su sucesión presidencial de 1861, inclusive con el cambio de Herrán, el General rutinario, por Arboleda, el intrépido cruzado de las huestes azules. A este respecto escribe el profesor Néstor Pineda: “...había causado muy mala impresión el Decreto de 28 de marzo de 1859, expedido por el Gobierno en favor de don Julio Arboleda, quien debería ser el candidato oficial a la Presidencia para el próximo período constitucional, en reemplazo de la del General Pedro Alcántara Herrán, cuya candidatura, al decir de Vergara y Vergara ‘estaba aceptada y firmada por los conservadores hacía un año’”

Como se ve, este Gobierno que firma una Constitución que le obliga a “velar por la conservación del orden general” y en seguida se convierte en su perturbador, pensando así liquidar a sus adversarios, intimidar a los Estados de gobiernos no adictos para

imponerles autoridades controladas y completar la homogeneidad del régimen teocrático nacional, ya planeaba hacia el futuro, sobre el sistema de la sucesión presidencial prefabricada...

Enterado el Ejecutivo confederal de que Mosquera, Gobernador del Estado del Cauca, rechaza su política de agresión y de que se halla en trato con los Gobernadores de otros Estados —Bolívar y Santander/ entre ellos— para enfrentarle la fuerza a su fuerza; y sobre todo alarmado porque Mosquera se ha aliado con el General Obando, y que éste y el General Julián Trujillo hacen parte del Gobierno del Cauca, decide abrir operaciones sobre aquel Estado... Y precisamente en estos momentos decisivos para el liberalismo, y los jefes radicales se pronuncian contra el pacto o alianza política y militar que significa el acercamiento de los viejos rivales Mosquera y Obando, a quienes Murillo Toro compara con Sila y Mario, olvidándose la diferencia de condiciones históricas, de tiempo y lugar, y de que las masas entonces como nosotros ahora, aceptan la comparación de Obando con Mario, en cuanto el célebre romano lucha a la cabeza del pueblo llano contra la soberbia aristocracia, su patriciado esclavista y sus pretores dueños del poder: ¡Contra estas fuerzas que son aquí la herencia de la Colonia, en su medio y en su época, lucha el General Obando! Podríamos hacer una comparación más cercana y desde luego mejor relacionada: El 4 de diciembre de 1854, esto es seis años antes, López y Mosquera, también rivales, se abrazan en la plaza de San Victorino. Que López tuviese menos razones de rencor (para los que ven la política solo en las personas) contra Mosquera que Obando, es evidente: ¡Pero López abraza a Mosquera cuando se entrega el

poder a los conservadores, y a Obando cuando se les va a quitar! Este solo hecho revela la superioridad de Obando, su capacidad de aliarse con el peor enemigo, y con el diablo mismo, si entiende que del juego han de salir victoriosas las ideas de su partido que son entonces las de su pueblo. Porque, caído el régimen de Ospina, no sería esa corriente amorfa del "mosquerismo" la que llegaría al poder sino el liberalismo: sus ideas y sus hombres.

La actitud de los jefes radicales, tan de izquierda en la teoría y con frecuencia tan a la derecha en la práctica, obedece a su actitud ante las masas, que, según su deseo, han de aplaudirles y votar por ellos: pero nada de acción directa; nada de armarse para la lucha porque de ahí puede resultar, cualquier día, la revolución de abajo hacia arriba, es decir, una conmoción social que beneficie al pueblo... Los radicales son idealistas que suponen la existencia de las cosas por el "hecho" de imaginarlas, como suponen en 1850 liquidada la feudalidad, el mundo de la Colonia, y como tal acuden a legislar y "ordenar" la sociedad civil sobre principios democrático-burgueses. Naturalmente, cuando los jefes radicales no coinciden con las masas en sus luchas por medios jurídico-legales, prefieren entrar en combinaciones con los conservadores y servirles en el poder o fuera de él: para que las masas no transmonten el lindero de la ley, así sea ésta engendro de la violencia, arma de las oligarquías dominantes.

De todos modos, los jefes radicales (que no fueron todos) resultan incapaces de quitarle ímpetu de masas a la guerra civil de 1860, por más que quisieran reducirla bajo el pretexto de la horrible unión de los Generales Mosquera y Obando. Y vemos así que cuan-

do las tropas del Gobierno confederal marchan sobre el Estado del Cauca, Obando se pone a la cabeza de los voluntarios del sur, de su pueblo aguerrido y vencedor o vencido, siempre leal a su caudillo. Mientras tanto el General Mosquera, bajo el rumboso título de "Supremo Director de la Guerra", moviliza sus banderas y sus soldados de línea por el Valle, en dirección al Estado de Antioquia...

Y la contienda toma cuerpo. El General Herrán, con el no menos rumboso título de "Comandante de las Fuerzas Confederales", se dirige a Santander con un ejército de 4.000 soldados veteranos: y vence a los liberales del General Salgar, y sobre el campo conquistado implanta el régimen adicto que ha de presidir el General Leonardo Canal. El General Eduardo Posada y el Coronel Braulio Henao, con un ejército regular de poco más de 2.000 unidades y algunos fanáticos voluntarios, atrincherados en Manizales, atajan al General Mosquera que avanza por ahí con sus hombres de tropa, con su banda de músicos y sus equipos técnicos de campaña, precisamente el 28 de agosto de 1860. Mosquera no es derrotado, en el rigor de la palabra, pero se le obliga a retroceder, creyéndole que volvería al ataque, que los contrarios esperan sin salir de las posiciones que les daba su ventaja. Pero Mosquera no se crece ante las dificultades sino ante los éxitos fáciles, ante la corriente de los vientos, y sin pensarlo mucho decide izar banderas blancas para firmar después un convenio, obligándose a suspender y entregar las armas al Gobierno confederal, a cambio de amnistía para todos. Total, nada. Pero la soberbia pierde a los dioses. El Presidente Ospina niega su aprobación al Convenio de Manizales, y la guerra sigue su marcha.

Mosquera se regresa al Cauca, recupera su valor, reafirma su alianza militar con el Gobernador de Bolívar, reconstruye sus relaciones con las gentes de Santander, y, con el General Obando al frente del ejército del sur, toma la ruta de Neiva, en dirección a Bogotá. En la marcha choea con el General Joaquín París y lo derrota en singular batalla el 19 de noviembre. Naturalmente llega a la ciudad de Neiva muy envalentonado —guapiando como se dice en el sur—, y se le suma el General López con buena gente y pertrechos para seguir a la capital. Con los Generales Obando y López, la guerra de 1860 se convierte en gesta del pueblo... ¡Y Mosquera en el dios Martel! ¿Quién dice ahora de firmar convenios como el de Manizales? Como es sencillo entenderlo, en las esferas del Gobierno confederal se siente pánico. El General Miedo puede ganar ahora las mejores batallas...

* * *

El primero de abril de 1861 se vence el período presidencial y Ospina aprovecha la coyuntura para escapar de “su palacio”, porque la guerra está llegando a Bogotá. Y como no se puede presentar la comedia electoral, ni reunir el parlamento, ni “perfeccionar” la elección para posesionar a don Julio Arboleda, se llama al Procurador General de la Nación, Bartolomé Calvo y se le sienta en la silla, mientras llega el Gran General Mosquera... Y se pelea en todo el país cuando apunta el ejército del sur en Subachoque, cerca de la capital, en donde otra vez es vencido el General París que se había hecho fuerte allí. Cuatro días después de esta batalla que tuvo

lugar el 25 de abril, o sea el 29, en sitio conocido con el nombre de Cruzverde, muere el General Obando en una emboscada "que planea y dirige" un tal Coronel Ambrosio Hernández.

Pasado el triunfo de Subachoque y la muerte del bizarro General Obando, se suma al poderoso ejército del sur el brillante General Santos Acosta con sus tropas vencedoras en Santander y Boyacá. Y, unidas así las fuerzas liberales, se libran los famosos combates de Usaquén, en las puertas ya de la capital, los días 12 y 13 de junio. Sin embargo, solo el 18 de julio de 1861, luego de reñidas luchas en las propias calles y plazas de la ciudad, las banderas de los ejércitos unidos del sur y del norte flamean victoriosas.

El General Mosquera, consecuente con su pasado, hace fusilar a diferentes personas, entre ellas al asesino del General Obando, capturado a raíz de su emboscada del 29 de abril. Los hermanos terribles Pastor y Mariano Ospina, responsables en primer grado de la guerra, se hallan en capilla, a pocas horas del fusilamiento, que no se consuma porque las embajadas extranjeras y otras influencias rescatan sus vidas. Es indudable que la muerte sin fórmula de juicio del obscuro Ambrosio Hernández, el bandido de Cruzverde, recibe el aplauso general. Pero quizás hubiera resultado útil conservar esa vida miserable. No está en nuestro conocimiento ninguna investigación relacionada con la muerte del General Obando; pero sabemos que su prestigio era inmenso y que ahora podría reverdecer en la esperanza del pueblo; Y sabemos también de qué era capaz Mosquera, a quien llamó Luzbel el propio Núñez!

En esta obra, escrita para el pueblo llano, hemos destacado la personalidad del General Obando como

la primerísima figura de caudillo popular de su época: figura no superada en el siglo XIX, y de quien es justo que hagamos aquí una síntesis final. Obando no es un revolucionario como José Antonio Galán; no es un reformador en el sentido del término. Obando es apenas un reformista legal como Santander; un liberal atento a la evolución de las ideas, que desea el progreso de la nación. ¿De dónde nace, entonces, esa vibrante adhesión que adquiere muchas veces el calor de la pasión, la exaltación de los espíritus? Nace de su actitud ante el pueblo, de su abnegación en la lucha, de su desprendimiento, de su ejemplar tenacidad, de su fulgurante personalidad militar.

En 1826, estando Obando de Jefe Civil y Militar en Pasto y su provincia —la ciudad y región más flagelada en la Guerra de Independencia y en las luchas armadas que la siguen—, dedica sus soldados a trabajar en labores del campo, junto con los campesinos y en beneficio de éstos. En la tregua o armisticio que firma en asocio del General López con Bolívar, en la guerra de 1828, deja en manos de los voluntarios que regresan a sus ranchos las armas con que pelearon. También los milicianos licenciados a raíz de la guerra que dirige en 1830 y 31, regresan a sus comarcas llevando consigo sus armas. Obando es, por categoría de familia, hombre rico y como tal dueño de esclavos y con estos esclavos, y los esclavos de otros dueños de su comarca, hace con frecuencia el núcleo inicial de sus milicias. "...Para oponerme —dice el propio Obando en sus *Apuntamientos para la historia*— a los usurpadores del poder jamás he necesitado del ejército, pues es con el pueblo celoso de

sus derechos que siempre he combatido a la soldadesca, ciego instrumento de los tiranos...”

Si los patriotas, como Caldas, funden campanas y objetos preciados de metal para hacer balas y luchar por la independencia nacional, Obando funde los tipos de imprenta para luchar por la libertad. Este guerrero inmenso ocupa la Presidencia de la República en dos ocasiones, y en tan elevada posición le puede ver la historia: 1º Como caudillo popular incorruptible, severamente honesto, honrado; 2º Ajeno a la formación de camarillas dominantes de clases y de castas, aunque esta actitud implicase “no poder gobernar”; 3º Como jefe consecuente del pueblo que ha levantado por primera vez en el país la lucha contra las oligarquías compuestas en su tiempo por la aristocracia feudal y esclavista, por los militares cesaristas y los altos jerarcas de la Iglesia Católica.

Obando no se acompleja en la adversidad sufre sus derrotas estóicamente, pensando en el desquite. Expulsado de su asilo en el Perú por intrigas del Presidente Herrán y viaje expreso de Mosquera a Lima, se refugia en Chile con su esposa y sus siete hijos, afrontando con dignidad la mayor miseria, al punto de hacerse hortelano; y trabajando él la tierra, organiza su esposa un colegio, y así flota su nave familiar bajo el cielo del destierro.

Obando es el caudillo popular profundamente odiado por los comandos reaccionarios, servidos en ocasiones por la extrema radical letrada y olimpica que tiene de las masas trabajadoras el concepto de “chusma” y de sus líderes el de simples aventureros. Como llave maestra para estrangularlo, la estrategia política feudal de los Herrán-Mosquera-Márquez, arma sobre diseño de los juicios de la Inquisición, el infame pro-

ceso de falsa inculpación por el vil asesinato de Sucre.. A este propósito, leamos lo que escribe el académico Carlos Lozano Lozano: "Nadie ha tenido en esta República enemigos tan poderosos e inaplacables como Obando. Y nunca pudieron confundirlo en vida con el cargo sobre asesinato de Sucre. Hubo épocas en que centenares de personas se consagraron a buscar las pruebas de su responsabilidad con saña frenética, y jamás pudieron presentarlas". Sin embargo, cuantas veces queda Obando dueño del campo, con sus propios enemigos prisioneros: con el poder público y sus medios de ventaja, es magnánimo, generoso y con frecuencia ingenuo, con estos enemigos.

Se ha comparado a Obando con Edipo, el personaje de Sófocles, queriendo ver su vida impulsada por "fuerza de su destino, del bien al mal". Esta, desde luego, es literatura barata. Obando nunca puso su existencia al servicio de ninguna causa indigna. Militó con las fuerzas de la monarquía española cuando era realista. Porque como los criollos, y mestizos ricos de la Colonia, se forma en los medios aristocráticos, y naturalmente hace sus estudios en colegio diocesano donde se aprende gramática castellana, latín, historia sagrada y filosofía escolástica como los señoritos en España. Pero pasa al campo de la Independencia Nacional por sentimientos que despierta en él Pedro León Torres, héroe de Bomboná, y por convicciones republicanas que se forja al calor de las masas patriotas. Obando tiene, como López —su más cercano semejante—, ambición de gloria, sentido de grandeza, legítimo orgullo, sin vanidad, de lo que vale como soldado de la libertad. Menos mal, en cuanto a miras elevadas, andan los escritores que comparan a Obando con Jackson.

Radicales de hace un siglo y sus rezagos "civilistas" de ahora, le niegan a Obando ilustración e inteligencia de "hombre de Estado", porque sus mentes solo conciben a jefes de bufete, académicos, latinistas de oficio, gramáticos y juriconsultos transfigurados de hacendistas: dioses de su Olimpo imaginario alejados de las masas pero adorados por ellas. Obando era un hombre ilustrado y de gran talento. Lo que no le perdonan estos letrados de la Edad Media, es que "...ningún hombre ha calado tanto en las multitudes, nadie ha sido más popular, incluso Bolívar. El pueblo lo idolatraba porque tenía conciencia de que era amado por él; a cualquier choza que llegaba el General Obando, los labriegos temblaban de placer, lo consideraban de la familia, como ángel tutelar, como los antiguos a sus dioses..." (Escribe su contemporáneo Juan de Dios Restrepo).

* * *

Y regresamos al momento de la caída de la segunda hegemonía todavía no consolidada del conservatismo. Se constituye el Gobierno provisional de 1861 bajo la presidencia de Mosquera quien ahora se sitúa a la izquierda de los propios teorizantes del radicalismo, librepensador, enfermo de clerofobia, y tan arrogante como un dios vengador. Los hechos principales del Gobierno provisional pueden ser los siguientes: 1. La creación del noveno Estado con las antiguas provincias de Neiva y Mariquita bajo el nombre del Tolima; 2. Se eleva el Municipio de Bogotá a la categoría de Distrito Federal; 3. Se arroga el derecho de tuición de cultos, en forma que los clérigos ejercerían solamente con licencia del Gobierno; 4. El 26

de julio (ocho días después de ocupada la plaza) se declara disuelta la Compañía de Jesús y se ordena la ocupación de sus bienes 5. Se declaran propiedad de la nación, en general, las propiedades de las comunidades religiosas...

Pero la guerra no ha terminado. Julio Arboleda que había hecho carrera de armas en 1840, 1851 y 1854, unido ahora al Gobernador de Antioquia extiende su dominio *desbastador* y bárbaro por el occidente y sur de la República. Guerrillas conservadoras organizadas en Guasca —cuna de los hermanos terribles Pastor y Mariano Ospina— atacan a Bogotá, pero son rechazadas. El General Leonardo Canal, procedente de Santander con gente aguerrida, ataca también a Bogotá, pero corre la suerte de las guerrillas. Canal se repliega al Estado de Antioquia para luego seguir sobre la banda occidental y unirse a Julio Arboleda en el Cauca.

Por el año de 1862 la guerra se recrudece en el occidente, porque los más activos jefes conservadores se concentran y tratan de coordinar sus operaciones. Pero las masas liberales y sus caudillos les hacen frente. Los pueblos de aquellas regiones están saturados del espíritu de la libertad y entienden la urgencia de salirles al paso. En Santa Bárbara, cerca de Cartago, el General Santos Gutiérrez vence en batalla decisiva al ya General Braulio Henao que comanda las mejores tropas del Estado de Antioquia. Estando Arboleda en Popayán sabe la catástrofe de las banderas azules en Santa Bárbara y, en vez de salir hacia el norte a ponerle contra-corriente al General Gutiérrez, se fuga por el camino del sur en dirección a Pasto, y es asesinado al paso por la montaña de *Berrueco*. Estos hechos precipitan el fin de

la contienda que acaece a mediados de 1863 cuando el General Leonardo Canal capitula, precisamente en la ciudad de Pasto.

La convención de Rionegro - El miedo de los radicales al Gran General - El "mosquerismo" se incrusta en el liberalismo.

El 4 de febrero de 1863 —unos meses antes de la capitulación de Canal— se instala en la ciudad Antioqueña de Rionegro la Convención que habría de expedir una nueva Constitución, según la costumbre establecida. Asisten 63 delegados de los Estados, desde luego sin ninguna representación conservadora, si como liberales o al menos como no conservadores se admite a personajes como el propio Mosquera que sirve ahora, no al "mosquerismo" como parece creerlo él, sino al liberalismo. Esta aclaración es necesaria porque Mosquera tiene deslumbrados, casi hechizados, a ciertos militares y civiles que le adulan, y sobre quienes deseara edificar algo así como un despotismo progresista que fue su concepción de gobierno. Este "mosquerismo" —incrustado en un sector liberal— constituye una tendencia en la Convención; otra la "fracción ilustrada", en esta vez más exactamente la civilista-radical, y un centro o zona reducida de liberales moderados. El civilista-radical menos exaltado, doctor Francisco Javier Zaldúa, en competencia con Mosquera, es elegido Presidente de la corporación.

Mientras se expide la nueva Constitución, se elige un Consejo Ejecutivo Nacional que sucede al Gobierno provisional y hace sus veces, compuesto por José

Hilario López, Santos Gutiérrez, Eustorgio Salgar, Froilán Largacha y Tomás Cipriano de Mosquera. Por la elección de Presidente de la Convención y del Consejo antes citado, se comprende que son los radicales y no los "mosqueristas" quienes están manejando los timones en la política nacional, con bastante cuidado de frenar la impetuosidad del Gran General; pero, por el bloque de 27 figuras, casi todas de conocida estirpe liberal, que apoya a Mosquera, se comprende también que los "mosqueristas" son ahora más que una tendencia transitoria de la Convención, una corriente dentro del liberalismo que, más adelante, con la influencia a veces del versátil caudillo, y por razones de la lucha interior de grupos y jefes del partido, se convierte en la fuente principal del "independentismo".

Después de agitado parlamento en torno de materias muy diversas, cuyo contenido puede leerse (entre otras fuentes) en el libro *Pascual Bravo - Los partidos políticos en Colombia* del académico antioqueño Jorge Ospina Londoño, el 8 de mayo del 63 se adopta la nueva Constitución, sobre la cual vamos a dar apenas una idea:

Como actitud impolítica —propia de los radicales— fue seguramente el haber borrado de la introducción la fórmula advocativa de la fe del pueblo colombiano que venía escrita en las Constituciones anteriores y que decía: "En el nombre de Dios legislador del universo y por autoridad del pueblo", para escribir en su lugar: "En nombre y por autorización del pueblo". Es obvio que no vamos a comentar aquí la fórmula radical transcrita que compartimos en principio. Subrayamos apenas que por espacio de 25 años la reacción inflamó sus campañas de violencia, de sangre.

y fuego, acusando al liberalismo de "ateo", a sus jefes de perseguidores del culto católico, y que de ahí nació, sin sentido progresista práctico ni aconsejable necesidad política, la llamada "cuestión religiosa" que tantas vidas le ha costado al pueblo y tantas actitudes de humilde contrición a ilustres jefes liberales.

En Rionegro se estructuran los *Estados Unidos de Colombia* dentro de libertades tan amplias, que más parecía cada Estado una república aparte, con derecho inclusive de tener propio ejército y comerciar en armas y pertrechos de guerra. Se limita el período presidencial de la nación a dos años y se prohíbe la reelección, vallas erigidas por los radicales expresamente contra Mosquera, inspiradas por el miedo. Pero, adornando el miedo, los constituyentes expiden un acto adicional transitorio que, por escasa mayoría, elige a Mosquera, Presidente de la nación, para el período especial del 14 de mayo de 1863 al 1º de abril de 1864. Y cinco días después de esta elección, o sea el 19 de mayo, se clausura la histórica Convención de Rionegro.

Teóricamente, la Constitución de 1863 puede ser una obra perfecta en el orden civil de una sociedad desarrollada. Para los idealistas utópicos es un verdadero monumento. El propio genio del romanticismo francés —que tanto influye en nuestros literatos de la segunda mitad del siglo XIX— Víctor Hugo, aplaude la Carta Magna de los constituyentes de Rionegro expedida para "ángeles y no para hombres". En realidad, tan alegre Constitución no podía ser para Colombia. Solo los radicales imaginativos que creyeron haber liquidado el feudalismo en 1850 y que siguieron pensando en razón de un mundo democrático-burgués como si estuvieran en Francia, podían escribirla. Es evidente que la federación era un anhelo con base en

las reales condiciones de un país desarticulado económicamente. Cada región tenía su propia estructura (y de ello hay fuertes raíces todavía), su propio mercado interno, sus propios usos y costumbres. A tal geografía de circuitos cerrados, correspondía un sistema federal condicionado, es decir: de amplia administración e iniciativas regionales, pero de unidad política centralizada en un concepto único de soberanía y por consiguiente con un solo ejército. En los comienzos todavía de la segunda mitad del siglo XIX el país no tenía siquiera una fuente de economía nacional que le sirviera de vínculo, que acercara las comarcas y las hiciera pensar en un interés común, tangible, concreto. Coordinar el espíritu regional con la unidad nacional estimular el régimen de autonomía administrativa de los Estados en una sola e indivisible soberanía, es lo que no hacen los constituyentes de Rionegro.

Es meritorio, como anhelo, que la Constitución de 1863 consagre el principio de la "igualdad ante la ley". Este principio del derecho burgués que tan limitada realidad puede tener en la sociedad civil, por razón de su división en clases y de las clases dominantes en grupos y oligarquías, no puede ser sino letra muerta en una sociedad feudal. El mismo mérito del anhelo se pierde, porque una Constitución no es un programa que fija rutas de aspiraciones, puntos de conquista. Es humana y es justa la actitud de los convencionistas al consagrar la "inviolabilidad de la vida humana", y sobre todo el "derecho de gentes" ignorado por los caudillos feroces de las guerras civiles. Sin embargo, con estar escrito en la Carta Magna y ser necesario que lo estuviese, la vida de los colombianos no está "más" amparada: ¡porque las causas

de la barbarie están en las raíces de la sociedad, en su naturaleza medioeval que engendra métodos de barbarie en las luchas de los partidos por el botín del poder público!

El ideario de los partidos tradicionales de Colombia se puede resumir en pocas palabras: *mientras uno gobierna, otro conspira*, la tarea fundamental del que gobierna consiste en atajar al que conspira, y del que conspira ponerle trampas al que gobierna. En esta lucha por el poder se han formado y en ella viven. En este sentido, la Constitución de 1863 consagra un sistema electoral de limitada acción directa del pueblo, sobre la base de asegurarle el poder, su cima presidencial y sus puestos inmediatos, a la "fracción ilustrada del partido" liberal vencedor en la guerra. Y para evitar fáciles modificaciones a estas normas, los constituyentes hacen casi intangible su Carta Magna, por medio de obstáculos encadenados o en serie a toda posible reforma.

La primavera radical - Pasos de progreso - La nueva política de apaciguar la reacción - Mosquera ensaya la dictadura pero se cae definitivamente.

El primer Presidente del orden constitucional riogreño, General Mosquera, ocupa su empleo en poco tiempo, porque García Moreno, mandatario a la sazón del Ecuador, recoge la tradición de Juan José Flórez y se viene sobre la frontera colombiana. Naturalmente, el Gran General se pone en marcha hacia la línea de fuego, dejando en la silla de los presiden-

tes al Procurador de la Nación. Y sobre el campo de Cuaspud bate al intruso y lo devuelve a Quito. Se habla cálidamente de la "batalla de Cuaspud" y nosotros ignoramos en realidad su magnitud. Pero sabiendo el calibre de su actor principal, bien se nos puede permitir aquí suponer que se trata de una hazaña agrandada por los apologistas del Gran General que no se paran en pelos. Con todo, los datos del historial rezan, que vencido el invasor se firma el tratado de paz del 30 de diciembre de 1864 en Pinzaquí, y que García Moreno y Mosquera sellan así la respetuosa amistad de los dos países.

En 1864 se elige Presidente de la República al doctor Murillo Toro, quien había pasado los últimos años fuera del país y por consiguiente no había tenido participación directa en la etapa final de la guerra ni en la política catalogada en la Constitución de Rionegro. Desde luego, no era solamente esta circunstancia de "ausencia" en los hechos recientes lo que pudiera presentar al jefe radical como sedante en medio de agitadas pasiones, sino su definida personalidad de político hábil, de dirigente nacional progresista sin estridencias de caudillo autoritario ni humos de aristocracia intelectual alejada del pueblo llano. Murillo Toro era entonces uno de los pocos radicales civilistas en respaldo de masas, como que había sido inclusive bandera en los propios predios de las Sociedades Democráticas.

Murillo Toro que había sido la rueda delantera del gobierno de López, la correa de transmisión de la influencia popular hacia las cimas liberales, conecta sus planes de progreso nacional con las realizaciones de 1849-53, buscando la continuidad de los procesos del desarrollo, lento por sus concepciones pero lógico

por la dinámica de las masas trabajadoras en acción. Por su iniciativa y quizás por la observación y propia experiencia de su viaje por el río Dagua —y seguramente también por interés del comercio norteamericano en la banda occidental colombiana y sus relaciones en este sentido con la ferrovía de Panamá—, se planea la construcción del ferrocarril del Pacífico, obra inmensa para la capacidad del país, empezada solamente en 1878 y paralizada muchos años en la Estación Córdoba —a 20 kilómetros de Buenaventura, a donde llegó la primera locomotora el 20 de julio de 1882—, y luego en diferentes lugares, hasta 1914 que hace su entrada a la ciudad de Cali.

Iniciativa también del gobierno de Murillo Toro fue la creación en Colombia del servicio telegráfico que muy pronto conecta por alambre a ciudades y regiones, y cuya extensión de líneas alcanzaba ya en 1930 a 36.713 kilómetros, para la conexión de 890 oficinas, y en 1949 a 48.975 kilómetros en líneas para 1.182 oficinas.

Diversas y muy importantes iniciativas de progreso, aplaudidas y apoyadas por el pueblo, caracterizan este primer gobierno de Murillo Toro, que no podía, sin embargo, sustraerse a los cambios de situación adversa a un impulso progresista nacional con estímulo propio de los avances cíclicos económicos y políticos de los países que influyen sobre Colombia. Porque las corrientes reaccionarias que han seguido a la ola revolucionaria de Europa, paralizan y en algunos frentes hacen retroceder las reformas iniciadas en nuestro país bajo el gobierno del General López.

La contra-revolución en Europa y en países de América, ha golpeado a Colombia ya, cuando los jefes conservadores alentados por el Nuncio del Papa, in-

flaman el fanatismo contra la libertad de los esclavos y las reformas liberales para lanzarse a la guerra de 1851. Y si es verdad que aquella guerra ha sido aplastada, la reacción se recupera en la templanza liberal y se crece en las maniobras parlamentarias para volver a la carga: para envolver al liberalismo en la guerra de 1854 y regresar al poder, que pierde por su torpeza política y la insurgencia popular de 1860. Este proceso contradictorio produce el desplazamiento de personajes políticos de los planos superiores de los partidos. Los núcleos radicales tienen bajas porque la guerra ha barajado y en muchos aspectos liquidado las vallas de sus corrientes. Los propios comandos conservadores se modifican. Eclipsados por muerte o desprestigio político los jefes carlistas principales que condujeron las huestes azules hasta 1860, como Eusebio Borrero, Julio Arboleda, Eusebio Caro, Rufino Cuervo y los hermanos terribles Pastor y Mariano Ospina, un nuevo tipo de político ondulante y astuto como Carlos Holguín y Pedro Justo Berrío aparece en escena.

En este desplazamiento, eclipse, surgimiento y reconstrucción de comandos, se opera en unos casos y en otros se inicia el deslizamiento de radicales exaltados a campos de moderación, inclusive de ruta hacia el conservatismo. Y se forma, naturalmente, un clima de convivencia que tenía que implicar: de un lado, frenar todo impulso de progreso con intervención y estímulo de masas; y de otro lado, apaciguar la reacción cediéndole ventajas. En este clima de aparente concordia nacional se dedica el gobierno de Murillo Toro a cultivar los métodos civilistas de administración con beneplácito conservador. Y, mientras tanto, los nuevos jefes azules reúnen un "parque de

doce a catorce mil fusiles —en Antioquia—, quizás superior al del Gobierno federal en la capital de la República”, y desatan la guerra civil en aquel Estado con tan visibles ventajas, que en poco tiempo vencen y matan al Gobernador Pascual Bravo en la batalla de Cascajo, cerca de Marinilla, y se adueñan del mando seccional. Este avance victorioso, de la reacción hace de Antioquia la fortaleza azul que influye en alzamientos conservadores en el Tolima y Cundinamarca en 1865 y 1868, y prende finalmente la hoguera de la guerra en 1876 en el Estado del Cauca para darle con su impulso extensión nacional.

* * *

En el siglo XVIII, con emigración campesina de Vasconia, de Asturias y otras regiones españolas; en cierto ambiente de pequeña aristocracia feudal y reminiscencias bíblicas —inclusive con cierta actitud de repulsión por la trashumancia minera—, surge y en algunas regiones se estructura una capa patriarcal de campesinos blancos en Antioquia, que aprovecha la influencia del Gobernador colonial Mon y Velarde en su idea de una más adecuada división de las tierras y una urgente evolución en sus formas de cultivo. Esta capa patriarcal que contribuye a crear el orgullo del antioqueño como trabajador y creyente, padre de numerosos hijos, desarrolla y en algunos casos crea las ciudades y pueblos llamados “cunas de la raza”, como Santafé, Sonsón, Rionegro, Jericó, Santa Rosa, Envigado, etc. Pedro Justo Berrío, Braulio Henao y Marceliano Vélez son, entre otros nuevos jefes del conservatismo, expresión del patriarcado antioqueño, cruzados de la fe y naturalmente enemigos a

muerte de las ideas y los hombres del liberalismo, pero con una psicología menos feudal, menos esclavista que les permite usar métodos de lucha menos bárbaros.

De todos modos, el Presidente Murillo Toro no ve en el General Berrío un adversario sino un socio, con quien se puede tratar y repartir el poder en la nación. Y con este criterio se le deja al General Berrío y su camarilla el gobierno de Antioquia, y por su influencia y ayuda, el del Tolima a sus amigos. Y si no alcanza el conservatismo entonces a sentar sus reales en Cundinamarca, es porque tal hecho significaría derribar al propio Murillo Toro, quien para sostenerse sin lucha de fondo, transige con el adversario a base de tales concesiones que provocan serio disgusto en las masas populares. Pero esta política de temporización ya no necesita el calor de las multitudes, su vibrante adhesión. Esta política significa que los radicales civilistas llegan al plano de sus realizaciones: 1. Gobierno de los grupos cultos que conecte y represente los intereses creados y sus ambiciones, en una pulcra administración; 2. Participación e inclusive hegemonía conservadora regional en el Gobierno de la nación 3. Prospectos de moderado progreso, sobre todo en las vías de transportes terrestres para desarrollo de los mercados y ocupación de peones; 4. Transformación de los partidos combatientes en tropas electorales; 5. Solución de los conflictos interpartidistas por métodos "pacíficos" de alianzas y combinaciones de jefes y de grupos...

Esta modalidad en la política oficial, conforma en la mente de los comandos civilistas la idea fija de gobernar con una fracción conservadora, aunque esto implicase que la oposición conservadora pudiera "con-

tar" con una fracción liberal. Porque ni todos los conservadores aceptan la "política de convivencia subalterna con los liberales, ni todos los liberales toman como suya la política de la puerta abierta para los conservadores.

¡En tales condiciones termina el primer gobierno del doctor Murillo Toro, a quien sucede Mosquera que tiene todavía el brillo de la guerra del 60, ahora en traje de perfecto demócrata, de liberal aquilatado!

Evidentemente, el Gran General no puede modificar la política de Gobierno que le precede porque dicha política tiene fundamento en la Constitución de Rio-negro que otorga a los Estados de la Unión derechos de soberanía, y sobre todo porque tiene un parlamento de radicales y conservadores que no se lo permitirían. Sin embargo, Mosquera choca con ese parlamento precisamente por torpe, es decir, por querer reabrir la lucha anticlerical que Murillo Toro había amortiguado, casi liquidado. Eminentes radicales habían comprendido desde 1863 la necesidad de "rectificar" su política en el frente religioso, como lo prueba el hecho de que Camacho Roldán, Justo Arosemena y Bernardo Herrera presentaron, sin éxito es verdad, un proyecto de tal naturaleza en la Convención de Rio-negro que, como se colige, le sirve al Presidente civilista para sacar de la hoguera partidista esa "cuestión religiosa" tan hábilmente explotada por los comandos conservadores y los clérigos guapos.

La situación de Mosquera frente al parlamento se agudiza rápidamente, a tal punto que Su Excelencia dicta el audaz pero torpe decreto del 29 de abril de 1867, en el cual afirma que "la Cámara de Representantes hacia traición a la República, declara la nación en estado de guerra y suspende las sesiones del

Congreso". Esto significa que Mosquera se hace dictador, sueño dorado, herencia boliviana, pero en condiciones tan absurdas que ni siquiera tiene el respaldo mayoritario del Ejército y de los jefes influyentes del liberalismo. De lo cual resulta facilísimo a jefes civiles y militares liberales, tomar una parte de las Fuerzas Armadas, inclusive la Guardia Presidencial, y organizar la conjuración para tumbar en seco al singular dictador. Y es así como el 23 de mayo de 1867 cae Mosquera y lo sucede el General Santos Acosta, como encargado del poder.

De nuevo en canal la política civilista - Don Carlos Holguín echa su primera sonda - La rutina de los gobiernos radicales.

En 1868, terminado el período constitucional de Mosquera por el General Santos Acosta, sube a la Presidencia de la República Santos Gutiérrez, figura de tanto prestigio en las filas liberales como Acosta y Salgar. Como es obvio, el nuevo Gobierno se ciñe a la modalidad impresa por Murillo Toro que se ha convertido ya en patrón de los magistrados radicales, inspirados en la línea de menor resistencia, esto es, en un civilismo apaciguador y entreguista. Naturalmente, el General Gutiérrez conserva la pulcritud administrativa, las buenas cuentas de sus hacendistas; y detrás de tan reluciente escudo de probidad calca su política de convivencia con los conservadores, en forma que don Carlos Holguín cree llegada la hora de coger todo el poder en la nación, o al menos de ahondar la división liberal que, bien cultivada, significaría

recibirlo por entregas a plazos. Y cuando se acerca la sucesión presidencial, don Carlos trama el famoso pacto electoral del partido conservador con la fracción liberal, que sigue a Mosquera todavía y con él a eminentes jefes desprendidos del tronco radical, del propio Olimpo, a brillantes caudillos militares forjados en la guerra de 1860.

Esta fracción liberal que trata con don Carlos Holguín no es ya simplemente el "mosquerismo" de 1857, ni tampoco el bloqueo de convencionistas rionegrinos y su respectiva cauda. Esta es una fracción que ha resultado de los desplazamientos y reagrupaciones de las fuerzas políticas liberales: una corriente que pronto ha de llamársela "independiente", y que más adelante ha de ser simple dependencia de la estrategia conservadora. El pacto a que nos hemos referido se firma el 5 de abril de 1869. Y no trata este negocio el señor Holguín con personajes moderados del liberalismo sino con el propio jefe de la corriente doctor Rojas Garrido, radical de comando hasta 1861, anticlerical a toda hora, ex encargado de la Presidencia de la República y en general la figura considerada como más a la izquierda de la política nacional. Y no se firma este pacto para lanzar un candidato presidencial católico y bien mirado por los patriarcas de Antioquia sino al propio General Mosquera.

Los radicales civilistas dueños del poder central y de la maquinaria electoral en la mayoría de los Estados, se defienden de la maniobra, también por el acierto —en esta vez— de lanzar como su candidato al General Eustorgio Salgar, jefe muy eminente del radicalismo pero en su plano moderado, católico, amigo personal de Mosquera y con cierto respaldo de masas todavía. En tales condiciones, el triunfo del General

Salgar es evidente, y sin mayores novedades asume la Presidencia en 1870. Sin embargo, don Carlos Holguín se queda con el termómetro en las manos, espera el trenzar y destrenzar de los ciclos partidistas, y vuelve a tomar el pulso y luego a tirar su sonda en 1873, en 1875...

El gobierno del General Salgar —por el cauce de la rutina a que han llegado las administraciones radicales—, se reduce a cuidar el poder como empresa; a llevar bien las cuentas de tesorería, y, naturalmente, a equilibrar las relaciones de los negocios y las gentes de dominio económico y social de la nación. Y así pasan también los gobiernos que le siguen: De nuevo Murillo Toro electo fácilmente en 1871, y don Santiago Pérez en 1873, en competencia éste con el General Julián Trujillo que cuenta con el apoyo conservador.

Suspendemos aquí, transitoriamente, la cronología presidencial, para dar alguna información sobre las siguientes cuestiones: 1. En qué medida y sobre qué cauces se desarrolla el país en la segunda mitad del siglo XIX; 2. Qué destino cumplen las Sociedades Democráticas; 3. Las llamadas Sociedades Católicas como instrumento de violencia típicamente inquisitorial; 4. Algo sobre la cultura colombiana de la segunda mitad del siglo XIX.

IV

UNA OJEADA A LA ECONOMIA Y A LA CULTURA DEL SIGLO XIX

**De la economía de la quina al cultivo del tabaco.
La minería - Los caminos públicos - La producción artesanal - Comienzos de la era del café.**

En 1851 tenía el país, según un censo apenas aproximado, 2.243.730 habitantes. Cifra que, comparada en 1.223.598 que arrojaba el censo —también de aproximación— de 1825, establece un aumento de población del 80 por ciento, o sea, en números completos, el tres por ciento anual. Si damos como aproximaciones los anteriores datos censales, queremos asimismo decir que los índices de producción que vamos a presentar deben tomarse con las debidas reservas: quizás apenas como orientación en el conocimiento de la vida nacional. Las modernas ciencias estadísticas todavía retrasadas en Colombia, al correr de nuestros días, y en general confusas en la órbita de las ciencias económi-

cas no tenían en el siglo XIX sino aficionados en los buenos hacendistas. Hecha esta aclaración y además advirtiendo que no podríamos dar en cada uno de los datos las fuentes de origen, señalamos algunos factores de la vida nacional.

Es evidente que nuestros hombres avanzados de 1850 comprendían, teóricamente, la deducción de León Faucher: "...donde la propiedad territorial está poseída por mayorías, la democracia es posible, de la misma manera que donde está concentrada en pequeñas minorías, la aristocracia prevalece". Pero ya hemos visto que ni los libertadores, ni los reformistas se atreven a tocar el mundo de la Colonia, su almacén feudal, su régimen esclavista, de donde tenía que resultar, lógicamente, que las reformas superficiales no pudieran cambiar la estructura fundamental, económica y social de la nación. Las fuentes económicas de la Colonia seguían siendo las mismas de la República.

Las quinas fueron hasta 1880 un renglón muy importante en las exportaciones, llegando a subir su valor anual hasta 10.000.000 dólares. Pero las plantaciones de las Indias Orientales y de Java, hicieron bajar los precios del artículo de 4 dólares la onza a 0,68, con lo cual se cierra casi completamente esta fuente de trabajo que producía el mayor volumen de moneda extranjera para comprar artículos manufacturados y surtir nuestros pequeños mercados. En 1882 el valor de las exportaciones de las quinas había bajado ya a 3.500.000 dólares. La extracción de las cortezas de quina en nuestras selvas se hacía con trabajadores enganchados por contratistas, sobre la

base principal de salarios en especies, como se hacía la explotación del caucho natural hasta las primeras décadas del presente siglo.

Desde antes de 1840 existió en Pacho (Cundinamarca), una ferrería que explotaba las minas del metal negro en la región. Pero no ha llegado a nuestro conocimiento ningún dato concreto de su producción. Esto nos sucede también con la fábrica de papel que tuvo don Benedicto Domínguez en Bogotá, por el mismo tiempo, y con las de loza y cristal que al parecer murieron a causa de la competencia extranjera facilitada por la política aduanera del primer gobierno del General Mosquera. Desde luego, subsistieron y en algunos casos prosperaron pequeñas fábricas y empresas de que más adelante nos vamos a ocupar. Trataremos en seguida la producción y laboreo del tabaco, que fue el renglón de mayores repercusiones, como resultado de la libertad de cultivo y de mercado nacional e internacional. “Este artículo tenía —escribe el doctor Camacho Roldán— un precio bajísimo en tiempo del monopolio. Los compradores por conducto de las factorías (Ambalema, Palmira y Girón) lo pagaban de cincuenta a sesenta centavos la arroba, y se consideró un gran progreso para el pueblo cultivador cuando la Casa de Montoya Sáenz & Cía., contratista de producción en Ambalema, ofreció subir el precio a noventa centavos...”.

“La cosecha de tabaco comprada en las tres factorías de la República no pasó de ciento cuarenta mil arrobas en los años de 1846 a 1849. Con la abolición del monopolio el precio de la hoja *en rama*, como se decía, es decir, sin ninguna preparación, subió a tres, cuatro y cinco pesos la arroba; la producción pasó de ochocientas mil arrobas y la exportación llegó a ser

hasta de quinientas mil en un solo año. El valor producido por este artículo, que nunca había llegado —a pesar de los altos precios a que el estanco lo ofrecía al público—, a un millón de pesos, subió a cerca de seis millones por año”. (Camacho Roldán: *Memorias* - Tomo I, página 166).

El cultivo y laboreo del tabaco se convierte en fuente de prosperidad nacional. Los jornales de tierra caliente y clima medio suben al doble; se introduce el consumo de carne entre los peones; se estimula el desarrollo de los transportes; se forman haciendas —inclusive con pastos seleccionados—, y por consiguiente se valoriza el ganado vacuno, cuna de las ramas básicas de la economía tradicional. El solo circuito de Ambalema llega a producir, en 1856, quinientas mil arrobas de tabaco que representaban aproximadamente un valor de \$ 3.000.000. “Hasta 1850 era dudoso si habría tráfico suficiente para sostener los vapores (en el Alto Magdalena). Cuando Ambalema empezó a dar más de quince mil cargas de tabaco a la bajada, esa duda desapareció y los vapores vinieron inmediatamente en el número necesario para servir al comercio. Este progreso material, el más importante que hemos realizado de la Independencia a nuestros días —escribe Camacho Roldán en 1897—, fue resultado exclusivo de la abolición del monopolio del tabaco”. *Memorias* - Tomo II, página 34. Según el escritor citado, “de 1850 a 1870 se exportaron dos millones de quintales de tabaco, vendidos a un término medio de treinta pesos cada uno, o sea en sesenta millones de pesos”. Pero a partir precisamente de 1870, esta gran fuente de trabajo nacional decae hasta la

mínima expresión de los consumos locales, a causa de la competencia extranjera, sobre todo de la producción holandesa en el Asia.

* * *

La producción principal del país —aparte naturalmente de alimentos—, de la quina y el tabaco, está en el oro, la plata, el algodón y la lana. La industria rudimentaria de los tejidos, herencia indígena, con sus centros más activos en Tunja, Socorro, Bogotá, Pasto, etc. Y, según cifras de la época; su producción valía entre seis y siete millones de pesos al año. De tejidos nacionales se hacían camisas, pantalones, ruanas, trajes para mujer, toldos, hamacas, sábanas, cobijas, cortinas, manteles, etc. También se producían medias, guantes, sombreros; estos últimos en Bucaramanga, Zapatoca, Piedecuesta y Barichara, en Santander; en Santafé y Aguadas, en Antioquia; en Timaná, Suaza y otros sitios de la antigua provincia de Neiva; en La Unión, Nariño; etc. La producción de sombreros pasaba del millón de unidades por año, de la cual se exportaba más de la mitad a diversos países antillanos, y su valor total excedía de millón y medio de pesos, según cifras del doctor Camacho Roldán. (La mayoría de la población campesina e indígena usaba —y todavía usa— sombreros de trenza de palma y cañabrava que no figuran en la producción para el mercado que antes hemos tratado).

En términos generales, dos terceras partes de las manufacturas colombianas, las consumían dos terceras partes de la población nacional urbana: una tercera parte de dichas manufacturas se exportaba al

Ecuador, Venezuela y regiones antillanas, y una tercera parte de la población en forma muy limitada consumía manufacturas europeas.

El oro que fue el renglón más importante de la producción exportable en la Colonia, sigue siendo de mucho peso en la balanza de intercambio comercial, no obstante sus fluctuaciones ocasionadas por las guerras civiles. "La cantidad de oro que se presentaba —por los años de 1850— a las casas de fundición oscilaba anualmente entre 8.000 y 9.000 libras de baja ley, de las cuales se destinaba un 40 por 100 (aproximadamente) a amonedación y 60 por 100 a la exportación. Los dos tercios, o sea el 66 por 100 de estas 8.500 libras, eran extraídas de las minas de la provincia de Antioquia; el 18 por 100 pertenecía a la provincia del Chocó; 9 por 100 a la de Popayán, y solo el 7 por 100 al resto de la República... Como la libra de oro valía \$ 300, a la Ley 0.900, la producción no representaba más de \$ 1.600.000 anuales". Camacho Roldán: *Memorias* - Tomo I, página 81. (El oro que se exportaba de contrabando y que no figura en las cifras anteriores, lo estima el doctor Camacho Roldán entre 5 y 6 por ciento de la producción. Suponemos nosotros que tampoco figura el oro trabajado por joyeros y decoradores, que no sería poco dada nuestra psicología fetichista por ese metal).

En 1846 Colombia ocupa el segundo puesto entre los países productores de oro en América; el primero le corresponde al Brasil. Más claro: Colombia estuvo hasta 1800 adelante del Brasil con una producción del 20.6 por ciento mayor; su producción decae a causa de la Guerra de Independencia y de las guerras civiles que le substraen brazos. En 1850 California se pone a la cabeza de la producción continental, con tal

ritmo, que para 1865 llega, según cálculos en moneda francesa de la época, al valor de 227.333.000 francos, mientras que Colombia, México, Brasil, Chile, Perú, Bolivia y otros países de índices menores, juntos, a solo 56.005.000 francos. Y la producción colombiana apenas logra sostenerse dentro de su baja curva, pasando por crisis periódicas de mayor descenso, hasta las primeras décadas del presente siglo que tiene un auge extraordinario en la producción, pero una caída de sus precios, que se inicia en 1936 y llega cuando escribimos (1952) a límites ruinosos, a causa en parte de la naturaleza del producto pero en lo esencial a la política imperialista de monopolio y control de los mercados que desvaloriza el trabajo de los colombianos. En 1883 la producción de oro en nuestro país era posiblemente igual a la de 1865, y su valor en moneda nacional llegaba a 3.444.400 pesos (El peso colombiano era todavía peso-oro en 1883).

No existen datos estadísticos que nos puedan indicar el número de trabajadores dedicados en forma permanente y transitoria en la minería de oro, como no existen, en general, sobre ningún otro frente del trabajo nacional. Sabemos que la minería se realizaba y en parte se realiza todavía por métodos muy primitivos, lo que supone el empleo de muchos miles de personas para lograr la producción que se indica. Desde luego, la tecnificación se ha desarrollado en las últimas décadas, en condiciones que hacen más difícil estimar el número de trabajadores en relación con el volumen de la producción, como se podría hacer —con las debidas reservas— si se tratara del tiempo de la Colonia. “Fue el inglés Tirrell Moore el que construyó los primeros molinos de pisones y las mesas de arrastre y concentradores complementarios. Este pro-

digioso evento obró de tal manera en el adelanto industrial, que destruyó casi por completo el pesimismo con que se había juzgado de la suerte de la minería, hacia mediados del siglo XIX. La primera máquina de vapor se estableció en 1852. Vinieron luego los molinos californianos en 1890, y los de bolas a principios de esta centuria. En una palabra, los equipos modernos de explotación para el laboreo de filones, fueron emplazados en el país. Para dar una idea de conjunto acerca de la importancia de esa contribución mecánica, basta decir que actualmente (conferencia del doctor Cardona Santa dictada en 1942) están funcionando en nuestro departamento —Antioquia— alrededor de 750 molinos, los cuales muelen o trituran dos mil toneladas de mineral por día”.

En 1828 se introdujo a Marmato (hoy en el departamento de Caldas) la amalgamación de los minerales de plata, desligados del oro, lo que crea un nuevo renglón económico exportable; sin embargo, la producción de plata en Colombia adquiere relativa importancia solo a partir de 1873: en 1883 su valor alcanza 1.000.000 de pesos, y en 1884, 1.250.000. En 1906 se empieza a aplicar la cianuración del oro en el país. El primer elevador hidráulico se instala en Antioquia en 1901; en 1914 se importa la primera draga, y de tal año parte la instalación de los modernos montajes de que ahora disponen las grandes empresas extranjeras que explotan en su beneficio los metales preciosos de Colombia...

* * *

Desde la primera administración del General Mosquera, sin plan de conjunto y en ocasiones sin exami-

nar seriamente las fuentes de la riqueza nacional y su desarrollo, el país empieza a construir caminos, carreteras y ferrocarriles, por concesiones a firmas extranjeras, por cuenta del erario de la nación y de las secciones. En marcha la apertura del camino del Dagua —y ya bajo el gobierno del General López— se inicia la primera carretera del país, entre Bogotá y Facatativá luego las de Bogotá-Zipaquirá y Bogotá-Soacha. En el régimen del General López, el camino occidente adquiere tal impulso, que se ocupan en él hasta mil trabajadores a jornal. Este auge de trabajo en obras públicas, en el cultivo y laboreo del tabaco, en los transportes y otras actividades, contribuye a mejorar en algo el mísero nivel de vida del pueblo. Como antes lo hemos dicho, suben los salarios de tierra caliente y clima medio al doble y a veces más. Esto es, los de cinco centavos a diez y quince, y los de diez centavos a veinte y veinticinco. Y, como hecho muy importante —anota el doctor Camacho Roldán—, se empieza a dar carne a los peones, “cosa que antes no se acostumbraba”. Y conste que la carne era barata: en Bogotá y La Mesa, una arroba valía ochenta centavos, en promedio...

Descontado el ferrocarril del Istmo de Panamá —que mencionamos ya en otro lugar— la era ferroviaria propiamente nuestra se inicia con la vía Barranquilla-Puerto Colombia, cuyo primer trecho se realiza en 1869-1871, mucho antes de empezar en Buenaventura el del Pacífico. Desde luego, el empuje de las vías férreas y simultáneamente de la navegación del río Magdalena, del crecimiento en general de los sistemas de transportes, y la construcción de puertos, bodegas, muelles, caminos regionales y algunos puentes, tiene su momento principal de arranque cuando el

gran empresario cubano, ingeniero y formidable generador de energías Francisco Javier Cisneros, se pone al frente del ferrocarril de Antioquia en 1874; del ferrocarril del Pacífico, en 1878 del ferrocarril de Puerto Colombia, en 1879 (este ferrocarril, terminado por Cisneros, perdió su importancia en nuestro siglo con la apertura de Bocas de Ceniza y el consiguiente arribo de naves de mar a Barranquilla, por lo cual se levantaron los rieles); del ferrocarril de La Dorada, en 1881, y, en el mismo año, del ferrocarril de Girardot, que debía empalmar con el de la Sabana de Bogotá, dispuesto por la Legislatura del Estado de Cundinamarca, también en ese año.

Algunas de las obras que recibe Cisneros, en su carácter de empresario constructor con privilegios y condiciones muy diversas, habían sido contratadas anteriormente con firmas que no pudieron realizarlas, y que pasaron los contratos al ingeniero cubano, que tampoco pudo, en lo general, llevarlas a su término; ya porque los plazos que les fijaron para su construcción no eran realistas, ora porque las fuentes económicas que debían costearlas estaban mal estimadas, y, finalmente, porque las guerras civiles les quitaban brazos, dinero y en ocasiones por cambios en las camarillas más vinculadas a ellas. Por último, uno de esos ferrocarriles, el de La Dorada, cae en las manos de prestamistas y concesionarios extranjeros, como caen después los de Calamar-Cartagena y Santa Marta-Zona Bananera, el tranvía de Bogotá y otras empresas importantes...

* * *

La planta del cafeto vino a nuestro país a mediados del siglo XVIII. La trajo un oficial del ejér-

cito español de la Colonia, procedente de Etiopía: y no en semilla sino en arbolito en vasija que rociaba con el agua potable de su servicio, como una verdadera curiosidad de jardinería. En Mariquita, en la estación experimental de la Expedición Botánica, a fines del siglo XVIII, se cultivaron los primeros arbolitos. Sin embargo, el café no deviene en producto de consumo interior importante sino a través de muchos años, y como artículo de exportación empieza a figurar solamente por la cuarta década del siglo XIX. "La exportación de este artículo —escribe Camacho Roldán en sus *Memorias*, páginas 167 y 168 del Tomo Primero— apenas alcanzó en 1884, a varios quintales. En la actualidad —1897—, puede ser de 600.000 a 700.000. No hay estadísticas publicadas por el Gobierno posteriores a 1892, en cuyo año sumaron 404.000 quintales..." El valor del café exportado en 1882 fue de 1.500.000 pesos. La producción cafetera, como renglón de exportación, gana el primer puesto en la nación desde los primeros años de nuestro siglo, y, por consiguiente, se convierte también en el primer frente de trabajo nacional. Lógicamente, volveremos sobre el tema del café cuando demos la semblanza de la economía colombiana en nuestros días.

Producción de alimentos - Consumos nacionales. El comercio interior y el crédito bancario - De la depresión económica a la crisis general.

La producción agrícola, a pesar del monopolio de las tierras económicamente cultivables, adquiere cierto y natural estímulo por la relativa elevación de los

consumos en algunos sectores de la población, y también por el interés creciente de la burguesía mercantil en las exportaciones. Damos en seguida algunos datos, tomados en parte de las *Memorias* del doctor Camacho Roldán, y en parte de crónicas e informes de la época, que deben referirse solo a la producción que salía a los mercados. (La producción de cosas de uso y consumo directo de las personas, en laboreos del campo, industria primigenia casera y en parte artesanal, que no sale a los mercados como valor de cambio, que se queda en el marco de sus productores como simple valor de uso, representa en los países retrasados un amplio margen del trabajo nacional que no se registra en ninguna estadística).

El maíz, que fue seguramente el producto de más amplio consumo en el país, y que aún sigue siendo base de la alimentación popular en Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, Tolima, Santander y Nariño, sube su producción por encima de las 200.000 toneladas al año, en el período a que nos referimos: cifra que llega al millón en 1930, según estadísticas oficiales. El plátano, la yuca y los frijoles en las tierras calientes y los climas medios, y la papa, el trigo y otros cereales de climas fríos, aumentan su producción y sus precios en relación con sus consumos regionales, porque las condiciones de los transportes en aquellos tiempos encarecían demasiado unos artículos y otros no resistían largas travesías. La panela, la miel —y por entonces en reducida proporción el azúcar— son, como la sal, los productos que salen a todos los mercados, con la diferencia de que los trapiches están en todas las comarcas de tierra caliente y clima medio, mientras que la sal ha de viajar a largas distancias. El dulce y la sal, en el

siglo XIX, se producen por métodos muy rudimentarios. Refiriéndose al dulce, escribe el doctor Camacho Roldán en 1897:

“En esta industria no se ha introducido progreso alguno desde que en 1837 y 1838 estableció el señor Guillermo Wills el primer trapiche movido por fuerza de agua, y sin embargo, ésta es una de las más grandes con que contamos, pues representa más de 25.000.000 de pesos oro anuales en miel, panela, y azúcar, y más de 30 si se agrega la destilación de aguardiente”. Una parte del azúcar, el producido en la región de Guaduas, por ejemplo, se exporta a mercados europeos. El trigo, en cambio, no cubre el estrecho mercado interior de sus consumidores de categoría, y se hace necesario importar la parte complementaria, de los Estados Unidos.

La producción de cacao llega a cifras importantes. En las últimas décadas del siglo XIX, en el Valle del Cauca se cosechaban más de 20.000 cargas de 10 arrobas al año; en cercanías de Neiva, 8.000. Se producía también cacao, aunque en menor cantidad, en Cúcuta, Girón y otras regiones. Parte de la producción del Cauca se exportaba a Estados Unidos y Francia.

A pesar del aumento de las dehesas, inclusive con selecciones de pastos, y el natural aumento del ganado vacuno, no se puede subrayar el crecimiento de la riqueza pecuaria, porque las guerras civiles la podaban con demasiada frecuencia. Por otra parte, la producción pecuaria en aumento no significó entonces como no significa ahora, una general modificación favorable al régimen de alimentación del pueblo. La ración de carne que los peones empiezan a recibir y la que podían consumir por los sistemas de expropiación de

guerra, no servía sino a pequeños núcleos del conjunto nacional, y en parte solo transitoriamente. ¡La carne —como la leche y sus derivados— han sido, y en lo esencial siguen siendo, artículos de lujo en Colombia!

* * *

Veamos ahora algunos precios de artículos alimenticios en la segunda mitad del siglo XIX: una carga de maíz de diez arrobas, de dos a tres pesos; una carga de papas, en zona fría, ochenta centavos; una carga de miel, de dos a tres pesos; una carga de trigo, de cinco a seis pesos; una arroba de manteca, un peso (antes de la introducción de manteca americana valía en Bogotá hasta veinte pesos!); una arroba de queso, en Bogotá, ochenta centavos (lo que valía una arroba de carne). Para mayor información, a este respecto, léanse las *Memorias* del doctor Camacho Roldán, Tomo Primero, páginas 130 y siguientes.

El auge relativo que tuvo el país a partir de la mitad del siglo XIX, y sobre todo el aumento en el volumen comercial, hace surgir el crédito bancario como factor coordinador de los intereses de intercambio en los mercados y como empresa misma de tipo capitalista. Se crean las instituciones bancarias ahora tan poderosas, como el Banco de Bogotá en 1873 y el Banco de Colombia en 1875. El de Bogotá despierta tal interés en el movimiento de dineros aplañados en los viejos baúles de los ricachos, que pronto completa 45 agencias en el país. Y, si bien de efectos en realidad apenas parciales y en zonas comerciales superiores, el hecho es que los citados Bancos bajan los tipos de interés corriente del 18 al 24 por ciento

en los préstamos, al 10 por ciento y en ocasiones a menos.

Algunas ciudades, como Bogotá y otras de algún impulso comercial, dejan de hacerles solo remiendos a las casonas coloniales, y edifican residencias nuevas. El tranvía Bogotá-Chapinero (1885), estimula las construcciones de lujo en esa zona. Cúcuta, después del terremoto de 1875, se reconstruye como la primera ciudad moderna del país. Antes de terminarse el siglo XIX, las ciudades principales de Colombia tuvieron luz eléctrica.

Sin embargo, el auge relativamente amplio del país iniciado en 1850, entra en una curva de depresión en la década 1870-1880 que desemboca en crisis por los años de 1881 y 1882, cuando la balanza comercial extranjera se descompensa casi de por mitad, a causa de la reducción en el volumen y en los precios de nuestros artículos de exportación cuando los presupuestos de la nación y de los Estados se reducen considerablemente, y cuando, a consecuencia de la crisis económica se ahondan las disidencias en el partido de gobierno y las fuerzas reaccionarias toman la ofensiva para llegar al poder bajo el disfraz de la "Regeneración", entrando el país así en la mayor crisis política de la segunda mitad del siglo XIX.

Las Sociedades Democráticas y sus rivales "Las Católicas" - El modelo de la oposición intrépida patentado por los jefes conservadores.

Un criterio elemental —o poco informado— podría suponerse que tan considerable aumento de trabajadores a jornal en el auge del progreso nacional ini-

ciado en 1850, tenía que significar el natural crecimiento y hasta la proletarización de las Sociedades Democráticas, inspiradas como estaban éstas en una atmósfera de trabajo. Pero ni los trabajadores a salario en especies y dinero del siglo XIX constituían ya una clase social definida, desde el punto de vista de su posición antagónica y sus relaciones con la clase feudal imperante y la débil burguesía mercantil, ni las Sociedades Democráticas podían ser, como es obvio, hogares proletarios. Los trabajadores por cuenta ajena del período a que nos referimos, estaban todavía bajo relaciones económicas, sociales y jurídicas de tipo pre-capitalista. En los talleres, pequeñas fábricas, industria artesanal y casera, transportes, pastoreo, minería y otras actividades de trabajo continuo, regían esencialmente las formas propias de la sociedad feudal, y, conforme al derecho burgués, aquellos trabajadores no eran todavía "libres". Y los peones enganchados para la extracción de las quinas, para el trabajo en las plantaciones de tabaco, ferrocarriles y en general obras públicas, personal en parte transitorio que cambia de oficio cuando se reduce, se interrumpe o se termina la obra: o cuando estalla la guerra y se le cambia la herramienta por el fusil, es evidente que no podía ser fuerza de clase configurada que tuviera ya sus organismos de expresión.

Se puede hablar de un sector radicalizado de las masas en la segunda mitad del siglo XIX, en relación a los nuevos hechos económicos, sociales y políticos que se suceden en el mundo y que, en medida de las condiciones históricas concretas, repercuten en Colombia. Este sector encuentra medios de conexión e inclusive de formación de núcleos ambien-

tales en los medios artesanales. Tales son, en su naturaleza y en su tiempo, las Sociedades Democráticas que tuvieron su período inicial en 1846, cuando nacía la política de las aduanas abiertas, y el trabajo casero, artesanal y de las pequeñas fábricas y empresas se sintió amenazado.

Leamos lo que escribe el doctor Camacho Roldán en sus *Memorias* - Tomo I, páginas 78 y 79: "Desde 1846 se había formado en Bogotá una Sociedad de la clase de los artesanos sin carácter alguno político en un principio, pero poco a poco fue adquiriéndolo y en 1849 ya llegó a ser una fuerza respetable en el movimiento de los partidos. En un principio tenía por objeto prestarse auxilio recíproco en caso de enfermedad o de muerte, establecer escuelas nocturnas en que se enseñase a leer y escribir y dibujo lineal. El presidente de la Sociedad en 1848 era un zapatero, padre de familia, modesto, honrado, trabajador: llamábase Francisco Vásquez Guevara, y los socios más notables, que podían ejercer y ejercieron influencia sobre sus compañeros, eran los señores Ambrosio López (sastre), que fue también presidente de la Sociedad en 1849, Rudesindo Zúñer (sastre), Emeterio Herrera (herrero) y otros dos o tres cuyos nombres no recuerdo. Mas tarde se hicieron notables los señores Miguel León (herrero), orador fogoso, que en 1853 y 1854 mostró ideas poco pacíficas, sobre todo de antipatía por la clase llamada de *los cachacos*; José María Vega y N. Saavedra (zapateros). Atraídos por el objetivo simpático de la institución, nos incorporamos en ella varios jóvenes recién salidos de los colegios, que después debíamos figurar en las luchas políticas".

Dos aclaraciones: 1. El doctor Camacho Roldán y los jóvenes que con él fueron atraídos a la Sociedad Democrática de Bogotá, se retiraron de ella en la presidencia de Miguel León, quien, con sus ideas confusamente socialistas y cierto sentido de la posición política de las clases en la sociedad, no miraba con embeleso —y parece que ni siquiera cordialmente— a los cachacos intelectuales de su tiempo; 2. Es evidente que no existió ni existe “clase de los artesanos”, ni la llamada “clase de los cachacos”. Estas son expresiones de uso en la época y como tal han de tomarse, únicamente.

El académico de la historia Carlos Lozano Lozano, compara las Sociedades Democráticas con los “sindicatos de ahora” (escribe en 1946). Naturalmente, ha de referirse a la beligerancia de las Democráticas en los gobiernos radicales de mediados del siglo XIX, y al despliegue de opinión que los sindicatos clasistas dieron al primer gobierno liberal progresista del doctor Alfonso López en 1934-38. Desde luego, las Democráticas eran avanzadas de las masas liberales de su época, y los sindicatos de la cuarta década de nuestro siglo organizaciones propias del proletariado. Pero volvamos a las *Memorias* del doctor Camacho Roldán y leamos, esta vez en la página 108 del Tomo Primero:

“...inmediatamente se pobló el país entero de Sociedades Democráticas... en Popayán, Cali, Buga, Cartago, en el Cauca; en Cartagena, Santa Marta, Mompós, Panamá y otros lugares de la Costa Atlántica y del Pacífico; en el Socorro, Pamplona, Cúcuta, en Santander; en Tunja, Sogamoso y otros lugares de Boyacá. Antioquia fue la sección de la república en

que hizo menos estragos esta epidemia (sic), pero también se sintieron”.

Hemos dicho en otro lugar de esta obra, que al nacer y entrar en acción las Sociedades Democráticas, la reacción procedió a crear grupos de fanáticos para oponérselos, dándole así a la beligerancia de los artesanos mayor amplitud. Porque las llamadas Sociedades Populares, inspiradas por el clero —y poco después denominadas Sociedades Católicas, simplemente—, se convierten en campamentos de la mayor agresividad conservadora. Leamos lo que escribe el doctor Camacho Roldán (*Memorias*, página 107, Tomo I): “En competencia con la *Sociedad de Artesanos* fue fundada en 1849 la *Sociedad Pópular*, compuesta en su principio de una reunión que, con pretexto religioso, había formado la Compañía de Jesús. Esta Sociedad mostró desde el comienzo sentimientos fuertes de animadversión al Gobierno y a los liberales, con lo cual quedaron frente a frente dos sociedades enemigas dispuestas a irse a las manos en el primer momento”.

Es método conocido de la reacción: cuando las masas trabajadoras tratan de organizarse para que las clases dominantes se den cuenta de su existencia, de su situación y de sus aspiraciones, aparecen los estrategas y organizan la división y la pelea en el seno del pueblo mismo. En la cuarta década del presente siglo, cuando los obreros se organizan bajo su bandera de unidad de clase, los estrategas fundan las falanges de las “Juventudes Obreras Católicas” para disociarlos. Y cuando la política intrépida del conservatismo se pone a la ofensiva por el poder, los estrategas emprenden la organización de ligas campesinas y sindicatos obreros, ya no solo de jóvenes sino de

masas en general comandadas por el clero y sus ayudantes, bajo las banderas azules del llamado *socialismo cristiano*, y que les sirve, ante todo, para destruir la unidad de clase de los trabajadores y sus propias organizaciones.

Las Sociedades Democráticas fueron un importante eslabón que conectó el pueblo con los gobiernos liberales. Pero cuando estos gobiernos prefieren aliarse con zonas conservadoras insurgentes de algunos Estados Federales, y llevan su complacencia hasta tolerar, absolver y premiar a los conspiradores reaccionarios en la misma capital, los artesanos y en general las fuerzas más radicalizadas del pueblo se marginan. Y solo de tiempo en tiempo, ante situaciones de gran efervescencia y en presencia de caudillos que consideran capaces de reavivar el frente nacional de la lucha por el progreso, resurgen en campañas de agitación, en actitud de ímpulso.

Por los años de 1851 y 1852, dos episodios (fuera de la guerra civil) crean graves dificultades al Gobierno del General López. El primero de estos episodios consistió en la banda de ladrones y asesinos que capitaneaba el Abogado Russi en los alrededores de Bogotá; el segundo en los actos de venganza de algunos libertos del Valle del Cauca, de que fueron víctimas algunos conservadores. Los jefes azules especializados en la difamación, haciendo uso de la más amplia libertad de prensa, acusan al propio Presidente de la República de participación o al menos complicidad con la banda de Russi. En el Valle, los jefes azules acusan de responsabilidad a las autoridades y a los caudillos liberales con prestigio en las masas.

La banda de Russi cae y la reacción pierde su filón de contumelia. La situación del Valle no se aclara. Parece evidente que algunos libertos, posiblemente estimulados por artesanos exaltados, matan, hieren o flagelan a esclavistas crueles, esbirros feroces y otras gentes a quienes guardaban su venganza. Naturalmente los voceros de la reacción claman por estos hechos aislados (que nadie puede honorablemente atribuirlos a las Sociedades Democráticas), con el fin de arrejar la campaña difamatoria contra el régimen que libertó a los esclavos, y preparar el combustible para las hogueras del odio, la persecución y la barbarie que con los años desatan.

El aristócrata negrero Julio Arboleda, en el fugaz dominio que tuvo en el Estado del Cauca en la guerra de 1860, alineó las Sociedades Católicas en escuadrones terroristas y bajo sus banderas desató la más brutal ofensiva de sangre y fuego contra los liberales. Sobre esta monstruosa oleada de asesinatos y depredaciones vamos a reproducir, más adelante, un documento que debe recoger la historia como muestra de la barbarie empleada en nuestro país por los llamados cruzados de la fe, abanderados en realidad del feudalismo, herederos del espíritu de la Colonia, inquisidores ofiциantes.

Veamos algunas muestras de la virulencia que usó la oposición conservadora al gobierno del General López, inclusive para que no haya gente que crea en la "noble gallardía de las lides intelectuales del pasado". El General López —escribe el doctor Camacho Roldán (*Memorias* - Tomo I, página 64)—, era acusado de embriaguez constante y de ser jefe de la banda de ladrones organizada en Bogotá...; el señor Murillo Toro, Secretario de Hacienda, era llamado el

impúdico ladrón, y así los demás que hacían parte de la administración. Las calumnias llegaron hasta el punto de difundir en los lugares retirados de la capital, que las señoritas hijas de los conservadores eran entregadas con violencia a la soldadesca desenfrenada”.

Y para realzar las aseveraciones del doctor Camacho Roldán léase el siguiente fragmento, que no es exactamente la expresión de ninguna altura espiritual, de ninguna pureza con frecuencia reclamada para “nuestros clásicos”, y tampoco modelo alguno de la decantada tesis del “arte por el arte”. En realidad, es la exudación del negrero herido que fermenta el veneno de los odios feudales contra el pueblo que lucha por su libertad:

*¡Y el gran Señor que nuestras hijas vende,
O a sus siervos, en premio, las regala,
Su tibio aliento sobre el trono exhala
Meciéndose en estúpida embriaguez!*

*¡Los esbirros de López, el tirano,
Que él premia, que él excita, que él consiente,
Besan a nuestras hijas libremente,
Y nosotros temblamos a sus pies!*

.....

*¡Entonces viera el socialista infame
Si son nuestras esposas baratijas,
O impúdicas rameras nuestras hijas
O nuestra patria su infernal burdel...*

La factura de los anteriores versos —sobra decirlo— pertenece a Julio Arboleda, “el vendedor de car-

ne humana”— como le llamó su émulo de letras don Eusebio Caro, y ahora patrono espiritual de los religiosos lasallistas de Medellín: modelo para la “educación” de la “juventud dorada” en competencia con los jesuitas que no quieren saber nada del intrépido carlista colombiano que atizó su segunda expulsión del país.

Una ojeada a la cultura - De la fantasía a la realidad - Espuma de letrados sobre lago de analfabetas.

A pesar de nuestra cultura feudal-católica que dejamos transcrita —cultura de inquisidores—, vamos a dar la ojeada al tema, tal y como lo tenemos anunciado. Ricardo Levene, director general de una *Historia de América*, en catorce tomos, empieza a prologar así: “Emprendemos la realización de la *Historia de América* en un momento de esplendor de la cultura en este continente”. (Levene escribe en 1940). ¡Momentos de esplendor de la cultura!

Sabíamos que las naciones de América anhelan e inclusive trabajan por una cultura; que discuten el tipo histórico de esa cultura; que admiten los procesos de formación, la presencia de elementos y en algunos casos la acción de núcleos nacionales de una indefinida cultura. Esfuerzo no continuado por una cultura colombiana lo fue la Expedición Botánica de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Pero no sabíamos que ya existiera una estructura cultural del continente, y menos que se hallara en su esplendor,

precisamente en el año de gracia de 1940. Quizás los Estados Unidos tengan su cultura pragmática, maquinizada, ajustada a su "estilo de vida". En relación a Colombia, la reciente Misión Currie "descubrió" que somos una masa de población casi analfabeta, con una delgada capa de personas y núcleos cultos, pero de la vieja estirpe académica feudal.

Según Menéndez y Pelayo, en Colombia hubo literatura (una expresión de la cultura) desde la Conquista; más aún: "historia de la literatura". Claro que aquí se trata de cronistas españoles que vinieron con los conquistadores o a raíz de la Conquista. Desde luego, las comunidades religiosas que se instalaron en Nueva Granada desde los albores del siglo XVI, constituyen por sí solas núcleos de cultura medioeval, y en torno de ellas —como halos o periferia inmediata—, se forman delgadas constelaciones de criollos nobles y mestizos ricos, sobre todo en los círculos de Popayán, Tunja, Cartagena, Santafé de Bogotá, etc. Pero esta no es la cultura de un mundo nuevo sino el rezago cultural de un mundo viejo; teología, latín, filosofía, escolástica y gramática del idioma de los conquistadores. ¿Podría llamarse a eso cultura colombiana? ¿Cultura de una nación que apenas se formaba?

La literatura —ya como expresión de arte, más concretamente dejó muy poco de valor en los 300 años de la Colonia. Desde el punto de vista de la cultura en el arte, algo de mérito deja la Colonia en arquitectura; desde luego solo como imitación del feudalismo ibérico y por consiguiente religioso. En este sentido, existen templos y detalles de ellos muy notables en Popayán, Tunja, Bogotá y otras viejas ciudades. En

pintura, escultura, música y teatro, casi nada. De cultura popular es ocioso hablar, porque ya sabemos que no hubo escuelas públicas en la Colonia, y que los esfuerzos realizados al través de la República, son, en lo general de reducido alcance. Claro que las escuelas son apenas un elemento de la cultura popular, y que otra cosa es —con frecuencia su propia negación— si se examina su orientación y contenido.

Tunja, su espuma feudal, se precia de ser fuente de la "cultura nacional". Ha tenido algunos literatos, entre ellos la religiosa Josefa del Castillo a quien toda persona culta se considera obligada a invocar cuando se habla o escribe sobre Santa Teresa de Jesús y Sor Juana de la Cruz. Por su núcleo, Tunja pide en 1597 a la Real Corona que se fundase allí una universidad. Y, en informe a Don Felipe II sobre la provincia, fechado en un día de 1610, se decía con no disimulado acento de queja: "No hay Universidad en esta ciudad; solo hay un preceptor de Gramática que la lee, y há tiempo que se leen en los conventos Arte y Filosofía, como ahora se hace en el de San Francisco..." Tunja tenía a mediados del siglo XVIII cinco órdenes religiosas: *Dominicanos*, *Observantes*, *Agustinos Descalzos*, *Hermanos de San Juan de Dios* y *Agustinos Calzados*, con buenos conventos, y dos monasterios de mujeres, uno de *Concepcionistas* y otro de *Clarisas*. Pero no obstante estos "méritos", la católica monarquía española se abstiene de crear la solicitada universidad. Sin embargo, la plaza es tomada por la muy aguerrida Compañía de Jesús.

Efectivamente. En 1611 fundan los jesuitas en la conventual ciudad su colegio que fue hasta 1767 (año de la expulsión) el principal centro de cultura teo-

lógica en el oriente de la Colonia. A este Colegio de Jesús perteneció el hermano Pedro Claver, de quien hemos hecho mención al tratar sobre la libertad de los esclavos. En este orden de la cultura medioeval para minorías "selectas", se funda en Santafé de Bogotá, en 1651, por Fray Cristóbal de Torres y bajo los auspicios del Rey Felipe IV, el llamado Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario que todavía forja inteligencias colombianas sobre el viejo yunque de las concepciones de la Colonia.

Este academismo abstracto, metafísico, que lo mismo se puede cultivar en la Oceanía o en América, en Manila o en Bogotá (aparte de influencias de pensamiento, de estilo, modismos y costumbres que por un tiempo nos vinieron de Francia y de Inglaterra y que ahora nos saturan desde los Estados Unidos), creó en Colombia lo que algunos llaman "helenismo" y que bien puede ser apenas afecto a la cultura griega y por derivación a la greco-romana del tiempo "esplendoroso" del patriciado y el floreciente mercado de esclavos. Pero esta cultura que se ostenta como erudición de coleccionista y en algunos casos como simple vanidad, no ha servido en nuestro país —salvo excepciones rarísimas— sino para hacer resaltar el contraste de académicos Presidentes de la República analfabeta.

En esta creación mental de enciclopedia, las inteligencias consagradas de la nación colombiana han florecido en la versión, imitación o reflejo de obras clásicas escritas en latín o griego, y en ocasiones también en la versión o imitación de obras literarias escritas en francés o italiano de tiempos ya recientes.

Esta clase de cultura, naturalmente forma en los "espiritibus selectos" una actitud de vanidad frente al pueblo llano, que con mucha frecuencia les hace perder el sentido de las proporciones, y deliran hasta crearse la ilusión de que Colombia (es decir, ellos) se ha convertido ya en meridiano de la cultura en América.

Por la década de 1860-1870, la actitud de los núcleos sociales cultos había virado de la servil imitación inglesa que siguió a la Guerra de la Independencia, hacia la imitación francesa, que fue influencia auspiciada por los gobiernos liberales iniciados en 1849. Pero la influencia francesa del pensamiento y estilo de Hugo, Lamartine y Michelet no era, lógicamente, de aceptación conservadora, por lo cual un grupo de literatos tradicionalistas a ultranza, católicos ortodoxos a la manera española organiza la tertulia llamada "El Mosaico" que tenía por finalidad "hacer cultura propia". Iniciadores de la tertulia fueron, entre otros, José María Vergara y Vergara, Diego Fallon, Manuel Pombo y Ricardo Carrasquilla. La "cultura propia" consistió, realmente, en cristalizar y dar forma a una literatura costumbrista, reflejo de la española, y en general dedicada a exaltar la vida muelle del señorío feudal y sus bíblicas virtudes. Este grupo de letrados inició la creación de la Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente a la Real Española, primera de su género en América, cuya instalación se hace en mayo de 1871, con los señores Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín y otros personajes como socios.

La literatura costumbrista ganó cierta importancia en Colombia, atrajo a importantes literatos de sensibilidad social hacia temas populares, y al finalizar el siglo XIX y en las primeras décadas del pre-

sente, se revelan estupendos cultores de ese género que poco entusiasma a los wildeanos y proustianos de nuestros días y a los propios academistas del idioma, herederos del grupo fundador del Mosaico que le llamó "cultura propia", tal vez por referirse a "tema propio", que no es lo mismo. Para dar una estimación sobre la orientación, el contenido y desarrollo de la cultura al promediar el presente siglo, volveremos a tratar el tema en otro lugar de esta obra.

V

DE NUEVO EN EL CAUCE DE LA LUCHA DE LOS PARTIDOS

**De nuevo en el cauce de la lucha de los partidos.
La división liberal capitalizada por los con-
servadores - Los renegados del liberalismo se
cubren con el manto religioso.**

Y regresamos al gobierno de don Santiago Pérez que termina en condiciones casi funestas para el liberalismo, no solo por la división del partido que se ahonda mucho más, sino porque tal división adquiere las características de la depresión y la crisis económica del país (además de la crisis estructural), y porque significa un paso largo hacia una nueva guerra civil en la nación. Abierto el debate para la sucesión presidencial en 1875; muertos en este año precisamente Pedro Justo Berrío y Mariano Ospina, don Carlos Holguín convertido en primate sin control de las falanges azules reaparece en la escena política coaligado con la gruesa capa liberal desafecta al co-

mandismo radical, a su estilo de gobierno y en esencia a la Constitución de Rionegro, abanderando la candidatura de Rafael Núñez en oposición al candidato oficial que lo era el insigne don Aquileo Parra: y no a la manera "civilizada de las justas democráticas", sino con el dilema cavernario de: "¡Núñez o la guerra!". Situado el debate en este plano adquiere su mayor ardentía en el fuego cruzado de la controversia que conduce inclusive a choques de violencia armada.

Sin embargo, el comandismo radical gana las elecciones (Mosquera, Senador por el Cauca, votó con los radicales cuando el Parlamento "perfeccionaba" la elección, es decir, contra Núñez, y fue después amigo y consejero de Parra en la guerra del 76), y el señor Parra asume la Presidencia de la República en abril de 1876. Pero los comandos conservadores y su estrategia don Carlos Holguín, y Núñez herido con la derrota y sus amigos defraudados en sus planes, habían lanzado ya los gritos de: "¡Fraude y violencia! ¡Trampa electoral!". Y tras estos gritos —y el plan de oposición a las leyes que creaban las escuelas normales e implantaban la educación primaria obligatoria, gratuita y laica—, los jefes azules aumentan la intensidad de la lucha contra el Gobierno, en tono y actividades decisivamente subversivas. Núñez resentido y sus amigos defraudados, le hacen el juego a los jefes conservadores. Y lo más repugnante es que algunos personajes liberales, inclusive radicales, asustados con los cambios económicos y políticos: católicos espiritualmente ante la situación, apresuran su deslizamiento hacia el campo azul. Uno de estos personajes, José María Samper, abraza la bandera religiosa, fusiona el credo de su fe con la política conservadora,

y funda el periódico *La Ley* para elogiar al partido del señorío feudal y el alto clero, y para invitar a los liberales resentidos a formar —como él— en las filas de don Carlos Holguín. Es a este personaje modelo de conversión a quien el General Tomás Rengifo, desde Cali, dirige el histórico documento que anunciamos en otro lugar, y que reproducimos a continuación:

Señor doctor José María Samper:

Señor: He leído el primer número del periódico *La Ley* y todas las publicaciones que usted ha hecho, con motivo de la derrota que los nuñistas hemos sufrido en las elecciones presidenciales. Siento como usted los manejos adoptados por el Gobierno; y siento que mis paisanos que están en el Congreso, se hayan visto en la necesidad de obrar como han obrado. Oid bien, señor, en la **necesidad**.

En los arranques de indignación de usted, señor, deprime a sus amigos del Congreso, a los nuñistas del Cauca y hace un elogio al Partido Conservador, e invita a los nuñistas a formar con ese Partido una entidad política.

Es perdonable en usted esa inculpación, esa alabanza y esa invitación; porque usted no conoce la historia del Cauca; porque usted cree que los conservadores de aquí son, como usted dice que son los de otros Estados, pacíficos, inocentes y cristianos; porque usted cree que el Partido Conservador del Cauca es un partido político que quiere el poder para poner en vigencia un programa político racional y cristiano. Pero el claro talento de usted se engaña, porque no sabe nuestra historia: la nobleza de sentimientos de usted se fascina, porque le es inconcebible tanta miseria y depravación tanto en un partido político, que lo hace más temible que las bestias bravías.

Para que usted juzgue con piedad a los nuñistas del Cauca, vengo a trazar en esta carta una ligera reseña, un breve bosquejo del Partido Conservador del Cauca, del **enemigo común**, como lo llamamos aquí.

En 1861 el Partido Conservador ocupó triunfante casi todo el Cauca; y llenos los calabozos de liberales ven-

cidos, proclamó contra éstos, en sus publicaciones oficiales esta terrible sentencia:

¡Ay de los vencidos!
que el poeta latino explicó en este verso:

Una salus victis, nullam sperare salutem.

Y que el señor Julio Arboleda en su proclama tradujo en verso castellano así:

**No hay más salud para el vencido que una;
y es, no esperar del vencedor ninguna.**

Esa sentencia escrita en letra de molde se introdujo en los calabozos, para quitar a los prisioneros toda esperanza de piedad y de humanidad de parte de los vencedores.

Y esa sentencia, como usted ve, entraña un sentimiento no solo contrario a la caridad cristiana, y a la doctrina evangélica; sino del todo conforme a la ferocidad de los antropófagos, de los pueblos más atrasados en la vía del progreso moral.

Al publicarse esa sentencia como una regla de conducta del Partido Conservador cayeron las cabezas de:

Pedrosa, Rodríguez, y Muñoz.

¿Cree usted, señor Samper, ahora, que el Partido Conservador del Cauca es inocente, inofensivo y cristiano; y que usted, puede asociarse a él para formar un nuevo cuerpo político?

Dos meses después de lo que dejo dicho, y secundado el pensamiento de exterminio de los vencidos; ¡el Partido Conservador decretó el TALION!

¡Ojo por ojo, diente por diente!
Por una vida, DOS O MAS.

¿Qué dice usted? esa doctrina es cristiana, y usted la profesa? ¿No la condenó Jesucristo por boca del evangelista Mateo en el Capítulo V, versículo XXXIX?

Y no crea usted que el talión fue decretado para hacer entrar al General Mosquera en la vía que aconsejan la razón y la humanidad; no señor: el mismo día que se publicó el talión fueron despedazados veinte prisioneros en la plaza de San Camilo de Popayán, a saber:

Rafael Fernández, Juan Francisco Cobo, Juan Nepomuceno Cobo, Jesús María Sarmiento, Daniel Trochez, Nicolás Rada, Manuel Antonio Alegría, Delfín Restrepo, Juan Antonio Rico, Fernando Ruiz, José F. España, José María Obando, Juan Pío Burbano, Matías Rengifo, Baldomero Victoria, Buenaventura Sinisterra, Bartolomé Velasco, José Antonio Ruiz Manzano, Ramón Solarte, y Juan de Dios Delgado; y a los ocho días:

Pardo, Tribiño y Ordóñez, en el Ejido de Popayán; y después otros y otros...

Qué le parece ahora el catolicismo de los conservadores: ¿Se alista usted en sus filas?

Sigo, señor: De noviembre de 1861 para adelante no se habló del talión; no se gastaron más fórmulas, más palabras: se ejecutaba el exterminio de los liberales vencidos. Se les fusilaba en las ciudades y en los campos; y a los fugitivos se les daba caza como a las bestias feroces. Así perecieron Nicanor Escobar en El Hatico, los "Tres Franciscanos" en Cali, los ahorcados en Piendamó, José María Rengifo Palacios en la cárcel de esta ciudad, José Francisco Rengifo Palacios en Palmira, Manuel José Sánchez, Antonio Cuervo, Clodoveo Reina en Yumbo y Vijes, Pantaleón Collazos en Cimarronas, Patricio Pacheco en Corrales, y los ahorcados en Güengüe por orden del Jefe Bonilla, quien los hacía mecer para que sus cuerpos se encontraran y chocaran; las sargas de presos precipitadas al río Cauca en el paso de Los Novillos; Albarracín y Giraldo en la Bolsa, los cinco fusilados en El Cabuyo después de haber sufrido doscientos palos; Joaquín Monthermoso fusilado en Mondomó después de obligado a excavar su sepultura; y algunos centenares más fusilados en los poblados y despoblados.

¿Se horroriza usted? Pues no hay motivo todavía: oiga usted la relación de hechos católicos más interesantes:

El partido **católico** cayó en la cuenta, aunque tarde, de que la sangre derramada, y la carne despedazada despertaban simpatías a favor de las víctimas; y entonces **por consejo de alguno** se adoptó un género de muerte lenta, pero segura: un nuevo patíbulo-silencioso ¡el hambre!

No se daba alimento a los presos, ni se permitía que se les llevara a los calabozos, y entonces enflaquecieron, y murieron en medio de crudas agonías.

Las cifras de las víctimas del hambre como suplicio inventado por los **católicos** contra los vencidos no es pequeña.

Más de doscientos en Popayán, más de cuatrocientos en Cali, diez y siete en Cartago.

¿Qué opina usted, doctor Samper, del Partido Conservador inofensivo, inocente y cristiano, según dice usted? ¿Insiste en alistarse en sus filas?

Hay más todavía: sí señor, más: bastante adelantado el exterminio de los liberales adultos, era necesario exterminar la semilla. Se inventó un medio, que se ejecutó en Cali y en otros lugares:

En un día dado arrancaron de repente de sus casas a las mujeres liberales, las arrastraron a la cárcel, y las condujeron en medio de escolta de soldados a las fronteras de Antioquia, y no se les dio tiempo de recoger sus hijos. Los chiquitos quedaron en la cuna y los que gateaban, se arrastraban solos dentro de las habitaciones. A los cuatro días de viaje, lloraban las mujeres al oír los gemidos del viento en las ramas de los árboles: creían oír el llanto de sus hijos en la cuna. Algunas veces abrumadas por el calor, sentían el soplo intempestivo de una brisa fresca que besaba su frente; y era tal vez el espíritu del hijo que daba a la madre el beso de despedida de este mundo.

¿Qué juzga usted de los sentimientos que dictaron la ejecución de tan grande maldad? ¿Son cristianos, inocentes e inofensivos? Usted acaso participa de ellos para unirse a los conservadores que saben cultivarlos con esmero?

“Basta por hoy, señor: estoy cansado; mi alma está fatigada con el recuerdo de los hechos que prueban el alto grado de corrupción que ha alcanzado el Partido Conservador del Cauca.

Volvamos al principio. Decía yo: que los caucanos en el Congreso han obrado **por necesidad** de la manera que lo han hecho. Ahora es fácil concebir la razón:

Los conservadores se reúnen en sociedades que llaman **católicas** regentadas por los Curas: en ellas se predicán contra el Gobierno, y lo llaman ateo, hereje y masón para allegarle el odio popular. Predican también contra las escuelas, y excomulgan a los niños que asisten a ellas, y a sus padres.

Y esas sociedades **católicas** se componen de los asesinos que degollaron a tantos centenares de compatriotas nuestros; que hicieron perecer por hambre a tantos hijos del Cauca; que hicieron morir de hambre a tantos niños arrebatándoles a sus madres...

Y esas **católicas** son encabezadas por los curas que no predicaron, entonces, condenando la inmoral sentencia de **¡ay de los vencidos!** fulminada contra los prisioneros; que no predicaron y condenaron la doctrina impía del talión; que no llevaron un pan a los condenados a morir de hambre; que no predicaron condenando la cruel carnicería que los **católicos** ejecutaban contra los liberales; y que antes bien repicaban las campanas y cantaban Te-Déum por sus victorias.

Esas **católicas** cuyos individuos tienen las manos manchadas con la sangre de las víctimas, y sus vestidos mojados con las lágrimas de las madres, de las viudas y de los huérfanos; y dirigidas por sacerdotes que se mostraron indiferentes en tan espantosa calamidad; y algunos de ellos hostiles y perseguidos de los vencidos; esas sociedades son temibles señor doctor Samper; más temibles que la peste, más que manadas de hienas, de chacales o de panteras.

¡Y luego, si usted viera una sesión de **católicos!** Vería, por ejemplo, en la de esta ciudad, que se reúnen en el templo, al Jefe de los cazadores en Vijes, a quien persigue la sombra de Clodoveo Reina; vería al matador de Rafael Camacho en las calles de esta ciudad; vería al Jefe de los que asesinaron a Pantaleón Collazos y a cinco vecinos de Pavas; vería a los que degollaron a José María Rengifo en la cárcel de esta ciudad; vería a los que ponían en la cárcel a los niños de pecho, para obligar a las madres a presentarse en la prisión; vería a los que prendieron las mujeres de la ciudad, y de las aldeas y las escoltaron hasta la frontera; vería a los que el Jueves Santo de 1862, día solemne y de suprema meditación para el católico, expusieron diez cadáveres de prisioneros muertos de hambre en las puertas de la Iglesia matriz, desnudos completamente; vería... a todos éstos, hombreándose, alternando con el Cura y el señor Deán, hablando de piedad, de doctrina cristiana, de humildad, de caridad y hasta de martirio en defensa de la Religión de Jesucristo.

Así decían ellos, los mismos, en 1861 cuando ejecutaban los bárbaros atentados que dejó indicados: todo lo hacían en nombre de la Religión y de Jesús; hoy dicen lo mismo, y harán lo mismo si se les da lugar.

A estos tales tenemos horror todos los liberales del Cauca, sumo horror; y antes de caer en sus manos nos parece prudente indultar a nuestros hermanos los parristas extraviados: el Partido Conservador del Cauca es depravado.

No debiéramos adherirnos a uno ni a otro; pero la separación de los parristas, significa el triunfo del Partido Conservador sobre nuñistas y parristas; significa la adhesión al Partido Conservador, y nosotros no consentimos en esto por humanidad y por decoro.

Usted creará que los católicos habrán hecho un acto de contrición con propósito firme de enmienda, al verlos sentaditos en las **católicas** con la vista para el suelo, y con un aire de santitos que encanta; pero si los oye inculpar de herejía al Gobierno y a los liberales; si los oye decir que desean que el corazón se les convierta en puñales para matar herejes; si los oye ofrecerse al martirio, etc., etc., etc., se convence de que son los mismos de antes, impenitentes, ingratos y rebeldes, y sobre todo sanguinarios y perseguidores.

Cese pues, doctor Samper, en su buen propósito de formar con los conservadores alianzas políticas, o al menos, no nos convide a NOSOTROS PARA EJECUTAR SEMEJANTE ABSURDO.

Con sentimientos de consideración me suscribo de usted,

Tomás Rengifo.

Cali, Mayo de 1876.

NOTA: El documento anterior fue reproducido en la Imprenta de EL SIGLO de Popayán en 1914, en hoja suelta que hemos copiado, exactamente, luego de confrontarla con el mismo texto publicado en "El Relator", de Bogotá, en su edición del 28 de septiembre de 1892.

La guerra civil reaccionaria de 1876 - Un Jesús Nazareno "vivo" en el combate de los chancos - La "Prusia" de los conservadores - Garrapata y Manizales.

De todos modos, llega el momento cuando los conservadores se lanzan a la guerra, con estas alegres cuentas: 1. Que la división liberal había llegado ya al grado de poder llevar a los nuñistas con fusil al brazo bajo banderas engañosamente religiosas; 2. Que Antioquia era la "Prusia" de los Estados colombianos, armada y con su gran ejército desde su guerra de 1864, y que, como Prusia en 1871 comandó la unidad de los Estados germanos, Antioquia comandaría la de los granadinos para constituir el imperio conservador y católico; 3. Que por la depresión económica del país, el Gobierno no sería capaz de sostener sus ejércitos; 4. Que algunos personajes liberales (tipo José María Samper y Rafael Núñez) se pondrían del lado conservador abiertamente cuando la "Prusia" diera la primera batalla decisiva...

Y naturalmente planeada la acción en las regiones-claves en julio de 1876 se levantan los conservadores del sur, precisamente porque pensaron hallar el apoyo del liberalismo menos controlado por los radicales, o al menos los restos del "mosquerismo", quizás para ese momento más exactamente el tenientismo del "Gran General". Pero aquí fue el primer fracaso de las cuentas alegres, porque ni en el sur ni en ninguna otra parte los liberales se van con las falanges azules. Por el contrario, la guerra unifica al liberalismo para la acción, aunque la guerra misma hubiese de conducir a destacar en los combates a los jefes

que, por oposición al radicalismo, se fueran al “independientismo”.

En seguida del levantamiento conservador del sur —que se hace con ejércitos que portan estandartes religiosos por banderas, que cantan himnos a la Virgen y que uno mismo de esos ejércitos lleva el nombre del Pontífice reinante, Pío IX—, estalla la guerra en Antioquia, y luego en el Tolima. En Cundinamarca, Boyacá y Santander, los conservadores disponen la guerra de guerrillas, como etapa preventiva para luego reagrupar su gente en batallones de línea: cuando el suroccidente tomara ruta hacia Bogotá. En los Estados de Panamá, Bolívar y Magdalena, el conservatismo (que casi es liberal, si se le compara con el del resto del país, y que además es poco numeroso) espera el triunfo de “su causa” para sustituir a los empleados liberales...

La primera etapa de la guerra, o sea hasta la histórica batalla de Los Chancos (cercañas de Tuluá) del 31 de agosto de 1876, tuvo su epicentro suroccidental; una segunda etapa tuvo su epicentro en el norte del Tolima, a fines de noviembre del mismo año, culminando en el combate de Garrapata del 20-22, y una tercera y última etapa que devuelve su epicentro al occidente: más concretamente a Manizales, en los primeros días de abril de 1877. Damos a continuación una breve síntesis de la guerra, para que se vea la magnitud de la contienda y las condiciones militares y políticas que determinan las etapas y los epicentros de que hemos hablado.

Esta guerra de disfraz religioso es derrotada desde su principio en el sur por los jefes y las masas liberales, después de lo cual, las fuerzas vencedoras bajan al Valle del Cauca en previsión de que los ejércitos

conservadores de Antioquia fuesen en auxilio de los vencidos. Y, efectivamente. Un ejército de 4.000 hombres bien armados, al mando del General Joaquín Córdoba y buenos ayudantes, cruzaba los linderos de los Estados y avanzaba adelante de Cartago. Pero el muy aguerrido General Julián Trujillo que comanda 3.000 soldados y un excelente equipo de oficiales, le ataja en la extensa llanura de Los Chancos. Y se traba el combate. El ejército conservador acomete con bravura. Y los liberales resisten. El campo se cubre de cadáveres, y por encima de humo, gritos de imprecación, invocaciones y lamentos, "un Jesús Nazareno" inflama el fanatismo conservador en esta orgía de la muerte...

En los tiempos de la Colonia se sacaban las imágenes de los templos para aplacar la ira de las multitudes. En la República empiezan a sacarlas los próceres, y luego los jefes de partido. Pero el "Jesús Nazareno" de Los Chancos no es una talla de madera sino un ser vivo, tal vez demasiado "vivo": un antioqueño con toda la barba. (El historial colombiano tiene la tendencia a "ignorar" el "Jesús Nazareno" de Los Chancos, siendo que tal hecho no implica novedad alguna. El autor de la presente obra obtuvo en Popayán, en 1918, confirmación plena y detalles en abundancia del místico personaje, del Coronel Jesús Dulcey y del Capitán José María Dulcey, ambos de las fuerzas del General Trujillo). Pero con todo y la extraordinaria bravura de los fanáticos montañeses, la histórica batalla de Los Chancos termina con una dramática derrota que les hace repasar la línea de los Estados para refugiarse en las faldas de sus montes.

El ejército vencedor del General Trujillo queda casi destruido. No obstante, podía perseguir a los vencidos y causarles mayores pérdidas de vidas en las regiones de Pereira, Santa Rosa y Chinchiná. (El Presidente Parra, en su Mensaje al parlamento de 1878, dice que "el ejército vencedor en Los Chancos quedó imposibilitado para perseguir al enemigo". Esto es evidente, en la perspectiva general que supo entender exactamente el General Trujillo, no en la que pudo ser acción inmediata). Pero aquí —en Chinchiná— empieza la montaña, el santuario de los conservadores en donde podrían rehacerse, resistir y preparar la nueva ofensiva. Y Trujillo, excelente militar, no se deja seducir de la victoria ganada al precio de tantas vidas: ¡no les pisa los talones a los fugitivos; no se va tras de la llama como las mariposas! Con la cabeza fría se dedica a reconstruir su ejército, y simultáneamente a moverse hacia el norte, manteniendo la ofensiva pero sin precipitarla.

El General Trujillo desarrolla con éxito su plan táctico porque recibe oportunamente refuerzos. De primero le llega el *Batallón Pichincha*, procedente de Cali, "con un nuevo armamento, suministrado en su mayor parte por el gobierno de Bolívar", según se lee en el Mensaje del Presidente Parra al parlamento de 1878. Poco después le llegan fuerzas del Ejército Nacional sacadas del Tolima y comandadas por el General Delgado, jefe éste que se ve obligado a abrirse paso en serio combate al cruzar la Cordillera Central, porque un batallón conservador que había salido de Ibagué antes de que lo hiciera él —a órdenes del entonces Coronel Casabianca— trata de cortarle la marcha en los termales de *Toche* (nombre de un río en el viejo camino Ibagué-Salento, cerca a la cordi-

llera). Sin embargo, lo que hace más fuerte al General Trujillo es la masa liberal de voluntarios que se le suma en Cartago, Pereira y la región de Chinchiná, y la decidida cooperación de la población civil.

Y mientras el frente suroccidental madura en choques parciales, los conservadores que juzgaron inexpugnables sus posiciones de montaña, con centro de operaciones en Manizales, sacan de sus cuarteles una parte considerable de sus fuerzas, y bajo el mando del propio Generalísimo de la guerra, Marceliano Vélez, dirigen una supuesta gran maniobra por el mal camino de Soledad-Fresno, para caer al norte del Tolima, amenazar la navegación del río Magdalena, ocupar a Honda, hacer frente a Cundinamarca y poner en jaque al Gobierno Federal. Este movimiento del Generalísimo Vélez partía de la supuesta debilidad militar del Tolima, de donde habían salido las fuerzas del General Delgado.

El 11 de noviembre de 1876 llega a la llanura de Garrapata el Bismarck de la Prusia conservadora, para exhibirse allí muy por debajo de su resonante título. El Generalísimo Vélez podía ser un veterano militar, pero le fallaban las ruedas cuando la rapidez se convierte en factor decisivo, y su cerebro se llenaba de humo cuando necesitaba apreciar mejor el paisaje de la política. Las fuerzas liberales eran, en realidad, poco numerosas por aquellos días en las regiones amenazadas del Tolima. Además, había pesimismo en las esferas oficiales del liberalismo, que decía del temor a la guerra de montaña en Antioquia y en general al poderío militar conservador. En esta favorable situación, el Generalísimo Vélez que tenía 7.000 soldados, no le cae inmediatamente al llamado Ejército Liberal de Occidente acantonado en Lérica (po-

blación cercana a Garrapata), que siendo pequeño y sabiendo que lo era, pudo haberle destruído sin dificultad, y tampoco marcha sobre Honda en cuya dirección se hallaba una pequeña división liberal. Enamorado de las batallas campales, resonantes, históricas, se dedica a dirigir un complicado sistema de trincheras triples en la llanura de Garrapata, que le consume el tiempo que pudo haber empleado en "limpiar la región", y que los liberales aprovechan, recibiendo refuerzos, haciéndose fuertes y disponiendo sus movimientos.

El 20 de noviembre, el Comandante en Jefe de las fuerzas liberales, General Santos Acosta, tenía ya un ejército de cerca de 4.000 unidades y estupendo equipo de ayudantes. Y partiendo de Lérida a tiempo que también lo hacía la división de la ruta de Honda, cae sobre la fortaleza del Generalísimo Vélez. La resistencia de los conservadores es, naturalmente, temible, no solo porque pelean en trincheras bien construídas, sino porque tienen mejores armas, y porque son mucho más numerosos. Pero la extraordinaria capacidad militar del General Acosta, la técnica de sus trazos de combate, el acoplamiento de expertos ayudantes de la categoría de los Generales Sergio Camargo y Daniel Aldana, y la formidable acometividad de la masa de soldados, quebranta la resistencia conservadora, apaga el furor místico, y al terminar la jornada del 22, el ejército diezmado del Generalísimo Vélez abandona sus trincheras y se repliega sobre el camino del Fresno...

El ejército vencedor —diezmado también— no podía, obrando correctamente, perseguir al enemigo vencido porque todavía seguía siendo fuerte. El valiente y prudente General Acosta, considerando que las fuerzas

conservadoras volverían a la carga, procede a reajustar sus filas, a disponer posiciones para desgastar al enemigo...

Por estos días el epicentro de la guerra está en la región norte del Tolima. Y como es también la primera guerra que se sirve del telégrafo para comunicar sus grandes hechos, el país, sus núcleos políticos principales están pendientes del total desenlace de la batalla campal de Garrapata. Y sabiendo el Gobierno Federal que los conservadores del sur de la república se recuperan con el propósito de crearse bases en el Valle, a retaguardia del General Trujillo; que los conservadores de Santander amenazan las plazas de Cúcuta y Pamplona, y que las guerrillas de Cundinamarca y Boyacá se hacen más activas con la proximidad del Generalísimo de la guerra, decide proponer al supremo jefe conservador el cese de fuegos, sobre la base de un amplio convenio de paz. Pero el Generalísimo rechaza la oferta, con la olímpica arrogancia de: "A quien tiene catorce mil hombres en armas, la opinión honrada del país y la justicia, no se le insulta impunemente con semejantes proposiciones..."

Esta actitud del General Vélez recuerda la del gobierno de Mariano Ospina cuando se negó a aceptar la capitulación de Mosquera en 1860 en Manizales. Y lo más original aquí es que, pese a la situación favorable, el General Vélez desiste de seguir peleando en el Tolima, y por el mismo mal camino regresa con los restos de su gente al frente occidental. El Generalísimo pensó, posiblemente, decidir la guerra a menos costo derrotando a Trujillo en las montañas, para lo cual contaba ya con el ejército conservador del sur que ocupa la ciudad de Cali el 19 de diciembre. Pero este triunfo conservador fue muy fugaz, porque cinco

días después, el formidable jefe liberal General David Peña, con fuerzas populares recupera la plaza y extiende su dominio militar hacia el norte del Valle.

Como se ve, los ejércitos conservadores no han logrado ganar una gran batalla capaz de impresionar a los jefes civilistas del liberalismo, que con Núñez y Samper pudieran pasarse de una vez a las filas de don Carlos Holguín. Y con la misma mala estrella inician los conservadores el año de 1877, porque pierden el combate de la Donjuana (entre Pamplona y Cúcuta) el 27 de enero, que de haberlo ganado significaría la creación de un poderoso ejército en el norte del país, que absorbiendo las guerrillas de Boyacá y Cundinamarca —las que unidas sumaban tres mil hombres— podrían amenazar a Bogotá seriamente...

El frente realmente construido sobre la base de poderosos ejércitos, comandantes de mucha talla y posiciones fortificadas, estaba ahora en Manizales. Los conservadores tenían allí todo un sistema de trincheras, emplazamientos de artillería y todo lo que entonces constituía un fuerte de la guerra moderna. Sin embargo, el jefe que asediaba el fuerte no estaba dispuesto a estrellarse contra él. Este jefe, el más técnico, sagaz y político, estaba desarrollando un plan de reducción de la montaña en una curva que terminaría cerrándose en cinturón de fuego sobre la ciudad. El epicentro de la guerra está en Manizales.

¿Cómo situar a la espalda del General Trujillo una fuerza de fogeo? Había fracasado la que tomó a Cali el 19 de diciembre y que seguramente indujo al General Vélez a volver al frente del occidente. El comando conservador decide otra "gran maniobra" desprendida de su pobre potencial estratégico: a órdenes del General Joaquín Córdoba y don Sergio Arboleda (her-

mano éste de Julio Arboleda), fuerzas conservadoras cruzan el río Cauca a la altura de Riosucio y toman el camino de Ansermanuevo para salirle detrás al General Trujillo. Pero éste se entera del movimiento, y con una buena división envía a su ayudante el General Eliseo Payán a destruirla. Y, efectivamente: en cercanías del poblado de Quinchía, ruta a Chinchiná, luego de movimientos tácticos, Payán aniquila la expedición conservadora al pie del llamado "Cerro de Botero". Ante este nuevo fracaso, sale el propio Generalísimo de Manizales llevando buenas tropas que aumenta a su paso por Salamina con las del General Cosme Marulanda, y cruza el río Cauca a la altura de Marmato para reagrupar los restos de la gente destrozada en el "Cerro de Botero" y reconstruir el plan de ataque a Trujillo por la retaguardia...

Pero las distancias entonces eran mucho más largas que ahora. Y sacando dos veces gente de Manizales y algunos de sus jefes, se debilita la plaza. Estas cuentas se las hace rápidamente el General Trujillo, y cuando la expedición del Generalísimo se halla más lejos, asalta la fortaleza con un plan de ataques escalonados que le dirigen sus Generales Hurtado, Navarrete, Bohórquez, Reynales, y de los refuerzos del Tolima, Delgado, y Aldana que llega últimamente, con toda exactitud, abriendo fuegos al amanecer del 5 de abril para llegar a las calles de la ciudad con las primeras sombras de la noche. Al día siguiente, el Gobernador del Estado de Antioquia, que se hallaba en el lugar, don Silvestre Arango, ofrece capitular, y se firma allí, el 6 de abril de 1877 el final de la guerra.

Esta guerra, la primera en Colombia de planos de batalla y fortificaciones modernas para la época, ter-

mina por acciones brillantes de militares como Trujillo, Acosta, Camargo, Payán y Delgado que se miden con ventaja frente al propio Generalísimo Vélez; por jefes liberales que destruyen las fuerzas conservadoras en Cali y La Donjuana, en la Cuchilla del Tambo (cerca a Popayán) y otros lugares que no citamos en gracia de brevedad; por la unión del liberalismo en la acción, y naturalmente por el fervor de las masas populares. Esta guerra de nueve meses solamente, que le cuesta a la nación muchas vidas, al trabajo su mayor desorganización y en dinero efectivo nueve millones de pesos, no sirve para revitalizar el organismo de la fracción radical del liberalismo que retiene el Gobierno de la mayoría de los Estados y en consecuencia el federal. Por el contrario, sirve no solo para regresar a la división interna, sino para que esta división se agrande y su propia relación de fuerzas empiece a pesar más del lado de los "independientes".

Derrotado el conservatismo en las batallas campales —y tratado por el Gobierno con el más cristiano perdón—, se contrae como la piel de zapa y se mete bajo el ala protectora del nuñismo, para inspirar desde allí la política de "revisión" a la Constitución de Rionegro, fuente, según Núñez y los conservadores, de las guerras civiles, de la "persecución religiosa", de la depresión económica del país, de los gobiernos de fuerza, de la degeneración de los principios, etc. Núñez atribuye la guerra que acaba de pasar al desconocimiento de su "triunfo electoral", con lo cual da la razón a don Carlos Holguín en su dilema cervernario: "Núñez o la guerra". Por consiguiente, Núñez hace responsable de la guerra a los radicales como puede leerse en la página 443 de su compilación de escritos publicada bajo el título de *La reforma política*

en Colombia, edición de 1888. Y para explicar las causas de la crisis económica con las guerras civiles, Núñez dice (página 440) que “la guerra del 76-77, que duró menos de un año, costó en dinero 9 millones, según dato oficial; la del 60-63 debió costar tres veces más...” Para subrayar su tesis, Núñez cita (página 473) al escritor radical Felipe Zapata, quien, en 1871 escribe: “En doce años de federación hemos tenido veinte revoluciones locales y diez gobiernos destruidos por las armas”. (Zapata incluye las “guerrietas” de algunos Estados, y suma sublevaciones de cuartel, que nosotros no mencionamos).

El General Trujillo Presidente Federal - Núñez fija las bases fundamentales de la “Regeneración” - Planes de progreso - Gobierno de puente hacia el nuñismo.

En 1877, al calor de los combates todavía, se abre un nuevo capítulo de la sucesión presidencial. Pero en esta ocasión el candidato estaba hecho, y cualquier oposición sería de reducido sector radical sin importancia electoral. Este candidato lo era el General Trujillo. Sin la guerra, el candidato oficial habría sido el doctor Murillo Toro, según se tenía convenido. Pero la guerra le ha quitado el control de la política a los sobrevivientes del Olimpo, y, en general, ha enrutado la nave del Estado hacia otro puerto...

Trujillo se muestra ante el pueblo como “Caudillo Nacional” con planes de progreso por todos bien mirados. Como es obvio, el conservatismo aplaude dis-

cretamente. Al darle posesión de su elevado cargo, el primero de abril de 1878, el Presidente del Senado, señor Núñez, pronuncia un discurso en el que traza ya "su programa" de la "Regeneración", y que aplaude sin reservas y acoge como suyo don Carlos Holguín, como bien lo hace notar el doctor Eduardo Rodríguez Piñeres, en su libro *El Olimpo Radical*. Del enunciado discurso extractamos:

...El orden material fue restablecido, no sin cueros sacrificios, y vos encontráis, señor, preparado el camino para iniciar los serios trabajos de la evolución salvadora de nuestra responsabilidad futura como partido gobernante:

...las vías de comunicación y todo cuanto se mueve en el Departamento de las mejoras materiales, merece sin duda preferente interés; pero hay algo mucho más sustantivo todavía; algo a que se refieren aquellas palabras evangélicas: **el hombre no vive de pan solamente**. No hay país hispanoamericano que tenga más ferrocarriles que Cuba, si mal no estoy informado; y no es un secreto para nadie que se ocupe inmediatamente de política, la profunda desmoralización de toda especie que reina en el fondo, y aun en la superficie, de aquella desgraciada colonia de los Reyes de España.

...el país se promete de vos, señor una política diferente ;porque hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental, o catástrofe.

...el país tiene sabia moral suficiente para secundar el esfuerzo regenerador que reclama, porque la turbación y el desconcierto que su manera de ser revela a todos los ojos abiertos a la luz, han dejado todavía intactos los más íntimos y cardinales resortes de la conciencia.

...rodeados de todos los hombres de buena voluntad, es decir, de todos los que se hallan sinceramente dispuestos a emprender la gloriosa ascensión a que os obliga la promesa que acabo de recibirlos.

...Demostrad, señor, en una palabra, que la moral política es la fuerza social que domina todas las formas del

progreso, y restableced por ese camino la confianza que algunos han perdido en el poder generador de los principios.

Este sibilino discurso, misterioso para unos y profético para otros: escrito con más astucia que sabiduría, es, además de programa del nuñismo pro-conservador, el plan táctico. Núñez habla de moral política y principios generadores, es decir, de lo que nunca tuvo. Se guarda sigilosamente sus odios y resentimientos en este discurso aparentemente inspirado en los mejores deseos por la paz entre los colombianos y su mejor vida. Naturalmente, se cuida de criticar a fondo y de frente los regímenes radicales, las maniobras exclusivistas de los grupos oficiales de comando a que tantas veces ha atribuido su derrota electoral de 1875 y con ella nada menos que la guerra del 76. Y no menciona la Constitución de Rionegro, ni la dispersión de la nación en los Estados soberanos, ni las complicadas causas o simples factores de la división liberal. Desde luego, no menciona las relaciones del partido gobernante y del Gobierno mismo con el partido conservador, no obstante estar todavía fresca la sangre vertida en Los Chancos, Garrapata, La Donjuana y Manizales. La bien elaborada táctica del nuñismo consiste en no tocar prematuramente los problemas que pueden herir la sensibilidad, el orgullo de los radicales; en no revelar la división liberal, en no hablar del partido conservador. El enfoque y "solución" de todos los problemas se reduce ahora a una cuestión de moral. El país necesita solamente una "evolución salvadora", formulada en un dilema entonces cabalístico: "¡Regeneración administrativa, fundamental, o catástrofe!".

Núñez habla, en su discurso, como liberal; hace votos por el "orden en nuestras filas". Jesuita de levita, sigue llevando su divisa liberal, y como árbitro de una corriente del liberalismo convertida a la sazón en mayoría, se impone a la Presidencia de la República en 1880; se hace suceder del antiguo y meritorio radical doctor Zaldúa que oscila entre las dos corrientes, y vuelve al poder en 1884 para quedarse en él. ¿Desde cuándo se convierte Núñez en instrumento del partido conservador? Contestaremos este interrogante un poco adelante. Ahora permitásenos volver al Presidente de 1878.

* * *

El General Trujillo declara su propósito de hacer un gobierno de "unión liberal", en un plano civilizado que otorgue garantías y reconozca derechos a los conservadores, sin tomarles como inspiradores de su política y guía de sus actos. Sin embargo, los hechos demuestran que Trujillo debilitó los comandos radicales de los Estados; fomentó o toleró los golpes de fuerza que destruyeron los gobiernos radicales del Magdalena y del Cauca, lo que tenían por fin inmediato asegurarle a Núñez la sucesión presidencial. Con todo lo cual, lógicamente ablandó el terreno a la política conservadora. El Gabinete inaugural del Presidente Trujillo tenía toda la apariencia de un gobierno de "unión liberal". Desde luego, apenas la apariencia; en el Ministerio de Gobierno y Relaciones Extranjeras, Zaldúa; en Hacienda, Núñez; en Guerra y Marina, Ge-

neral Ezequiel Hurtado; en Tesoro y Crédito Público, Camacho Roldán.

El General Trujillo llega a la Presidencia con la idea fija de poner a trabajar el país, abarcando en su mente progresista un extenso panorama de obras públicas que pudiera estimular el desarrollo económico nacional. Y como gran motor de impulso de su pensamiento, hace del ingeniero-empresario Francisco Javier Cisneros su brazo derecho. Pero la crisis, ya muy acentuada frena sus planes. El Congreso le pone en sus manos la situación en cifras, en el presupuesto de su primer año de gobierno: ¡Gastos, 11.082.434 pesos. Rentas, 4.938.800 pesos. Déficit, 6.143.634 pesos! El presupuesto de gastos había crecido, razonablemente, de tres millones en promedio que tuvo en la mitad del siglo, a más de once millones. En cambio, el estimativo de las rentas que estuvieron en ascenso desde 1850 hasta 1870, había tomado una línea de descenso que marca la caída en el volumen y en los precios de las exportaciones, y por consiguiente de la importación de mercancías, lo cual reducía el producido de las aduanas que era, a su vez, el factor medular de las rentas nacionales.

Sobra decir aquí que la crisis de tesorería expresa la magnitud de la crisis económica del país. El gobierno de Trujillo busca empréstitos en Norteamérica para ponerle contracorriente a la situación, pero no alcanza a coronar sus gestiones. El Ministro del Tesoro y Crédito Público se acoge, entonces, a una política de recortes en todos los gastos, que conduce rápidamente a reducir los ritmos de la vida nacional, a crear y fomentar descontento en los Estados, y de paso, a la caída del excelente Ministro del Tesoro.

Núñez en la Presidencia de la República - La estrategia política del nuñismo - Las oligarquías aplauden a su "hombre de confianza".

En agudizado ámbito de crisis termina el gobierno del General Trujillo, que no pudo conjurar la situación ni dejar orientación para hacerlo. Y le sucede en el poder precisamente Rafael Núñez, como estaba planeado, con los votos del liberalismo "independiente" y los conservadores "moderados", y con la natural pero ineficaz oposición de los radicales a ultranza que barajan ahora en su diezmado frente, como figuras presidenciales, a caudillos de indudables méritos como los Generales Tomás Rengifo y Solom Wilches, pero, que a pesar de ello, no alcanzan la talla nacional ni con ella lograrían evitar el ocaso del radicalismo.

¿Para dónde va Núñez? Se preguntan los ingenuos que presumen de cavilosos. Pero nadie le opone una plataforma política de progreso, concreta y realista que pudiera sacar el país de la crisis, no por el supuesto camino de la entelequia moral ni por el sofisma de la "Regeneración", sino por el trabajo creador orientado a satisfacer las necesidades nacionales y los renglones de exportación previamente estudiados en la perspectiva de los mercados extranjeros... Y como Núñez llega al poder con los votos de los liberales "independientes" y de los conservadores "moderados", conviene recordar aquí el esquema que tiene el supuesto regenerador de los partidos tradicionales de Colombia. Para él hay conservadores "en el sentido de la conservación por el progreso", y conservadores en el sentido de la inmovilidad absoluta"; y liberales "que quieren hacer de la libertad una aliada

inseparable de la justicia”, y liberales “que la convierten en tiranía y licencia”. (*La reforma política*, página 120).

Como se ve, para Núñez no existe el conservatismo autoritario, despótico, clerical y militarista, expresión de la feudalidad, heredero de los encomenderos, de los esclavistas y los inquisidores. Para Núñez solo existen conservadores en el sentido del “progreso moderado” que son su ideal, y conservadores quietos, sin deseos de progreso pero “inofensivos, inocentes y cristianos”. Y liberales que hacen “de la libertad una aliada inseparable de la justicia” que, para el caso, es la fronda de palabras y frases que adorna su ideal, o sea su llamado “conservatismo moderado”. Los otros liberales, los que no son nuñistas, los de la tiranía y la licencia.

Sin embargo, el discurso de posesión del señor Núñez no es todavía para asustar al liberalismo, ni siquiera a los supervivientes del olimpo y sus amigos. Con astucia florentina, Núñez aparece de campeón de la paz, que todo el país anhela; como abanderado de la unión liberal que la mayoría del país propicia; como gestor de una reforma en las tarifas de aduana que la gente considera, entonces, clave de la prosperidad. A propósito de esta reforma dice Núñez: “Las tarifas de Aduanas necesitan reformas destinadas a fomentar las artes. Estudio particular requiere este asunto, a fin de que solo se proteja lo que ofrezca fundadas esperanzas de progreso. Las grandes industrias europeas y norteamericanas no se han formado y crecido, en lo general, sino por este medio. El consumidor pagará por algún tiempo parte de la protección como paga permanentemente todos los servicios públicos”. En lo esencial, el señor Núñez sigue en este

discurso "su" línea política trazada en 1878, y, en consecuencia, calla sus divergencias fundamentales con los radicales, sus resentimientos y sus odios, para seguir caminando bajo el humo de su fraseología en terreno abonado por los conservadores. Por consiguiente, Núñez no hace "todavía" el gobierno de la "regeneración administrativa fundamental", ni menciona siquiera la Constitución de Rionegro, origen —según él y los conservadores— de los males que "llevan el país a la catástrofe".

Y Núñez realiza su gobierno planeado. Coronada con éxito la estrategia de unir dos alas de los partidos en un frente coaligado de transición, llamado independiente, era necesario conducir una política que conservara ese frente, creando a la vez cierta sensación de paz en el país y la ilusión de un cambio favorable en la situación económica. Y conduciendo esta política tácticamente, Núñez y los conservadores proceden a instalar sus bases de operaciones en los Estados, su maquinaria electoral propia y sus "hombres de confianza". El mantenimiento de la paz cuando la gente estaba temerosa de una nueva guerra civil, era lo más importante. Y precisamente era lo más fácil en ese momento, porque estando los conservadores coaligados con la corriente liberal nuñista, participando en el Gobierno en vía de quedarse solos en él, es lógico que no conspirarían. Esta tarea, de tan fácil realización en el momento, fue, sin embargo, la bandera más agitada por Núñez que atribuía la "tranquilidad nacional" a la eficacia de su gobierno. ¡Y hubo cierta sensación de estabilidad que, inflada con la propaganda oficial, valoriza un poco los ganados vacunos y caballar, extrae de los baúles algunos dineros que saturan la circulación y, lo que es más estimulante,

Núñez consigue un empréstito de tres millones de dólares en Norteamérica!

Y Núñez, “campeón de la paz”, y nada menos que amortiguando la crisis económica y “estudiando” la reforma de las tarifas aduaneras “para industrializar” el país, crea ilusiones alrededor de su estatura de “hombre de Estado”, de su “genio” y de su propia “misión providencial”. Naturalmente, los liberales de principios, los radicales de ideas y la parte activa de las masas trabajadoras, comprenden que la “catástrofe” está cayendo sobre el partido... Y tratan de incorporar las banderas: se trazan la tarea de reconstruir sus filas bajo el signo de la unión, de repudiar a Núñez y liquidar su coalición con los conservadores. Entonando esta actitud, se opera un nuevo desplazamiento de las fuerzas más beligerantes del liberalismo. Se salen del nuñismo —y por consiguiente de la órbita proconservadora— algunos importantes jefes para regresar a sus cuarteles; el propio General Trujillo, de origen conservador mosquerista, Designado Presidencial a la sazón, se escapa de la trampa y emprende la oposición a la política de Núñez. Pero el nuñismo estaba afianzado ya en varios Estados, y sus jefes civiles, militares y religiosos ocupan las mejores posiciones; la maquinaria electoral está bien montada, y la propia Presidencia de la República se ha convertido en directorio político que dirige, sigilosamente los actos oficiales de los funcionarios de provincia, y en forma abierta la opinión pública al través de periódicos fundados a propósito.

Dentro del aparato de gobierno así convertido en directorio, Núñez “trabaja” a gobernadores y otras personalidades de los Estados —por medio de cartas privadas—, para que se acomoden al nombre del doc-

tor Zaldúa como candidato oficial a la Presidencia, para no asustar a los liberales de la oposición. Zaldúa, según escribe Núñez, era de los fundadores del "partido independiente". Pero realmente no estaba desvinculado de su viejo radicalismo. Personaje honorable y sin dobleces; liberal de principios, amigo de la convivencia de los colombianos pero sin borrar las fronteras de los partidos y menos admitir que la esponja conservadora se absorbiera el liberalismo. Zaldúa era exactamente el eslabón que requería la cadena de la política nuñista; un hombre eminente que no hubiese perdido la confianza del liberalismo, que inclusive pudiera tonificar el desaliento liberal. Y Núñez, personalmente, vence en Zaldúa cierta resistencia a su propia candidatura y después le impone al doctor Eusebio Otálara para Vicepresidente, en contra de otro candidato que Zaldúa prefería.

Los Estados que ya no eran realmente soberanos, el parlamento y todas las corporaciones públicas de importancia en el país, realizan la política nuñista a cabalidad y, al finalizar el año de 1881 y empezar el 82, todo se mueve accionado por cuerdas desde la Presidencia de la República. Por consiguiente, la elección presidencial del doctor Zaldúa, lo mismo que las de Representantes y Senadores, se hace según el plan. El propio Núñez escribe el 27 de febrero de 1882: "El nuevo personal legislativo cuenta con muy distinguidos miembros; y, con excepción de los Senadores y Representantes del Tolima y un Representante de Antioquia, todo ese personal viene inspirado en el deseo de dar apoyo leal al presente Gobierno y al que habrá de inaugurarse el primero de abril". (*La reforma política*, página 117).

Al terminar su mandato presidencial, Núñez recibe de ocho de las nueve legislaturas de los Estados, resoluciones de aprobación y alabanza a su labor de gobernante; el Senado y la Cámara, con solo seis votos en contra, aplauden su gestión ejecutiva y lo eligen Primer Designado Presidencial. Los altos jerarcas de la Iglesia van a su despacho a expresarle la viva satisfacción que ha producido su gobierno en las esferas eclesiásticas. Como se ve, la maquinaria del nunitismo "trabaja" a perfección. Y como viera el liberalismo y en general el país, que los conservadores están dominando rápidamente la situación, Núñez que maneja los periódicos de mayor circulación, dice en un escrito publicado el 7 de marzo de 1882: "El antiguo partido conservador es un elemento respetable pero pasivo, pues solo aspira a no ser tratado como trataba Mouravieff a los polacos". Así busca el supuesto reformador y moralista adormecer el liberalismo en la creencia de que los conservadores cristianos, inofensivos y conformes, aspiran únicamente a ser tratados como vecinos pobres pero decentes.

La crisis económica recibe mal al Presidente Zaldúa - El antiguo radical ensaya una contra-marcha. Muere Zaldúa y Otálara reconstruye el escenario para el regreso de Núñez.

El gobierno del doctor Zaldúa se inicia en un nuevo período de agudización de la crisis económica. Veamos una muestra de la situación en la mitad del año 82: "El valor (calculado) de nuestras exportaciones alcanza a \$11.300.000... En ese guarismo figuran

\$ 3.500.000 por quinas y \$ 1.500.000 por café; y habiéndose reducido, casi por completo, la colocación de esos dos renglones en los mercados extranjeros, queda, por este solo hecho, anulada cerca de la mitad de todo nuestro comercio de exportación. ¿Con qué se pagarán, pues, en adelante los 12 millones que importamos?” Sin embargo, es una difícil situación política el factor de mayor perturbación a los planes del nuevo Gobierno. Zaldúa quiere ser un elemento de reintegración liberal, de unidad en los comandos. Pero este pensamiento de servir a su partido no corresponde a su realidad misma, porque no es él el gobernante de partido sino de una híbrida coalición de corrientes que tiene su máquina montada. Con todo, Zaldúa ensaya. Se hace eco del movimiento unionista liberal que crece en todos los Estados. Y para servirlo procede a formar un Gabinete adecuado; a promover militares de comando, a tomar, en fin, una serie de medidas conducentes. Pero el parlamento, llave maestra de la máquina, le sale al paso; le veta ministros, le estorba proyectos, le impide promover jefes militares, y en general declara intocables los asientos de los “hombres de confianza” hechos en el gobierno de Núñez.

Esta actitud del parlamento que recuerda la de 1853 contra Obando, alarma al liberalismo unionista que procede a tomar posiciones defensivas. Como es obvio, el nuñismo también se alarma por lo que considera un viraje imprevisto del señor Zaldúa. La situación se hace más tensa. Y Núñez, astuto y “bien aconsejado”, se retira estratégicamente a Cartagena, en agosto de 1882, cubierto con su capa de apóstol de la paz; conciliador de los partidos y sumiso servidor de la Iglesia. En Cartagena, aparentando estar lejos

del ajetreo político, espera el desarrollo de los acontecimientos. Y por cierto que uno —tal vez por el momento inesperado—, viene a jugar la carta favorable al nuñismo; el 21 de diciembre de 1882 muere el Presidente Zaldúa, y asume el poder el Vicepresidente Eusebio Otálara, antiguo radical (convencionista de Rionegro) pero a la fecha hombre de confianza del parlamento, nuñista al gusto de don Carlos Holguín.

El Vicepresidente Otálara, asistido por “buenos consejeros”, se dedica a revisar la maquinaria para volverla al estado de perfección que tenía cuando Núñez dejó la Presidencia. Mientras tanto, el supuesto reformador y moralista, surte el mercado de los periódicos de más circulación con una serie de artículos, escritos en Cartagena, tendientes, ahora sí: 1. A enjuiciar a los radicales como a responsables de todas las calamidades del país; 2. A provocar seriamente la lucha contra la Constitución de Rionegro, aunque hablando solamente de su reforma; 3. A preparar el acto concreto de fundación del “Partido Nacional”, con la gente que venía operando como liberales independientes y la fracción conservadora mayoritaria de “los moderados”, o sea dándole nombre nuevo al nuñismo. A propósito del “Partido Nacional” escribía Núñez el 25 de febrero de 1883: “Juzgamos practicable la organización de un partido numeroso que tenga por objeto inmediato la reforma de la Constitución, no solo porque esa reforma es hoy de reconocida urgencia, sino porque en los puntos fundamentales no hay, en nuestro concepto, divergencias importantes inconciliables... La nueva Constitución ha de ser, a nuestro juicio, un trabajo nacional, y no la imposición hecha al país por un determinado círculo de opiniones e intereses”. (Núñez esboza, en el artículo aquí citado,

las bases de la que llama, unas veces "reforma" y otras "nueva Constitución". *La reforma política*, página 384).

De todos modos, pocos días después de la muerte del doctor Zaldúa, es postulado candidato presidencial el señor Núñez. Pero, ¿por quiénes? Veamos: el 9 de marzo de 1883, en un "Manifiesto de la Junta de Delegados, Directorio Ejecutivo y Consejo Consultivo del Partido Conservador... se recomienda a los miembros de dicho partido que trabajen decididamente por la elección del señor Núñez para Presidente de la Unión en el período constitucional..." (*La reforma política*, página 441). El regreso del señor Núñez al poder era decisivo para los conservadores, y su candidatura para la Presidencia del 84 estaba asegurada desde el 82. Cuando el supuesto reformador y moralista "se entera" en Cartagena del manifiesto conservador, se complace de la oferta y escribe a propósito un artículo en el cual, luego de uno de sus habituales despliegues de erudición, dice "modestamente", que votar por él es votar por la paz nacional.

Una Vicepresidencia de maniobra - La guerra como "salida" de la crisis - La reintegración liberal demasiado tarde ya - Todavía Núñez es capaz de engañar a los liberales.

Y "eligen" por segunda vez Presidente de la República al señor Núñez, con la natural pero ineficaz oposición, ahora ya del liberalismo que trata de reintegrarse. Y le nombran —las Cámaras— al General Hurtado, antiguo radical y también convencionista de

Rionegro, jefe “independiente” que tiene todavía vínculos de tradición popular, como Vicepresidente. Este nombramiento es una perfecta maniobra de Núñez y los conservadores frente a la oposición liberal, a la cual suponen dar así la mejor prenda de que Núñez no entregaría todo el poder a los godos, como se venía diciendo con mucha insistencia en las filas del liberalismo. Y para disfrazar mejor la maniobra, Núñez no se posesiona de la Presidencia el primero de abril de 1884, a fin de que lo hiciera el General Hurtado y “conservara” el mando sin producir cambios substanciales hasta el 10 de agosto de aquel año.

Por esta segunda mitad del año 84, está el país al borde de la guerra civil. La crisis económica adquiere proporciones de verdadera catástrofe. Los ricos sacan lo que pueden de sus valores al extranjero: inclusive recogen las monedas de oro y plata, circulantes, para embarcarlas. Según datos oficiales, en noviembre de 1884 solamente, “las remesas en dinero por la Administración de Correos de Bogotá —solo de Bogotá— fueron:

Para Occidente y Atlántico . . . \$	118.325.72
Para el Pacífico	1.460.65
Para el Sur	2.910.95
Para el Norte	22.505.00
	<hr/>
	\$ 145.202.32”
	<hr/>

Es decir, rumbo a Estados Unidos; rumbo a Centroamérica; rumbo al Ecuador, y rumbo a Venezuela. El prólogo de la guerra se produce en Santander, y aunque pareció apagarse la hoguera prendida allí, en

realidad se mantuvo latente mientras fue hora de surgir con mayor fuerza.

En momentos ya de pánico, regresa Núñez a Bogotá y, luego de algunos días empleados en reunir sus comandos y convertir la línea de su política inmediata, reasume la Presidencia (11 de agosto de 1884). En esta fecha y con motivo de su posesión, el supuesto reformador y moralista pronunció un hipócrita discurso, en el cual trata de "ignorar" la extraordinaria gravedad de la situación, y de engañar por última vez a los liberales. Veamos dos párrafos del mencionado discurso:

Miembro irrevocable del liberalismo colombiano, no omitiré cuanto de mí dependa para recomponer sus diseminadas fuerzas, considerándolo sinónimo de justicia en acción y de moralidad. Colombia es, y será siempre, país democrático: pero es en las democracias precisamente donde más se necesita debilitar los instintos materiales del egoísmo, a la par que fortalecer las trascendentales aspiraciones que viven latentes en el corazón humano.

Trataré, pues, de inspirarme en las sanas fuentes de la conciencia nacional, y de apartarme de los peligrosos consejos del espíritu de intransigencia, dando toda la aplicación posible a las ideas de reconstrucción sancionadas por el voto popular que me ha traído deliberadamente, por segunda vez, a este puesto de honor y de fatiga.

* * *

Por la época en que Núñez asume de nuevo la Presidencia, se está operando un desplazamiento de fuerzas políticas, que se caracteriza: 1. Por el aceleramiento en el proceso de reintegración liberal; 2. Núñez se va quedando con una capa cada día más delgada de "independientes" de origen liberal, sobre todo en las zonas media y llana del pueblo, a medida que se reintegra el liberalismo; 3. El nuñismo es así una

fuerza política que se nutre más del conservatismo a medida que pierde savia liberal, y por consiguiente vive más cada día en razón de los intereses conservadores y la ideología propia de tales intereses; 4. Núñez y los conservadores aseguran al máximum las Fuerzas Armadas, manteniendo al frente de ellas, en lo esencial, a jefes "independientes" de origen liberal (para engañar al pueblo), sumisos al nuñismo y mercenarios del Tesoro Público, como Campo Serrano, Francisco Palacio, Juan N. Matéus, Santodomingo Vila, Eliseo Payán y otros; 5. El nuñismo "trabaja" y gana (es decir corrompe) a militares maleables —inclusive de divisa radical como el General Solom Wilches— para que le sirvan como cartas marcadas en su juego político.

Núñez y los primates del conservatismo —aunque se cuiden de expresarlo públicamente— comprenden la gravedad de la situación: la inminencia de la guerra que vienen preparando, y que provocan y temen a la vez. Y mientras designan secretamente y movilizan a los sitios claves a los militares que han de comandar la guerra, acuden a la maniobra de crear un "Gobierno de Unión Nacional" para distraer la opinión pública y engañar a los liberales. Y Núñez mismo se pone en contacto con los jefes radicales, quienes, a su vez constituyen un comité de entendimiento con el nuñismo, compuesto de cuatro ex Presidentes: Santos Acosta, Aquileo Parra, Eustorgio Salgar y Santiago Pérez. Ante este comité presenta el supuesto reformador y moralista las bases políticas del gobierno de trampa por el llamado de "Unión Nacional": 1. Reforma de las instituciones; 2. Arreglo de las cuestiones pendientes con la Santa Sede; 3. Ministerio de Unión Nacional. Aprobadas estas bases (la primera

gaseosa, la segunda entretenedora y concreta solo la tercera) se constituye el siguiente equipo ejecutivo: Ministro de Gobierno, Salgar (poco después cambiado por Acosta); de Instrucción Pública, Justo Arosemena (que no aceptó); de Fomento, Napoleón Borrero; de Hacienda, Felipe Angulo; de Guerra, Campo Serrano; de Relaciones Exteriores, Mariano Tanco; de Tesoro, Vicente Restrepo. Es decir: tres radicales, dos "independientes" de origen liberal, y dos conservadores.

Los jefes radicales, idealistas confiados en el poder de las fuerzas morales en el juego "limpio" por el poder, creían —o por lo menos pensaban que sus amigos les creyesen— que por medios políticos civiles manejados con inteligencia, se atajaría la guerra y también la entrega del Gobierno Federal a los conservadores. Partiendo de la idea fija, el doctor Parra "aseguraba contar con la mayoría suficiente en el Congreso, próximo a reunirse, para contrarrestar los planes de Núñez... "Y sobre esta seguramente honrada presunción de Parra se apoyan, tiempo después, los conservadores en bloque y la "fracción civilista ilustrada" del partido liberal para condenar la guerra de resistencia que sostuvo el pueblo insumiso de Colombia en 1885. Para los civilistas porque se perdió; y se perdió —entre otras causas— por la actitud pro-conservadora de muy eminentes personajes y grupos radicales, como se había perdido la de 1840 y se perdió la de 1899...

En esta época de los Estados Electorales, los supervivientes del olimpo radical tenían la ilusión de inclinar definitivamente a su favor la máquina electoral de tres de dichos Estados que no estaban definidos por el momento. Pero cuando los jefes radicales "pensaban en ello", los conservadores y Núñez los estaban

ya definiendo, precisamente por los métodos empleados en Santander. El General Solom Wilches, pres tante figura radical (inclusive candidato presidencial de su corriente en oposición a Núñez), era Presidente del Estado de Santander. La crisis económica nacional que se había hecho crónica, azota con mayor violencia la vida santandereana. La quiebra fiscal había llegado a tal grado que la legislatura del Estado se vio en el caso de crear nuevos impuestos, tan graves como uno que obligaba a pagar diez pesos por cada carga de harina que llegara a sus mercados. El ma- lestar popular crece como la espuma, y en consecuen- cia se agudizan las luchas de los bandos y los grupos políticos regionales, jineteadas visiblemente en un li- tigio electoral pendiente. Las cosas llegan a tal ex- tremo, que un jefe liberal celoso del giro que llevan, el General Fortunato Bernal, se alza en armas, y cerca de Bucaramanga, en el primer choque, vence a las fuerzas avanzadas del Presidente del Estado.

El nuñismo que había hecho expedir una ley sobre medidas llamadas de "orden público", que tenía por objeto autorizar la intervención, inclusive armada del Gobierno Federal en los conflictos de los Estados, in- terviene en Santander. Y Wilches, "trabajado" por Nú- ñez, deja su gobierno en manos de su "Segundo De- signado" señor Narciso González Lineros, ficha mo- vida adrede por el nuñismo. Se reúne convención para "estudiar" la solución del conflicto, y la en- tidad empieza por situar las funciones de gobierno en las manos que debía tenerlas. Pero el "Segundo Designado" asesta rápidamente un golpe de estado: clausura la convención. Y apoyado en tropa que le enviara Núñez, se queda en el gobierno: como un pro- cónsul. ¿Qué hace, mientras tanto el señor General

Solom Wilches? Recibe el cargo de representante de la nación en Caracas, y se lleva consigo, de secretario, al eximio poeta Diógenes Arrieta que también deja el claro en sus filas de combate por la democracia.

Este es el gobierno del señor Núñez, ya en función de "Unión Nacional", al que se imaginan los jefes radicales apaciguadores atajar en su contramarcha hacia el despotismo feudal y clerical...

* * *

La situación en el campo liberal, a pesar del proceso de reintegración, no puede considerarse como buena: 1. Porque las ilusiones de los jefes radicales civilistas crean desconcierto en algunos sectores populares; 2. Porque las Sociedades Democráticas que podrían ser ahora los mejores eslabones para la unidad entre las amplias masas trabajadoras de las poblaciones y los campos, han sido menospreciadas, y su existencia reducida a grupos de rutina; 3. Porque no es firme y clara la posición política de algunos caudillos militares de primer plano. Muerto en 1883 el General Trujillo, cuando construía el frente de resistencia contra el nuñismo; descartado el General Acosta por ser de los radicales, ahora metido a civilista apaciguador, quedaba la figura del General Camargo. Pero este no era ya el caudillo vertical de 1876, el hombre que ocupara el sillón presidencial en el período de Parra. Enviado como embajador ante la Santa Sede en 1878, Camargo había perdido la garra, se había tornado vacilante, evasivo. Y, a propósito: El General radical Sergio Camargo, "logró" pleno entendimiento con el Vaticano en "las cuestiones pendientes". Pero Núñez y los conservadores que deseaban

jugar ellos mismos la carta, suspendieron las negociaciones pontificias en 1882, y con ellas al General Camargo que ganaba la batalla de la fe para el liberalismo colombiano.

Personalidad de Núñez - El nuñismo como política conservadora - Carlos Holguín de estrategia - Obrar sobre cálculo y saber esperar: he aquí la clave del "éxito" de Núñez.

Por tratarse de un período confuso en la vida del pueblo colombiano, nos vemos obligados a cederle mayor espacio en la presente obra, inclusive para fijar la estampa de su actor principal en el criterio de los lectores proletarios.

Núñez, como la casi totalidad de los prominentes "intelectuales" colombianos, se hace en los puestos diplomáticos que fueron —y en parte siguen siéndolo— lugares para recrearse y dedicar tiempo a las naturales o interesadas aficiones: todo bien relacionado con el nombre de la nación y mejor pagado por el tesoro público. Núñez, hombre de lecturas, de afición y ambición por la política; iniciado ya como hacendista y parlamentario, hojea muy despacio los libros de autores clásicos que todo literato debe citar en sus escritos para tener importancia. Lee, naturalmente, las obras de Maquiavelo, y la historia de César Borgia el hijo del Papa Alejandro VI; se familiariza con las memorias de los más redomados intrigantes de las cortes europeas, como el Cardenal Richelieu, el Príncipe Metternich y Talleyrand; se enriquece de frases hechas con Chateaubriand y Kempis, y resulta medio

filósofo, medio poeta y político completo, de la escuela florentina. Profundamente escéptico, como es obvio, borra de su concepto del hombre los "principios superiores", el *habitus*, según Santo Tomás o la "conciencia moral", según los escolásticos. En concepto de Núñez, el destino del hombre se juega en un campo de pasiones, de anhelos, ambiciones, y por consiguiente todo hombre es susceptible de mundanos halagos. Es decir, de venderse. Lo único importante es conocer la oportunidad de la compra y, secundariamente, el precio. En esencia, esta es la concepción jesuítica en el trato con los hombres y sus clases sociales, y de ahí el éxito de los jesuitas en sus empresas...

Todos los actos de la vida de Núñez se realizan bajo el signo del cálculo, aún los de su vida privada: en 1845 adultera (o permite que se adúltere) su partida de bautismo para conseguir el título de abogado y con él su primer empleo oficial; hace su primer matrimonio para ingresar a la camarilla del jefe elector del Istmo de Panamá, don José de Obaldía que pronto lo hace Representante a la Cámara. Como radical, no es gólgota, ni draconiano en el sentido de auspiciar las tesis de la resistencia popular armada contra la reacción. Pero en la Convención de Rio-negro —sol naciente de muchas ambiciones— estuvo con Zaldúa, Parra, Justo Arosemena, Felipe Zapata, Camacho Roldán y los Generales López y Santos Gutiérrez en el bloque de los 28 radicales desafectos a Mosquera. Las poses de semiateo, o como él lo dice: "... libre pensador que nunca declinaré", frecuentes en sus versos y en su prosa; su segundo matrimonio, y su propia correspondencia epistolar, muy abundante, llevan impreso el signo del cálculo. Para conseguir los fines a que se dedica, emplea sin escrúpulo todos

los medios: inclusive los más pequeños y los más íntimos. ¿Quién que tenga mediana información ignora; por ejemplo, la manera de asegurarse la lealtad política y militar del General Juan N. Matéus (uno de los intrépidos ayudantes de Santos Acosta en Garrapata, ascendido a ese grado en el propio campo de batalla) con los halagos de una sobrina de la que fuera a la sazón su esposa? “Saludes de Sola y Aura María”, escribe al enamorado General en cartas que serían leídas en los campamentos. Lo que no le impide, simultáneamente, halagar con la misma sobrina de doña Soledad al agraciado don Julio Betancur que cobra *mano militari*, con el 10 por ciento como sueldo, los dos millones de pesos impuestos de contribución de guerra a los liberales de Antioquia. Desde luego, para saber lo que “valen” las palabras en boca de Núñez, véase en la página 230 de *La reforma política*, en donde cita él una antigua máxima de la malicia que lo retrata completamente: “La palabra se nos ha dado para disfrazar nuestros pensamientos”.

¿Desde cuando se convierte Núñez en instrumento de la política conservadora? Nos viene de atrás este interrogante. Naturalmente, aquí como en la mayoría de los casos que empiezan por divergencias y terminan en traición, se trata de un proceso dentro del cual se cruzan diferentes complejos. Pero una síntesis de respuesta nos la otorga don Carlos Holguín en 1893: “...En el mosquerismo estaba, pues, el alma del futuro independentismo que fue tomando forma en 1873 con la primera candidatura del General Trujillo que se dibujó mejor en su administración en 1878, y cuya estructura definitiva comenzó a fijar el doctor Núñez en 1880 y terminó en 1885. Con aquellos hombres teníamos afinidades de fondo desde entonces, y

solo así se explica que, a pesar de otras divergencias, hayamos podido permanecer y permanezcamos lealmente unidos, siendo firme baluarte donde hasta hoy se han estrellado, y, Dios mediante, continuarán estrellándose, las olas del anárquico y ateo radicalismo. No tenemos, por consiguiente, ningún motivo para arrepentirnos de la Liga de 1869, que abrió el camino a la de 1873, y la de 1875, y la de 1880 y la de 1885, cada una consecuencia de la anterior...”

* * *

Veamos las divergencias de Núñez con el liberalismo y, sobre todo, con la “fracción ilustrada” radical, que sirvieron a los sagaces jefes conservadores de orientación en su política de aprovechar al disidente sin precipitarlo y sin abandonarlo. En 1853, en el periódico *La Discusión*, Núñez se declara contra el sistema federal que la Constitución de aquel año acoge, en principio. En sus *Ensayos de crítica social*, escritos en los Estados Unidos en 1864, refiriéndose a ese país pero haciendo paralelos con el nuestro, dice: “En otra ocasión dije a ustedes que el elemento conservador era el que tenía en pie a este país y que lo salvaría en su frecuente crisis...” Y continúa Núñez: “El elemento conservador en este país ha sido el principio de la *unidad nacional*, opuesto afortunada y previsoramente desde los primeros años posteriores a los de la Independencia, a la doctrina disolvente de la soberanía absoluta de los Estados”.

Pero triunfa la soberanía (claro que no absoluta) de los Estados, a base del compromiso transitorio de mantener la esclavitud en el sur —lo que fue seguramente una concesión indebida del esfuerzo liberal del

norte—, comenta Núñez: “He aquí, pues, cómo el elemento disolvente o anticonservador de esta magnífica organización política ha sido la exageración del principio descentralizador, o sea el abuso de la doctrina de la soberanía municipal”. Porque Núñez concibe solamente, en lo que llama “principio descentralizador”, o, más claro aún: “doctrina de la soberanía municipal”, algo así como franquicias municipales, en oposición a la autonomía municipal administrativa—no soberanía—, que ha sido el principio liberal. Esta definida posición política antifederal de Núñez es una de las “afinidades de fondo” con los conservadores, por más que éstos, en gracia de concesiones tácticas, se hagan tan federalistas como Hamilton.

Además del antifederalismo, la “cuestión religiosa” es la segunda base de operaciones en las divergencias de Núñez—el libre pensador— con los comandos del liberalismo, no ciertamente porque le interese en razón de “su conciencia” o en virtud de “sus principios”, sino porque se trata de un importante factor de dominio del pueblo. Núñez proclama en su artículo polémico: “entendámonos” (página 578 de *La reforma política*), el principio liberal: “La Iglesia libre en el Estado libre”. Pero en la misma página escribe: “...uno de los elementos de salud de que debe valerse el liberalismo para su obra de resurrección, es el religioso...” Y los jerarcas del conservatismo y de la Iglesia que saben leer a Núñez mejor que los radicales, deducen, en perfecta lógica otra de las “afinidades de fondo”.

En síntesis: Núñez y los conservadores proclaman a cada paso oportuno que la Constitución de 1863 “es la causa” de las guerras civiles y de su cortejo de males, lo que naturalmente es mentira porque antes

de 1863 hubo guerras civiles y después de 1885 también. Pero, de todos modos, la actitud beligerante contra la Constitución de 1863 es otra de las "afinidades de fondo" entre Núñez y los comandos conservadores.

Si hemos dicho que Núñez se mueve a base de cálculo —y de ello hemos dado algunos hechos— es razonable admitir que no improvisa "su política". Convertido en oráculo, cerebro mágico, en realidad vocero y guía de la camarilla feudal más reaccionaria, sabe perfectamente hacia dónde conduce el país. Y, por consiguiente, opera en la atmósfera de los procesos, siguiendo el cauce de las corrientes, midiendo su calado y explorando las cercanas perspectivas. El 25 de febrero de 1883, Núñez escribe: "La República ha entrado visiblemente en una nueva era... El ciclo mitológico ha pasado y pisamos ya las avenidas de los tiempos fecundos... Los conservadores se han liberalizado (sic), y los liberales han comprendido... Ni los primeros son ya partidarios de ninguna forma de despotismo (sic), ni los segundos dejan ya de apreciar en todo su valor los peligros de la demagogia. La cuestión religiosa es lo solo que determina, a la verdad, alguna discrepancia de principio..." (*La reforma política*, página 382).

"...Entre nosotros —escribe Núñez— no existe en verdad derecho de sufragio, sino maquinarias electorales de que se apodera sin misericordia ni escrúpulos el partido vencedor, para excluir de la escena al partido derrotado. Romper esas maquinarias para dar libre camino a las vividas corrientes de la opinión, debe ser el primer *desideratum* de todos los que quieren que haya república honrada en Colombia". (*La reforma política*, página 390). En realidad, las "maquinarias electorales" pasaron a los comandos conser-

vadores para ser perfeccionadas, a tal grado, que después de seis años de tenerlas al cuidado de los técnicos solo ocupa curul parlamentaria un vocero del liberalismo colombiano (el doctor Luis A. Robles, por el entonces Círculo Electoral de Medellín, elección del 22 de mayo de 1892).

Pero no obstante haber “entrado en una nueva era”, Núñez todavía no ha llegado a la meta conservadora, por lo que debe preparar terreno. Y para ese fin, escribe el 20 de mayo de 1883, comentando elogiosamente un discurso del doctor Aníbal Galindo: “Los gobiernos de una pieza, son los gobiernos del partido, dijo (el doctor Galindo); y no puede haber gobiernos de partido sino con partidos fuertemente organizados con un programa de ideas”. E interroga Núñez: “¿Existen hoy entre nosotros esos partidos? Existen viejas aglomeraciones que nominalmente ofrecen ese carácter. Tienen sus miembros recuerdos comunes y a veces también pasiones idénticas, pero no así un mismo programa de ideas”. El doctor Galindo dice en su discurso: “Yo, el último de los soldados radicales, comprendiendo en 1878 que lo que nos derribaba no era el cansancio o la defección de media docena de hombres, sino la falta de bandera política, la falta de programa, la falta de ideas, hice... esfuerzos gigantescos por enarbolar una bandera, porque mi partido se asimilara a todo lo que realmente hubiera de grande, de simpático y de noble en las aspiraciones nacionales. Comprendiendo que la primera necesidad del país, la aspiración íntima de los hombres honrados que viven de su trabajo, era la de asegurar el orden y la paz... presenté la ley de orden público que la Cámara radical de 1878 miró con el más alto desprecio. El Par-

tido Independiente se apoderó de esa bandera y sancionó la ley en 1880, ley cuyo elogio acaba de pronunciar el señor Zapata (otro radical)".

¡Tal es, en 1883, el clima del parlamento, la contricción de los radicales y la historia de la ley de "orden público" que Núñez utiliza para destruir los gobiernos liberales de los Estados!

* * *

En su escrito, *Signos del tiempo*, del 3 de diciembre de 1884, dice Núñez: "La crisis monetaria es, pues, completa; y no habiendo esperanzas de que mejore nuestro comercio de exportación, si no es por el laboreo de las nuevas minas de metales preciosos, que requiere tiempo, es claro, a toda luz, que nuestro ya escaso capital monetario seguirá disminuyendo rápidamente hasta que no nos queden en el país sino piezas de níquel y las de plata inservibles... Llega, por tanto, un instante en que todo nuestro sistema económico descanse substancialmente sobre moneda de papel, sin que haya necesidad de decirlo ni consentirlo oficialmente". (*La reforma política*, páginas 802 y 803). ¿Quién es tan ciego que no ve aquí el anuncio de las emisiones de papel moneda?

Hemos demostrado que Núñez no improvisa "su política"; que siguiendo el cauce de las corrientes, sabe que los golpes contra los gobiernos liberales de los Estados van a desembocar a una guerra civil en toda la nación, y que tal hecho está para producirse a fines de 1884. Y Núñez y los conservadores no pueden aplazar la acción, porque dos factores trabajan en su contra: la crisis económica que les está minando sus bases políticas, y la reintegración liberal que

crece rápidamente y podría derribarles el tinglado de la farsa. Comprendiendo la hora de la guerra, Núñez que ha dispuesto a sus militares de confianza según los planes, se asegura también en el frente diplomático. Ratifica a don Carlos Holguín en Madrid para que influya en los gobiernos latinos de América; sitúa en Washington a su socio periodista Ricardo Becerra, para el caso ya previsto de la intervención militar norteamericana; y por temor a la brava tradición del norte colombiano y la posible ayuda venezolana, envía su última valiosa adquisición —el General Wilches— a cuidar desde Caracas el importante frente que podría ser la llave del triunfo de las fuerzas populares de Santander, Casanare y los Llanos Orientales...

Los liberales tratan de salirle adelante a Núñez. Se rompe la "Unión Nacional" - Primeros éxitos de la resistencia - Los primates del radicalismo le hacen el juego al conservatismo.

Veamos una delgada cinta de la guerra: el gobierno antinuñista pero vacilante del General Daniel Aldana en el Estado de Cundinamarca, es objeto de complicadas maniobras dirigidas por Núñez para ponerlo de su lado, a punto de que ya los comandos conservadores le contaban en sus planes. Pero el sector más radicalizado de las masas alza el grito, y encabezadas por el famoso caudillo Ricardo Gaitán Obeso, notifican al Jefe del Estado que no apoyarían su entrega al nuñismo. Y como Aldana no tomara una decisión inmediata, Gaitán Obeso se concentra en la región de Guaduas con fuerzas populares de alguna

consideración. El Gobierno Federal aprovecha la coyuntura, invoca la "ley de orden público" y despacha tropas de línea al mando del General Capella Toledo para someter a los guerrilleros. Pero en realidad se trataba de tranquilizar al General Aldana, y para ello Capella Toledo cita —muy cortés— a Gaitán Obeso en la ciudad de Villeta, y firma ahí con él un convenio de paz tan "amplio" que los comandos conservadores no juzgan excesivo. Claro que Núñez sigue, más confiado, su labor para ganar o entorpecer al General Aldana.

En Panamá se provoca la revuelta el 14 de octubre de 1884. En esta fecha, grupos inconformes bien aprovechados, asaltan un barco inglés y se apoderan de él; luego capturan, en lucha, un barco costarricense, en el cual se quedan para dejar libre la nave inglesa. Estas actividades "deciden" al Gobierno del Estado a tomarlas muy en serio, y ocupa el barco inglés antes mencionado y "persigue" a los revoltosos; éstos le hacen frente al Gobierno y lo "derrotan" sin que haya víctimas, después de lo cual, este Gobierno "pide" la intervención del Gobierno Federal. Y Núñez, de conformidad con la "ley de orden público", declara en estado de guerra a Panamá, y en seguida concentra fuerzas de mar y tierra en el Istmo. En esta forma, sin "amplio" convenio de paz, y sin ninguna otra maniobra de tregua, el nuñismo conservador abre su frente de guerra...

En estos momentos —fines de 1884— llega a Bogotá el General Foción Soto, como vocero antinuñista de Santander y Casanare, parece que a tratar con las directivas liberales la cuestión inmediata de la resistencia armada del pueblo ante el hecho evidente de que Núñez y su camarilla de "independientes" estaban

entregando el Poder Público a las oligarquías feudales más reaccionarias del conservatismo. Las Sociedades Democráticas y con ellas las masas que agitaban a la sazón la consigna de la resistencia, aprovechan la presencia del General Soto en la capital y realizan grandes manifestaciones para denunciar ante el país la política conservadora del nuñismo. "¡Muera el traidor Núñez!", es el grito que se oye en las multitudes enardecidas...

En los primeros días de diciembre, se prende nuevamente la guerra en Santander. El primer choque lo pierde esta vez el bizarro General Fortunato Bernal, en Barichara (5 de diciembre). Por los mismos días, fuerzas veteranas del Gobierno Federal acantonadas en Pamplona, se sublevan en favor de la resistencia popular. Y se rompe el disfraz de "Unión Nacional", el Gobierno de puente con los radicales que sirvió de instrumento a las últimas maniobras del nuñismo conservador contra el pueblo liberal. Y apenas a estas horas admiten los primates del radicalismo que Núñez los engaña; apenas a estas horas ven que la política conservadora del nuñismo había llevado al gobierno de Santander a González Lineros; apenas, cuando las masas se rebelan y sus caudillos van con ellas a usar del único lenguaje digno de su tradición de lucha por la libertad. Con todo, los primates radicales no enfilan con el pueblo, como veremos más adelante. Por el momento, veamos la partida de defunción de aquella "Unión Nacional", que lleva fecha del 24 de diciembre de 1884, y que a la letra dice:

Señor Presidente:

"...satisfecho yo de la política de conciliación que iniciaste, no vacilé en ser vuestro colaborador y puse al servicio de esa política mis pocas aptitudes y mi mucho

amor a la República, pero después de la aprobación hecha por el Gobierno de los sucesos políticos de Santander, y de la aprobación implícita de la conducta del señor doctor Narciso González Lineros, que yo no puedo, por mi parte, aceptar, creo deber indeclinable presentaros mi renuncia irrevocable de la Cartera expresada (la de Gobierno)...

Santos Acosta

Como Núñez tuviera previsto el caso, procede inmediatamente a reconstruir su Gabinete, sobre la derecha, y con fecha 26 dirige una encendida alocución al Ejército, en la cual le avisa que será acompañado "por legiones de compatriotas", refiriéndose aquí, obviamente, a las falanges conservadoras que con el nombre de "Ejército de Reserva" organizan los jefes militares conservadores. Don Jorge Holguín, Ministro de Tesoro a la sazón, había exigido a Núñez que se expresara claramente en su alocución a propósito de las "legiones de compatriotas", según lo afirma el nuñista de todos los tiempos, doctor Julio H. Palacio, en su libro *La guerra del 85*.

El 31 de diciembre acude Núñez al primer "empréstito" forzado de guerra por la suma de \$ 600.000, el cual se distribuye, naturalmente, con criterio de persecución política. Así vemos en la lista a Santiago Pérez, Aquileo Parra, Francisco Vargas y Francisco Noguera, gravados con \$ 5.000 a cada uno; Enero Salgar y Francisco Eustaquio Alvarez, con \$ 4.000 a cada uno; Eustorgio Salgar, con \$ 1.000; etc. En esta forma Núñez y los conservadores empiezan a "resolver" la crisis económica con la guerra...

De nuevo se pronuncia Gaitán Obeso en Cundinamarca, y libra algunas acciones en ruta hacia el Tolima. "Muy hábilmente —escribe Julio H. Palacio—

Gaitán Obeso rehuyó el combate que le presentó en La Vega el General Marco Aurelio Piñeros, Jefe de operaciones en occidente, y tras afortunada y estratégica marcha atravesó el Magdalena, cayendo sobre Honda y Caracolí, donde se apoderó de los cinco mejores barcos mercantes que procedió a armar en guerra". Y Gaitán Obeso se echa río abajo; se toma las embarcaciones que suben, hasta completar ocho con las que ya tenía, y con esa flotilla roja ocupa la ciudad de Barranquilla, sin hacer un disparo de fusil, a pesar de que su gente no llegaba a la cifra de 500, y que la ciudad estaba "defendida" por la Octava División de la *Guardia Colombiana* y varios generales adictos al nuñismo. El hecho se explica solamente porque Gaitán Obeso, con audacia, intimó a los dichos generales, por medio de leal emisario: 1. Haciéndoles creer que llegaba con un ejército de cerca de cinco mil combatientes; 2. Anunciándole al pueblo de la Costa, en su gran mayoría liberal, que Núñez se había entregado ya al conservatismo.

La ocupación de Barranquilla pone en manos de Gaitán Obeso, además de la ruta del río y casi todas sus embarcaciones, la llave principal para abrirse camino y sentar dominio en todo el litoral. Porque, hallándose precisamente en Barranquilla el Presidente del Estado —y poniéndose como se pone del lado de la rebelión contra la traición de Núñez— la toma de Cartagena queda a la vista, y luego la de Santa Marta: y camino de mar abierto para extender la acción al Istmo de Panamá. Pero el primer gran éxito del río y Barranquilla, necesita: 1. Acción coordinada del interior del país; 2. Aprovechamiento de la navegación del río y sus puertos para conectar la guerra en los Estados ribereños; 3. Operaciones rápi-

das en la Costa; 4. Empleo acertado de los puertos marítimos para entrar armas y pertrechos al territorio insurgente...

* * *

Núñez que no podía tenerle confianza al pueblo liberal de Bogotá, había concentrado en Tunja el mayor parque oficial; fusiles, municiones y piezas de artillería. Se tenía en Tunja una pequeña guarnición de cien hombres al mando del nuñista Coronel Morgan, y el General Pedro José Sarmiento, Presidente del Estado de Boyacá, radical, Segundo Designado a la Presidencia de la Unión. Pero Sarmiento estaba vacilante a causa de que Núñez le llevaba muy "trabajado". El General Daniel Hernández, a la cabeza de masas santandereanas, traspasa los límites de su Estado, invade el de Boyacá y se dirige precisamente a Tunja, con el fin de apoderarse del parque y marchar sobre Bogotá, pensando, seguramente, en asociarse a Sarmiento para que, una vez derribado Núñez, asumiera el poder, dado que el Vicepresidente Hurtado se hallaba en el sur del país. Este plan del General Hernández era realista, inclusive de fácil realización. Y Núñez y los conservadores lo entienden así, por lo que mandan rápidamente a Tunja, no fuerzas de la *Guardia Colombiana* —que no tienen disponibles—, ni "legiones de compatriotas" porque les faltan las armas, sino a los Ministros de Gobierno y de Guerra, doctor Vicente Restrepo y General Campo Serrano, a definir a Sarmiento del lado del nuñismo: ¡Única salvación del momento! Desde luego, ahora se trata del parque primero que todo; se trata de cortarles la marcha a los santandereanos... Y Sarmiento, ¡oh

candor!, entrega por inventario el parque y en seguida se va al campamento de Hernández.

Si no se ha perdido en Tunja la guerra, se ha dado por lo menos la medida de incapacidad para conducirla al triunfo. Y lo entienden así los jefes del nuñismo, que por la derecha toman el gobierno de Boyacá e instalan un régimen militar, y con ejército regular y legionarios conservadores bien armados caen sobre las fuerzas del General Hernández que, tras combates parciales se repliega a Santander y por un tiempo hace guerra de movimientos ineficaces que lo desgastan y producen desaliento en las masas populares del Estado...

Las armas oficiales en manos de los conservadores - La estrategia de la guerra y el fracaso en occidente - Las operaciones militares en la Costa - Tributos de guerra como política de saqueo a los liberales.

Antioquia, Boyacá, Santander, Bolívar, Tolima, Cundinamarca, Panamá, y parte del Estado del Cauca, se hallan convulsionados por la guerra, al correr el mes de enero de 1885. Jefe de la resistencia en el Tolima lo es Zenón Figueredo, quien menos romántico que Sarmiento, siendo funcionario público en Bogotá se alza con la policía y las armas para pronunciarse en la vecina población de Madrid bajo el grito de combate que hizo célebre: "¡A la carga!", de donde enruta con Gaitán Obeso hasta La Vega, lugar éste de separación de los caudillos, al parecer bajo plan de acciones combinadas. El nuñismo contraponen a Figue-

redo el conocido jefe conservador del Tolima General Casabianca, quien con fuerzas de línea de la *Guardia Colombiana*, compuesta todavía de soldados y oficiales liberales, marcha a debelar la insurrección en aquel frente. En esta marcha, algunos oficiales y soldados se rebelan, pero no con la fuerza necesaria, lo que deja en poder de Casabianca someterlos y con el rigor militar del caso conducirlos a la sangrienta batalla de Girardot en donde, difícil pero a la postre, Figueredo es derrotado. Como premio, Casabianca es nombrado Jefe Civil y Militar del Tolima.

Las anunciadas "legiones de compatriotas" forman el llamado "Ejército de Reserva" que realmente es la tropa de la reacción en marcha, bajo comando de jefes conservadores de primer plano como los Generales Leonardo Canal, Manuel Briceño, Alejandro Posada, Carlos y Alberto Urdaneta, Hipólito Castaño, Antonio Basilio Cuervo, Jorge Holguín y el ya mencionado Casabianca. El 3 de enero de 1885, el Jefe Supremo del ejército azul, General Canal, informa a Núñez de sus labores, en relación con la Sabana de Bogotá. Según ese informe, ahí se contaba ya, en números redondos, con 4.000 legionarios, y la oferta de aumentar rápidamente la cifra a cinco mil, "y si las circunstancias exigen que se eleve a diez mil, no será difícil hacerlo...".

Los jefes de la resistencia en Santander, complicados en divergencias de mando, deciden buscar el río Magdalena para bajar a la costa e incorporarse a las fuerzas de Gaitán Obeso. En esta forma, la histórica ruta del norte, tan temida por el nuñismo, queda despejada: Cundinamarca, Boyacá y Santander devienen así, fácilmente, a manos de los conservadores. Ahora tendrá en Caracas menos preocupación de

compromisos el General Wilches, y más apacible el cielo para los versos de su secretario Arrieta.

El nuñismo tenía dos viejas bases militares, con las cuales creyó asegurarse las costas del Atlántico y del Pacífico; Santa Marta que podía influir sobre Cartagena y Barranquilla, y Popayán sobre la banda occidental, inclusive la ruta del Estado de Antioquia. Santa Marta se hace fortaleza del nuñismo desde que Campo Serrano derribó del Gobierno del Estado del Magdalena al eminente radical doctor Luis A. Robles, en un cuartelazo local; y Popayán desde que Payán derribó al no menos eminente radical Modesto Garcés, en otra insurgencia parroquial. Pensando en razón de las bases militares del nuñismo, se explica que Gaitán Obeso marchara a paralizar la Costa Atlántica, y que Antioquia se movilizara hacia el Cauca, mientras las fuerzas populares del norte, rearmadas en Tunja, ocuparan a Bogotá....

El General Foción Soto, en sus *Memorias sobre el movimiento de resistencia a la Dictadura de Rafael Núñez*, cuya lectura recomendamos por lo que tiene de objetividad, no siempre por sus juicios y mucho menos por su análisis, considera gravísimo error salir de Antioquia porque así quedaba tan importante Estado fácil a la conquista conservadora. Esto es evidente si tomamos las cosas como sucedieron; pero no lo sería si hubiera resultado como las pensaron. De todos modos, el doctor Luciano Restrepo, que no era militar, en su condición de Presidente del Estado, hace Comandante en Jefe de las fuerzas voluntarias antioqueñas, al doctor Luis Eduardo Villegas, que tampoco era militar. Este comandante romántico como casi todos los radicales ilustres, toma el viejo camino del occidente con mucha gente y mayor entusiasmo.

pero el General nuñista Juan N. Matéus (enamorado de Aura María), veterano de la guerra del 76, le sale al paso y luego de la sangrienta batalla de Salamina recibe la capitulación del doctor Villegas que se firma en la población de Neira el 24 de febrero de 1885. En esta capitulación precipitada, el Estado de Antioquia se obliga a reconocer y cumplir todas las medidas militares, políticas y administrativas de la dictadura de Núñez. Como se puede deducir, lo primero que pierde Antioquia es su gobierno.

Pero, ¿cómo pudo pasar por el Tolima el General Matéus para operar en Antioquia, si en el Tolima estaba Figueredo? Esto se explica por el hecho de que Figueredo había descuidado los cruces principales del río Magdalena, Honda y Girardot, mientras "cuidaba" otros sitios de menor importancia y se paseaba alegremente en una bonita navé en cercanías de Ambalema. Parte de las fuerzas dictatoriales pasan el río por Girardot, y el propio General Matéus cae sobre Honda y la ocupa fácilmente. En vista de tales hechos, Figueredo se lanza a la reconquista de la ciudad estratégica. Pero, pese a su intrepidez y al arrojo de su gente, sufre un deplorable descalabro: ¡Pierde la batalla y con ella a sus mejores combatientes, inclusive a dos generales de extraordinario valor, Vergara y Amador! Y lo peor: ¡Con los restos de su gente, en vez de replegarse sobre Antioquia, pasarse a Cundinamarca o echarse río abajo, se dirige a Mariquita adonde lo espera el General Casabianca para liquidarlo, como en efecto lo hace...!

Después de la absurda capitulación de Neira, el General Matéus y sus ayudantes conservadores entran a Medellín sin que se hiciera un disparo de fusil. Antes de llegar el procónsul a la Villa de la

Candelaria, dicta Núñez el Decreto del 5 de marzo de 1885 "por el cual se impone una contribución de guerra" al Estado de Antioquia en cantidad de dos millones de pesos, para ser cobrada *mano militari* ¡Esta por entonces fabulosa contribución de guerra para un Estado, le fue dada en comisión de cobro al agraciado don Julio Betancur con la ganancia del diez por ciento como sueldo y la oferta del amor de Aura María!

El 29 de febrero, o sea cinco días después de la capitulación de Neira, un ejército antioqueño de 3.800 hombres que se había adelantado en dirección al Valle del Cauca, se compromete en la cruenta batalla de Santa Bárbara (en cercanías de Cartago) que pierde en manos de otro veterano de la guerra del 76, General Payán. En este campo de sangre quedan más de 400 cadáveres y posiblemente 1.000 heridos. En el ejército de línea que comanda el Presidente del Estado del Cauca, General Payán, militan destacados jefes y oficiales conservadores; entre ellos Rafael Reyes y Carlos Albán que pronto habrían de ser figuras de primer plano en el conservatismo.

* * *

Y mientras avanza la contienda, ya con balance favorable al Conservatismo, Núñez y Jorge Holguín aprovechan el famoso "Banco Nacional" (creado en el primer gobierno de Núñez) para convertirlo en agencia central de la moneda de papel, que significa la expropiación de los valores reales para "restituirlos" con signos nominales. Esto, naturalmente, produce la inflación, el alza sin límites del costo de la vida y la ruina del crédito. La dictadura establece los es-

tancos de sal, las carnicerías oficiales, el monopolio en la venta de ganado vacuno; crea nuevos impuestos y aumenta los ya existentes, y patentiza el saqueo del dinero y los bienes de los liberales con las "contribuciones de guerra". El 27 de abril de 1885 se impone a Cundinamarca un nuevo "empréstito" por \$ 270.000, del cual ha de cubrir la mortuoria del señor Cándido de la Torre, \$ 45.000, y \$ 225.000 se distribuyen entre quince personas al rasero de \$ 15.000 a cada una.

El saqueo oficial llega a tales proporciones y, sobre todo, a tales formas de persecución, que a personajes civilistas, como al doctor Nicolás Esguerra, les confiscan hasta las ropas blancas de la casa. Para fijar exactamente la actitud de la dictadura en su afán de conjurar la crisis a costa de los liberales, reproducimos aquí lo esencial de una carta del doctor Esguerra dirigida a Núñez, fechada en Bogotá el 21 de febrero de 1885:

La orden de usted, comunicada por su Secretario de Guerra, de que se pudiese sitio a mi familia, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, empezó a tener cumplimiento en la mañana del 18 de los corrientes. Se tomaba esta medida, según he oído decir, como apremio para que yo me presentara a pagar un empréstito forzoso que se me ha asignado y del cual no se me ha dado noticia, como pudo hacerse y se hizo con otros, por medio de oficio entregado en mi casa de habitación.

No me sorprendió la providencia, porque nada hay en materia de arbitrariedades que pueda hoy sorprender, pero es la verdad que había más de un motivo para que no se me impusiera un segundo empréstito forzoso. En el primero que se me repartió fui gravado, como el que más, con la suma de \$ 5.000, y me presenté a arreglarlo, no porque me creyera en la obligación de pagarlo, sino porque comprendía que, en las actuales circunstancias, era con dinero con lo que podía yo acaso procurar alguna seguridad para mi familia y mediana libertad para mí.

Fue entendido en el arreglo que hice con el citado Secretario de Guerra, que quedaría yo libre de nuevas exacciones.

Estos hechos y las disposiciones muy terminantes del último decreto sobre la materia, me habrían puesto a cubierto del nuevo empréstito si algún respeto tuviera usted por las promesas oficiales. Después de ser pagado por mí el primer empréstito y antes de que se me repartiera el segundo, esto es, cuando no teníamos pendiente otra cuenta que la de mis ideas políticas, dio usted orden, por conducto del mismo Secretario de Guerra, de que se me redujera a prisión en un cuartel, orden que no pudo tener cumplimiento por haber conseguido yo burlar a los agentes de usted cuando se presentaron en mi casa con fuerza pública para aprehenderme.

Ayer tarde se levantó el sitio puesto a mi familia de que he hablado al principio de esta carta, y según se me ha informado dio lugar a ello una solicitud que, sin conocimiento mío y de mi familia, hizo mi excelente amigo el señor doctor Napoleón Borrero, en la cual ofrece responder por dicho empréstito. Contraste hacen los nobles procedimientos de unos con los salvajes instintos de otros. Este acto del señor doctor Borrero y la conducta de mis vecinos y de centenares de personas de todos los colores políticos que se prestaron por distintos métodos, a pesar de la vigilancia de la guardia a proveer a mi familia de los elementos de vida que usted había ordenado se les quitaran, contrastan ciertamente con los medios empleados por usted para cobrar un empréstito, entre los cuales no se había omitido, según he sabido, ni el de ordenar que se quitara el agua que de la fuente pública va a mi casa.

El doctor Esguerra se niega a reconocer y pagar el nuevo "empréstito" y, por consiguiente, declara libre al doctor Borrero de la oferta de garantía. Y con altivez dice al dictador:

...después de todo esto no podía yo sin humillación, dar a usted suma alguna con destino al sostenimiento de un gobierno que no solamente ha roto los títulos constitucionales, sino que desconoce las leyes de la moral y del honor, y aún las prácticas de la guerra. Ni siquiera puedo guardar silencio, porque eso, sobre ser acto de

cobardía, podría traducirse como la aceptación de la oferta que ha hecho el doctor Borrero.

Cuando uno de los agentes de usted ocupó con la **Guaraja Colombiana**, las oficinas del Banco de Crédito Hipotecario, para tomar por la fuerza el dinero que de buen grado no podía dársele, fui de concepto de que se hiciera la mayor resistencia posible para obligar a ese agente a romper las cajas y extraer de ellas los valores de que querían apoderarse. Bueno es que el país tenga el mayor número de pruebas, a cual más convincentes, de que si usted ha sido incapaz de darle la ofrecida regeneración, sí ha conseguido llevarlo, camino recto y con paso seguro, a la más espantosa catástrofe.

* * *

Y reconectemos la cadena de los hechos bélicos: La guerra del 85 era no solo el pensamiento y la necesidad del nuñismo para el traspaso de todo el poder a los conservadores, sino que estaba en lo esencial planeada desde mediados del 84. Desde octubre de 1884 tenía en su cartera el General nuñista Francisco J. Palacio, en Barranquilla, el nombramiento secreto del Comandante en Jefe de "las fuerzas militares y fluviales de la Costa para el momento en que estallara la guerra..." (Esto lo dice Julio H. Palacio, hijo del General, en la página 106 de su libro *La guerra del 85*). Claro, el Comandante en Jefe, General Palacio, no divulgó su título secreto cuando Gaitán Obeso entraba a Barranquilla, para que recayera la vergüenza de la entrega por miedo de la plaza en el jefe que por entonces tenía el comando allí, General González Carazo. Palacio se "asiló" en la casa del Cónsul de España y, poco después, ayudado por el mismo cónsul, escapa en buen caballo rumbo a Cartagena.

Gaitán Obeso, en un fuerte liberal como Barranquilla; con jefes de su lado como los Generales Jime-

no y Ramón Collante, podía seguir sobre Cartagena que se hallaba casi descubierta, y tomar luego a Santa Marta, dejando en cada plaza de retaguardia fuerzas de resistencia y gobiernos propios. Pero es su desvío a las aventuras de amor y su excesiva vanidad, lo que le quema las hojas de laurel en el terrible desperdicio de su tiempo, en la alegre ciudad... Y Palacio llega a Cartagena. Pero no encuentra medios para adueñarse de la ciudad: el Presidente encargado está notificado de la traición de Núñez, y listo, naturalmente, a entregar el poder del Estado a Gaitán Obeso. La guarnición acantonada allí, sigue siendo fiel al nuñismo porque su jefe, un coronel, lo sigue siendo; pero es tan pequeña que Palacio no podría apoyarse en ella, por lo que decide marcharse sigilosamente a Panamá, adonde había llegado el General Santodomingo Vila con el título también secreto de Comandante en Jefe de las fuerzas del Istmo, "para el momento en que estallara la guerra" (que allí ya había estallado).

Habían pasado sólo cinco días desde la salida del General Palacio de Cartagena, y ya está de regreso con fuerzas veteranas de la *Guardia Colombiana*, ahora en asocio del experto militar General Urueta. Y ocupa la ciudad rápidamente, organiza el gobierno militar del Estado, y marcha sobre Barranquilla. Urueta por tierra y Palacio por mar, planean una acción de tenaza al objetivo. Y precisamente en los momentos cuando Gaitán Obeso se hallaba por el río bajando contingentes voluntarios —lo que podía hacer un ayudante—, Urueta que llega primero a las puertas de la ciudad, en vez de esperar el arribo de Palacio al lugar convenido, y, luego de rechazar una oferta de capitulación que interpreta alegremente

como debilidad de los defensores, y queriendo llevarse para sí toda la "gloria del vencedor", ataca la plaza al amanecer del 11 de febrero, con tan malos resultados, que la defensa —dirigida por el General Jimeno Collante— le sostiene combate calle por calle, hasta que al caer de la tarde llega sorpresivamente la flotilla de Gaitán Obeso con 1.500 combatientes que deciden la sangrienta lucha en favor de la resistencia. No se dan cifras de los numerosos muertos de esta batalla, ni de los heridos. Entre los prisioneros, que fueron muchos, se cuenta el propio General Urueta.

A raíz de la batalla victoriosa de Barranquilla, fuerzas de la resistencia ocupan a Santa Marta. Las autoridades nuñistas del Estado del Magdalena huyen hacia Riohacha y se intalan allí, para luego aprovechar la plaza en la organización de la expedición que habría de reforzar a Cartagena, cuando, tardíamente, decide Gaitán Obeso ponerle sitio...

Al saber Palacio el fracaso de Urueta, regresa a Cartagena rápidamente, porque ahora sí presiente la marcha de las fuerzas liberales sobre la gran fortaleza. Y, ciertamente, a fines de febrero el intrépido pero confiado caudillo le pone sitio a la ciudad, para inmovilizarse allí tres meses: es decir, el tiempo que requería la dictadura para transportar "legiones de compatriotas" del interior del país, para tomar posiciones a lo largo del río, y liquidar los pronunciamientos de resistencia en Antioquia, Cauca, Tolima y otros Estados. Una célebre expedición del centro del país hacia la Costa es la de 3.000 legionarios que comanda Briceño, Castaño y Matéus, y que cruza —en más de dos meses— trescientas leguas por caminos de montaña, vadeando ríos, desfilando por despeñaderos y en general expuesta a ser destrozada, inclu-

sive al llegar, fatigada, a las Sabanas de Bolívar, si Gaitán Obeso y su comando lo hubiese entendido oportunamente así. El entonces Coronel Rafael Uribe que se había rebelado contra la capitulación de Neira, tratando de levantar los ánimos en Antioquia, proyecta cortar o al menos ponerse detrás de la famosa expedición para hostigarla. Con este proyecto surge Uribe en la población antioqueña de Santa Bárbara a la cabeza de una guerrilla: pone en fuga al General Francisco Jaramillo que retenía la plaza con 300 hombres de línea; se arma mejor y extiende sus operaciones. Pero todo resulta ineficaz, porque la expedición, sin hallar resistencia, ha tomado ya ventaja en su marcha...

La guerra en el Istmo de Panamá - La intervención militar yanqui - Fracasa el sitio de Cartagena - Coyuntura de paz en Barranquilla.

Panamá se había sublevado en forma cuando el Comandante en Jefe de la dictadura del Istmo, General Santodomingo, marchó con las mejores tropas a reforzar la defensa de Cartagena. El General Pedro Prestán, vecino de la ciudad y puerto de Colón, en donde tenía tres casas (en una de ellas vivía con su familia), se pronuncia en el lugar y se adueña de la plaza. El Jefe Civil y Militar del Estado, General Carlos J. Gónima, no tiene fuerzas para enfrentarle a Prestán, y por un tiempo quedan así dos gobiernos: el nuñista de la ciudad de Panamá y el antinuñista del puerto de Colón. Sin embargo, el 29 de marzo, habiendo recibido refuerzos el General Gónima —des-

pachados de Buenaventura por Payán— envía tropas al mando del General Ramón Ulloa a despejar el puerto de Colón, término del ferrocarril en el Mar Atlántico y muy importante base estratégica para unir la guerra con la Costa.

Al amanecer Ulloa ataca a Prestán. Pero éste que se siente fuerte le presenta batalla, dura, sangrienta. Y, cuando el sol sale sobre el duelo a muerte de los colombianos, fuerzas de la marina de guerra norteamericana que se hallaban surtas en el puerto, abren fuego contra las posiciones de Prestán. Con todo, la resistencia de los defensores crece: ayudado inclusive por voluntarios extranjeros, Prestán entra al combate todo lo que puede. Y en lo más alto de la lucha, el administrador de la estación del ferrocarril (americano él como la empresa), en colaboración con otros empleados también americanos, moviliza unos planchones con tanques de petróleo que, o bien se les pone fuego o las ráfagas cruzadas del combate los inflaman, produciéndose en todo caso un pavoroso incendio que consume en pocas horas la ciudad, entonces edificada con madera. Naturalmente, las gentes huyen del campo en llamas. Después, las fuerzas de la marinería yanqui ocupan el puerto, izan sus banderas y, con mercenarios nuñistas, capturan a cuantos rebeldes logran localizar, entre ellos a dos extranjeros: Patrucelli y Davis (éste de apodo Cocobolo), a quienes acusan de ser responsables, con Prestán, del incendio. ¿Cómo podría Prestán incendiar sus casas y destruir su hogar? Infame, vergonzoso resulta el proceso de guerra en el cual, sin permitirseles ninguna defensa, se condena a la horca a los dos extranjeros, como luego lo fuera con tanta sevicia y mayor infamia el valiente General Pedro Prestán...

Mientras se hundía el puerto de Colón bajo las banderas piratas de los yanquis, el General Aizpuru asalta y toma la ciudad de Panamá y se proclama jefe de la resistencia en el Estado. Pero en seguida comprende que no puede moverse del casco de la ciudad, porque fuerzas americanas, pretextando la defensa de la vida y los bienes de los extranjeros, la protección de los trabajos del Canal (entonces de una empresa francesa), el tránsito del ferrocarril y el Tratado de 1846 con Colombia, han ocupado militarmente el Istmo.

La intervención americana, convenida o impuesta, la conoce en su marcha la dictadura, cuando el ministro yanqui en Bogotá se la informa, para notificarle también que: "mientras Colombia no estuviera en capacidad de garantizar el libre tránsito a través del Istmo, los Estados Unidos de Norte América mantendrían dentro de la zona del ferrocarril y canal en excavación fuerzas de marina con ese objeto..." En esta humillante posición, Núñez convoca a sus ministros a sesión especial, en la cual "decidióse no darse por entendidos de la formal notificación y solicitar de los Estados Unidos en virtud del artículo 36, párrafo primero del Tratado de 1846, que, mientras Colombia proveía al pronto restablecimiento del orden en el Istmo, los Estados Unidos garantizaran el libre tránsito de uno a otro mar..." Este Gabinete de ministros comediantes que de modo tan ridículo pretende establecer coartada a la historia, estaba compuesto así: Gobierno, Aristides Calderón; Relaciones Extranjeras, Vicente Restrepo; Guerra y Hacienda, Felipe Angulo; Fomento, Julio E. Pérez; Tesoro, Jorge Holguín; Instrucción Pública, Enrique Alvarez B.

El hecho es que las fuerzas yanquis establecen pleno dominio en el Istmo, y que en virtud de tal dominio el jefe de ocupación notifica a los rebeldes de la Costa Atlántica su decisión de impedir todo desembarco de tropas en ese territorio. Y, para ser consecuente, "impide bajar a tierra" la nueva expedición que despachara de Buenaventura el General Payán a órdenes de los Generales Miguel Montoya y Rafael Reyes. Claro que la dicha expedición, gracias a la sumisión de Montoya y Reyes, desembarca bajo banderas americanas y se acuartela cerca de la ciudad de Panamá. Reyes que había sido soplado de tendero hábil en Cali a Coronel en Santa Bárbara y luego a General expedicionario, se convierte rápidamente en alguacil del jefe de ocupación. Y para "darse importancia" toma la representación de Colombia en la capitulación de Aizpuru y en los ahorcamientos de Petrucelli y Davis y después de Prestán, actos de infamia que fuera de la vergüenza dejan a Reyes el remoquete de Cocobolo.

* * *

"Pacificado el Istmo" —como dicen los historiadores colombianos— las fuerzas mercenarias de la dictadura que se hallaban ahí, salen para Cartagena... Pero ni estas fuerzas ni las expedicionarias del interior del país participan en la "gloria" de actuar en Cartagena, porque los sitiadores, después de grandes e ineficaces esfuerzos, de consumir graves errores, lanzan el último y decisivo asalto en la noche del 7 de mayo, que pudo tener éxito si no es por la traición de un tal Coronel Rangel, que, por vengarse de Gaitán Obeso que le había quitado una mujer, cor-

ta las cuerdas de acceso a las murallas y produce la catástrofe. El ejército sitiador queda destrózado. En mar y tierra mueren posiblemente mil combatientes. Numerosos heridos y prisioneros quedan dentro de la fortaleza en esta noche trágica. Entre los prisioneros figuran 78 jefes y oficiales, cifra suficiente para entender la magnitud de la catástrofe...

El desacuerdo entre los jefes vencidos en Cartagena se ahonda extraordinariamente. Gaitán Obeso renuncia su título de Comandante en Jefe de las Fuerzas de Resistencia en la Costa en el General Vargas Santos, título que después se otorga al General Sergio Camargo cuando éste recobra también el de Director Supremo de la Guerra. (Camargo había participado en la guerra durante el tiempo perdido de movimientos inconexos que siguió al repliegue de Hernández de Boyacá a Santander; se le había designado Director de la Guerra, pero abandonó entonces la lucha, y a fines de mayo reaparece, bajando el río Magdalena, para reincorporarse a ella).

Concentradas en Barranquilla las fuerzas liberales y con ellas sus comandos, se produce, entre expectativa y vacilaciones, la posibilidad de terminar la guerra. Y, "por mediación e invitación del señor Contralmirante James E. Jauett, de la Marina de los Estados Unidos...", entre Justo Arosemena (eminente radical), delegado del Comandante en Jefe de las fuerzas nacionales (dictatoriales) de los Estados del Atlántico, y Daniel Hernández, delegado de las fuerzas de la resistencia en la Costa, se llega a un Convenio de Paz, que aparte de ser una coyuntura para salir de la encrucijada, era, por sus cláusulas y la posible garantía de respeto, la más aceptable solución del momento. Porque, siendo realistas, la causa de la

resistencia se había perdido ya, no por falta de energías populares que dieron en abundancia las masas insumisas del país, sino por el espíritu de anarquía y los graves errores de los jefes. Pero el Comando Supremo, desde su cuartel de Sabanalarga, rechaza el Convenio de Paz que había sido firmado el 10 de junio en el puerto marítimo de Salgar, alegando patrióticamente que aceptarlo significaba aceptar la intervención extranjera. En principio, el argumento es de toda ley. Pero en estas condiciones concretas no se podía convertir el principio en dogma, como posiblemente se había pensado al investir de negociador al General Daniel Hernández...

La hecatombe de la Humareda - Camargo se mueve como un sonámbulo y dando palos de ciego termina la guerra para irse a su santuario de Miraflores.

Frustrado el intento de paz, los jefes de decisión: Vargas Santos, Pedro José Sarmiento, Gaitán Obeso, Foción Soto, Daniel Hernández y Fortunato Bernal, determinan regresar al interior del país. Y remontan el río, olvidando al parecer que aquel camino de agua controlado al principio de la guerra, había sido por ellos abandonado desde febrero cuando todas sus fuerzas, mal dispuestas, se concentraban en el sitio de Cartagena. Con todo, el único ejército de la resistencia nacional, en estos momentos, marcha con firmeza y esperanza. El único porque las fuerzas del Coronel Uribe en Antioquia habían sido liquidadas; las que lograron reincorporarse en el Tolima lo habían sido

también, sobre todo en la funesta batalla de Congo-tés, del 2 de marzo, en la cual mueren los valientes Generales Francisco Losada, Patrocinio Falla, David Tobar y Germán Rojas; los sobrevivientes del combate cruento del Puente de Sonso, en el Valle del Cauca, y en general las zonas de resistencia dirigidas por el Vicepresidente General Hurtado en el sur, ya no existían...

Andando el río Magdalena en contracorriente, se incorpora al ejército del General Camargo y toma el mando supremo. Confiada va la gente de poder llegar a los sitios de pisar tierra de Santander para internarse en sus montañas. Pero fuerzas conservadoras bien armadas, unidas un poco arriba del puerto y población de El Banco, en el sitio de La Humareda, bajo el mando de los Generales Buenaventura Reynales, Aldemar Sánchez, Quintero Calderón y otros nuñistas, se hallan emboscadas en la selva, detrás de gruesos árboles y trincheras construídas a la orilla del río para recibir y destruir las tropas que desembarcaran, si fuera el caso...

Las seis naves de la flotilla roja dirigida por el experto General Jimeno Collante, con su nave capitana que conduce el estado mayor, sube bien dispuesta en línea de combate, previendo siempre el peligro de una emboscada: avista la presencia del enemigo (que ya les había observado), y se abren fuegos a las 7 de la mañana del día trágico 17 de junio de 1885... En un principio hay confusión en los liberales porque muchos detalles de una acción semejante no están previstos. Las propias naves se demoran para tender la malla de fuego que ha de proteger los desembarcos, que se hacen casi espontáneamente y desde luego a muy elevado costo de vidas: en descubierta, sobre

arena movediza, agua y lodo, los bravos soldados y los intrépidos comandantes se lanzan a las posiciones enemigas. Los que llegan a las trincheras y las cruzan, se trenzan en lucha cuerpo a cuerpo con el enemigo detrás de los árboles, en los claros de la selva: como furias envueltas en las llamas de aquella danza de la muerte...

A las cinco de la tarde el campo queda en poder de los liberales. Pero, ¡oh dolor! En este campo no se puede izar ninguna bandera de victoria. Las bajas de las fuerzas combatientes son aterradoras. El vencedor que grita salvos a su causa, ha perdido hasta el 70 por ciento en algunos batallones; el "Cúcuta", ¡de 15 oficiales pierde 12! El alto mando liberal queda destrozado: 8 de sus mejores generales quedan en el campo: Daniel Hernández, Fortunato Bernal, Capitolino Obando (hijo del General José María Obando), Plutarco Vargas, Pedro José Sarmiento, Luis Lleras, Nicolás Herrera, Gregorio Vergara. ¡Sobre los cuerpos yacentes de los amados caudillos lloran los soldados y oficiales que les sobreviven! Y Camargo, Gaitán Obeso, Jimeno Collante, Vargas Santos, Foción Soto y otros jefes que restan de pies, están atónitos ante la inmensidad de la selva, del río y la orgía de sangre colombiana...

Restos de las fuerzas conservadoras escapan porque Quintero Calderón huye con ellos sin terminar la batalla. Y quedan en poder del vencedor cerca de 300 prisioneros, "entre ellos los Generales Reynales y Sánchez, herido el primero, y cerca de cincuenta jefes y oficiales, tres cañones de grueso calibre, una ametralladora, muchísimos fusiles, cajas de municiones, equipajes, archivos y gran cantidad de monturas y bagajes". Aturdidos los caudillos liberales sobre-

vivientes, en vez de continuar su marcha, ahora que les sobran armas y pueden reconstruir sus filas en las inagotables reservas santandereanas, deciden regresar a la Costa por el mismo camino del río, cuando había corrido ya el tiempo suficiente para que los conservadores se apoderasen de los sitios ribereños estratégicos. Y, precisamente, al finalizar el mes de junio la flotilla roja llega a las cercanías de Calamar y fondea sobre el opuesto margen porque esa población y puerto está convertido en cuartel general de las fuerzas de Briceño, Matéus y Castaño.

¿Qué hacer? ¡Los jefes liberales tratan de saber aquí si capitulan o vuelven a trepar el río! Y se dividen las opiniones. Camargo se inclina a capitular y para ello busca abonar el terreno: traslada los prisioneros de categoría, tomados en La Humareda, a mejores condiciones en la nave capitana; iza bandera de duelo por la muerte del más conspicuo jefe conservador, General Briceño, víctima de la fiebre amarilla; inicia conversaciones de paz, por intermedio de delegados, con su antiguo compañero en Garrapata, General Matéus. Sin embargo, el tiempo pasa y no se logra entendimiento alguno. Los voluntarios liberales se disgustan con las dilaciones, algunos enferman, desertan... Camargo decide al fin atacar al enemigo, y para esta magna tarea llama al famoso General Francisco Acevedo que tiene la defensa de Barranquilla. Acevedo vuela con 500 veteranos, dejando casi en descubierta la ciudad que no había sido antes atacada porque sería costoso ocuparla: y que lo es ahora por el General Palacio, quien aprovecha la ocasión, sin hacer un disparo de fusil... Santa Marta vuelve también a manos de las fuerzas dictatoriales.

Una vez Acevedo en el cuartel del General Camargo, se pasa revista a la situación. Gaitán Obeso, Collante, Acevedo y otros jefes se declaran dispuestos a “jugarse el todo por el todo”. Pero, con sorpresa para muchos, el 20 de julio, el General Camargo —como Director Supremo de la Guerra— ordena volver a tomar el camino del río: en busca otra vez de las montañas de Santander. ¡Y la flotilla roja llega a Magangué en donde Camargo —como arrojando lastre— pone en libertad a los prisioneros, quienes bajan rápidamente y se incorporan a su ejército de Calamar!

El 31 de julio llega el acooplejado ejército liberal al puerto de Gamarra: ¡Tierra de Santander, última esperanza! Ahí devuelve el General Camargo el Comando Supremo a Vargas Santos; éste lo rehusa, y solamente por recoger la bandera lo acepta Foción Soto, quien, con los hombres de Santander y Boyacá “realiza el milagro de ocupar a Ocaña, y de presentar combate a Quintero Calderón en El Arrayán y Los Guamos. Y por último —vencedor en acciones parciales— capitular en El Salado el 26 de agosto ante el ejército comandado por el General Antonio B. Cervo”, sobre condiciones decorosas.

El General Camargo, con algunos de sus ayudantes, sube por el río Saboyá en ruta hacia su casa de Miraflores (Boyacá), tal y como se lo hace saber al “Gobierno” en nota de fecha 8 de agosto, no sin denunciar en dicha nota los nombres de Gaitán Obeso, Francisco Acevedo y Jimeno Collante, como a los jefes que le habían impedido un acuerdo de paz en Calamar...

El General Collante que piensa “sostenerse un tiempo en el río”, con 600 voluntarios de la Costa y cinco naves, es sorprendido el 22 de agosto en El Banco y

tiene que rendirse... Gaitán Obeso y Francisco Acevedo (que habían subido hasta El Carare, en la misma nave que utilizó Camargo antes por el Saboyá), son capturados en los primeros días de septiembre, y, luego de regresarlos a la Costa, son sometidos a consejo de guerra y condenados a la pena de muerte. Conmutada esta pena por la de prisión, a Gaitán Obeso se le lleva a Panamá para ser allí envenenado por sus carceleros el 12 de abril de 1886...

Así termina esta heroica guerra de resistencia del pueblo insumiso y sus caudillos, que tuvo evidentes posibilidades de éxito, en poco tiempo inclusive, y que se perdió por una serie de faltas, de las cuales destacamos:

1. Falta de unidad política y militar para la acción;
2. Falta de una adecuada disposición de los expertos comandantes en los frentes claves, capaces de mantener —y de ser rotas reconstruir— las líneas convergentes, falta realmente funesta en el frente de Antioquia;
3. Falta de un régimen de autoridad política superior en los comandos regionales que coordinara sus planes;
4. Falta de responsabilidad política y disciplina militar de algunos caudillos de la guerra, quienes además de su concepción homérica de la contienda (concepción basada en la exaltación del héroe), botaban el tiempo en aventuras personales;
5. Falta de interés y comprensión de una política popular de guerra en lo económico y social que pudiera vincular estrechamente la vida nacional con la lucha de la resistencia a la dictadura;
6. Falta de sentido histórico de la responsabilidad en altos jefes, quienes con capa de puritanismo entregan armas y posiciones a los enemigos del pueblo y de su causa;
7. Falta de una actitud definida, patriota y políticamente, ante la in-

tervención yanqui, en vez de la conducta de gente acomplejada que fue exhibida en repetidas ocasiones; 8. Falta de sentido militar estratégico, lo que permitió, entre otros casos, conducir el sitio de Cartagena y los últimos absurdos movimientos del río Magdalena sin las más elementales reglas del arte de la guerra.

El famoso Consejo Nacional - El Conservatismo entroniza a Núñez en el poder - Un informe oficial sobre la guerra - La nueva Constitución - Otra vez los jesuítas en Colombia.

El 10 de septiembre de 1885, ante una manifestación conservadora organizada para celebrar el triunfo de la guerra, Núñez declara: "La Constitución de 1863 ha dejado de existir". Realmente había dejado de existir desde mucho tiempo antes. La misma Constitución del 86 que la sucede, en su artículo 210 lo reconoce así cuando dice que la Carta de Rionegro había perdido su vigencia "por el mismo curso de los acontecimientos". Al día siguiente de su declaración, Núñez convoca un llamado Consejo Nacional compuesto de 18 delegados, dos por cada Estado, uno conservador y otro "liberal independiente", es decir nuñista, elegidos por los gobernadores militares, es decir, por los procónsules del "nuevo orden" ¡Como se ve, el liberalismo que fue a la guerra de resistencia no podía tener ninguna representación en este sanedrín de los conservadores y sus fieles servidores los nuñistas!

Y este Consejo de bolsillo, especie de Junta Asesora de la dictadura, se instala solemnemente el 11 de noviembre de 1885, y asume por la gracia del "nuevo orden", funciones de Constituyente, en cuanto debe expedir una Constitución, y de Asamblea Legislativa, en cuanto debe hacer algunas leyes. En su Mensaje de instalación dice Núñez, al enfocar la orientación y contenido de la nueva Constitución: "Esta nueva Constitución, para que satisfaga la expectativa general, debe, en absoluto, prescindir de la índole y tendencias características de la que ha desaparecido dejando tras sí prolongada estela de desgracias... Las repúblicas deben ser autoritarias, so pena de incidir en permanente desorden y aniquilarse en vez de progresar... La reforma política, comúnmente llamada *Regeneración fundamental*, no será, pues, copia de instituciones extrañas; ni parto de especulaciones aisladas de febriles cerebros; ella será un trabajo como de codificación natural y fácil del pensamiento y anhelo de la nación".

Con esta tabla de instrucciones —menos la "del pensamiento y anhelo de la nación"— el famoso Consejo, luego de académicos debates de exhibicionismo por parte de los latinistas y gramáticos, expide la nueva Constitución política del país, el día 4 de agosto de 1886 y que sanciona al siguiente día el Poder Ejecutivo. Conforme a esta Constitución, la estructura jurídica de la nación colombiana regresa al supercentralismo de la época de la colonia española, contra el cual se luchó en el siglo XIX y se sigue luchando en el XX. Teóricamente, la Constitución del 86 establece un régimen de relaciones civiles, de autoridad representativa, de gobierno de leyes; en síntesis

un Estado de derecho, casi como lo conciben los liberales. ¿Pero, qué sucede en la práctica?

Sucede que mandan y se hacen por la fuerza obedecer las camarillas reaccionarias de turno: los exponentes de la feudalidad, herederos de esclavistas y encomenderos. La Constitución del 86 ha regido —parcialmente—, solo en algunos períodos de la primera mitad del siglo XX, después de la reforma de 1910. El propio régimen dictatorial que la expide la recorta con el Concordato o Tratado de sumisión firmado el 31 de diciembre de 1887, y con una serie de actos legislativos, decretos-leyes y de “alta policía” que la “ignoran” en algunos casos y en otros la destruyen. El colombiano ha tenido, en lo común, una mentalidad legalista heredada de Santander que lo ha inducido a la creencia de que las leyes regulan su vida de relaciones. Pero la verdad aquí es lo contrario. Sobre todo cuando mandan las camarillas conservadoras encarnadas en el pasado, es decir, en la Colonia. Inclusive hay quienes creen que la ley es la “justicia” por su sola virtud, aunque la ley sea muchas veces la expresión jurídica de la injusticia, el arma de opresión de las clases explotadoras, de sus oligarquías y sus gobiernos dictatoriales.

La Constitución conservadora del 86 es recortada —como decimos antes— por una serie de artículos transitorios que son los verdaderos sagrados cánones de la nueva hegemonía. Por dichos artículos transitorios el Consejo de Delegatarios se declara Parlamento con vigencia hasta el 20 de julio de 1888, para ejercer todas las atribuciones que la Constitución —hecha por los mismos delegatarios—, otorga a las Cámaras Legislativas. En uso de tales atribuciones, el Consejo de los 18 elige Presidente de la República,

para un nuevo período, al señor Núñez; Vicepresidente, a Eliseo Payán y Primer Designado, a Campo Serrano. Un artículo transitorio se dedica a impedir la prensa de oposición, que Núñez define en su Decreto-ley del 17 de febrero de 1888, erigiendo en delito toda expresión que no fuera del agrado y conveniencia de la dictadura. (Este Núñez que en el gobierno del General López fue de los que más contribuyó a la expedición de la ley sobre libertad de prensa).

Un acto llamado constitucional transitorio, seguramente célebre, es el que aprueba, en forma global, sin examen, los actos y decretos-leyes de la dictadura en el período de guerra. Para "justificar" esta generosidad del parlamento de bolsillo, Núñez publica un recuento del tiempo de guerra, a modo de informe, bastante objetivo, en el cual se puede apreciar, entre otras muchas cosas de importante conocimiento, lo cerca, rápido e inclusive fácil que estuvo el triunfo liberal. Transcribimos un extracto del citado recuento, que los lectores pueden verificar en las páginas 995 a 1001 de la *Reforma política*:

... Cuando apareció la extensa e intensa rebelión... la situación del Gobierno era por demás difícil. No se supo en Bogotá que esa rebelión había comenzado, sino cuando Hernández se encontraba ya en Sátiva Norte, a dos jornadas de Tunja, donde había abundante parque custodiado por el entonces Coronel Morgan, con poco más de cien hombres apenas. Se sabe, por otra parte, que el Gobierno de Boyacá simpatizaba en lo íntimo con los rebeldes, lo que muy pronto fue un hecho cumplido. Tolima, Antioquía y Bolívar estaban gobernados también por partidarios decididos de la rebelión. En Cundinamarca el círculo falaz de Aldana, que en breve entabló traidoras negociaciones desde Zipaquirá con los rebeldes; bien que haciendo de vez en cuando algo que pudiera adormecer a los leales (leales a la dictadura).

Nada se sabía del Cauca.

...comenzó a comprenderse que una parte de la Guardia Colombiana no era fiel. A principios de enero, los rebeldes del Norte amenazaban a Cundinamarca apoyados por los pronunciamientos de los gobiernos de Antioquia y Tolima y por el golpe de mano que ejecutó Gaitán Obeso en Honda primero y luego en Barranquilla, que le dio en seguida a la rebelión el completo dominio del río Magdalena y de casi todo el litoral. Algunas guerrillas que habían, simultáneamente, aparecido en algunos puntos cardinales de Cundinamarca, tenían circunscrita la acción del Gobierno Nacional a su último límite. Puede decirse que en la época expresada ese Gobierno no disponía de más territorio que el que pisaban sus tropas; las cuales se hallaban, en parte, como ya se ha insinuado, y hechos subsiguientes lo demostraron, en camino de infamia. En efecto, el batallón sexto —de los más veteranos— se sublevó en Agualarga, lo mismo que el quinto de Cali y la compañía del primero al mando de Márquez. Una compañía que estaba de guarnición en Chita se pasó a los enemigos; y con frecuencia tenía el Gobierno que cambiar oficiales de otros Cuerpos para prevenir nuevas defecciones.

Cuando Hernández invadió a Boyacá, el Gobierno no tenía, a mano, en la Capital, para todo servicio, sino unos 600 a 700 hombres. Tampoco había dinero en la Tesorería, ni esperanza de procurárselo regularmente... A empréstitos forzosos se acudió de consiguiente. Ocurriase también a los billetes del Banco Nacional; pero ellos bajaron en pocos días hasta quince pesos por cada ciento de papel, y solo al concluir ya la guerra se elevaron a más de 30 por 100... Un año después de terminada la rebelión, no excede de cuatro millones la masa de billetes en circulación; pudiendo, sin inconveniente, elevarse, en nuestro concepto, hasta el doble por lo menos..."

...El instinto de conservación —que no facultad alguna escrita— lo obligó (al gobierno) a crear el Ejército de Reserva, nombrando para ello a jefes del antiguo partido conservador, que nada dejaron que desear en el cumplimiento del encargo; y a mediados de Enero (1885) pudo

así abrirse campaña activa de pacificación (sic) en todas direcciones. Pero los recursos pecuniarios hacían siempre desesperante falta, hasta el punto de ser causa de descontento peligroso en las tropas. Debido a esta falta, el Ejército del Norte regresó a Bogotá en Febrero, dejando incompleta la persecución de los rebeldes que se habían asilado en los Llanos de Casanare, y por eso pudieron pronto rehacerse y emprender, sin oposición, su laboriosa marcha a la Costa. Sin la contribución de guerra que pudo, desde Marzo, cobrarse en Antioquia, las expediciones que partieron por las vías de Buenaventura y Ayapel habrían sido, probablemente, imposibles; la rebelión de Aizpuru en Panamá habría degenerado en la pérdida del Istmo, y las angustias en la Capital habrían sido enormes por carencia de medios.

El lector puede hacer los comentarios del caso al extracto anterior, sobre la base inclusive de la información mínima que ha podido leer ya. Por razones de brevedad, tantas veces invocadas en esta obra, no podemos detenernos a presentar —así fuera solo esquemáticamente— la, por otra parte muy conocida, Constitución de 1886, ni tampoco el Concordato de 1887. Nos abstenemos asimismo de pasar revista a la situación económica de crisis permanente agudizada por la inflación del papel moneda; a la brutal persecución contra los jefes visibles del liberalismo comprometidos en la guerra. Bástenos saber que los jesuitas regresan al país precisamente en 1886, y que Monseñor José Telésforo Paúl, Arzobispo Primado a la sazón, pertenece a la muy aguerrida Compañía de Jesús; que Núñez paga la deuda interna con papel moneda, lo que implica el robo a los acreedores y la burla a la fe pública; y, como síntesis: que las oligarquías dominantes se hacen más ricas, y las masas trabajadoras más pobres...

La nueva era del señorío feudal y el alto clero. El señor Caro y su concepción teocrática del Gobierno - El General Payán afloja un torni- llo de la máquina dictatorial... pero se cae.

El 4 de junio de 1887 empieza Núñez su nuevo período dictatorial. Y con tal motivo el Presidente del Consejo de los 18, Miguel Antonio Caro, pronuncia un breve discurso en alabanza del padre regenerador y de la nueva Constitución, del cual extractamos las ideas centrales:

... hemos entrado en la era de la **Regeneración fundamental**, que anunciasteis con fe profunda, expresando con una palabra todas las esperanzas del patriotismo colombiano.

... Esta Constitución, el juramento que acabáis de prestar, todo anuncia que no hemos edificado sobre arena, las instituciones patrias descansan sobre la base religiosa, fundamento de todas las civilizaciones. Tanto más firme es una institución, cuanto más religiosa sea, dice un pensador. Y no dudaré añadir: no hay ley propiamente dicha, o, lo que es igual, la ley escrita se reduce a letra muerta, no hay verdadero legítimo Gobierno allí donde no se reconozca el origen supremo de toda legalidad, donde no exista el vínculo santo que liga las conciencias, donde no se tribute culto público al Creador y Conservador de la familia humana, por quien las voluntades libres, el pueblo inclinándose a la obediencia, y los magistrados ejerciendo justicia y misericordia, concurren a afianzar la concordia venturosa que constituye el orden social.

De la contestación de Núñez extractamos:

Es esta la tercera vez que vengo a encargarme del Gobierno de la República, traído por el voto de los pueblos (sic) que, confiados en mis intenciones más que en mis fuerzas acaso, me han impuesto una serie de graves responsabilidades a que he procurado y procuraré lealmente dar satisfacción, mediante el auxilio de la Divina

Providencia y el concurso sincero del país. En vuestras puras manos (las del señor Caro) he prestado en esta ocasión el juramento que me obliga para siempre ante Dios y los hombres; y considero de feliz augurio circunstancia tan grata, puesto que, a más de vuestras eminentes virtudes cívicas, sois por arraigada convicción y alteza de carácter, fuerte columna del nuevo edificio político que tratamos de levantar sobre las acumuladas ruinas...

En su discurso, Núñez se propone, a modo de programa: "combatir por medio de un sistema de educación cristiana las nociones deletéreas que han sido causa decisiva de los males sufridos..." (Quizás causa de la causa, porque según Núñez y sus socios, la "causa" era la Constitución del 63).

"La regulación de la Hacienda Pública que tan extensa influencia ejerce en todo el cuerpo social... fijaremos en doce millones de pesos el máximo del papel moneda nacional..." (Que no es igual a cuatro ni a ocho de que antes nos hablara. Pero además del sobretope a doce millones de pesos como "moneda legal"; se expiden también emisiones clandestinas como falsificaciones oficiales).

Aparte de los dos puntos "básicos" del programa en mención, que podría llamarse con justeza "el parto de los montes", Núñez hace algunas consideraciones. "Considero —dice— de preferente importancia el ferrocarril de Girardot... y también el que debe servir de vehículo al tráfico exterior del vasto departamento del Cauca... Hay otras vías, sin duda, que reclaman impulso; pero como nuestros medios son tan limitados, tenemos que preferir lo más urgente" Y, con algunas palabras sobre "poder electoral independiente", y sobre "cuidados paternos" al ejército, ahora conser-

vador, termina su discurso de posesión el señor Núñez, que los lectores pueden verificar —así como el de Caro— en las páginas 1262 a 1268 de *La reforma política*.

* * *

Sin que existiera siquiera una ley de elecciones, y en consecuencia exclusiva del funcionamiento de la maquinaria oficial, se reúne un llamado "Primer Congreso Constitucional Legislativo" en 1888, que expide, precisamente, una ley electoral de pura farsa; otra de orden público que arma mejor al régimen policivo en la persecución y la violencia; otra contra la libertad de prensa, que establece continuidad y agrava el "acto transitorio" de 1886. "El mismo Congreso —escribe el profesor Néstor Pineda en su ensayo sobre *Constituciones de Colombia*—, por medio de la Ley 4ª revocó el nombramiento de Vicepresidente de la República que había recaído en el señor General Eliseo Payán, y por medio de la Ley 77 prácticamente fue investido del carácter de Monarca Rafael Núñez, asignándole 'durante su vida, las prerrogativas y preeminencias de honor y dignidad que acompañan el ejercicio del mando supremo de la República'".

Pero, ¿cuál es la causa de la desgracia del General Payán? Veámosla: por ausencia de Núñez asume el mando Payán, a fines de 1887, y, poco después, restablece la libertad de prensa; y para saludar el advenimiento del año 1888, expide un amplio decreto de indulto, que si bien está condicionado a posterior aprobación del famoso Consejo de los 18, lleva por adelantado las firmas de sus seis ministros, casi todas tan importantes como las de don Carlos Holguín,

Domingo Ospina, Camacho y Carlos Martínez Silva. La libertad de prensa permite el surgimiento de periódicos de combate como *El Espectador*, de Medellín, y *El Correo Liberal*, de Bogotá. El decreto de indulto crea un clima de optimismo al pensamiento de la convivencia nacional, y repara, en parte al menos, algunos de los atropellos cometidos por la dictadura. Y como fuese aprobado el indulto, definitivamente, infinidad de perseguidos, encarcelados, y expatriados se benefician en él, contándose entre los últimos a personalidades del liberalismo como los Generales Hurtado y Aldana; los doctores Aquileo Parra, Modesto Garcés, Manuel Rudas, Lino Ruiz y Luis Bernal.

Pero el comando supremo conservador, las jerarquías del feudalismo y su Iglesia, sienten miedo ante las primeras luces de libertad y llaman rápidamente al padre regenerador, quien, profundamente alarmado, sale de Cartagena y transmonta el pesado caudal del río Magdalena hasta tocar tierra en Girardot, de donde recupera telegráficamente el mando, como se ve por este despacho:

Girardot, 8 de febrero de 1888. A. S. E. el señor Vicepresidente de la República. Bogotá. Hallándome en territorio de Cundinamarca, me he encargado hoy nuevamente, según la ley del ejercicio de la Presidencia de la República, y sigo para la capital. Los Ministros despacharán los asuntos urgentes. **Rafael Núñez.**

Y es, entonces, cuando el llamado "Primer Congreso Constitucional" de 1888, despoja al General Paýán de su investidura, diciéndole que su política "no estaba de acuerdo con el nuevo régimen; y declara vacante la Vicepresidencia". ¡Y no más caudillos tocados de veleidades! Ahora entra por la puerta principal el equipo de los conservadores: los estrategas de la

regeneración, las "fuertes columnas del nuevo edificio", llevando por divisas el nombre del "Partido Nacional" que adopta la camarilla de los Holguín, Ospina Camacho, Núñez, Román, Caro y el Arzobispo Paúl. Y, por el mismo año del espaldarazo a Payán y el regreso a la mordaza de la prensa, a los calabozos y al destierro, el achacoso Monarca regresa al calor de Cartagena, dejando esta vez "su silla" a don Carlos Holguín, quien la retiene hasta 1892 cuando la pasa al señor Caro. Y como Núñez muere en 1894, Caro sigue de Monarca hasta 1898...

La división conservadora y las ilusiones de los liberales - La Convención Liberal de 1892 y su posición política dúplex.

A la muerte de Núñez, cuando ya el conservatismo tiene todo el poder, se define y crece una enconada división entre los marcos directivos del "partido de gobierno", que llena de tempranas ilusiones al liberalismo. Los Holguín, Ospina Camacho, Caro y sus afines ministeriales, se afianzan la divisa "nacionalista" porque, según ellos, el país debe tener el super-partido de los "dueños de casa", en el cual puedan colaborar todos los "hombres de buena voluntad", como dijera el padre regenerador, y que realmente tenga, por el momento, el fin de aprovechar y en cierto modo asegurar los equipos del primer período del nuñismo: militares, literatos y burócratas de origen liberal todavía no bien fundidos en el crisol de los dogmas políticos y religiosos de la dictadura. Los personajes conservadores disconformes, que operan fuera de la

camarilla oficial, hacen corriente, determinan sus propias jerarquías, edifican sus comandos y, bajo las banderas del tradicionalismo, se llaman "históricos". En las modalidades transitorias del dominio de clase, en los métodos y posiblemente en la extensión dimensional de sus teorías de gobierno estos "históricos" podrían tener divergencias con los "nacionalistas". Pero la base interior de la división reside únicamente en la lucha de competencia por el mando, en las rivalidades de intereses también existentes en las propias oligarquías latifundistas.

Objetivamente, los "históricos" aparecen en un terreno intermedio de oposición, lo que acerca en la división del momento su línea hacia el liberalismo. Este hecho, naturalmente importante, pone en las manos de los jefes liberales una carta que adquiere categoría estratégica en la medida que la división conservadora aumenta. Para muchos jefes liberales, la muerte de Núñez tenía que implicar la quiebra de la empresa regeneradora, porque hay liberales subjetivistas también dogmáticos que atribuyen la concepción, gestación, desarrollo y dominio de la política regresiva del nuñismo, solo al "genio", a las pasiones personales del señor Núñez y no a los intereses de la clase feudal que su camarilla aristocrática representa. Para tales liberales la muerte del padre regenerador produciría "un cambio". Y, exagerando el contenido y la propia velocidad de los acontecimientos, los jefes liberales más fogosos se adelantan a la realidad e inclusive creen que los conservadores "históricos" están en plena evolución o son ya "un grupo liberal", como lo juzga siete décadas después el escritor Nieto Arteta.

Es evidente que las divisiones internas de los partidos liberal y conservador adquieren, en Colombia, extraordinaria violencia y que muchas veces han sido el factor que les hace perder el mando. Pero antes que la división conservadora —localizada todavía en lo alto de sus dirigentes—, es preciso examinar la situación real del país, a la muerte de Núñez. El doctor Santiago Pérez escribe en 1893: "...en cuarto a derechos políticos y a libertades públicas, la situación de Colombia es inferior en mucho a la que tenía, como colonia, antes de 1810". Esta estimación del ex Presidente Pérez es exacta. Sería el caso de esbozar siquiera los principales aspectos, sobre cuyo análisis se apoya el estadista liberal: la reconstrucción del dominio feudal como gobierno autoritario no obstante su disfraz de leyes; la reconstrucción del poderío de la Iglesia con las prerrogativas de la Colonia; la reconstrucción de las oligarquías señoriales. Sin embargo, no podemos detenernos en tal examen, y solo diseñamos los factores que operan en el momento:

1. La regeneración no se ha estabilizado como algunos de sus exégetas lo afirman, y como prueba está el hecho de frecuentes rebeliones en diferentes regiones, inclusive de comarcas que viven en razón de la lucha armada en los antiguos Estados del norte. Esta situación se desenvuelve sobre un plano de miseria popular en aumento de mayor opresión y explotación de las masas trabajadoras. El papel moneda ha envilecido mucho más el trabajo nacional, con lo cual se enriquecen también más los terratenientes y grandes hacendados, los exportadores e importadores de mercancías y las camarillas de turno en el Gobierno. La moneda de papel cae a tan mísero nivel que, tiempo después cuando se la revierte al patrón de oro,

queda reducida al uno por ciento. (Y todavía existen rincones de provincia en donde los campesinos, al referirse —digamos— a una finca de valor de tres mil pesos, dicen que vale tres millones. ¡Y algunos más enterados subrayan: *tres mil pesos oro!*)

2. En la población liberal y sus caudillos hay odio acumulado, rencor, que palpita en llamas de venganza contra la dictadura, sumándose a este factor del potencial humano el contenido revolucionario que ahora tiene la acción popular. Porque si Colombia ha regresado a condiciones semejantes o peores a las que tenía antes de 1810, es lógico que las luchas de las masas y sus caudillos sobrepasen los planos de la resistencia, restauración o empalme de un régimen con otro. Con razón, los liberales de acción se llaman ahora revolucionarios, con lo cual no solo expresan su posición ante las fuerzas regresivas conservadoras, sino también su diferencia con la corriente llamada liberal civilista, apaciguadora y complaciente.

En 1892 se había reunido una Convención Liberal que aprueba preparar el partido para la guerra. Pero al mismo tiempo aclama para jefe único de la colectividad al doctor Santiago Pérez, pacifista a ultranza, cuyo solo nombre anula toda idea revolucionaria que se quiera cristalizar en realidad. Pero tal es la política de dos caras en los comandos del liberalismo: una para contestar a la voluntad del pueblo y otra para dejar a los teorizantes civilistas tejiendo la malla de sus fantasías. La mencionada Convención decide publicar un Manifiesto, y lo escribe y publica el doctor Pérez en su periódico *El Relator* (febrero de 1893), en el cual se sostiene la tesis de los apaciguadores pero al mismo tiempo se deslizan frases de valor calculado para los revolucionarios.

Veamos el doble juego:

“La protesta justa, sostenida y pacífica constituye el heroísmo sin violencia y sin sangre, que está al alcance de todo hombre de corazón y de todo pueblo por desarmado que se halle...” Y, la otra cara: “...una prolongada y muda inacción de los ciudadanos bajo un poder que los reduce a la simple condición de contribuyentes, acaba por volverlos incapaces de sustraerse a esa condición...”. En dicho Manifiesto se rechaza la guerra civil “aunque pudiera ser de éxito seguro o de corta duración”. Esta es, realmente, la tesis pro-conservadora de los liberales civilistas. Pero dicha en este momento, poco después de una Convención Nacional que aprueba la guerra, queda de valor entendido: para despistar la dictadura, para jugarle a la censura de prensa, para la coartada... Con todo, el ex Presidente Pérez es expatriado en octubre de 1893.

La guerra civil de 1895 - Los caudillos revolucionarios también se hacen ilusiones - De Cúcuta a Enciso - Los liberales la pierden pero la dictadura se acompleja de miedo.

El General Santos Acosta, caudillo fulgurante en 1876, enredado en las tesis apaciguadoras de los civilistas en 1885, pretende salirse ahora de primer jefe al campo de la guerra revolucionaria. Aunque “no ve” las armas ni los medios de adquirirlas, a pesar de ofertas de vendedores extranjeros que los dirigentes tienen en su poder, entre ellas la de 15.000 fusiles y otros elementos que Modesto Garcés ha gestionado,

con la natural oposición del ex Presidente Pérez. De todos modos, el General Acosta aparece en los preliminares del 95, lo que, sin mucho razonamiento, entusiasma a las masas liberales en estos casos animadas por delegados conservadores o mensajes clandestinos que llenan de alegres misterios y doradas profesías su confiada mentalidad. Pero el General echa pie atrás, cuando menos se piensa, y vuelve a las redes civilistas, lo que tampoco obsta para que los pretores le pongan el guante y lo encarcelen en asociación de otras personalidades comprometidas en el plan de insurrección, entre ellas el General Benjamín Herrera. Esta defección y luego el arresto de Acosta y otros jefes, es ya un golpe contra el ánimo y las actividades pre-guerreras.

Sin embargo, en enero de 1895 la rebelión estalla. El 22 se pronuncia la gente de Cúcuta, con éxito; en seguida se le suma una guerrilla de Bochalema a órdenes del General Rafael Leal, y el 5 de febrero chocan los revolucionarios con las fuerzas dictatoriales del General Vicente Villamizar, a quien vence limpiamente en el combate del lugar de Bagadal. El General Vargas Santos, Jefe Supremo de la revolución en Santander, y su primer ayudante Coronel Soler Martínez, con armas y voluntarios inclusive importados de Venezuela, se apoderan del ferrocarril fronterizo y presionan hacia el interior del país. Las guerrillas que mandan los Generales Francisco Gómez Pinzón y Enrique Valderrama se reúnen en la población santandereana de Oiba y establecen dominio en la región.

Los liberales del Tolima se alzan en armas bajo el comando del prestigioso General Rafael Camacho; en Cundinamarca bajo el auténtico guerrillero del

Estado llano General Siervo Sarmiento y el impetuoso General Uribe Uribe; en Boyacá bajo un núcleo de jefes meritorios que encabeza el General Pedro María Pinzón. La dictadura *sabiendo* que la revolución no tiene todavía elementos para operar en la banda sur-occidental y en la Costa, procede rápidamente a debelarla. Pone en movimiento toda su maquinaria bélica y al frente de ella a sus mejores espadones: Manuel Casabianca, Próspero Pinzón, Juan N. Matéus y ... hasta Reyes, el General Cocobolo.

Realmente, esta rebelión no podía ser sino un ensayo, una prueba de decisión para muchos vacilantes, y por consiguiente un jalón hacia una guerra revolucionaria que abarcara a todo el país; quizás; ¡quizás un prólogo ya de esa guerra! Además, sobre el aspecto general de aventura que ofrece, pone a prueba la actitud engañosa de los conservadores "históricos" que habían logrado influenciar a personajes liberales con ofertas de apoyo a la rebelión, seguramene con la idea de aprovechar el "río revuelto" y llevar —sobre la sangre de los liberales— su camarilla al poder. Sobra decir que los presuntos pescadores se quedan en sus casas en espera de los acontecimientos...

A pesar de triunfos iniciales, la revolución se desarma como una máquina y sus piezas vuelven a los sitios anteriores. En Santander adquiere cierta resistencia por la extraordinaria afluencia de las masas que rodean y presionan a sus caudillos, pero que éstos no saben tratar. Porque la cantidad y calidad de absurdos militares cometidos por los jefes es algo casi inconcebible. Veamos una brevísima síntesis para que no se quede en abstracto nuestro juicio. Lógicamente, los espadones de la dictadura le dan su mayor atención a la histórica ruta libertadora del norte. El preto-

riano General José Santos había tomado posesión del "gobierno" de Santander, el 9 de marzo de 1893, para debelar los levantamientos entonces inconexos; y pese a que no puede lograrlo, el 23 de enero de 1895, reforzado con muchos soldados de línea y jefes azules de postín, declara en guerra el antiguo Estado.

El 12 de febrero, en el lugar de Pan de Azúcar, la revolución sufre un gran revés en combate que le gana el jefe conservador General Próspero Pinzón y, en el cual, además de numerosos voluntarios muertos, heridos y prisioneros, muere también el General Valderrama y queda prisionero Francisco Gómez Pinzón. El 14, trata Soler Martínez de ocupar el Rosario pero fracasa; sin embargo, al día siguiente vuelve a la carga y gana el objetivo. Por estos días reciben los liberales de Santander contingentes voluntarios de refuerzo procedentes de Boyacá, y toma el mando en el frente de operaciones el General José María Ruiz.

Con un ejército de 2.500 combatientes, oficiales y jefes, Ruiz se repliega sobre la provincia de García Rovira. Reyes —Cocobolo— se le pone a la pista. Por la ciudad de Málaga, Ruiz lleva dos horas de ventaja a Reyes, sin saberlo ni ocuparse de ello porque a la sazón juzga que las fuerzas del enemigo han de estar a dos jornadas... ¡Qué falta le hace a Ruiz tener información aquí, puesto que Reyes, militar de corriente, estrategia de vela de viento, llega a dicha ciudad con su gente agotada por las duras jornadas, y teniendo el parque y la retaguardia a varias leguas atrás! Si Ruiz contramarcha sobre la plaza y la copa, aísla la retaguardia azul, liquida a Reyes, se apodera del parque y vuelve su gente camino de Bucaramanga, es claro, por lo menos, que se convierte en un auténtico militar. Pero Ruiz, médico distinguido —precisa-

mente de esa región— no se muestra como ningún experto en la ciencia de la guerra. Y sigue ignorándolo todo, en dirección al poblado de Enciso, marcha que le hostigan ahora bandas enemigas, retardándole lo suficiente para que las fuerzas de Reyes lo alcancen...

En realidad las bandas conservadoras que hostigan al General Ruiz no son otra cosa que grupos móviles de una división regular al mando del General Gabino Hernández y que luego de los asaltos del camino se suman a la batalla de Enciso. El General Ruiz que ocupa esta plaza en la noche del 14 de marzo, sin saber ni pensar siquiera en las fuerzas de Reyes, hace alto en ella; dispone parte de su gente para el caso de que las bandas azules asaltasen el poblado; parte envía con el valiente Coronel Soler Martínez a Capitanejo (población situada a poco más de cinco leguas) para, con parte reducida, continuar la marcha. Sin embargo, las primeras luces del día siguiente, 15 de marzo de 1895, asaltan realmente el poblado, pero no solo las bandas de Gabino Hernández sino también los batallones *Rifles, Neira, Antioquia, y Briceño* comandados por Mario Guzmán, Carlos Franco, Pedro J. Berrio y Enrique Hoyos, y las divisiones de Mariano Tobar, Lucas Gallo, Vicente Villamizar, José Santos, Ricardo Lesmes, Juan B. Carreño y Aurelio Mutis: es decir, la maquinaria deseada de la dictadura, “manejada” por el General Reyes y su poeta ayudante Coronel Ismael Enrique Arciniegas.

A pesar de la enorme desigualdad de fuerzas, los liberales resisten y hacen destrozos. Soler Martínez, avisado oportunamente, contramarcha y entra en acción. Por un momento Reyes cree perder la batalla, y es cuando le grita desesperadamente al Coronel Berrio: “¡Haga entrar otra vez esa tropa o rompa la

estada!" Y sube el calor de la contienda. A las dos de la tarde llega el General revolucionario Campo Elías Gutiérrez con 600 combatientes que bien podrían decidir el duelo a favor del liberalismo... ¡Pero, oh sorpresa! Por una absurda confusión de insignias, Gutiérrez toma por enemigo el más vigoroso frente liberal, se trenza con él y se destrozan en beneficio de los conservadores. He aquí la batalla de Enciso que nueve años después lleva a la Presidencia de la República a su "egregio vencedor" General Rafael Reyes, y convierte en figura nacional por cincuenta años a Pedro J. Berrío...

No es necesario pasar revista a otros combates "célebres" ganados por los espadones de la dictadura: en Capitanejo, La Tribuna, El Papayo. Bástenos decir que dura menos de tres meses este ensayo de guerra civil revolucionaria, que termina en la paz negociada de Chumbamuy, siendo vocero del liberalismo el doctor Nemesio Camacho, oficial distinguido de los Generales Sarmiento y Uribe. No conocemos —caso que existan— datos ciertos sobre las pérdidas en vidas que haya costado. Sin embargo, una serie de hechos demuestra que la rebelión parcial de 1895 no fue inútil: 1. La dictadura no trata esta vez al estilo romano a los rebeldes, debido a su debilidad política resultante de la crisis económica y de la propia división del partido conservador; 2. La dictadura afloja, por miedo, un poco sus prácticas de persecución a los jefes liberales, y en lugar de violentas retaliaciones trata de crear un clima demagógico electoral; 3. Pese a la casi completa denegación de garantías de elección a los liberales, se tolera que un solo parlamentario denuncie el carácter y naturaleza de camarilla oligárquica de la dictadura y sus abusos, y clame por el

“sagrado derecho de insurrección”. (Esta tolerancia no es bondad y menos democracia, sino interés de los bandos conservadores —cada uno para sus fines— en las fuerzas liberales, cuya vocería tiene el intrépido parlamentario General Rafael Uribe Uribe).

La farsa electoral de 1896 - La Convención del 97 - “Históricos” y “nacionalistas” quieren servirse del liberalismo - Civilistas y revolucionarios en lucha interna...

En 1896 se crea el Directorio Nacional Liberal con los doctores Aquileo Parra, Nicolás Esguerra, Luis A. Robles, Camacho Roldán y el General Camargo, estampa ésta del pasado sin sentido del presente ni deseo de ver hacia el porvenir: pero está en la suprema dirección porque los liberales no estiman a los hombres al través de las épocas y condiciones en que actúan, sino con la medida fija de su cenit: como mitos entronizados el día de su mayor gloria, en la hora de más luz que para el caso del General Camargo no sería La Humareda sino Garrapata. Claro que no hacemos el examen de los doctores Parra, Esguerra, Robles y Camacho Roldán, figuras eminentes pero casi fuera de lugar. Esta es, exactamente, una directiva sin masas, que desde luego no las quiere ni le hacen falta, porque los civilistas apaciguadores entienden por “su política” tejer los finos hilos de los acercamientos, compromisos y conveniencia por arriba. Y, para esta “política” no es necesario tener masas: ¡por cierto que estorban! Claro que la política de la Dirección consiste ahora en moverse hacia los

conservadores "históricos"... o hacia los "nacionalistas". ¡Pero con mucho genio! Porque, a lo mejor, el liberalismo no regresa al poder por "evolución" ni por "revolución" sino por "invitación", como decía el guasón citado por Rodríguez Piñeres.

Aceptando el Directorio Nacional —de modo apenas formal—, los caudillos liberales vinculados al pueblo siguen propagando y en algunos aspectos preparando la guerra. Claro que se guardan las apariencias, y en tal sentido se funda el periódico *El Republicano* bajo la dirección del doctor Diego Mendoza, radical pacifista, del General Rafael Uribe, liberal revolucionario, y del literato Carlos Arturo Torres, especie de puente de tránsito entre las fronteras de los partidos. En este periódico se agitan las elecciones de 1896 que son una grande ilusión para los jefes civilistas y, quizás, una modalidad táctica para algunos revolucionarios. Como es obvio, las elecciones resultan una sucia farsa. El departamento de Antioquia, de tan macizo volumen conservador, es el único que, por elegante cortesía, escruta dos representantes liberales: el doctor Santiago Pérez y al General Rafael Uribe Uribe.

El Directorio Nacional teme que la presencia del fogoso General en la Cámara comprometa o estorbe su "fina y elevada" política y, para impedirse la, acude al más fácil pero no más acertado expediente, de "protestar por los atropellos electorales", con la no asistencia de sus dos representantes. Desde luego, los atropellos habían sido inauditos. En Bogotá, sede liberal, los electorales de este partido se retiran de las urnas por falta de garantías; y un jefe de policía contesta a los liberales que le reclaman: "¡Vayan a buscarlas al campamento!" Pasada la farsa electoral, *El Republicano* publica la protesta formal contra los

abusos, con siete columnas de firmas no solo de liberales sino también de conservadores "históricos", víctimas de la violencia oficial. Naturalmente, el periódico es suspendido por "calumnioso e incendiario", según lo afirma Rodríguez Piñeres. Sin embargo, el General Uribe asiste a la Cámara y desde ahí gana su mayor prestigio político, no gestionando con voz en sordina una "reforma electoral" y poniéndole pedaños a una posible convivencia de clubs, salones, empleos y grandes negocios, sino atacando de frente la dictadura, estimulando al pueblo para la acción revolucionaria, enarbolando la bandera de solidaridad colombiana con la nación cubana, en lucha a la sazón por su independencia de la España imperial...

El parlamento liberal sobrepasa rápidamente el círculo estrecho de la Dirección Nacional, y se campea ahora —vanidoso es verdad— como primera figura de la rebeldía popular. Uribe desafía en plena Cámara el poder de la dictadura con el dilema: "¡Reformas o guerra!" Y como no hay reformas, el pueblo liberal entiende que habrá guerra. Y las masas presionan. Los artesanos, los obreros y en general las gentes más radicalizadas, soplan las cenizas de las antiguas Sociedades Democráticas, y, si bien en pequeños grupos, ocultos a veces y en forma ocasional, reúnen chispas de fervor que iluminan una nueva esperanza. La Dirección Nacional no quiere quedarse atrás y, ante la ola revolucionaria en ascenso, empieza a "preparar la guerra": Hace del General Foción Soto su tesorero especial en Inglaterra para que compre armas; envía a Centroamérica al doctor Luis A. Robles para que haga conexiones y adquiera también elementos bélicos...

Por el año de 1897 la situación de los "nacionalistas", dueños del poder, se les hace en extremo tirante. El bando de los "históricos" aumenta en calidad y cantidad. Los primates del conservatismo en Antioquia rompen con el señor Caro y su camarilla, teniendo a la cabeza al General Marceliano Vélez, Pedro Nel y Tulio Ospina. En Cundinamarca se pasan al campo de los "históricos" personajes de comando como Jorge Rosa, Eduardo Posada, Carlos Martínez Silva, Quintero Calderón, José Vicente Concha, Miguel Abadía Méndez y el propio General Próspero Pinzón. En todo el país crece la corriente "histórica" con gentes desprendidas de la camarilla oficial, para llamarse "velistas" unos y "reyistas" otros, porque lo que hay como combustible en este desplazamiento de jefes conservadores y sus respectivas caudas, es el hecho de que a la vista tienen un debate de grupos para decidir quién ha de suceder al señor Caro. Desde luego, se crea una coyuntura favorable a la política liberal que puede desarrollarse a la sombra de la división conservadora. El Directorio Nacional del liberalismo convoca y reúne aceleradamente la Convención del partido para estimar la situación y decidir su posición. En estos momentos el liberalismo es "bien mirado" por las dos corrientes del conservatismo en lucha de competencia por el poder. Porque cada una de ellas quiere tenerlo de su lado, como maza de piedra en actitud de agresión. Los "históricos" ven a los liberales como escalera; los "nacionalistas" como puntal. Y la coyuntura se hace en tal dimensión, que la Convención Liberal

de 1897 reúne lujosas delegaciones de todo el país, "gozando de plenas garantías". Leamos lo que escribe, a este respecto, el doctor Rodríguez Piñeres:

Si la convención de 1892 se reunió casi clandestinamente en la época más pavorosa de la Regeneración, la de 1897 lo hizo ostensiblemente, y hasta participó al Ministro de Gobierno su instalación; por lo cual éste, con la firma de Antonio Roldán —nuñista de origen liberal—, le ofreció toda clase de garantías...

La composición de la Convención, en razón de las corrientes directivas del liberalismo, es de mayoría civilista, aunque algunos delegados de esta divisa vacilan con frecuencia ante la situación. Y resulta que los liberales, menos lejos en estos momentos de los "históricos", se inclinan, sin embargo, hacia la corriente reinante del casi teólogo señor Caro, al punto de que éste llama al Presidente de la Convención, General Sergio Camargo, para tratar con él de una tentadora maniobra contra los hermanos azules. Es decir, de una combinación electoral en la cual figurase un candidato presidencial "nacionalista" y otro liberal para la Vicepresidencia que podría ser el propio General Camargo. ¡El señor Caro, fanático de santos odios como los inquisidores, mira a los jefes de los "históricos" como a desertores indignos, y no está dispuesto a darles cuartel!

La elaborada maniobra se trata secretamente en la convención y pese a que algunos eximios jefes desean aceptarla en principio y luego abrir el compás de la estrategia para discutirla, se rechaza en mayoría, con diferentes actitudes pero igual finalidad: "Aceptar a Caro es ponerle visto bueno a la Regeneración", dicen unos. "Al régimen no se le puede tratar sino a bala", dicen otros. Pese a este rechazo, la Convención no

define la posición política del partido como la situación lo exige, repudiando a Caró y su camarilla para afianzar su prestigio en las masas del liberalismo y empujar con ellas a los "históricos" al choque con la maquinaria oficial, hasta apoyarles sus candidatos a la Presidencia, sin crearse ilusiones en la recompensa. Esta actitud, sobre la perspectiva de que los "nacionalistas" llevasen su santa ira hasta burlar la elección, es política y, llegado el caso, también militarmente favorable al partido liberal, porque más honda estaría la división conservadora y por consiguiente más corto el camino del poder.

Pero la Convención, controlada en sus decisiones de fondo por los civilistas que no necesitan masas, dejan el inmenso problema estratégico de la coyuntura en poder del director del partido elegido por aclamación, doctor Aquileo Parra. ¿Por qué decide la Convención elegir jefe único del partido, en este momento, y no directiva? Sencillamente, por impedirles la entrada a ella de caudillos de masas, de liberales revolucionarios. Un civilista como Parra podía seguir la política de dos caras. Y es así como recibe facultades plenas, de un lado, para tratar con los jefes de las corrientes conservadoras y hacer "compromisos políticos sobre la base de concesiones mutuas y honrosas", y de otro —muy secretamente para "hacer la guerra". Desde luego es dudoso que Parra —y Robles y Esguerra que después lo asesoran— hagan uso de la segunda facultad, la cual debe entenderse, teóricamente, "para el caso de que no se realicen los compromisos", y prácticamente como entretención a los liberales revolucionarios...

El balance político de la Convención está lejos de ser favorable al liberalismo; de una parte porque ha

desvalorizado sus papeles con Caro y su camarilla a falta de una decisión "pro-nacionalista", y de otra porque se ha hecho al recelo de los "históricos" por sus "buenas relaciones" con la dictadura; es decir, con los restos del mismo. Para los liberales revolucionarios, la Convención ha evidenciado, una vez más, que los civilistas a ultranza del partido, son pacifistas no solo por su condición de idealistas metafísicos; sino —y principalmente— porque son los exponentes de la clase de la burguesía mercantil y los sectores de terratenientes que no viven ya únicamente en razón de la renta feudal y los privilegios del señorío, sino que también tienen nexos con el mercado, el capital usurario y zonas amplias de la inteligencia demoliberal. Desde el punto de vista de clase, los intereses y las aspiraciones que representan los civilistas no pueden llevarse, por su voluntad y decisión, a la guerra sino a los "compromisos políticos sobre la base de concesiones mutuas y honrosas". El camino de las masas populares y de los caudillos que las conducen, así sea transitoriamente, no es, entonces, el camino de los civilistas. Por lo tanto, los liberales revolucionarios siguen pensando en la guerra.

Y mientras pasa el tiempo, los comandos "históricos" y "nacionalistas", pendientes completamente de la sucesión presidencial, hacen intentos de unidad que les fracasan. Y, luego de maniobras de toda ley, la camarilla del señor Caro acoge, por su cuenta, las candidaturas de los doctores Manuel A. Sanclemente y José Manuel Marroquín, para Presidente y Vicepresidente, respectivamente. En esta postulación de candidatos desean ser hábiles los últimos exponentes del nuñismo; Sanclemente, "nacionalista" de confianza, mantendría la bandera de la cofradía y detrás de

ella seguiría oficiando el señor Caro. Marroquín, sin desprenderse del cuajo "nacionalista" completamente, hace de "histórico" y por consiguiente frena la insurgencia azul, dejando en salmuera al General Reyes para que lo haga Designado Presidencial el Congreso, como en efecto lo hace.

Roto, en los hechos, todo posible entronque conservador, los "históricos" llegan al día de la elección sin haber definido políticamente su actitud, situación que les conduce a rodear a Marroquín que no era su candidato—, a fin de comprometerlo en sus planes para el futuro inmediato, contra Caro y su camarilla...

El gramático latinista y casi teólogo inquisidor señor Caro, se convierte en la obsesión de los "históricos" y en punto de mira de los liberales civilistas. Porque, cerrado el camino de los "compromisos", Parra y sus asesores deciden llevar "su partido" al debate presidencial con candidato propio. Y se postula, primero, al ex Presidente Santiago Pérez y al periodista Fidel Cano, tratando así de abarcar la derecha y centro-izquierda liberal. Pero el jefe único y sus asesores desechan al ex Presidente Pérez porque su exaltación a la candidatura hiere al señor Caro que ha sido su perseguidor. Y desechan también al bizarro periodista porque su nombre hiere a la Iglesia Católica que lo tiene excomulgado. Por fin se acogen los nombres del civilista a ultranza doctor Miguel Samper y del radical-revolucionario General Foción Soto, hombre a la sazón de confianza del jefe único. El doctor Samper declara: "Por lo que a mí toca, me considero como prenda de paz política y religiosa que da el partido

liberal a la nación y a la Iglesia Católica, prenda que no se da ya tan solo como prenda sino como solemne acto”.

Sobra decir que la máquina electoral de la dictadura lo aplana todo, y pese a las maniobras parlamentarias y al mismo conato de complot de los “históricos”, para impedirlo, el señor Sanclemente se posesiona de su empleo el 3 de noviembre de 1898. Entre tanto, sigue subiendo la temperatura de los ánimos liberales insurgentes. ¿Pero, qué hacer con el eximio jefe único y sus no menos eximios asesores? ¡He aquí que los conspiradores contra la tiranía feudal imperante, se ven obligados a conspirar también contra la dirección liberal civilista!

* * *

El centro de la política directorista liberal consiste en frenar las fuerzas populares inconformes, en atajar a sus caudillos. Sin embargo, la dirección civilista, no es tan homogénea, y lo será menos a medida que se amplíe. Algunos de sus miembros, y sobre todo de sus agentes en las regiones, no solo admiten el camino de la guerra sino que desean servirlo; pero creen que la dirección debe hacerlo todo, y que no aceptarla y obedecerla en “todo” significaría deslealtad, indisciplina. De esta posición, inobjetable en principio, correctísima teóricamente, participan el doctor Robles y el General Soto, ambos en el extranjero, a la sazón, con encargo de conseguir elementos para la guerra.

El General Uribe y sus amigos obran por su cuenta, aunque sin romper con la directiva civilista. Y es así como el propio Uribe, por intermedio del doctor Esguerra, obtiene credencial del señor Parra para viajar

también al extranjero, adquirir "sus contactos" y, de paso, verificar las ofertas de armas y pertrechos que se habían hecho, al través de Robles, en el Ecuador y Centroamérica. Uribe y sus amigos no se callan el concepto político que tienen de los jefes civilistas que deciden las cuestiones de fondo en la dirección: ni en las reuniones secretas con los partidarios de la guerra, ni en su correspondencia. Esto, razonablemente, agudiza la lucha interna de los comandos y dirigentes liberales. Sin embargo, estas divergencias por arriba no afectan hondamente la unidad de las masas populares del liberalismo que siguen del lado de los caudillos rebeldes.

En 1898, al regresar el General Uribe al país, forma con sus amigos una línea de oposición activa y sistemática al directorio civilista, en la cuestión insurreccional. No en la actividad parlamentaria que al fin ha trazado con los "históricos" sobre la base de reformas, seguramente como fin para los jefes pacifistas y como medio para los revolucionarios. Este frente parlamentario (con un voto liberal solamente pero con gran respaldo popular) forma parte del plan de los "históricos", en su ofensiva contra el señor Caro y su cauda, naturalmente adornado con una plataforma de sentidas reformas, que se resume: 1. Armar a toda costa y por cualquier medio una beligerante mayoría en la Cámara de Representantes, tarea que se realiza con estupendo juego de maniobras y zancadillas de todas las marcas; 2. Sobre la base de la mayoría en la Cámara y de presión hacia el Senado que preside Marroquín, abogar por reformas tan importantes como la abolición del impuesto de exportación al café; protección a pequeñas industrias amenazadas por los propios monopolios oficiales; amplia-

ción del régimen de indulto por causas políticas establecido en 1895; libertad de prensa; nuevo censo de población (cuestión a la sazón de importancia especial partidista, porque las regiones liberales que habían progresado, seguían rigiéndose por antiguas cifras censales que reducían su representación); 3. Reforma electoral...

Pero el parlamento de 1898 clausura sus sesiones sin expedir la reforma electoral, que, con la ley sobre libertad de prensa, podría, si no impedir por lo menos aplazar la guerra. Porque los jefes ilustres del liberalismo —literatos, profesionales y en general gente forjada en maniobras electorales y cacería de negocios oficiales y buenos empleos, sin excluir aquí a los fogosos líderes de izquierda— les basta con poder usar una burguesa ley de prensa y otra electoral, para considerarse felices, y medir por su felicidad la “felicidad del pueblo” En su historia, *La revolución de 1899*, capítulo séptimo, el doctor Rodríguez Piñeres, escribe: “La disolución del Congreso sin haber expedido la ley de elecciones, que con tanto ahínco solicitaba la opinión pública, dio bandera al “belicismo para formar ambiente desfavorable a la Dirección Liberal, a quien se culpaba de abulia, o por lo menos de indolente”.

Realmente, la bandera de oposición a la Dirección Liberal civilista estaba en manos de los partidarios de la guerra desde tiempo anterior al “frente parlamentario”. Pero la disolución de la legislatura sin expedir la tan ilusoria ley, deja sin piso la política de los dirigentes apaciguadores, e inclusive quiebra el arco total de las ilusiones a muchos reformistas y revolucionarios que, libres de lastre, pueden ahora seguir la línea insurreccional, eliminando o al menos modi-

ficando el comando del señor Parra y sus amigos. Y se funda, el 20 de septiembre de 1898, *El Autonomista*, periódico que ha de servir la vocería de los dirigentes revolucionarios.

El año de 1899 encuentra a los "históricos" quebrantados porque figuras destacadas de sus comandos han entrado al redil "nacionalista" y ocupan destacadas posiciones: ¡Rafael Reyes, Jorge Holguín, Carlos Calderón, Carlos Cuervo Márquez de ministros! En apariencia, la unión conservadora se ha hecho por donde podría hacerse: por arriba, en la cumbre del poder. Y parece que los eximios jefes liberales civilistas ven que "todo se ha consumado", cuando en realidad apenas se corría el telón de un acto. Pero el hecho es que Parra renuncia su jefatura ante su Consejo Consultivo, y que, poco después, un magnífico entendimiento con la dictadura le ayuda a escoger a los doctores Nicolás Esguerra y Carlos Arturo Torres para que le sirvan en Francia de agentes ante la compañía constructora del Canal de Panamá. Estos hechos aparecen a los ojos del pueblo liberal como viraje de los jefes civilistas hacia el regazo oficial, disfrazando inclusive sus actos como lo hace Esguerra en una seguramente hábil pero en rigor sofisticada declaración, según la cual se puede ser agente de la nación sin serlo del régimen que la domina y de quien se recibe mandato: sofisma, en fin, que consiste en hablar de la patria en abstracto para beneficio concreto de quienes la escarnecen.

Se crea un Directorio Providencial que trata de conciliar las divergencias de los jefes liberales. Luego se decide elegir un jefe único pero en plebiscito de los directorios regionales. Se candidatiza para el puesto al General Camargo, pero rehusa, se postula, en-

tonces, al General Siervo Sarmiento, pero los civilistas no lo aceptan porque les parece demasiado belicista. Por último se acoge el nombre del General Gabriel Vargas Santos, viejo luchador retirado hacía muchos años a su región de Casanare... ¿Por qué sacar esta reliquia de su santuario? Sencillamente porque Vargas Santos es partidario de la insurrección armada, pero al mismo tiempo de los "compromisos", posición correcta en principio, necesaria en política cuando se la orienta hacia una finalidad fundamental única. Pero inconsecuente cuando se marcha sobre dos líneas divergentes que pueden inclusive chocar, restarse fuerza y aniquilarse, como sucede al liberalismo y al propio General en el dramático proceso de la guerra de 1899. Desde luego, la elección de Vargas Santos, hecha en octubre, encuentra una situación creada que no puede modificar y que, por el contrario, lo arrastra. Porque desde el 12 de febrero, reunidos en Bucaramanga los jefes organizadores de levantamiento, han tomado ya decisiones sobre las cuales marcha el esfuerzo del partido como río que no se puede regresar.

Las decisiones de Bucaramanga - El programa político de la guerra - Se precipita la acción. Los "históricos" engañan al liberalismo.

Lo esencial de las decisiones de Bucaramanga:

Los suscritos liberales, convencidos de que el restablecimiento de la república no se obtendrá sino por medio de la guerra, prometemos solemnemente levantarnos en armas contra el gobierno actual, y en la fecha exacta que fije el director del partido en Santander, y obedeciendo las instrucciones precisas que dicho director nos comunique.

El director, a su turno, se compromete a no dar la orden de alzamiento sin tener en su poder los documentos comprobantes de que un número suficiente, por su cuantía y responsabilidad, de jefes liberales, secundará el movimiento en la mayor parte de la república; contando también con que pondrá en juego todos los elementos que permitan los recursos de que dispone la dirección del partido en Santander. En este compromiso empeñamos el honor militar y personal de cada uno de los firmantes.

(Que son numerosos, y entre los cuales figuran prestigios como Rafael Uribe, Zenón Figueredo, Ramón Neira, Justo L. Durán, Eduardo Pradilla Fraser, Paulo E. Villar, Rogerio López, Marco A. Wilches, Francisco Gómez Pinzón, Ignacio V. Espinosa, Rodolfo Rueda, J. M. Phillips y José María Ruiz):

Después del Pacto de Bucaramanga y de la supercentralización de la suprema dirección insurreccional en el doctor y General Paulo E. Villar, director del partido en Santander, las masas trabajadoras, estudiantes y zonas radicalizadas de capas sociales intermedias, inclusive peones y campesinos en aldeas y veredas, presionan a los jefes liberales directamente o al través de sus comisionados para que se lancen a la guerra. Así, por ejemplo, a su arribo a Bogotá, a mediados de 1899, el General José María Ruiz, se le hace un recibimiento de multitudes. Se pronuncian discursos abiertamente subversivos en la estación del ferrocarril, y luego se le pasea por las calles de la ciudad capital en imponente manifestación, como se había hecho en 1884 con el General Foción Soto.

Corridos algunos días de la permanencia en Bogotá del General Ruiz, y estando el orden público turbado en Santander y Cundinamarca, en razón de las actividades del caudillo venezolano Cipriano Castro que juzgada el "gobierno" de Bogotá conectadas con

la rebelión en Colombia —son arrestados Uribe, Figueredo, Soler Martínez, Roberto Suárez y el propio General Ruiz. Redada ésta que provoca “manifestaciones tales, que por las calles principales iban los detenidos en actitud de jefes vencedores, entre vítores a ellos y abajos al Gobierno. Los presos quedaban libres a los pocos días, y se dejaba conspirar en las calles. Todo esto puso al Gobierno en ridículo y animó a los guapos...” Escribe el civilista apaciguador Rodríguez Piñérez, no sin quejarse de que se hicieran detenciones de tal categoría en las calles, a pleno día, en vez de hacerlas en los domicilios y a la sombra de la noche como en los tiempos de Núñez.

¿No es esta guerra de 1899 eminentemente popular y revolucionaria? ¿No existe, acaso, una situación clásicamente revolucionaria, en su época? ¿Qué hay, realmente, en contra de la perspectiva de triunfo? Solo un factor y desgraciadamente inmodificable para los insurgentes: los civilistas apaciguadores que desorientan a zonas importantes del pueblo; que demoralizan el frente combativo; que anarquizan los comandos militares en los propios campamentos, y, lo que es peor, que se acercan a la dictadura para ayudarle a sofocar la rebelión: primero, en las cofradías de sofistas y delatores de los periódicos *La Crónica* y *El Diario*, y después en *El Nuevo Tiempo*, ya francamente al servicio del conservatismo.

Sobre la guerra civil revolucionaria de 1899 se ha escrito mucho. Carlos Adolfo Urueta, Uribe Uribe, Justo L. Durán, Max Grillo, Vesga y Avila, Lucas Caballero, Joaquín Tamayo, Milton Puentes, Rodríguez Piñérez, entre otros, han escrito libros y folletos en sentido nacional de la contienda, que, como las historias, memorias y relatos de la guerra en el Tolima,

en la Costa y en Panamá, no cotejamos, ni extractamos, ni juzgamos en la presente obra, porque nuestra tarea es de interpretación, posición y síntesis, y para ella nos basta usar del conocimiento de los procesos históricos, sus etapas y sus períodos: del movimiento y dirección de los factores objetivos y subjetivos. Haremos, como es obvio, mención de los trajectos de la guerra que más revelan su vigor, que más caractericen su naturaleza popular. Enfocaremos los momentos cruciales, las coyunturas favorables y adversas.

Ante todo, transcribimos la plataforma política del liberalismo, elaborada de las consignas de sus luchas diarias, que sirve de bandera a la guerra y que, con el título de "Nuestro Programa", tomamos del periódico *La Actualidad*, de Popayán, edición del 14 de octubre de 1899, y que a la letra dice:

Consideramos inviolable la vida del hombre en su triple manifestación moral, intelectual y física. Por lo tanto, defenderemos los derechos individuales, que son parte integrante de esa vida. Para nosotros, cualquier ataque a las libertades públicas constituye un ataque a la existencia del individuo, porque creemos que los derechos del hombre son condiciones esenciales de su existencia. Así, pues, sostenemos:

- La abolición de la pena de muerte;
- La libertad individual;
- La seguridad personal;
- La propiedad;
- La libertad de expresar el pensamiento;
- La libertad de locomoción;
- La libertad de industria;
- La igualdad;
- La libertad de instrucción;
- La libertad de asociarse;
- La libertad de conciencia;
- La inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia.

Estos derechos que han sido proclamados en todo el mundo por el espíritu liberal, y defendidos, en todo campo, en lucha secular contra todas las tiranías, contra todas las usurpaciones; contra todas las injusticias que han pesado y en gran parte pesan todavía sobre los pueblos, constituyen el lábaro del liberalismo.

Mientras exista una sola libertad violada; un solo derecho conculcado; mientras haya en la tierra opresores y oprimidos, no habrá cesado la obra santa del liberalismo...”.

* * *

El 17 de octubre de 1899 estalla la guerra, en forma seguramente precipitada. Porque, pese al compromiso de previa y lógica organización, y al esfuerzo por su aplazamiento de la conferencia de Chita (13 de octubre) —esfuerzos que comparten los Generales Vargas Santos, Uribe, Figueredo, Herrera, Neira y otros—, el jefe que tenía la facultad de fijar la fecha, General Villar, la había fijado ya para el 20, inclusive la anticipa para el 17 cuando sabe que le han delatado no solo el plan de insurrección sino también la fecha en que debía estallar... El momento es realmente confuso: la fracción “nacionalista” del Ejecutivo, enterada del proyecto insurgente, empuja a los liberales hacia un aborto, a fin de aplanarlos fácilmente, “acreditarse como gobierno fuerte” y afianzarse en el poder; una parte de los “históricos reyistas”, con posiciones ministeriales, quiere frenar a los liberales para combinarlos, a su tiempo, en un alzamiento militar que habría de comandar el General José Santos, personaje audaz que llega al Ministerio de la Guerra precisamente para ese fin; otra parte de los “históricos” y los civilistas liberales combinados, quiere contar también con el liberalismo para

respaldar, en su hora, un cuartelazo tendiente a derribar de la Presidencia a Sanclemente y subir a Marroquín... (Hecho éste que se realiza diez meses después, o sea el 31 de julio de 1900).

Sería naturalmente equivocado tratar de simplificar aquí una situación de suyo complicada. Admitimos que los partidarios de un aplazamiento de la insurrección tenían en cuenta factores de mucho peso, tales como una real organización revolucionaria en los puntos decisivos del país, que asegurase: 1. Unidad de mando en un estado mayor de prestigio nacional, plan de acción realista y dotación de armas, siquiera para empezar; 2. Una estrategia de guerra y, por consiguiente una rigurosa distribución de jefes que levantaron líneas fuertes de combates en Antioquia y Cauca, sincronizadas con los frentes más activos de la guerra.

¿Qué bases reales tenía el General Villar para declarar la guerra en octubre?: 1. El impulso de las masas liberales; 2. La decisión de los jefes revolucionarios; 3. La existencia en Santander —y en parte de Boyacá y Cundinamarca— de armas “para empezar”; 4. La creencia de que los jefes “históricos” se abstendrían de apoyar la dictadura “nacionalista”, tal y como lo habían prometido solemnemente; 5. Confianza en recibir oportunamente armamentos ya comprados en el extranjero; 6. Confianza en que, una vez empezada la guerra, los civilistas liberales se pondrían de lado, como parecía razonable; 7. La crisis económica que se unía a la crisis política nacional. Lo real de estas bases es apenas una parte. Pero ella es, en el marco de la crisis general, la presencia evidente de los factores que hacen una situación revolucionaria.

En vísperas del estallido de la guerra salen de Bogotá trenes colmados de obreros, artesanos, estudiantes y profesionales, movidos todos por consignas secretas hacia los sitios de concentración y pronunciamiento. Si bien es Bogotá la que ofrece mayor número de voluntarios "para empezar", y si bien son ellos los primeros en sumarse a las milicias campesinas de Boyacá y Santander, de muchas ciudades y poblados del país salen, asimismo, contingentes de masas en dirección a sus sitios convenidos. ¡En esta movilización de fervor por las ideas y los jefes revolucionarios, se ve a pequeñas poblaciones —en regiones de Santander principalmente— quedarse solo con sus mujeres, sus niños y sus ancianos!

"...Santander todo ardía. En la provincia de Soto se juntaba lo más granado del liberalismo de las provincias del sur, a la masa de jóvenes que con los hermanos Neira, Soler Martínez y Pedro Sánchez venían de Cundinamarca y Boyacá, y formando la única fuerza bien dotada que existió al principio de la guerra, se ponía en la Mesa de los Santos a las órdenes de Rafael Uribe. En la provincia de Ocaña organizaba un lucido cuerpo de ejército el diligente cuanto patriota General Justo L. Durán. En el resto del país, no preparado para la lucha armada, los movimientos que tuvieron lugar por entonces afectaron extremada timidez... Entre aquellos movimientos solo el de Barranquilla, que dio por resultado la toma de algunos vapores, y el del infortunado cuanto heroico General Zenón Figueredo en Cundinamarca, son los que pueden considerarse como de importancia... Tales eran los hechos principales que se cumplían en el país, cuando se formaba en Bochalema el glorioso ejército del Norte que tuvo como jefe al

General Benjamín Herrera...” (Militar de escuela que había actuado como ayudante del famoso General Daniel Delgado en 1876, y como ayudante también del no menos famoso General Daniel Hernández, en 1885).

Los primeros pronunciamientos - El deplorable fin del General Figueredo - Del triunfo de Barranquilla a la derrota de Los Obispos - La guerra en el Tolima y el desastre liberal de San Luis.

Panorámica en movimiento. El General Gómez Pinzón, con gente de su propia hacienda y armas que por ahí tenía, ocupa sin combate la ciudad del Socorro, precisamente el 17 de octubre de 1899, día en que la había abandonado el Capitán de la dictadura señor Sanmiguel para irse a San Gil. Gómez Pinzón persigue a Sanmiguel y lo alcanza cerca al lugar de Pinchote. Pero es rechazado. Sin dejarse agotar, regresa al Socorro, aumenta su escasa fuerza y vuelve a la carga sobre Sanmiguel, a quien alcanza esta vez en el sitio denominado El Morro y lo derrota limpiamente, el día 20. Con esta victoria, Gómez Pinzón, mejor armado y con buena gente, se dirige a La Mesa de los Santos...

El mismo día 17 de octubre, el General Ramón Neira se pronuncia en el poblado boyacense de Ráquira, y marcha luego a Chiquinquirá, ciudad que abandonan, atemorizadas, las fuerzas dictatoriales para marcharse a Tunja. El 17 en la noche, el General Figueredo se pronuncia en Nocaima. En la misma noche, José Ignacio Galves, Max Grillo y otros

subalternos del General Soler Martínez se toman a Nemocón y marchan después sobre Ubaté que ocupan al siguiente día. Los Generales Pedro Sánchez, Leovigildo Hernández y Cornelio Currea ocupan, también el 17, la población de Pacho, y luego de organizar en la hacienda de Currea tres escuadrones de voluntarios, siguen a Chiquinquirá para unirse al General Neira. El 17 insurgen asimismo, en San Cayetano, Próspero González y Sergio Camacho al frente de 100 jóvenes bogotanos que, luego de su hazaña, se dirigen también a Chiquinquirá...

El 18 de octubre, por Decreto 48 de 1899... se declara turbado el orden público en el territorio de la nación... Artículo único: Hácese extensivo a todos los Departamentos de la República la declaratoria de perturbación del orden público ya decretado (el 28 de julio) respecto de los Departamentos de Santander y Cundinamarca. Parágrafo. Los actuales Gobernadores de los Departamentos quedan investidos del carácter de Jefes Civiles y Militares”.

Con Sanclemente firman el anterior decreto sus ministros, a la sazón, en el siguiente orden: Gobierno, Rafael M. Palacio; Relaciones Exteriores, Carlos Cuervo Márquez; Hacienda, Carlos Calderón; Guerra, José Santos; Tesoro, Jorge Holguín; Instrucción Pública, Marco F. Suárez.

Y don Aristides Conde que había organizado su gente en los montes de Zanjón-Oscuro, asalta el poblado caucano de Pradera (ahora del Valle) el 23 de octubre. Pero es rechazado y pierde “siete muertos, once heridos, diez prisioneros y treinta y dos armas”, según el parte oficial. El 25, el General Luis Ulloa intenta tomarse la población de Duitama, pero es rechazado y se repliega en dirección a Santander. En

este mismo día 25, cerca de Ambalema, en el llamado Alto de Bledo, el General Vicente Carrera sostiene un combate de siete horas con el ejército conservador del General Acisclo Molano, que pierde cuando se le agotan las municiones. El 29, el General Tulio Barón, con 300 voluntarios del Tolima, ataca a Girardot, trabándose en sangrienta lucha con las tropas de guarnición allí al mando del General Pedro Pedraza. El intrépido Barón llevaba las de ganar porque Girardot es una ciudad tan liberal que por aquellos días solo tenía cuatro vecinos conservadores. Pero la ventaja en armas y posiciones de los soldados de línea del General Pedraza le obliga a retroceder.

En el mismo mes de octubre —última década— hubo también levantamiento en las provincias de Coclé, Departamento de Panamá; en las provincias de Barranquilla y Sabanalarga en Bolívar (ahora Atlántico), y en varias partes de Cundinamarca, Boyacá, Magdalena y Tolima. Solo reinaba la paz en el Departamento de Antioquia". Que realmente no fue completa. Con respecto al Cauca, debe saberse que, además de Pradera, en diferentes lugares estallaron alzamientos desde los primeros días de la guerra, siendo seguramente el más importante de ellos la ocupación de Tumaco, ciudad que se hizo fuerte rojo hasta el 17 de noviembre cuando cae por el peso de fuerzas muy superiores, para volver en 1901 bajo bandera liberal, y servir de base de operaciones a la expedición caucana del General Herrera que con tanto lujo de bravura actúa en el Istmo de Panamá.

Ante esta panorámica en movimiento, nadie con razón puede negar que se trata: 1. De una guerra popular; 2. Que a pesar de la fijación precipitada de la fecha inicial y del recorte inclusive de tres días,

existía cierta organización y sincronismo en los alzamientos; 3. Que la insurgencia es un hecho nacional, por más que Antioquia se haya retrasado y después actuado muy débilmente en su propio territorio; 4. Que todos los factores en acción indican la posibilidad de mejorar, en la marcha, las condiciones del frente liberal.

Mientras tanto, la camarilla oficial moviliza su maquinaria hacia los frentes de guerra, disponiendo sus fuerzas de línea y sus generales a su real manera. Como es obvio, sus mejores equipos se dirigen a conjurar el peligro de la ruta del norte que sigue siendo la pesadilla conservadora. Los expertos conocedores del terreno en Cundinamarca, Tolima y Boyacá, toman posiciones, reclutan y entrenan nueva gente. Las litografías del país pasan a producir en serie y en masa billetes de todos los signos para inundar los mercados de papel moneda y, con este disfraz, expropiar el trabajo, los bienes y los fondos monetarios reales de particulares en beneficio de la dictadura. Los agentes oficiales en el extranjero dedican su tiempo a comprar armas; a estorbar toda posible labor proliberal que agentes de este partido traten de realizar, y, por sobre todo, a presentar la insurgencia de los inconformes como empresa de bandoleros organizados contra el católico Gobierno que "hace la felicidad del pueblo" Jerarcas de la Iglesia, sobrevivientes del olimpo radical y diplomáticos foráneos, entran al servicio de la dictadura para desorientar a los combatientes y por todos los medios procurar su rendición incondicional... la sal, la carne y los ganados quedan interferidos oficialmente y sus precios suben como espuma. El café de exportación se embarga en los puertos para gravarlo con nuevos

impuestos y controlar el intercambio comercial con los mercados extranjeros...

Pero mientras estos procesos siguen sus cauces y podemos más adelante enfocarlos —en cuanto nos sea esencial—, veamos algunos episodios militares y políticos que nos aporten bases concretas para el juicio histórico:

El General Figueredo, con voluntarios de la Sabana de Bogotá, de Nocaima y regiones de Villeta, ocupa a Sasaima, y de allí, “con cerca de ochocientos hombres, entusiastas pero mal armados”, planea caer sobre Anapoima, sede presidencial a la sazón de Sanclemente, enfermo anciano que no podía vivir en el clima frío de la capital. Ocupa Figueredo los importantes sitios de Chimbe y Pantanillo, y el 2 de noviembre choca con fuerzas conservadoras que derrota en duro combate de dos horas. Esta misma noche del 2, marcha sobre la plaza estratégica de Facatativá, con lo que parece haber cambiado de plano, quizás pensando situarse, como cuña, entre Bogotá y Anapoima. Sumándose las guerrillas de Ramón Rodríguez y Rafael Zamudio por el camino de Aguacalarga, el 4 en la tarde llega a las puertas de Facatativá y ataca resueltamente. Pero es rechazado y se repliega hacia Nocaima, en donde, al día siguiente, se empeña en singular batalla que termina, el día 6, con el peor desastre, perdiendo inclusive su vida y las de tres de sus generales. El parte oficial del vencedor, General Floro Gómez, dice:

Son las 7 p. m. y me ocupo en reforzar y distribuir las avanzadas que creo necesarias para impedir la salida del enemigo; estoy dueño de la plaza, y con los Generales Zenón Figueredo, Adriano Quijano, Paulino Olaya y Pa-

trocínio Nieto gravemente heridos. Otros siete de menor graduación, pero jefes de importancia por su educación y demás circunstancias.

El bizarro Figueredo, caudillo de masas voluntarias pero bisoñas, no entendió la necesidad de una campaña de guerrillas que entrenara su gente, que le hiciera fuerte y ágil en movimientos tácticos por la periferia de Cundinamarca, hasta que fuerzas liberales convergentes sobre la capital le dieran la carta de una buena jugada. Porque situarse en Facatativá, como lo pretende, era una evidente temeridad. Este arrojo temerario de muchos héroes de nuestras guerras civiles, ha demostrado que no todo lo decide el valor de los jefes; que se requiere visión, estudio, comprensión, astucia; dominio esencial del arte de la guerra, y, sobre todo, saber conservar la iniciativa, esperar y entender la hora de tomar la ofensiva.

El General Herrera mueve su ejército naciente de Bochalema hacia la frontera venezolana, "en donde espera conseguir algunos elementos de guerra". Y lo hace con tal habilidad, que las fuerzas conservadoras que tienen la plaza de Cúcuta bajo el mando del Coronel Morales Berti, sienten miedo y abandonan la ciudad que, poco después, ocupa Herrera sin hacer un disparo de fusil. Hasta aquí no hay combate. Pero los jefes conservadores temen que los liberales emprendan ya su marcha sobre Bogotá, y para atajarla concentran sus mejores tropas al pie de la Cordillera Oriental. Antes de que Morales Berti se moviera de Cúcuta, el General Ramón González Valencia había empezado a trasladar su gente de Pamplona en la misma dirección. Como se ve, los jefes conservadores sobrestiman el ejército del norte apenas en formación, y, en general el potencial de los liberales concentrado en Santander. Naturalmente, el caudillo li-

beral aprovecha el tiempo en Cúcuta. Se le suman ahí las guerrillas del General Nieves Quintero y de Alfredo Peralta; adquiere armas; guarnece la línea férrea y Puerto Villamizar, en la frontera venezolana; asegura una ventajosa posición militar en Tasajero, lugar cercano a la ciudad...

Combates sangrientos sacuden el país: en Piedecuesta, el 28 de octubre; en el Llano de don Andrés, el 29; en el Cerro del Muerto (Sumapaz), el 1º de noviembre; en Piojó (Bolívar), el 9 y el 11; en cercanías de Gachetá, el 18; en Manta, el 20; en Quetame, el 26, y muchísimos más que omitimos citar aquí, para referirnos solo y brevemente al combate de Los Obispos, del 9 de noviembre; al de San Luis (Tolima), el 14, y, principalmente, a los de Bucaramanga y Peralonso, con los cuales se cierra la primera oleada impetuosa de la guerra. Pero, ante todo, quede establecido que los rebeldes ocupan, en los primeros días de la insurrección, todos los puertos y lugares de conexión con el mundo exterior, por donde habrían de recibir armas y pertrechos, es decir: Barranquilla, Riohacha, Cúcuta y Tumaco...

* * *

Según estaba convenido, el General Durán, partiendo de la provincia de Ocaña, debía operar en los departamentos de Bolívar y Magdalena como jefe de la guerra en la Costa Atlántica. Para este fin se sincroniza la insurrección Riohacha-Barranquilla-Ocaña el 20 de octubre, hecho que se realiza con toda exactitud. En Riohacha, por Marco J. Serrano y voluntarios concentrados de la provincia de Padilla; en Barranquilla, por Efraín Mejía, Domiciano Nieto y

masas revolucionarias de la región; en Ocaña, por el General Durán que se pronuncia en Cáchira, y dispone de gente medianamente entrenada por él. De acuerdo con el plan, los jefes liberales de Bolívar y Magdalena procederían a organizar guerrillas que luego se unirían en cuerpos del ejército, como se pudo hacer, en término de días, con las guerrillas cercanas a Barlovento, Cartagena y Sabanalarga, bajo el mando del General Plácido Camacho, desgraciadamente vencido y prisionero en el primer combate de Piojó, el 9 de noviembre. Por dicho plan del litoral, los insurgentes de Barranquilla deberían apoderarse de los barcos del río Magdalena para subirlos al punto convenido y recibir allí al General Durán y su gente.

Y las gentes de Barranquilla cumplen a cabalidad su compromiso. Toman la ciudad, se apoderan de los barcos y transmontan el río, tomando de paso y por sorpresa, a machete limpio, los cuarteles de Magangué y El Banco. Un poco armada en guerra la flotilla ya, llega al puerto de Gamarra y de ahí, alegremente, se envía posta al General Durán para que se movilize a la ribera. Y estando en marcha con sus buenos milicianos... ¡Oh sorpresa! Recibe la noticia infausta de que la flotilla ha sido destruida en combate cruento en el lugar de Los Obispos. Ante aquella catástrofe que tendría, como tuvo, repercusiones inmediatas en la Costa, el General Durán dobla el camino y contramarcha luego en dirección a Bucaramanga... Evidentemente; al llegar la sombra al filo de la medianoche del 24 al 25 de octubre, un poco arriba de Gamarra, en el sitio llamado de Los Obispos, los siete barcos de la flotilla roja, a medio-cupo de bisoños, son atacados por los barcos de guerra "Hércules" y "Colombia", armados de cañones y ex-

perta infantería de popa. Se traba una lucha a muerte en la cual se hace notar, sobre todo, la falta de comando conocedor de los combates de esta naturaleza en el lado liberal. Bástenos saber que mientras las naves conservadoras apagan sus luces, las liberales dejan encendidas las suyas. La catástrofe es pavorosa. El parte oficial detallado, que lleva la firma del veterano militar conservador de 1885, General Diego de Castro, dice:

La flotilla enemiga se me echó encima con temeridad apenas concebible, hasta el extremo que algunos de sus buques se rozaron con la proa del "Hércules". Pude observar, debido a esta aproximación, que los enemigos arrojaban mechas encendidas con fulminantes y cartuchos de dinamita, que afortunadamente, en vez de caer a bordo de este buque, caían al agua y no hacían explosión... la draga "Cristóbal Colón" se fue a pique con pasmosa rapidez (bajo el fuego de cañones Hotchkiss), pereciendo en ella todos sus tripulantes, que pasaban de doscientos cincuenta hombres. Entre estos se hallaban, según supe después, el cuerpo de mecánicos y carpinteros... Los otros dos vapores de la vanguardia enemiga fueron destrozados y quedaron a merced de la corriente.

No obstante, el hecho principal de la catástrofe liberal en Los Obispos, es la ofuscación de un momento cuando se "lanzó uno contra otro a dos de nuestros buques, produciéndose con el choque el hundimiento de uno de ellos, y después vino el desastre..." (Del parte liberal). El General de Castro termina su informe así:

Ahora que son las siete a.m., estoy recorriendo el lugar en que se libró el formidable combate, y cuando de ello esté enterado, les haré separadamente una relación de los muertos, heridos y prisioneros. Hasta ahora sé que perecieron en los buques enemigos los Generales Domiciano Nieto, Efraín Mejía, Nicanor Guerra y Coronel Anastasio Navarro, y que están gravemente heridos el

General Manuel N. Vásquez y otros más... El valor del enemigo rayó en lo temerario, y puedo asegurarnos que el sacrificio a que se lanzaron voluntariamente tantos valientes, es para mí un verdadero dolor que amarga la satisfacción del triunfo. (Las bajas liberales en este combate pasan de 500).

Poco después del desastre de Los Obispos, la causa de la revolución pierde a Barranquilla, Riohacha y otras importantes posiciones del litoral. Lo que no impide que numerosas guerrillas sigan operando en la vasta región, y que por febrero de 1900, con la presencia del General Durán en la Guajira, se reabra un nuevo e intenso capítulo de la guerra en los campos de la Costa Caribe.

* * *

La acción guerrera en el antiguo Estado del Tolima (ahora Tolima y Huila) empieza realmente el 18 de octubre, en las regiones del norte, con el pronunciamiento del General Vicente Carrera y el Coronel Ramón Chaves, quienes poco después extienden sus actividades hacia el centro del territorio. Simultáneamente con Carrera y Chaves, actuando en comarcas limítrofes de Cundinamarca —Coello y Flandes, inclusive pasando el río a la altura de Nariño en ruta hacia Girardot— y en conexión con Figueredo, se mueven el intrépido General Tulio Barón y su ayudante Manuel Rodríguez. Carrera y Chaves ocupan la población de San Luis, en donde son atacados el 14 de noviembre por un batallón de línea y numerosos reclutas que comanda el jefe supremo del ejército conservador en el Tolima, General Lucas Gallo. El combate asume caracteres de la mayor violencia. Veamos cómo lo describe el parte oficial:

...De acuerdo con los Coroneles, Jefe de Estado Mayor Andrés Quintero y Primer Jefe del "Batallón Palacé" Ezequiel Villarraga, hice desplegar la primera compañía por el lado izquierdo, al mando del Capitán Granados; la segunda por el ala derecha, al mando del Capitán Duarte, y por el centro la cuarta al mando de los Capitanes Pava y García... Tomé el puente en momentos en que cien hombres lo defendían y desentablaban, pasando toda la fuerza con la rapidez del caso... Quedamos dueños del campo, derrotando al enemigo, que salió disperso y desarmado en distintas direcciones. Hemos recogido 140 muertos en el campo, entre otros al titulado General Vicente Carrera, Coronel Julio Sierra, Coronel Rafael Martínez, Coronel Ernesto Forero, Comandante Ramón Chaves, Comandante Domingo Forero, y otros jefes de menor graduación, oficialidad y tropa. Heridos más de 80, entre estos... 15 coroneles y muchos oficiales. En la lista de los prisioneros se leen nombres notorios: doctores Aparicio Posada, Manuel A. Nieto, ayudante del General Carrera, José J. Neira, etc.

¡Es decir, una hecatombe liberal en un combate de cinco horas!

Desde luego, el parte oficial del General Gallo no podía exaltar la heroicidad de los combatientes liberales, como no menciona, entre otras muchas personas política y militarmente importantes muertas en la cruenta batalla de San Luis, a Ricardo Rengifo, hijo del famoso caudillo caucano General Tomás Rengifo; a Horacio Parra, hijo del General Isidro Parra; a Luis A. Camacho, hijo del General Rafael Camacho... Y dos aclaraciones: el valiente General Carrera no muere en el combate sino después, estando prisionero, villanamente asesinado. Esta infamia la cobran los liberales del Tolima en el propio General Gallo, quien hallándose en una excursión por los lados de Anaime, cae en una emboscada que le tienden. Y no es verdad que hubiese muerto en el combate

Ramón Chaves. A este propósito léase lo que escribe en su elogio el doctor Fabio Lozano Torrijos:

En el combate de San Luis, Chaves comandaba, con el grado de Coronel, el "Batallón Robles", que fue diezmado por las balas enemigas y que resistió hasta última hora y salvó así el resto de la fuerza de caer en poder del enemigo. Rodeado por los vencedores, pudo Chaves escaparse, abandonando la bestia, y abriéndose paso bajo una lluvia de balas, que le destrozaron los vestidos sin tocarlo a él.

En la tarde de ese día (14 de noviembre) llegó a nuestra casa de campo; a pie, agitado, las ropas agujereadas, aquí por la metralla, destrozadas allá por las malezas de la senda; casi exánime de hambre; horrorizado por lo cruento del combate, pero firme y altivo, dispuesto a continuar la lucha y aceptar todo sacrificio en defensa de su causa... ya cerrada la noche marchó aquella vez en pos de los vencidos de San Luis. En Miraflores reunió algunos compañeros y con ellos siguió al Cauca (región limítrofe de Antioquia). Dio allí con el General Aristóbulo Ibáñez, se puso a sus órdenes y con él invadió el Tolima en las primeras semanas de enero de 1900.

Pero esta primera oleada de la guerra en el Tolima no se extingue en San Luis, porque antes y después de aquella batalla se mueven otras fuerzas rebeldes. El 2 de noviembre, el entonces Coronel José J. Caycedo, se pronuncia con éxito en Coyaima; el 3 ocupa a Ortega, y el 6 —combinado con la guerrilla del Coronel Eladio Gutiérrez— toma la ciudad de Chapparral. Los Generales Tulio Barón y Leonidas Romero, vencen en reñido combate fuerzas conservadoras en Prado, y siguen a Natagaima, a donde llega también el General David Tobar con milicianos liberales procedentes de Cundinamarca, bajo cuyo mando se crea allí un poderoso ejército que tiene, además de jefes mucha garra, "ingenieros, médicos, abogados, comerciantes, ricos propietarios, mecánicos, herreros, car-

pinteros, sastres, albañiles (y claro que muchos peones, campesinos e indígenas), en fin, todas las manifestaciones del progreso y de la riqueza del país”.

Sin embargo, el General Tobar que debía obrar rápidamente, entra, por el contrario, en un paréntesis de casi completa pasividad, en momentos en que todavía se podía reforzar en San Luis al General Carrera y con él y sus 500 hombres volverse contra el jefe conservador Lucas Gallo y destrozar las fuerzas de la dictadura entonces muy escasas en el Tolima. Pero Tobar, militar valiente sin nociones de política, acantona su gente en Aipe y deja que la propia inercia lo debilite... “Días después resolvió el General Tobar tomar el camino de Colombia (ahora población del Huila), vía del Llano de San Martín, abandonando sin causa justificativa al Tolima, cuya defensa se le había encargado. En Palo de Leche la retaguardia del Ejército Revolucionario fue atacado por fuerzas del General Manrique. El 9 de diciembre sucumbió el Ejército del Tolima en El Playón...” Sobra decir que batiéndose bravamente pero en las peores condiciones. Restos liberales de la catástrofe regresan al centro del territorio tolimense, en donde mantienen el fuego esporádico de las guerrillas, hasta conectar la nueva oleada de 1900.

Tardía movilidad de los liberales - La batalla perdida de Bucaramanga - El formidable desquite de Peralonso - Se endereza la nave revolucionaria, pero se pierde la guerra.

El ejército unido del General Uribe, luego de reveses y sobre todo de perder mucho tiempo en La

Mesa de los Santos, tiende sus banderas hacia Bucaramanga. En primer término se trata de reconquistar a Piedecuesta, que habiendo sido ganada el 18 de octubre, se la deja el 19 para luego tratar de recuperarla en la sangrienta y fracasada batalla del 28. Piedecuesta es la clave que conduce a La Florida y de aquí a la capital de Santander. Naturalmente, se hace el plan de ataque a Piedecuesta porque se la supone defendida. Y al amanecer del día 11 de noviembre se da el asalto... Pero la ciudad está vacía. El enemigo la ha dejado, a pesar de que la tenía fortificada con parapetos, trincheras y alambradas. Y los liberales interpretan la "evasión" conservadora alegremente. Y, haciéndose ilusiones, dejan allí fuerzas de ocupación y siguen a La Florida, en donde estaba ya el General Díaz con su gente, listo a unirse a la marcha sobre Bucaramanga. Y antes de aclarar el día 12, el General Pedro Sánchez hace los primeros disparos por la Puerta del Sol, entrada sur de la ciudad, precipitando la acción, es decir, antes de que se hiciera reconocimiento del objetivo y se dispusiera la batalla. ¡Pero los entusiastas liberales piensan que esto ha de ser una fiesta con pólvora! No se imaginan que dejarles a Piedecuesta fortificado podría ser la carnada para cogerles en Bucaramanga que también lo estaba, y en donde, además de mejor terreno y las quintas aledañas que son corrales de tapia adecuados para apostar combatientes, tenía la dictadura cuarteles y depósitos de armas y pertrechos que serían disputados a sangre y fuego.

Y se observa esta actitud alegremente ilusa, debido a que no tiene el liberalismo aquí, en realidad un ejército sino una multitud: obreros, artesanos y estudiantes de Bogotá; peones, campesinos e indígenas

de Cundinamarca, Boyacá y Santander, matizados con médicos, abogados, ingenieros, literatos, negociantes y finqueros saturados de tradiciones guerreras. Se podía, naturalmente, hacer de esta gran masa un ejército —del que ya es embrión— pero con métodos políticos y militares inspirados en la comprensión de que la guerra podría ser un esfuerzo de mucho tiempo, y no la inmediata aspiración de las primeras victorias para “negociar la paz”, como parece ser el pensamiento de los jefes. Frente a esta multitud (unos 3.000 combatientes; el parte oficial habla de 6.000) está el General Uribe, el caudillo de mayor prestigio popular, desde luego más político que militar entonces. Militarmente, los Generales Ramón Neira y Soler Martínez tienen aquí la preeminencia y como tal dirigen las líneas de fuego. La intrepidez de los comandantes de batallones sube al nivel de los personajes homéricos. Los Generales Agustín Neira, Gómez Pinzón, Pedro Sánchez, Cándido Amézquita, Ramón Ibáñez, Delgadillo...

Uno de los literatos combatientes allí —Ricardo Tirado Macías— escribe:

Nada comparable al arrojo de los nuestros. Desarmados entraban a las líneas de fuego los estudiantes y artesanos de Bogotá, esperando a que cayera muerto o herido alguno de los de adelante para tomar el rifle que soltaban las manos exánimes... Agustín Neira llegó hasta la Quinta de Minlos con la espada desnuda y chorreando sangre. Al abrigo de las tapias se precipitó sobre la puerta; lo recibieron con una descarga cerrada. Volvió su caballo, se puso de pie sobre la silla, trepó a la tapia, y con sus pulmones de Hércules, gritó: “¡Viva la revolución!” Se tiró al patio de la casa, y rindió como a cincuenta soldados él solo. Cuando llegó el batallón que comandaba y forzó la puerta, estaba mortalmente herido, agonizando. A poco caía Gómez Pinzón... Ramón Neira,

en frente de las trincheras, sin saber la suerte de su hermano, recibió una herida en el vientre.

Delgadillo entraba con la caballería por el Llano, y era como un centauro seguido de una nube de caballos y de jinetes enloquecidos que volaban por entre una llovizna de balas disparadas desde las torres, desde las copas de los árboles, desde las bocas de los barrancos. A lo largo del camino quedaban mulas desventradas, soldados muertos, con los grandes ojos fijos en el cielo, abiertos los brazos, entre charcos de sangre...

Al medio día de la primera jornada, el General Uribe entiende que la batalla se pierde. Y confuso ante la inminencia de la gran catástrofe, deja el campo, en silencio, como un sonámbulo... Sin embargo, los comandantes persisten en la tenaz contienda hasta que llega la noche y con la sombra se apagan los fuegos. El diezmado ejército liberal se repliega a La Florida con sus heridos y algunos de sus muertos: los Neira, Delgadillo, Ibáñez, Amézquita, Gómez Pinzón, Julio Caballero, Latorre, Escobar... Pero —escribe Tirado Macías—:

Al amanecer recogió el General Soler Martínez los restos del ejército. Distribuyó entre los cuerpos, personalmente, el parque que se le había tomado al enemigo y emprendió marcha hacia Bucaramanga... El enemigo estaba aterrado con las últimas cargas de la víspera, y al sentir esta nueva acometida se llenó de pavor. Retrocedió al principio, pero reforzado bien pronto con batallones frescos, y habiendo sufrido los nuestros incalculables bajas, hasta el punto de quedar reducido a diez batallones de cien plazas, Soler ordenó la retirada.

A eso de las tres de la tarde empezamos a abandonar el campo. Era tal el terror que ese día habíamos sembrado en el enemigo, que a su vista comenzó la retirada sin que uno solo de sus soldados saliera de las trincheras ni de los parapetos. En el mayor orden imaginable íbamos desandando las vías hacia La Florida, trayendo con nosotros todos nuestros heridos y más de doscientos prisioneros.

(Esta batalla cuesta más de mil muertos, en su mayoría liberales, y un número igual o superior de heridos).

Lo que ha quedado del ejército del General Uribe, unido de nuevo al jefe en Piedecuesta, se dirige a Cúcuta por el difícil camino de García Rovira, al través del cual es hostigado y su propia vanguardia destrozada en el asalto nocturno del lugar de Buenos Aires. La situación del General Uribe se hace crítica como la de todo jefe que pierde una gran batalla, agravada en esta ocasión por la extraña salida del campo. Sin embargo logra sostener su autoridad, y a su llegada a Cúcuta, conserva el título de Comandante del Ejército del Sur, en igualdad a la categoría del General Herrera que comanda el Ejército del Norte, y del General Durán que, vencedor en cinco choques con el enemigo, llega también a Cúcuta al frente de su Ejército de Ocaña.

Las fuerzas liberales concentradas en la ciudad de Cúcuta, según cifras de los comandos, son: 3.600 unidades del General Herrera, que todavía no han combatido pero que tienen dos meses de entrenamiento, armas, pertrechos y equipos; 800 del General Durán, fogueadas ya en la lucha, con buenas armas y elevada moral de combate, y unas 600, firmes, abnegadas pero todavía dominadas por la psicosis de las derrotas, del General Uribe. Y, en los primeros días de diciembre de 1899, es ésta, en lo esencial, la fuerza organizada de la revolución en el país: 5.000 hombres en armas contra la frontera venezolana de Zulia. El historiador Joaquín Tamayo reduce las cifras de los ejércitos que aquí damos, y que no modificamos porque las hemos tomado de fuentes muy directas.

La situación liberal está lejos de ser buena. Y lo entienden así los espadones conservadores: "Manuel Casabianca, Vicente Villamizar, Jorge Holguín, Isaías Luján, Carlos Cuervo Márquez, Ramón Acevedo, Arturo Dousdebés, Jesús Zuluaga, Enrique Arboleda, Laureano García, Rubén Restrepo, Ramón González Valencia, Edmundo García Herreros y otros" —en total 39 generales, entre ellos dos ministros—, quienes, viendo alejado el peligro de la marcha sobre Bogotá, por la catástrofe liberal de Bucaramanga, marchan alegremente hacia Cúcuta con 9.000 soldados de línea. Iban —dice el historiador Vesga y Avila— como a un paseo militar, con costosos equipajes: satisfechos, en fin, de que la superioridad del número, de las armas, de la disciplina, harían irremediable su triunfo, que soñaban incruento. . ."

Los Generales Herrera, Uribe y Durán, que conservan autonomía en sus ejércitos pero que obran de común acuerdo, deciden no esperar en la ciudad de Cúcuta al enemigo. Y salen por la línea del ferrocarril: Herrera, ocupa posiciones en Aguablanca; Uribe, en el histórico cerro de Tasajero; Durán, forma línea de batalla por la vía de San Faustino, que dejan al enemigo. Los 39 generales entran a Cúcuta pero no abren operaciones inmediatamente. Corren los primeros días de diciembre, y mientras tanto los jefes liberales se enteran de los siguientes hechos: 1. Que con ayuda conservadora de Colombia ha estallado un movimiento reaccionario en el Estado venezolano del Zulia contra el régimen de Caracas, y cae el Gobernador de Maracaibo que empezaba a dar su apoyo a los liberales de Santander; 2. Que una comisión liberal-civilista, auspiciada por el Arzobispo Primado y el Jefe del Ejecutivo dictatorial señor Sanclemente, ha

llegado a Pamplona con instrucciones de tratar —con el General Herrera— la terminación de la guerra; 3. Que Vargas Santos avisa “estar a la cabeza de un respetable cuerpo de ejército, y de la conveniencia de que las fuerzas que obraban en la provincia de Cúcuta, flanquearan las del enemigo para unirsele en la de Pamplona, por donde él se encontraba”.

La presencia del General Vargas Santos, en estos momentos, es, realmente, el toque de clarín para salir de la encrucijada, y luego, con los ejércitos unidos, echarse al interior de la república, dejando a los 39 espadones atrás... Pero, ¿cómo flanquear al enemigo? Esto es lo que convienen Herrera, Uribe y Durán sobre el trazo de una larga y sigilosa marcha, para cruzar, al fin, el río Peralonso e internarse en la provincia de Pamplona. Y poco antes de iniciarse esta marcha, recibe el General Uribe un mensaje del Comandante en Jefe conservador, General Villamizar, intimándole rendición de las fuerzas liberales; mensaje que copiamos para que se vea el estilo que usan los espadones de la dictadura, cuando se sienten dueños de la situación:

Cuartel General de Cúcuta... Yo, Vicente Villamizar, por el favor de la Divina Providencia y el mandato del Supremo Gobierno de mi patria, General en Jefe del Ejército de operaciones en el Norte. ...Teniendo en cuenta que las armas del Gobierno, victoriosas en toda la República... Intimido a usted la entrega de las armas, en cambio de lo cual prometo solemnemente el tratamiento que en tales casos se estila para los vencidos...

Claro que los jefes liberales no contestan el mensaje del señor Villamizar, y en la madrugada del día 13 emprenden la travesía: en la vanguardia, Herrera con su ejército; al centro, Uribe con el suyo; a retaguardia Durán. “La marcha fue penosa —escribe un

combatiente—; como que se caminó día y noche, bajo la lluvia, sin descanso y aun tomando muy escasos alimentos; pero todos íbamos contentos. . . . un viento húmedo, casi frío se hacía sentir azotando los rostros de los caminantes, cuando los primeros rayos de la aurora iluminaban con tintes purpúreos el principio del día de diciembre de 1899.

Así marchan los pendones rojos, acercándose al río, ya sobre el terreno de la hacienda La Zulita, cuando la descubierta recibe las primeras descargas del enemigo. (Según el plano que consultamos, el río Peralongso divide —en el lugar del combate— dos haciendas: La Amarilla, sobre la derecha y La Zulita a la izquierda. En la margen derecha, a ambos lados de la boca del puente de La Laja que comunica las haciendas, hay vallados de piedra, corralejas de La Amarilla. Bastante arriba del paso de La Laja está el puente llamado de El Caimito).

El enemigo había entendido el flanqueo y para impedirlo ocupa la margen derecha del río, se atrincheró en los vallados, y pasa inclusive fuerzas de su vanguardia a la margen izquierda y las atrincheró también en corralejas de piedra de La Zulita. Dirige estos movimientos el General González Valencia, cacique de Pamplona con hacienda en esa región y por consiguiente conocedor del terreno, circunstancia que lo acredita, asimismo, para ser jefe de operaciones en la histórica batalla.

El empuje liberal por la margen es arrollador: El General Benito Hernández comanda la avanzada en dirección al puente; el bravo Soler Martínez cubre el peligro de un flanqueo de fuerzas del General Casabianca que operan a la altura de Caimito; el General Pedro Rodríguez ocupa posiciones estratégicas en

posibles vadeaderos del río. La vanguardia conservadora, diezmada en La Zulita, repasa el puente de La Laja y se refugia en los vallados de La Amarilla. Herrera, dirige las operaciones; Uribe, coordina el extenso frente (10 kilómetros); Durán, surte de tropa y equilibra las fuerzas en combate. Al caer la tarde, cuando el ejército liberal es plenamente dueño de la margen izquierda de Peralonso, y luego de intrépidos pero frustrados asaltos por cruzar el puente, entra la batalla en un terrible impasse. Y así llega la noche, cesan los fuegos y se recorre el campo cortado por el río...

Aclarando el día 16 se inicia la segunda jornada. Se trata de flanquear al enemigo, pero el enemigo también lo intenta, y la batalla se hace más cruenta. La llave de la victoria está en el puente de La Laja y allí se estrella en oleadas el esfuerzo liberal por conseguirla. Herido Herrea sale del campo; ocupa su lugar el General Rafael Leal. El combate sube y baja en las bocas del puente. ¿Cómo salir del impasse? Pasan las tres de la tarde. Y Uribe que inspecciona el campo enemigo, percibe el momento del nuevo y decisivo asalto al puente: la coyuntura que produce lo más bajo de la ola. Político antes que militar, sabe poner en acción los factores psicológicos de la guerra: la sorpresa, la audacia, hasta el desplante que inspira el amor propio. Porque no se puede ignorar aquí que Uribe, caudillo popular de la mayor fama, ególatra y soberbio, está herido por la derrota de Bucaramanga, por su absurda evasión. Y sin mover una división en descubierta ni ordenar a ningún ayudante que lo hiciera, Uribe reclama la presencia de algunos voluntarios y con ellos entra al estrecho callejón del puente. He aquí la lista de los voluntarios,

según el General: Sargento Saúl Zuleta, Coronel Nef-talí Larreamendi, doctor Ordóñez Jaramillo, Capitán Guillermo Páramo, doctor Miguel Larrocha, Capitán Alejandro Navas, ayudante de campo Carlos Reyes y Joaquín Vanegas, doctor Arturo Carreño, Capitán Dionisio Uribe, Capitán Samuel Pérez. (El gran es-critor Efe Gómez publicó el 5 de noviembre de 1939, en *El Tiempo* de Bogotá, la anterior lista, agregando a ella el nombre de Gabriel Cedeño que no cita el General Uribe en su primera relación del combate hecha en Cúcuta tres días después. En el parte del Jefe del Estado Mayor del General Herrera, General Rogerio López, se dan, además, los nombres de los Sargentos Mayores Roberto Irwin, Justo P. Mora y Carlos A. Orrego. Es posible que se trate de comba-tientes que siguieran inmediatamente al primer grupo).

Parece que la luz del puente se cruza a gran velo-cidad, produciendo pavor a los conservadores y de-lirio de gozo a los liberales. El hecho es que los va-lientes se crecen a la altura de los héroes, sin una sola baja, con leve herida de su jefe, y que llegan al campo enemigo y detrás de ellos el caudal de la tropa que cruza el libre callejón... Y al soplo del viento de la victoria, los liberales se hacen titanes en la tarde del combate. Bajo las banderas vencedoras quedan regueros de cadáveres y numerosos heridos (no se dan cifras), y 900 prisioneros, entre ellos 4 gene-rales y muchos oficiales, así como una gran cantidad de armas, pertrechos, equipajes y cabalgaduras.

Los restos del ejército conservador huyen a Cúcuta, para seguir inmediatamente, aterrados, al Chicamo-cha; otra vez al pie de la Cordillera Oriental, por-

que los estrategas de la dictadura sienten de nuevo los pasos de los rebeldes en dirección a Bogotá...

* * *

El triunfo liberal de Peralonso tiene inmensa importancia política y militar. Políticamente, el liberalismo insurgente adquiere beligerancia en el país, inclusive respeto; militarmente, se reivindica, gana fuerza y prestigio: eleva los corazones del pueblo insumiso. En general, se endereza la nave revolucionaria que venía zozobrando.

Del paso audaz y heroico del puente de Peralonso se ha hecho en Colombia, de un lado, homérica leyenda que viste de ropaje fabuloso al General Uribe; de otro lado, algo insignificante, como lo desea presentar el historiador Vesga y Avila en su libro *La guerra de tres años* - Tomo Primero, página 98, cuando escribe: "...hora en que el General Uribe, con sus ayudantes, algunos de los del General Herrera y una fuerte columna, pasaron el puente sin hallar la más leve resistencia..." ¡En lo transcrito solo es verdad, exactamente, que Uribe pasa el puente! Aclara un poco el punto el Jefe del Estado Mayor del General Herrera, General López, en su parte del combate fechado en Cúcuta el día 19 de diciembre de 1899 y que reproduce el mismo Vesga y Avila en su libro citado, página 102:

El General Uribe, que había estado gran parte del día inspeccionando el movimiento del enemigo, y que había llegado a la casa y cercas de piedra de La Laja, comprendiendo lo oportuno de un nuevo asalto (al puente), se puso a la cabeza, con el Sargento Saúl Zuleta, ascendido con antelación a Capitán, y seguido por el Coronel Neftalí Lareamendi, por el Capitán Guillermo Páramo y

otros... se lanzó sobre el puente, el cual abandonó el enemigo sin resistencia, dispersándose por las colinas vecinas... Los fuegos combinados de la Cuarta División del Norte y del Ejército del General Durán acabaron de introducir, entre 7 y 8 de la noche (es decir, entre 3 y 4 horas después del paso del puente), el pánico entre los restos desbandados del ejército de la dictadura.

Lo real, lo concreto, lo histórico es que Uribe, "comprendiendo lo oportuno" del asalto decisivo al puente, es decir: percibiendo el proceso de la coyuntura y sabiendo intuir —o deducir— el momento cuando la ola del combate baja y el golpe de audacia encuentra brecha; y sabiendo situarse en la descubierta y tener éxito, arrolla psicológicamente el impasse y vuelca las fuerzas en lucha sobre un nuevo plano. En este momento, los liberales empeñados en la contienda se crecen, y Uribe sube al cenit de su prestigio; las masas populares inconformes ven en él su bandera; los voceros de la dictadura lo siguen tratando —ahora más— como al Jefe Suprema de la insurrección. Y la guerra misma se llama, por antonomasia, de Uribe, como la de 1840 es la de Obando, de Mosquera la del 60 y de Gaitán Obeso la del 85.

Es deplorable para la causa revolucionaria que los jefes liberales vencedores en Peralonso no cobren inmediatamente su victoria; que no persigan los restos del ejército en desbandada antes de que les pase el miedo y vuelvan a organizarse; que no marchen en huracán de hombres, aumentando sus fuerzas en la ruta, hasta llegar a Bogotá... Y no lo hacen porque tienen la ilusión de "negociar la paz", precisamente cuando la carta de jugar es la militar y no la política. Y lo más absurdo: el 22 de diciembre, seis días después de Peralonso, en busca de la paz negociada, se diri-

gen el propio General Uribe, desde Cúcuta, al General Casabianca, para que éste pida las bases de un entendimiento con la dictadura, con lo cual se avisa que no habría marcha inmediata sobre Bogotá. Con este aviso se reaniman los conservadores, y el mismo Sanclemente firma su respuesta del 25 a Uribe en forma insolente. Semejante error político en este instante —sobre todo militar-táctico— no es solamente del General Uribe sino de todos los jefes, que tienen la falsa idea de “negociar la paz” en la primera oportunidad...

Después de Peralonso, todas las ciudades importantes del antiguo Estado de Santander vienen a manos liberales, sin esfuerzo especial. Un ejemplo del pánico conservador: “El General Peña Solano, a la sazón Gobernador de Santander, apenas tuvo conocimiento del desastre de Peralonso, abandonó la capital con las fuerzas que la guarnecían y cruzó el río Suba para pasar a Boyacá...”

El 25 entra el General Vargas Santos a Pamplona con su ejército de 3.000 unidades, a donde ya lo esperaban Uribe, Herrera y Durán. Allí se proclama a Vargas Santos “Presidente Provisional de la República y Supremo Director de la Guerra”, precisamente en discurso del General Uribe. Y los cuatro ejércitos se fusionan en uno, poderoso y por el momento temible, bajo el mando también único del Generalísimo Vargas Santos. Pero tampoco el Generalísimo se decide en favor de la gran ofensiva por el Chicamocha, en dirección a Bogotá, cuando —aunque un poco tarde ya— se la plantean, primero en Chinacota y después en Bucaramanga.

La posición de los eximios jefes liberales civilistas - El juego de los "históricos" - El comité de súplica y los emisarios de la paz.

Examinemos, brevemente, el escenario de los amigos, servidores y auxiliares de la dictadura. Y empecemos por los últimos, o sea los eximios jefes liberales civilistas. Al estallar la guerra se encuentra, por arte de grupo, reconstruido el antiguo Directorio, y, como antes, de Supremo Director el doctor Aquileo Parra. Se podía estar, explicablemente, en contra de la política de guerra o abogar por el aplazamiento de ésta. Pero una vez rotos los fuegos y la vida del partido, de sus masas humanas, en las líneas de combate, era deber de solidaridad, compromiso histórico estar a su lado. Pero los apaciguadores prefieren servir, bajo sofismas y pretextos, de auxiliares del conservatismo. El eximio Parra que avisó a Núñez el propósito del liberalismo santandereano de extender la guerra, a fines de 1844 (véase *La revolución de 1899*, de Rodríguez Piñeres, capítulo VII), es el mismo que ahora avisa al "gobierno" la desautorización de la "Dirección Nacional Liberal" a la insurrección y a sus jefes: autoridad ficticia que sabe aprovechar Sanclémentemente en su respuesta insolente del 25 de diciembre al General Uribe.

El directorio fantasma que preside el señor Parra, en connivencia y ayuda del "gobierno", surte el país de agentes y mensajes encargados de frustrar la acción de los rebeldes; ya haciendo retroceder a las personas influyentes comprometidas en ella; ora esquivándoles la obtención de armas y pertrechos, y por todos los medios distanciando y contraponiendo el

criterio político y militar de los más prestigiosos caudillos de la insurrección. En el libro *La guerra en el Tolima*, se leen pasajes como este:

...si ese parque se hubiera tomado; mejor, si Caycedo hubiera sido secundado en sus propósitos, la revolución en el Tolima se hubiera presentado imponente, avasalladora. Se hubieran armado inmediatamente lo menos 800 hombres, base más que suficiente para apoderarse del Tolima, que estaba con muy escasa fuerza veterana y donde el Gobierno, por los abusos y errores cometidos, estaba perfectamente desacreditado... El miércoles 24 (de octubre) recibió el doctor Iriarte (en Chaparral) el famoso telegrama del Directorio Liberal —Resolución de fecha 16— y se retiró inmediatamente la actitud bélica. Si hemos hecho esta larga relación, ha sido nuestro ánimo de mostrar cuán inconsulto fue aquel telegrama y cuántos daños produjo al partido ya en camino de la guerra.

El 16 de noviembre (de 1899), cuando el General Durán llega a Rionegro (Santander), con el fin —ya muy tarde— de apoyar las líneas liberales en batalla de Bucaramanga, se encuentran ahí los mensajes del Directorio Nacional fantasma contra la insurrección y sus caudillos. Desde luego que Durán no se deja iriartizar, como si le pasa al propio General José María Ruiz, a quien el pueblo liberal de Bogotá hiciera tan cálido homenaje de adhesión por sus actividades pre-bélicas, ganado a última hora por la influencia civilista hasta el punto de publicar —precisamente el 20 de octubre y estando preventivamente preso en la cárcel de Málaga—, un extenso manifiesto contra la rebelión, lleno de sofismas y pretextos, que naturalmente aprovecha el conservatismo como la mejor literatura.

Veamos dos de los mensajes civilistas a que hemos hecho mención:

Bogotá, octubre 16 de 1899. N. N. Mariquita. Partido no acepta intempestiva revolución. Hácense esfuerzos contenerla. Protesta universal. (Fdo.) Santos Acosta.

(Se trata de una circular telegráfica, cuyo texto, al ser publicado en *La Crónica*, periódico civilista, calla bajo las letras "N. N." y por razones comprensibles los nombres de los destinatarios). Ahora, la "gran revolución" del comando civilista publicada—como la circular telegráfica— en la edición del 17 de octubre del periódico citado:

El Directorio del Partido Liberal, convencido de que a los intereses de la causa liberal y de la Patria lo que mejor conviene en la presente angustiosa situación de la vida nacional es la conservación de la paz pública; y con la autorización de una respetable Junta de liberales cuyos nombres se expresan a continuación,

RESUELVE:

1. Aconsejar encarecidamente a sus copartidarios, en nombre de los intereses de la causa liberal y de los de la Patria que conserven actitud pacífica;

2. Dirigirse a los liberales de toda la República haciéndoles presente que no deben atender más órdenes que las que emanen del actual Directorio mientras subsista su autoridad y el ejercicio de sus poderes, o sea mientras no sea elegido y posesionado el nuevo Director. (Fdos.) Medardo Rivas, Juan E. Manrique.

He aquí la Junta de notables aludida:

Santos Acosta, Antonio Vargas Vega, Juan Manuel Rudas, José María Cortés, Isidro Barreto, Marco A. Heredia, Liborio D. Cantillo, Francisco de La Torre, Clímaco Iriarte, José María Quijano W., Zoilo Cuéllar, Jesús Roza Ospina, José Ignacio Escobar, Nicolás Sáenz, Eladio E. Gutiérrez, José María Núñez U., Guillermo Vargas, Simón Araújo, Roberto Herrera Restrepo, Francisco Sáenz P., Guillermo Martínez M., Daniel Aldana, Alejo de la Torre, Santiago Ospina, Diego Mendoza, Enrique Silva S., Abel Camacho, Vicente Parra, Celso Rodríguez, Lorenzo Man-

rique, José Joaquín Liévano, Juan David Herrera, Antonio José Iregui, Pedro Carlos Manrique, Antonio Suárez Muriillo, Enrique Pérez, Lucas Caballero, José Camacho C.

La posición de los "históricos" es una simple deducción de la marcha del tiempo. Si antes de estallar la guerra e inclusive a la luz de los primeros disparos, hablaban de neutralidad ante el choque de las fuerzas dictatoriales y el pueblo insumiso, con el visible fin de halagar a los civilistas y contar con el liberalismo para sus planes de conspiración contra el señor Caro y su camarilla dominante, una vez que las armas oficiales obtienen los primeros éxitos, vuelan a los campamentos, se apoderan de buenas posiciones y desde ellas disparan contra las masas revolucionarias y preparan su golpe de cuartel. Estos "históricos" que hacen Junta de Delegados en agosto de 1899 para estar de acuerdo en "declarar que el Gobierno actual, por su política y tendencias, no corresponde a los ideales, prácticas y aspiraciones del partido conservador, y que, en consecuencia, los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos": que pone en manos de las gentes su "Circular a los miembros del Partido Conservador", en la cual se declara al señor Caro "personaje funesto que imperó sobre el país en los últimos seis años", a su camarilla "falaz, proditoria" y a su régimen "odioso"; que inclusive hacen pactos de neutralidad como el firmado el 19 de octubre de 1899 con el General Durán en Ocaña, en el curso de la guerra se convierte en vanguardia de los verdugos del pueblo y, naturalmente, en dueños y señores del poder...

Pero de todos modos, la conducta de los "históricos" tiene su lógica, porque ellos son conservadores

y su lucha en el campo conservador no puede ir más allá de la competencia de las camarillas de su partido. No tiene, entonces, novedad ninguna que los "históricos" influyentes se incrusten en la dictadura entre el siete y el once de noviembre, reingreso que abre Ospina Camacho y cierra Próspero Pinzón, dejando por fuera a Marceliano Vélez y Carlos Martínez Silva como solitarias excepciones.

Con la "adhesión" de los "históricos" a la dictadura y la falsa creencia de que la insurrección había fracasado ya completamente en la primera quincena, el Arzobispo Primado, el Vicepresidente Marroquín y el Ministro del Ecuador, señor Carbo —con el natural beneplácito del directorio civilista—, constituyen algo así como un comité de súplica para alcanzar de la dictadura una piadosa capitulación de los liberales en armas. Este comité cree —por evidente inspiración de los jefes civilistas— que se debe enviar a los campamentos "emisarios de paz". Y así lo propone al señor Sanclemente en comunicación del 13 de noviembre de 1899. Para mayor claridad y precisión, transcribimos la citada comunicación:

Deseosos de no omitir medio alguno que tienda al restablecimiento de la paz, y sabedores de que los revolucionarios no obedecen al antiguo Directorio de la colectividad política a que pertenecen —circunstancia que impide tratar en esta capital el grave asunto en que nos ocupamos—, creemos que la única medida práctica que puede tomarse, es la de permitir V. E. que dos liberales caracterizados e influyentes vayan a conferenciar con los que están en armas, y aún si lo juzgan preciso, con el General Vargas Santos, nuevo jefe del partido liberal, que no ha entrado en la lucha...

Tres días después, cuando el titular de la dictadura tenía que saber el desastre liberal de Bucaramanga,

contesta al Arzobispo, al Vicepresidente y al Ministro ecuatoriano, accediendo al envío de los "emisarios de paz": no de dos sino de cuantos fuese necesario.

Dice el señor Sanclemente:

... Doy, pues, orden al señor Ministro de Guerra para que expida pasaporte a los que lo soliciten con la mira expresada, sin que esto implique una tregua ni el reconocimiento de que los insurrectos sean beligerantes conforme al Derecho de Gentes, y menos conforme a nuestra legislación...

En las condiciones del momento, lo esencial para el comité de súplica es el envío de los "emisarios de paz" a Santander, porque, a pesar de todo, ahí está el mayor peligro para la existencia de la dictadura. Y es así como, en vísperas de Peralonso, los Generales Rafael Camacho y Celso Román y el doctor Lucas Caballero, llegan a Pamplona "como comisionados del Directorio Liberal de Bogotá... Con comunicaciones expresas del doctor Aquileo Parra..." para el General Benjamín Herrera. Pero tan eminentes "emisarios de paz" solo entran en contacto con los liberales en armas después de Peralonso. Y las cosas han cambiado tanto, que Directorio civilista, Arzobispo Primado, Vicepresidente Marroquín y Ministro ecuatoriano se borran en el paisaje de la guerra, y Camacho y Román se ciñen sus espadas, y el propio doctor Caballero, civilista de cepa pero liberal emotivo, entra al campamento del Generalísimo Vargas Santos y se queda ahí hasta después de Palonegro cuando se muda al del General Herrera hasta el Tratado de Paz de Wisconsin.

El entusiasmo liberal con el triunfo de Peralonso desencadena nuevas energías - El frente principal se paraliza - Las contribuciones de guerra y el papel moneda - La histórica batalla de Palonegro.

La guerra se produce en oleadas, y éstas en forma desigual, agitando con mayor violencia algunas regiones, pero conmocionando todo el país. Y debemos aclarar aquí apreciaciones ligeras que suelen hacerse tales como que “en Antioquia no hubo guerra”, en el Cauca “solo escaramuzas”, etc. Es evidente que la guerra adquiere su mayor caudal, la plenitud de su viejo estilo y el más elevado costo de vidas en el antiguo Estado de Santander. Pero la oleada persiste más, se trenza y hace epicentro en el Tolima Grande, donde pasa inclusive los límites de la más ruda violencia. En los departamentos de la Costa Atlántica y el Istmo de Panamá, el oleaje cuaja espacios de tiempo y zonas geográficas dramáticamente. En Cundinamarca y Boyacá, la guerra tiene el carácter de la lucha de guerrillas con oleajes encontrados que suben y bajan pero no se extinguen.

En el antiguo Estado del Cauca hay quienes miran solamente los campos de batalla de Calibío y Sotará. Pero esta visión se reduce a Popayán y sus cercanías. En realidad, lo que ahora es norte del Cauca y sur del Valle, fue región de luchas permanentes de ejércitos conservadores y guerrillas liberales; en la costa del Pacífico, Tumaco y la faja del Chocó arden constantemente los focos bélicos; en el norte —ahora del Valle—, fusionando la acción con el suroccidente

de Antioquia —ahora de Caldas—, la guerra tiene periodos de la mayor violencia, sobre todo en la región quindiana.

Al estallar la insurrección, el liberalismo antioqueño se hallaba virtualmente emparedado: de un lado por la influencia civilista que ha ganado a la gente de ascendencia en las masas inconformes, y del otro por la política mañosa de los "históricos" que tienen allí precisamente a sus máximos jefes en el General Marceliano Vélez y en la casta de los Ospina. Sin embargo, la gente rebelde sale al campo: de Medellín, Barbosa, Guarne, Rionegro, Concepción, Retiro y otras cunas liberales. Cerca de Guarne se produce la primera escaramuza; por el camino de Santo Domingo, a nueve leguas de Medellín, los liberales asaltan la escolta y los equipajes del General Ricardo Lesmes, Comandante en Jefe de las fuerzas de la dictadura en Antioquia. Con entusiasmo pero con poca organización y pocas armas, los jefes liberales Tolosa y Mejía se comprometen en desigual combate en la población de Betulia, pensando hacer de la acción triunfante bandera de la guerra en el antiguo Estado: ¡Algo como su Peralonso! Pero pierden el combate. Y como se hablara entonces de la fiera lucha en el Tolima, en Santander y en Bolívar, los combatientes antioqueños bajan a las laderas del río Magdalena, encienden guerrillas en diferentes sitios, y siguen los grandes frentes de guerra.

Es evidente que la salida de los rebeldes del interior de Antioquia hacia otros departamentos, es un error de los comandos. Porque los conservadores que no ven la guerra ahí, convierten a la población de la Montaña en proveedora de carne de machete y fusil para todo el país, en campo de reclutamiento y servicio

forzoso en las filas de la dictadura. ¡Y qué métodos de reclutamiento! En los días de mercado público, en las pequeñas y medianas poblaciones, las fuerzas oficiales ponen sitio sorpresivamente a las plazas; cierran los caminos y las calles y atrapan a los hombres capaces de portar fusil; decomisan las cabalgaduras y los productos alimenticios... Sin embargo, en las regiones limítrofes entonces del Cauca, la guerra se sostiene hasta su final, con alternativas de mayor o menor intensidad. Con acciones que van desde los frecuentes asaltos y toma de Pereira por el Capitán Villa, hasta las ráfagas de machete dirigidas por el temible General Echavarría en Armenia. De Marmato sale el intrépido General Ramón Marín con sus mineros para batirse en el Tolima; de Pereira, con su brava gente, el General Aristóbulo Ibáñez, uno de los grandes jefes liberales de la guerra...

Entusiasmado el liberalismo del país con el triunfo de Peralonso, desencadena la nueva oleada de principios de 1900. En el Tolima, Chaves que regresa con Ibáñez, y luego Marín; Fernando Gaitán, Cesáreo Pulido y Guillermo Vila, procedentes de Cundinamarca, que unidos a Barón, a Caycedo y otros jefes, sostienen bravamente la guerra. En febrero se enciende de nuevo la lucha en el departamento del Magdalena, al llegar a Riohacha el General Durán con parte de las armas adquiridas por Villar, meses antes. Pero la clave de la guerra está en Santander. ¿Qué hace el ejército unido del Generalísimo Vargas Santos? ¿Cuál es ahora la estrategia de la guerra, su plan táctico?

* * *

¡Y he aquí que la guerra se pierde precisamente a raíz de la inmensa victoria de Peralonso! Porque,

ni los jefes vencedores allí: Uribe, Herrera, Durán, Soler, Leal, Hernández, López y Rodríguez persiguen al enemigo y lo aniquilan rápidamente, en ruta hacia Bogotá, bajo su entera responsabilidad, ni Vargas Santos permite caer él cuando apenas se cura de miedo y reconstruye en las márgenes del Chicamocha, al pie de la Cordillera Oriental. ¿Por qué suceden las cosas así? ¡Ah! Porque los bravos generales están ilusionados en un "pronto tratado de paz que ha de reconocerle al liberalismo" los puntos esenciales de su programa. Esta ilusión aumenta sus alas después de Peralonso, como lo prueba el absurdo telegrama del General Uribe fechado el 22 de diciembre en Cúcuta y la cerrada y también absurda actitud del Generalísimo Vargas Santos inmovilizando su poderoso ejército, se afianza cuando los "emisarios de paz", Camacho, Román y Caballero informan sobre los últimos giros de la política de grupos de la capital, y cuando Vargas Santos, Herrera y otros jefes se inclinan del lado del Directorio civilista de Bogotá, rompiendo toda unidad con Uribe y sus amigos que lo siguen repudiando.

Los políticos liberales en campaña entienden que la entrada en masa de los "históricos" a los cuarteles de la dictadura, sería entendida por esta dictadura, correctamente, no como adhesión sino como maniobra, y en tal situación, la dictadura podría hacer una contramaniobra, "negociando la paz" con los liberales para obtener su respaldo y afianzarse en el poder, y devolver a los "históricos" —quizás reducidos— a su condición de camarilla disidente. Pero la dictadura, en realidad, piensa aprovechar bajo suave pero inteligente control a los "enemigos internos", para resistir el empuje de la rebelión. Este pensamiento de la

dictadura encarna su política, y de ahí la insolencia del telegrama de Sanclemente en respuesta al de Uribe; y de ahí también que Uribe y Herrera perciban, entre nubes, la situación y quieran —cuando Vargas Santos lo impide— lanzarse al Chicamocha, cruzar la cordillera y presionar sobre Bogotá...

El Directorio civilista que ha querido prestarle un gran servicio a la dictadura, al través del Arzobispo Primado, del Vicepresidente Marroquín y del Ministro ecuatoriano, y que obrando en tal sentido ha enviado a sus "emisarios de paz" a los campamentos, sabe perfectamente el pensamiento de los "históricos", que consiste, ahora, en conspirar por dentro, es decir, en hacerse a posiciones decisivas para dar su golpe de cuartel y subir al poder al Vicepresidente que pasa por "histórico", amigo de la paz y de las reformas liberales. ¿Cómo no podría el Directorio civilista simpatizar con el propósito de los "históricos", si por ahí se "llegaba" a un pronto tratado de paz, hecho por voluntad de los eximios jefes civilistas y como vigorizante de su política?

El pecado de los jefes civilistas no consiste aquí solamente en su deseo de hacer combinaciones con la camarilla aspirante —sin romper con la gobernante—, sino en creerles a los "históricos" sus promesas sin examen ninguno de la relación de las fuerzas que les llevarían al poder; sin enfoque de la política de guerra y los intereses de clases y de grupos que se hallan en juego; sin el menor sentido de la experiencia histórica: bajo la pura fantasía de que una parte del conservatismo, hecha gobierno, serviría al liberalismo en contra de la otra parte. De todos modos, estos civilistas que juzgan a los "históricos" por la mentalidad de algunos literatos pacifistas, como

Carlos Martínez-Silva, obrando concretamente como auxiliares del conservatismo, paralizan el ejército del Generalísimo Gabriel Vargas Santos.

Esta parálisis de la espera al "pronto tratado de paz", espera condicionada al golpe de cuartel de los "históricos", inmoviliza al poderoso ejército liberal durante los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1900, esto es, lo suficiente para debilitarlo por deserciones, laxitud y aflojamiento de la moral política y militar que ocasiona la inanición en tropas voluntarias. Y, lo que es mucho peor, lo suficiente para que la dictadura y sus cordiales enemigos internos, pasaran el miedo de Peralonso, reconstruyeran sus filas y reclutaran carne de machete y de fusil en todo el país hasta completar 40.000 hombres en armas, y concentrar la mitad de ellos precisamente en Santander...

* * *

Mientras tanto se inunda el país de papel moneda. La crisis económica devora de hambre a los pobres, al punto de que muchos de ellos se van a los cuarteles y campamentos a servirle a la dictadura por la misera ración. Los estrategas del poder hacen política fiscal terrorista contra los departamentos de mayor actividad guerrera, como se observa en la distribución de las contribuciones forzosas de diciembre de 1899, por decreto 582 que dice:

Establécese una contribución de guerra por cinco millones de pesos, la cual se distribuirá entre los departamentos de la república, así: Antioquia, \$ 250.000; Bolívar, \$ 300.000; Boyacá, \$ 550.000; Cauca, \$ 150.000; Panamá, \$ 50.000; Santander, \$ 1.500.000; Tolima, \$ 600.000; Cundinamarca, \$ 1.500.000; Magdalena, \$ 100.000. Parágrafo. Los

gobernadores de departamentos distribuirán la contribución entre los simpatizantes, autores, cómplices y auxiliares de la rebelión.

¡Los recaudadores de éstas que son frecuentes contribuciones de guerra, ganan el diez por ciento de comisión, como don Julio Betancur en la de dos millones que Núñez le impuso a los liberales de Antioquia en 1885!

Y mientras pasa el tiempo, las fuerzas del Generalísimo Vargas Santos se ven ahora sí, cortadas realmente de todo posible avance hacia Boyacá y Cundinamarca; reducidas cada vez más al norte del antiguo Estado de Santander, y sus jefes envueltos en una tensa atmósfera de rivalidades políticas y militares. En estas condiciones, el Director Supremo de la Guerra decide abrirse paso hacia el interior del país. ¡Pero es ya demasiado tarde! Frente al ejército liberal que apenas sube a 7.000 unidades, está el conservador con 18.000 al mando del General Próspero Pinzón. Y luego de combates parciales, en movimientos tácticos de norte a sur, se acercan los ejércitos a la ciudad de Bucaramanga... ¡Y, en el campo histórico de Palonegro, a las tres de la tarde del día once de mayo de 1900, se abren los fuegos de la más grande y sangrienta batalla de América!

Palonegro no es un campo escogido por los liberales y por consiguiente no podían tener un plan de disposición de la batalla, previamente elaborado. Es un lugar de confluencia de dos caudales humanos que venían en forma paralela. Con todo, las fuerzas conservadoras ocupan las mejores posiciones, y gracias a ello y al número superior de combatientes con mejores armas, las avanzadas liberales son diezmadas en las primeras acometidas. "Los liberales —escribe

el historiador Joaquín Tamayo— improvisaron fortalezas en la punta de los montes, que dominan el llano, y desde allí —sostenidos con ardor— resisten el fuego del enemigo en condiciones inferiores. Solo así se explica que 7.000 hombres hicieran frente a 18.000, teniendo el triunfo entre sus manos. El error de táctica del Generalísimo Vargas Santos no fue el aceptar la batalla en esas condiciones; fue, una vez empeñada, economizar soldados”.

Por los estudios críticos que conocemos; por el estilo de combate, la duración y su final, parece de toda evidencia que no hay en Palonegro ningún estratega en el comando, ningún táctico que demuestre genio militar. Inclusive tiene esta hecatombe más el carácter de un duelo a muerte entre rivales que parten el sol para dar testimonio de su varonía, que lid donde se mide el ingenio militar, la ciencia de la guerra. No pensamos como el señor Tamayo, que Vargas Santos tuviese la opción de aceptar o no la batalla “en esas condiciones”, porque el proceso inmediatamente anterior demuestra que ella se impone por la fuerza de los hechos que constituyen precisamente ese proceso. Acogemos la crítica en cuanto al error de economizar soldados”, pero la explicamos. Porque dicha simplemente así, parece absurda, puesto que todo jefe debe economizar sus soldados. Lo que sucede es que Vargas Santos no ve la batalla como campo de acción y maniobras simultáneas que pudiesen decidir la victoria con un esfuerzo total, oportuno, sino como una hoguera que consume vidas de combatientes, y arroja su gente a esa hoguera en contingentes sucesivos, creyendo, posiblemente, que los conservadores se acabarían primero. Y, obrando así, “el 12 mandó la División Arcila; el 13, cuatro batallones de

Uribe Uribe; un día después a Herrera; luego a Cortissoz; más tarde a Eugenio Sarmiento, hasta agotar las reservas. El adversario respondió a estos asaltos con batallones frescos; mil soldados de rifle a los quinientos macheteros que enviaba el Generalísimo de la Revolución”.

El día 13, tercero de la batalla, Uribe y su intrépido ayudante el General Soler; Herrera y sus mejores hombres, “sacaron fuerzas de heroísmo, y con arrojo encabezaron las célebres cargas de macheteros, desbaratando las columnas enemigas... Pinzón opuso a esta furia sus batallones veteranos... los machetes subían y bajaban quebrando huesos... Avanzaron las huestes revolucionarias mientras tuvieron hombres a su frente; la contienda adquirió entonces aspectos grandiosos, pese a la carnicería horrenda; el triunfo liberal parecía innegable. Sonaron los clarines y de las toldas de la revolución se alzó un canto de victoria... Resonaban las descargas de los fusiles en retirada, las cornetas y los tambores. A las seis de la tarde el ejército de Pinzón, casi derrotado, estuvo a punto de entregar el campo; una hora más y habrían ganado los revolucionarios. La obscuridad salvó a los otros... Los gramalotes (fanáticos furiosos de la población de Gramalote), al mando del General Enrique Arboleda, cargaron en fila cerrada... los liberales sin cápsulas —perenne y dolorosa tragedia de su destino— aflojaron el paso, dispersándose como hojas barridas por el viento. Pinzón se retiró a descansar. Hombre de religiosidad profunda, esclavo de la disciplina, modesto, tímido, no inspiró a sus soldados verdadero entusiasmo. Pequeño de cuerpo, valeroso... con frecuencia, en medio del combate, se ale-

jaba a oír misa por parecerle, como a muchos de sus generales, que la Divina Providencia era su aliada...".

Y, sin ceder los cerros de Palonegro, el ejército liberal diezmado, desprovisto de pertrechos y escaso de alimentos, sostiene la batalla quince días con sus noches, frente a un enemigo varias veces superior, que además recibe constantes refuerzos de tropa, pertrechos y provisiones de boca. Pero el día 26 se ordena el repliegue, por la trocha de Los Angeles, en dirección a Ocaña, sin que nadie se atreva a perseguirle. "Esa marcha —escribe el historiador Tamayo— por medio de los bosques tuvo un desenlace inesperado. De hambre, fiebre amarilla, cansancio y viruela perecieron en la trocha cientos de soldados... El 6 de junio el General Uribe entró en Ocaña..." Y restos del que fuera poderoso ejército liberal, siguen con Uribe a los departamentos de Bolívar y Magdalena, Herrera sale en misión especial a Centroamérica. El General Foción Soto emprende operaciones de guerrilla por las regiones de San Vicente de Chucurí en donde pierde un encuentro con el enemigo y cae prisionero...

* * *

Después de Palonegro la guerra adquiere los caracteres de la peor barbarie. Los conservadores envaionados se convierten en chacales. Y muchos caudillos liberales se transforman también en fieras. Se abre un período cuando no hay ejércitos en el sentido de la guerra, sino "partidas de hombres en armas"; guerrillas liberales de coraje y pandillas de fanáticos mandadas por inquisidores. ¡Ni se pide ni se da cuar-

tell! Chozas campesinas y pequeños poblados se consumen en las llamas de las peores venganzas; se arrasa la tierra y se llevan de calle los más hondos sentimientos humanos...

La ola de la guerra se crece en los departamentos de la Costa Atlántica, cuando Uribe y Durán operan en estos territorios. Pero los conservadores, casi libres en Santander descargan sobre los valles de Bolívar su mayor peso a fin de aniquilar las fuerzas de Uribe, quien así se ve forzado a replegarse al Magdalena, hasta llegar a Riohacha, precisamente cuando ya se habían consumado allí diversos hechos funestos para la causa de la revolución:

Primero. Las fuerzas del General Durán, luego de una serie de triunfos en Valledupar, contramarchan a Riohacha y pierden en este puerto precioso tiempo en espera del armamento que debía traer el General Siervo Sarmiento de Inglaterra. Segundo. La fiebre amarilla y otras epidemias diezman implacablemente al ejército liberal de la región. Tercero. Llega, al fin, el armamento esperado, pero en seguida enferma y muere el General Sarmiento, víctima de la terrible fiebre. Cuarto. Un barco blindado, construido en Londres especialmente para operar contra la flotilla de la dictadura en el río Magdalena, y otro auxiliar, después de realizar expediciones de entrenamiento y capturar un barco enemigo y varios prisioneros de importancia, son sacados de aguas colombianas por su comandante (un aventurero mexicano) y entregados al gobierno venezolano. Quinto. El fracaso del plan para tomar a Santa Marta, a causa de la mala coordinación de las fuerzas de tierra y mar, y de la traición del dicho comandante de las naves.

Riohacha se convierte, en este instante, en campamento de jefes, puesto que al lado de fuerzas que difícilmente suman las quinientas unidades, se halla un personal del alto mando de cincuenta o más, con veinte o treinta generales, entre ellos Vargas Santos, Uribe, Durán, Suárez Lacroiz, Eugenio Sarmiento, Ciro Pupo, Wenceslao y Joaquín Miranda... Naturalmente, se discute allí la situación, y se decide: 1. Dejar algunas guerrillas operando en la región, mientras un grupo de jefes se dirige a Maracaibo en busca de nuevos elementos de guerra y posiblemente a gestionar el rescate de las naves llevadas a ese puerto por el comandante aventurero; 2. Parte de la tropa cruza la frontera por la Guajira y se interna en territorio venezolano, en espera de nuevas condiciones para volver a la carga; 3. El General Uribe se marcha a Caracas y después a Washington, en busca de mayores recursos para la guerra...

Los "históricos" dan su golpe de Estado - El señor Parra y sus amigos son miserablemente burlados por los nuevos dueños del poder - El terror blanco como política oficial de guerra. La Iglesia y el reinado marroquinesco.

Al terminar el año de 1900, excepción hecha de algunas regiones, la ola de la contienda ha bajado. Pero esta vez no debe atribuirse el hecho solo a las derrotas liberales en los campos de batalla, sino también y principalmente a la política de maniobras "pro-paz" que aprovechan los "históricos" para tomarse el poder y engañar a los jefes civilistas, quienes

a su turno difunden la ilusión y debilitan la capacidad combativa del liberalismo.

El 31 de julio de 1900, cuando ya la camarilla "histórica" es dueña de las posiciones decisivas dentro de la maquinaria de la dictadura, obrando en buen entendimiento con los jefes civilistas, asesta su golpe de cuartel: se toma el poder, desconoce al señor Sanclemente como a "Jefe de Estado" e impone al Vicepresidente Marroquín... No es preciso relatar aquí el episodio de los matreros que llegan al "gobierno" por los métodos de la conspiración. Bástenos saber que son de la misma familia conservadora que habla misticamente del "principio de autoridad", de las "leyes superiores de la moral", y que para su golpe han corrompido tan hondamente a sus cómplices, que solo el "gobernador" de Bolívar rehusa servir a los nuevos amos, y que solo un militar: el General Juan E. Ramírez, cuelga su espada. El General Perdomo, uno de los prohombres del "nacionalismo", vacila un poco pero se queda de verdugo oficial...

El golpe de Estado, tramado por los "históricos" desde la "elección" de Sanclemente y perfeccionado al través de un proceso de suyo accidentado, tiene razonables simpatías en capas anchas de la población, porque ha sido disfrazado con la rama de oliva de una paz decorosa para los liberales en armas y la consigna de satisfacer el anhelo nacional de algunas reformas democrático-burguesas. Y es justamente por este disfraz que un hombre eximio pero ingenuo como el ex Presidente Aquileo Parra se convierte en freno del liberalismo que lucha en los campos de batalla, para que suba al poder la camarilla "histórica" que en seguida ha de burlarse de él. Ahí está el informe del señor Parra, publicado por el

doctor Rodríguez Piñeres en el capítulo IX de su libro *La revolución de 1899*, y que así empieza:

“Después de despachar para los campamentos liberales de Santander, Boyacá y Tolima los comisionados que debían llevar copia de la comunicación que con fecha 3 del presente mes de agosto me dirigieron los señores ministros del despacho ejecutivo, General Guillermo Quintero C., doctor Carlos Martínez Silva y doctor Miguel Abadía Méndez...” Estos ministros, en su comunicación al señor Parra, tratan de iniciar conversaciones sobre la paz, recordándole muy gentilmente, que tales eran sus “compromisos solemnes”. Pero el nuevo “Jefe de Estado”, señor Marroquín, desautoriza a sus ministros, y las cosas quedan donde estaban antes de la noche del 31 de julio. El ex Presidente Parra reclama inútilmente el cumplimiento de los “compromisos solemnes”, y termina por salirse del tinglado de la farsa “histórica” para entrar a la soledad de sus últimos días... Mientras tanto, Marroquín se entrega en brazos de un grupo conservador cavernario que comanda el Director Nacional de la Policía General Aristides Fernández, que tiene como divisa: “¡Acabar con los liberales!”

Este grupo de fanáticos exterminadores, que no es en realidad “histórico” ni “nacionalista” sino el detrito de la violencia conservadora, imprime a la política oficial la orientación del terror y los métodos propios de la Inquisición. Como antes del 31 de julio, se trata a los liberales en armas de simples “bandoleros”, de “malhechores en cuadrillas” a quienes se exige rendición sin condiciones como lo hacían los romanos con los cartagineses. Pero ahora peor que antes, porque la pandilla dictatorial implanta la guerra a muerte para los liberales en armas y la extor-

sión para la población civil sospechosa siquiera de simpatizar con los rebeldes. Las horcas y los banquillos se alzan en los pueblos y veredas; los hogares de los liberales quedan a merced de las bandas azules.

Y la paz que fue posible, inclusive anhelada y esperada ya por amplias zonas del pueblo ilusionadas con el "cambio de gobierno", sufre un terrible fracaso. Palpado el engaño de los "históricos" y recibiendo ahora los golpes del terror organizado y dirigido por el inquisidor Aristides Fernández, los jefes liberales revolucionarios extraen energías nuevas de las masas y hacen frente a la nueva situación, aplicando, en muchos casos la antigua ley del Talión: "ojo por ojo, diente por diente", por una vida otra vida o más. El cuartelazo de quienes se decían "luchar por la república cristiana", resultó en realidad lo peor que podía sucederle al país. Y la Iglesia lo mira mal en un principio, pero no lo condena. El Nuncio del Papa quiere que se le repudie porque es partidario de los "nacionalistas", no por defender la "legitimidad" ni "el principio de autoridad" como emanación de la "Divina Providencia", ni porque tenga en cuenta las normas que indicara el Pontífice León XIII "acerca del origen y transmisión del mando". Pero nada pasa. El reinado marroquinesco —como dijera el señor Caro Tobar—, se afianza en las bayonetas, y la Iglesia se acomoda en él como en cojines de seda...

El General Uribe hace un sondeo de paz - El terrorismo en ascenso - El cáncer de la miseria devora el país - Un puente oficial con los jefes civilistas.

En abril de 1901 arde la guerra en hogueras que parecen propias de sus respectivas regiones. Otra vez

Santander y ahora Casanare. Cundinamarca y Boyacá, en pie. Las costas de los dos océanos empiezan a moverse nuevamente. El Tolima es el epicentro. Sin embargo, no se puede hablar de una gran ola revolucionaria en ascenso todavía; ni de sincronía en la acción, ni de un plan vertebral en la nación. En estas condiciones, Uribe que ha viajado en busca de elementos de guerra y que no los encuentra inmediatamente, se conecta en Nueva York con el jefe conservador pacifista Carlos Martínez Silva (ex Ministro de Relaciones del primer gabinete de Marroquín) y por su conducto hace un sondeo de paz. Uribe razona así: "...el Gobierno es impotente para debelar la revolución, pero la revolución impotente para derribar el Gobierno. Hace mucho tiempo que la campaña está limitada a un infructuoso tejer y destejer de operaciones, y a un tomar y dejar territorios que a nada conduce". El General propone, en síntesis, "la suspensión de hostilidades", desde luego sobre la base de un tratado decoroso. Pero la dictadura, engreída, soberbia, se abstiene de considerar este paso del jefe liberal hacia la terminación de la guerra, como se abstiene, también, poco después, de considerar la oferta especial de paz hecha por el General Herrera, cuando regresa al país y reabre el frente de operaciones en la costa del Pacífico y ocupa en brava lid el puerto de Tumaco.

Mientras tanto, el grupo cavernario dueño del poder entrega las regiones conmocionadas por la guerra a discreción de sus bandas, y al patíbulo y la horca a los liberales en armas. Véase si no el decreto del 14 de enero de 1901, que luego de furiosos "considerandos", dice:

Artículo primero. Los ejércitos del Gobierno que ocupen las provincias sublevadas, vivirán en ellas de los bienes de los desafortunados al Gobierno. Segundo. Los jefes de guerrillas que dentro de treinta días no depongan las armas... serán considerados como autores de robo en cuadrilla de malhechores...

“Pero las amenazas —escribe el historiador Tama-yo— no rindieron a los guerrilleros. Con este decreto y los atropellos ejecutados en todo el país, el Gobierno del señor Marroquín, difundió la revolución”.

Los Generales Barón y Marín escriben páginas de “tremenda grandeza en la historia de 1901, en los campos de sangre del Tolima. Era el regreso a la prehistoria. En los pajonales de Flandes, en el campo de ‘La Rusia’, a orillas del Coello, en los alrededores de Girardot o en las cercanías de Ibagué, el subir y bajar de los machetes, el olor de la pólvora, las blasfemias y los cantos...”. La dictadura quiere la guerra de exterminio, y el 18 de febrero expide el monstruoso decreto sobre consejos de guerra verbales, que sin embargo solo se aplica para exhibiciones de atemorización pública, dado que los jefes conservadores de cualquier grado ejecutan a sus prisioneros sentados en los barrancos, contra los troncos o colgados de las ramas de los árboles, sin dejar constancia de ello: ¡Como si murieran en batalla!

* * *

Consumado el engaño de los “históricos” y erigido el grupo cavernario de Aristides Fernández en vanguardia terrorista de la dictadura, los Gobiernos de Venezuela, Ecuador y Centroamérica afianzan sus simpatías por el liberalismo colombiano. En estas condiciones, reaparece el General Uribe en territorio

venezolano preparando su marcha de regreso al país... Como es obvio, la camarilla oficial de Bogotá se alarma, y procede a reclutar fanáticos de todo pelo, que concentra en Cúcuta; organiza allí un ejército y lo pone bajo el mando de un aventurero venezolano conocido como General Rangel Garviraz, para que marche —sobre pretexto de alzamiento contra el gobierno de Caracas— a impedir la marcha de Uribe. Y realmente choca con éste en San Cristóbal en singular combate que gana el caudillo colombiano. La caverna, temerosa, queda esperando a que asomara el caudillo vencedor en Cúcuta. Sin embargo, apunta por los Llanos Orientales, en una brillante pero difícil campaña dirigida al interior del país. El plan del famoso héroe de Peralonso, de Terán, de Gramalote, Palonegro y cien batallas de valor y de audacia, debió ser el de fortalecerse en Casanare y arrancar de allí definitivamente por la ruta de los libertadores. Pero la dictadura, fuerte militarmente, le sale al paso con fuerzas muy superiores y le vence sus 2.000 combatientes, cerca precisamente de la Cordillera Oriental: alejándose así la última posibilidad, en esta guerra, de crecer y combinar fuerzas rebeldes que pudieran terminar con la entrada triunfal a Bogotá.

Conjurado el peligro de la ruta oriental, la dictadura no puede, sin embargo conjurar la tormenta en otros frentes. La crisis económica sigue devorando el país. El cambio del peso colombiano sobre el dólar norteamericano llega en junio de 1901 a 3.000 por ciento, y en agosto al 4.000. Los Generales Pedro Nel Ospina, Jorge Holguín y otros jefes azules, conspiran ahora contra Marroquín, su amigo de la víspera, y contra la pandilla de Aristides Fernández. Pero en septiembre cuando les fracasa un conato de complot,

los conspiradores son arrestados y después desterrados. Como se ve, la dictadura se hace odiosa a sus propios artifices. Pero el fracaso de los generales azules le ofrece a Marroquín la oportunidad de revisar su Gabinete, alejando de él a todo elemento sospechoso... Y es así como llega a la caverna oficial, precisamente el 12 de diciembre de 1901, el doctor José Joaquín Casas, especie de inquisidor mayor, con el título apacible de Ministro de Instrucción Pública...

El año de 1902 se inicia con la mayor violencia. El General Herrera se hace fuerte en la costa del Pacífico, y el 20 de enero bate, hunde, liquida al mejor militar de la dictadura en ese litoral, General Carlos Albán, en la bahía de Panamá; célebre combate en donde la nave de guerra "Almirante Padilla", del General Herrera, destruye en llamas de voraz incendio el "Lautaro", del General Albán. El General Mac Allister, Ruperto Aya y otros militares de coraje, cuajan la nueva oleada de las bravas guerrillas de Cundinamarca y Boyacá. Santander se rehace sobre las cenizas y vuelve a ser un baluarte del liberalismo en armas. El Tolima sostiene la más elevada temperatura de la violencia... Mientras tanto, la brutalidad de la política oficial de guerra se puede medir por esta muestra: Mac Allister, como muchos otros jefes liberales, gana combates y recoge prisioneros de categoría que no fusila pero retiene, naturalmente. Sin embargo, el chacal Fernández, a la sazón Ministro de Guerra, le hace la siguiente "prevención", con fecha 28 de febrero, y que dice:

Señor Juan Mac Allister...

Acabo de informarme que los presos políticos señores Coroneles Pantaleón Camacho, Moreno, García Padilla y Acuña fueron enviados por usted a las cárceles de Pore...

(región de dominio y gobierno liberal en Casanare). Prevengo a usted que si dentro del término de veinte días contados desde mañana primero de marzo, no estuvieren libres dichos señores... serán pasados por las armas los señores Emilio Angel M., Barrios, Zea y Celso Román quienes están actualmente presos en el panóptico y han sido notificados de la presente resolución.

Igualmente prevengo a usted que de la vida de los señores Camacho, Moreno, García Padilla y Acuña, y demás prisioneros del ejército nacional que están en poder de los rebeldes, me responden: la vida de los principales prisioneros de guerra que están en poder del Gobierno y la de los demás que se capturen, inclusive usted, en el curso de la campaña, y los bienes de todos los enemigos o desafectos al Gobierno.

(Fdo.), El Ministro: **Fernández**

Y que no se trata de baladronadas lo dicen —aparte de los ahorcados, degollados o abaleados por los jefes conservadores vencedores en asaltos, emboscadas y combates— los procesos de exhibición que llevan al patíbulo a intrépidos guerreros liberales: en Armenia (ahora Caldas), a Echavarría; en San Juan de Rio-seco (Cundinamarca), a Suárez Lacroiz, Vidal y Ledesma; en el Espinal (Tolima), a Pulido, Calderón, Barrios, Chaves, Mañozca, Pineda y Martínez; en Facatativá, a Salgado, y en Panamá y otros lugares de martirio a numerosos combatientes por la libertad.

* * *

El valiente General Tulio Barón muere en atrevido asalto a la ciudad de Ibagué convertida a la sazón en fortaleza de la dictadura. Pero el no menos valiente General Marín sigue flameando la bandera de la rebeldía popular por entre el humo de los combates en las tierras del Tolima. Los frentes de la guerra no se extinguen; al contrario, en 1902 resurgen nuevas

fuerzas de masas insurgentes y se alza una oleada más en la contienda: Uribe reaparece en la costa del Caribe, y los departamentos de Bolívar y Magdalena se convierten en una extraordinaria fortaleza roja. Herrera gana su primera gran batalla en Aguadulce (Panamá), y se crece en el Istmo...

Sin embargo, las perspectivas de la victoria total no están a la vista. Así lo entiende Herrera y, después de la victoria de Aguadulce, hace una nueva proposición de paz a la dictadura, que, soberbia y colérica, ni siquiera se la considera. El ejército unido de Bolívar y Magdalena no tiene en sus manos la llave del río grande para enrutarse al interior del país; el ejército unido del Cauca y Panamá está más lejos aún de una posible marcha suroccidental sobre las Sabanas de Bogotá. Lo único evidente, a juzgar por las posiciones de las fuerzas rebeldes y sus posibilidades inmediatas, es que la guerra podría prolongarse mucho tiempo. Este juicio lo marca en el terreno económico la presión del cambio que sube, por el mes de junio de 1902, al 6.900 por ciento, y por septiembre al 10.900. Y lo entienden perfectamente numerosos e influyentes personajes conservadores que cierran filas en una poderosa oposición a la camarilla del señor Marroquín... Y lo entiende el General Foción Soto (de los evadidos del panóptico de Bogotá el 8 de noviembre de 1901, de nuevo en campaña) que realiza gestiones de paz, al través del General González Valencia, empleando el mismo razonamiento que había empleado Uribe en abril de 1901. Dice Soto a González: "Posible es que usted crea que la revolución es impotente para derribar al Gobierno, pero a nuestro turno los liberales creemos que el Gobierno es impotente para debelar la revolución".

Claro que también la caverna entiende la situación, y su titular procede a reclutar eminencias grises del civilismo para construir con ellos un puente que le permita pasar al campo liberal y negociar la paz. Y con inspiración y ayuda de la dictadura, el 16 de mayo de 1902 aparece el periódico *El Nuevo Tiempo* que ha de servir de vocero a la política transitoria del puente. Este periódico disfrazado de liberal, fue, poco después, órgano abierto de publicidad del conservatismo, como sus redactores, pseudo-radicales, fueron a su tiempo conservadores contritos. El abogado de los civilistas —y civilista él mismo— doctor Rodríguez Piñeres, escribe a propósito del citado periódico, en *La revolución de 1899*, capítulo XII:

Fundóse *El Nuevo Tiempo* merced a franca inteligencia con el Vicepresidente Marroquín; la cual era necesaria porque, dado que a la sazón regía el estado de sitio, solo así podría contarse con que el periódico no quedaba sometido a censura previa (!) y, en fin, con que éste gozara de garantías... Naturalmente, el 23 de mayo (siete días después de fundado el periódico), el Vicepresidente Marroquín "recibe" el memorial del grupo de "eminentes" civilistas, en el cual se pide "un generoso y amplio indulto", para "obtener que los revolucionarios... depusieran las armas".

Como es obvio, el hidalgo y piadoso señor Marroquín acoge benévolamente el citado memorial, y en seguida expide el decreto de indulto del 12 de junio de 1902, que dice:

Concédese amplio indulto a todos los colombianos comprometidos en la revolución armada que tuvo principio el 18 de octubre de 1899; que se entreguen y entreguen también las armas y todos los elementos de guerra que tengan a su disposición. Los revolucionarios de los departamentos de Boyacá, Cundinamarca, Santander y Tolima, gozarán del indulto si se entregan y entregan las armas antes del primero de julio de este año; los de otros

departamentos y de Casanare antes del siete de agosto. Quedan exceptuados del indulto los cabecillas de expediciones organizadas en país extranjero para invadir el territorio de Colombia.

Las excepciones del anterior decreto tienen nombres propios: se refieren a los Generales Uribe, Herrera, Vargas Santos y Soto, a quienes la caverna "aspiraba —escribe el historiador Tamayo— a llevarles ante un consejo de guerra, dictar sentencia de muerte y confesarles por un padre jesuíta". ¡Pero la situación es de tal manera complicada para la caverna, que ni siquiera pudo gozar del placer de esa venganza!

Desde luego, las inteligencias oficiales y sus auxiliares no confían en la total eficacia del decreto de indulto, por lo cual publica el señor Marroquín una bien bruñida alocución de "concordia nacional", que toca la fibra patriótica de los más importantes jefes liberales en armas; remueve el problema del Canal de Panamá y subraya el interés del capitalismo norteamericano por hacerse a esa ruta. Como es del caso, el señor Marroquín invoca la necesidad de la paz y la unión entre los colombianos, bajo el signo de la soberanía nacional amenazada. En realidad, el titular de la caverna encubre en su alocución la intervención militar norteamericana, que, como en 1885, "se pide" de Bogotá para que intimide, y llegado el caso aplaste, la rebelión popular en Colombia, so pretexto de amparar "su ferrocarril", el Canal en excavación y la vida y los bienes de los ciudadanos extranjeros que nadie amenaza. Esta "patriótica" alocución y la presencia de marinos yanquis en tierras colombianas, allanan el campo a los tratados de paz. Porque la intervención militar norteamericana está realmente en su punitivo ejercicio desde fines de 1901: desde cuando los libe-

rales en armas que ocupaban a Colón fueron obligados a una parcial capitulación allí. Leamos lo que escribe a propósito el doctor Carlos Martínez Silva en su nota oficial del 6 de diciembre de 1901 (citado por el doctor Alfonso Romero Aguirre en su libro *Ayer, hoy y mañana del liberalismo colombiano*, página 53):

A mi llegada a Washington encontré ya muy despejada la situación del Istmo con la derrota de los rebeldes y la ulterior rendición de Colón... el Gobierno de los Estados Unidos prestó un auxilio muy eficaz y oportuno para restablecer el orden en la zona del ferrocarril y contribuir a la capitulación de Colón.

El Tratado de Neerlandia - La Caverna pretende fusilar al General Uribe - El formidable prestigio del caudillo - El ejército del General Herrera y el Tratado de Wisconsin - Conclusiones.

De todos modos, importantes jefes liberales del interior del país se acogen al decreto de indulto y depone las armas; otros no menos importantes se niegan a ello temporal o definitivamente. Vargas Santos y Marín, por ejemplo, sueltan las armas solo cuando los hechos les presionan; Ibáñez prefiere morir con su última guerrilla, y casi solo, perseguido como león herido, cae por fin cerca al poblado boyacense del Espino, asesinado en emboscada el 30 de octubre de 1902. En algunos casos se hacen convenios de paz e inclusive de amistad política como el firmado en Santander entre los Generales liberales Ricardo Jaramillo y Tirado Macías, y el General conservador Ramón González Valencia. El General Uribe aprovecha políti-

camente su favorable situación militar y concerta un tratado de paz tan amplio que suprime las excepciones del decreto de indulto y obtiene derechos y garantías que poco después se reafirman y amplían en el Tratado de Panamá. Uribe firma el mencionado Tratado con el Comandante en Jefe de las fuerzas conservadoras en la Costa, General Juan B. Tobar, el 24 de octubre de 1902, en la hacienda Neerlandia del municipio de Ciénaga del departamento del Magdalena. Y, antes de copiar lo substancial del texto, damos algunos datos sobre los efectivos del ejército liberal.

Este último ejército del General Uribe opera en el extenso territorio de los antiguos Estados de Bolívar y Magdalena y la Nación Guajira del mapa colombiano, esencialmente liberales y con vastísimos recursos. En estos territorios deponen sus armas 3.802 combatientes del Magdalena y 2.900 de Bolívar, es decir 6.702, fuera de los de cercanas regiones que salen sigilosamente para sus ranchos llevando consigo los fusiles. En la entrega de armas y municiones figuran: 4.800 rifles, 300.000 cápsulas y "diez cañones modernos con sus respectivas dotaciones". Algunos autores, apoyándose en la propia autoridad del General Uribe, dicen que las fuerzas del caudillo no pasaban de quinientas unidades. Seguramente aquí se trata de la gente que tenía en Neerlandia y no del conjunto de divisiones que mandaban sus ayudantes.

Veamos ahora el texto del Tratado:

1. Entrega y disolución de las tropas revolucionarias.
2. El delegado liberal hace constar que si aceptan entregarse, es por interés patrio.
3. Entrega de todas las armas y demás elementos de guerra. Los oficiales revolucionarios conservarán sus espadas, revólveres y bagajes.

El Jefe de Estado Mayor liberal viajará a las provincias a hacer cumplir el Tratado. El Gobierno se encargará del esmerado tratamiento de los enfermos y heridos liberales. 4. Los revolucionarios que se entreguen recibirán pasaporte y salvoconducto y auxilios de marcha hasta sus domicilios... Los auxilios de marcha hasta sus domicilios serán igual a la cuantía fijada a los militares del Gobierno. 5. También recibirán salvoconducto los civiles y particulares en el territorio dominado por la revolución, que lo soliciten, previa declaración de sometimiento al régimen conservador... 7. Los que depongan las armas no podrán ser perseguidos, ni juzgados, ni penados por el Gobierno... 8. Quedan suprimidas las excepciones del decreto ejecutivo número 933 de 1902... 9. Después de la firma del Tratado, el Gobierno pondrá en libertad a todos los prisioneros de guerra y presos políticos (50.000 aproximadamente)... 11. El Tratado comprende también a los liberales —revolucionarios o no— que estuvieren en el extranjero y quienes podrán libremente regresar al país. 12. Cesación del cobro de las contribuciones de guerra. 13. El General Uribe Uribe se dirigirá al General Benjamín Herrera y al General Aristóbulo Ibáñez y demás jefes que permanezcan en armas, excitándolos a que se acojan al Tratado y entren por el camino de la paz. 14. El delegado liberal confía en que el Gobierno cambiará la demarcación de las circunscripciones electorales y dará a los liberales participación en las corporaciones electorales. 15. Sobre los compromisos y promesas del Gobierno y lo que concierne a los liberales, quedará empeñada la fe pública.

* * *

Seis días después de ser firmado el Tratado de Paz de Neerlandia, o sea precisamente el 30 de octubre, día del asesinato del bizarro General Aristóbulo Ibáñez, el teólogo de levita —a la sazón Ministro de Guerra— José Joaquín Casas, ordena el fusilamiento de Uribe en cínico telegrama dirigido al General Tobar, y que a la letra dice: “Servíos disponer que inmedia-

tamente se juzgue a Uribe Uribe por un consejo verbal de guerra y que a la sentencia se le dé el cumplimiento sin contemplación alguna". Así se demuestra, una vez más, el desprecio que los herederos del régimen colonial tienen por los pactos firmados con el pueblo insumiso, por la palabra oficial, por la "fe pública empeñada", ¡y cómo la moral que les inspira sigue siendo la burla del tratado de paz con los Comuneros!

Pero la situación del país y de la caverna no es precisamente la más adecuada para una exhibición patibularia, y mucho menos en la ciudad liberal de Barranquilla y en la persona del caudillo más popular de su época. Los propios resortes de la agónica vida económica nacional entran en fuerte presión (por el temor de que se volviera ya no a la guerra sino al caos), que el índice oficial del cambio pasa automáticamente del 10.900 por ciento al 18.500 (Véase *La revolución de 1899*, del historiador Tamayo, página 219). Envuelto en esta atmósfera de la crisis general de la nación que ha impuesto los tratados de paz, y en presencia de las masas populares que rodean al caudillo liberal, el General Tobar que tiene sentido de la realidad y que además siente orgullo de su espada, se niega a cumplir la orden del Ministro inquisidor, en altivo telegrama, que dice:

He ganado la espada que llevo al cinto combatiendo lealmente en los campos de batalla; prefiero romperla sobre mi rodilla que mancharla con sangre mal derramada y la violación de la palabra que en nombre del Gobierno he comprometido.

Y, antes de llegar al Tratado de Paz de Panamá, damos algunos datos del prestigio popular del General Uribe, jefe vencido en la guerra pero que a pesar

de ello se ha crecido extraordinariamente por sus hazañas de temeraria audacia y su ejemplar tenacidad. Y lo hacemos porque Uribe ocupa un lugar especial en las masas trabajadoras de Colombia, como se verá en el siguiente volumen de la presente obra. Escribe en sus *Memorias* el doctor Julio H. Palacio:

Pocos días después de firmado el Tratado de Neerlandia, llegó el General Uribe Uribe a Barranquilla... El liberalismo de la ciudad lo recibió con grandes muestras de simpatía y acatamiento. Especialmente las clases populares, que le seguían a todas partes... una noche pasaba yo en coche por la llamada plaza de la Tenería, y tuve que desviarlo porque había tal aglomeración de gente que estaba paralizando el tránsito... Pero detúveme un instante para ver el gentío e indagar la causa de aquella imponente y callada manifestación. Pues era que el General Uribe Uribe había llegado en esos momentos a la casa de un vecino después de haber servido de padrino del bautizo de un niño en la Iglesia de San Roque, a cuya entrada se había formado, por los vecinos del barrio, una manifestación análoga, espontánea y fervorosa...

Político muy hábil en el cultivo de su prestigio, una vez firmado el Tratado de Neerlandia, Uribe no se marcha al extranjero ni se reintegra al "apacible hogar". Primero acude a los campamentos de los jefes liberales en armas para ayudarles a acomodarse a la nueva situación, y luego recorre el país explicando el final de la guerra. El académico de la Historia, señor Otero D'Costa, escribe:

Poco tiempo después desde el día en que se firmó el Tratado de Neerlandia, peregrinaba el General Uribe en gira política por sus tierras de Antioquia, y en el efusivo homenaje que se le rindió en Rionegro, dijo el gran caudillo estas profundas palabras:

"Pues siempre fue buena máxima de guerra la del General Santander: hacer lo contrario de lo que el enemigo desea. Y si tenemos el indicio de que nuestros adversarios

no quieren la paz, declarémosles la paz...” Y pocos días después, cuando el liberalismo de Manizales rendíale plebiscito... dijo: “Repito la salutación a mis adversarios y les dirijo la frase de Cristo: Mi paz os doy, la paz os dejo, la paz sea con vosotros... Pero dirigiéndome a los liberales, siento la necesidad de explicarles, que la paz que yo predico no es la paz a todo trance, no es la paz sin dignidad, no es la paz de los cobardes quienes a toda hora están listos a sacrificar el honor al reposo y que permanecen impasibles ante las afrentas...”

* * *

Veamos ahora el final de la guerra en Panamá, donde el General Herrera se había afianzado en la batalla naval del 20 de enero; en las dos espléndidas victorias de Aguadulce; en su marcha triunfal sobre la provincia de Veraguas, y en su movimiento hacia el ferrocarril que amenaza simultáneamente las ciudades de Colón y Panamá, en las costas de los mares Atlántico y Pacífico. Hay quienes consideran: 1. Que permaneció Herrera más tiempo del necesario en el Istmo; 2. Que, sobre la experiencia de 1885 y la presencia ahí de los marinos yanquis, el movimiento hacia la línea del ferrocarril y las ciudades terminales (que le “pareció de simulación” a Julio H. Palacio) no podía sino servirle el plato a la intervención, aunque luego hubiese replegado su gente hasta 160 kilómetros.

No está en nuestra tarea la de hacer el análisis crítico de cada aspecto de la guerra. Sabemos que al liberalismo le hizo falta una mayor atención al sur del país, al histórico antiguo Cauca que no tuvo en esta guerra, pese a sus actividades regionales y a la formidable expedición, que procedente del sur del Tolima (ahora Huila) y cruzando heroicamente la

Cordillera Central, se estrella en las puertas de Popayán, en la batalla de Calibío, un movimiento vertebado y con él un gran ejército como en los tiempos de Obando y de López, y que Herrera, por más de una razón, era el jefe indicado para llenar ese vacío.

Pero, tomando las cosas objetivamente, el General Herrera se detiene en las puertas de las ciudades claves del Istmo, ante los cañones de la flota de guerra norteamericana y los fusiles de la infantería que las "protege" a solicitud de la dictadura cavernícola de Bogotá. ¿Volver sobre los pasos, internarse en las provincias; pasarse al Cauca cuando el reinado marroquinesco podía echar ya contra él todas o casi todas sus fuerzas? Y, he aquí que una frase de origen posiblemente francés, traducida a buena prosa tres años antes por el doctor Nicolás Esguerra y ahora configurada perfectamente: "la patria por encima de los partidos", sirve de muelle para subir al Wisconsin y firmar allí el tratado de paz. Naturalmente, gracias a los "buenos oficios" y "aceptada meditación" del jefe de las fuerzas armadas de ocupación, Contralmirante Silas Casey.

Y así, en condiciones impuestas por las fuerzas extranjeras de ocupación y cargada atmósfera de maniobras políticas de la caverna sumisa al poderío yanqui, se firma el 21 de noviembre de 1902 el tratado de paz, no en la tierra firme de la patria colombiana sino "¡a bordo del buque Almirante 'Wisconsin', de la armada de los Estados Unidos!".

Evidentemente, este Tratado del "Wisconsin" acoge, ratifica y en algunos aspectos amplía el de Neerlandia, en forma que casi cubre las exigencias del programa liberal mínimo de ese momento. Una síntesis es la siguiente:

1. Declaración solemne del Gobierno de restablecer el orden público en la república. 2. La libertad inmediata de todos los prisioneros de guerra y presos políticos. 3. Cesación del cobro de las contribuciones de guerra. 4. Amplia amnistía y completas garantías para los que estuvieron en la revolución y cancelación y anulación de todos los juicios por responsabilidad política. 5. Exclusiva competencia del poder judicial para promover y hacer efectivas responsabilidades por delitos comunes. 6. Incorporación en los derechos y obligaciones que confiere e impone el Tratado, de todas las fuerzas revolucionarias que haya en la república y de las personas que dentro o fuera de ella y quieran acogerse a él. 7. Convocatoria a elecciones para el Congreso, debiendo el Gobierno comprometerse a que se efectúen con pureza y legalidad, se trate sobre la negociación del Canal de Panamá, reforma a la Constitución y reforma del sistema monetario para valorizar el papel moneda. 8. Reconocimiento de la autoridad del Gobierno por todos los que estuvieren en armas contra él. 9. Entrega de todos los elementos de guerra, entre ellos el vapor "Almirante Padilla"... 11. Expedición de pasaportes y auxilios de marcha para los que entreguen las armas. 12. Los jefes y oficiales conservarán sus espadas, revólveres y bagajes. 13. Buen tratamiento por parte del Gobierno a los enfermos y heridos.

(No disponemos de los datos sobre ejército y armas de que disponía el General Herrera en el Istmo de Panamá, y tampoco de cifras sobre las gentes y elementos de guerra que tuvieron los frentes más activos de la revolución en Santander, Boyacá, Cundinamarca, Casanare, Tolima, etc., en el momento de los tratados de paz).

Una vez firmado el Tratado de Paz del Wisconsin —con la natural explicación de la importancia del punto séptimo para el Gobierno de Washington— la camarilla oficial interferida de Bogotá, estaciona en Panamá fichas políticas y militares adecuadas para que un año después, sumisamente y por soborno, entreguen el departamento colombiano del Istmo a la

voracidad del imperialismo yanqui... Capítulo que vamos a tratar en el siguiente volumen de la presente obra. Por ahora, permítasenos hacer algunas conclusiones, en parte apenas explicativas, de la presente entrega.

* * *

Primera conclusión. No conocemos cifras sobre el costo en vidas y bienes de la guerra de 1899, que deben considerarse exhaustivas para un país poco poblado y pobre, en general. El costo de las guerras civiles anteriores, citado parcialmente en diferentes lugares del presente volumen, ha sido llevado en índices de 1830 a 1895, inclusive, pero sin suficiente análisis crítico. Veamos, sin embargo las cifras: *El Cronista*, de Panamá, reproduce tomado de un periódico de Bogotá, la síntesis siguiente de los principales estragos visibles, que han hecho a la vida y propiedad de los colombianos las incesantes guerras domésticas:

AÑOS	Muertos	Baldados	Riqueza destruída \$
1830	2.200	970	7.000.000
1840	3.400	1.000	9.000.000
1854	5.700	2.000	11.000.000
1860-63	8.000	2.000	12.000.000
1876-77	10.000	3.700	20.000.000
1885	3.000	700	13.000.000
Totales	32.300	10.370	72.000.000

Y comenta el colega —como debía ser— esas cifras “abrumadoras” y que dan motivo para serias consideraciones, *tanto más, dice cuanto que en la citada*

estadística están únicamente apreciadas las guerras generales, cuando ha habido muchas locales, y no menos costosas. (*La Prensa* de Bogotá, octubre 21 de 1891).

Los datos anteriores los tomó *La Prensa* de *El Porvenir*, de Cartagena, cerrando así el circuito del índice confeccionado en Bogotá por "expertos" nuñistas encargados de crearle horror a las guerras civiles por aquellos años de su nueva reelección presidencial. *Los Tiempos*, periódico nacional-reyista de Medellín, en su edición del 17 de marzo de 1896, acoge las anteriores cifras y agrega: "La guerra de 1851... no costó menos de mil hombres entre muertos e inutilizados y dos millones de pesos. La de 1895... costó catorce millones de pesos y tres mil hombres". Apreciadas las guerras regionales, en la misma edición de *Los Tiempos*, se calcula en general su costo "en 30.000 hombres muertos o lesionados" y "en no menos de 100 millones" la riqueza destruída.

Si se tratara aquí de redondear cifras de cálculo sobre el costo en vidas de las guerras civiles colombianas, inclusive las de 1828 y 1899, diríamos que ellas llegan a *cien mil*. Y la "riqueza destruída" posiblemente a quinientos millones de pesos, de la moneda anterior a 1885. Pero no disponemos de estadísticas que puedan decirnos la verdad. Las propias cifras elaboradas por el nuñismo en 1891, y por los nacional-reyistas de 1896, además de su intento de atemorizar el pueblo con el "horror de las guerras civiles" en momentos que podrían aguarles sus planes, desfiguran la visible proporción de las contiendas, haciendo de unas "algo de menos costo", como las de 1840 y 1885, y subiendo, seguramente, la tasa de otras, como las de 1854 y 1895.

Sin embargo, no todo es negativo en la guerra civil revolucionaria de 1899 para el pueblo insumiso de Colombia, puesto que del rechazo y la muerte como respuesta de la dictadura feudal-inquisidora a las justas demandas de los derechos humanos de las fuerzas progresistas, del espíritu de la época, se pasa a los tratados militares y políticos que reconocen, de hecho, a la razón de la rebeldía, y algunas garantías que, de todas maneras, son el resultado de las luchas y sacrificios de las masas y sus caudillos.

Segunda conclusión. Si al salir de la guerra de 1899-1902 miramos hacia atrás, hasta la "horrible noche" de la Colonia, es evidente que hallaremos cambios... Pero en lo esencial, el país sigue siendo la primitiva y raquítica estructura agropecuaria y minera, con pequeños focos comerciales comprimidos por la reducida capacidad de compra de las gentes del pueblo. La producción artesanal, casera y de precarias y poquísimas fábricas de ligera manufactura, ha crecido muy poco durante la república. Las minas, transportes, construcciones y otras actividades que ocupan personal asalariado, crecen tan lenta y trabajosamente que no han logrado servir de marco al desarrollo de núcleos proletarios que puedan ser ya una nueva clase social, en sentido nacional. La crisis económica que se hizo crónica en el último cuarto del siglo XIX, asume proporciones de catástrofe en el cruce al siglo XX. La producción exportable principal empieza a ser el café, con lo cual se canaliza el país hacia las formas del monocultivo que significa la desfiguración estructural de la economía básica de la nación y la dependencia forzosa de los mercados extranjeros que manejan la monoexportación de Colombia en su provecho de dominio económico y político.

Tercera conclusión. Las guerras civiles han polarizado en Colombia los partidos tradicionales en dos campos: el conservatismo aferrado al pasado, al mundo de la Colonia, al feudalismo, al criterio teológico, jerárquico, dictatorial de gobierno *sin influencia de masas*. Y el liberalismo, que sin destruir el pasado pretende y en ocasiones lucha por reformas propias de la sociedad civil, por el Estado de derecho y el gobierno representativo... Las guerras civiles han revelado y definido en el campo liberal dos tendencias que se acercan cuando el partido llega al poder, y que se distancian en él y luego en la *oposición*, cuando ésta ha tenido alguna actividad real en *el pueblo*. Lo que ha caracterizado a estas tendencias, en sus zonas más radicalizadas, principalmente: la civilista, radical-teorizante que vive en razón de grupos y opera —cuando lo hace— en combinaciones, compromisos y maniobras, “ignora” los problemas del pueblo llano... y la progresista que se apoya —o que se apoyaba— en los amplios sectores inconformes de la población que siempre han querido y quieren luchar contra la opresión, la explotación y la miseria. Es evidente que tampoco el conservatismo ha sido un todo homogéneo. Pero sus divisiones no han tenido, en el siglo XIX ninguna relación con “sus” masas ni se han configurado como tendencias. Aparte de sus frecuentes divisiones electorales, sin principio, sin doctrina, ni programa, surgen en sus jefes y comandos divergencias de criterio en relación con los métodos de retener un gobierno de minorías. En el zarandeo de estas divergencias, algunos jefes hacen gala de su espíritu republicano y democrático, sobre todo si

se hallan fuera de la camarilla oficial. Pero, en lo general, esos jefes conservadores "liberalizados" se convierten en perfectos inquisidores cuando les toca el turno.

Cuarta conclusión. Se ha dicho —para desacreditar la tendencia liberal progresista— que los caudillos de las guerras civiles han sido personajes semi-bárbaros, orleados en sangrientas hazañas de factura primitiva. Pero esto no es verdad. Los exponentes populares de las guerras en Colombia, han sido en lo general, excelentes varones que adquirieron o completaron amplia cultura en las campañas, como los Generales José María Obando y José Hilario López, o que llevaron a los campamentos títulos académicos (exactamente como acaeció en la guerra de la Independencia Nacional). A las guerras civiles fueron médicos, abogados, ingenieros, profesores universitarios, pedagogos normalistas, literatos, periodistas, parlamentarios, hacendistas: gentes, en fin, conocidas en diversos campos del saber. Entre otros muchísimos militares liberales con títulos profesionales, damos los siguientes, partiendo solo de la guerra de 1876: Julián Trujillo, Santos Acosta, Sergio Camargo, Eliseo Payán, Santos Gutiérrez, Paulo E. Villar, José María Ruiz, Francisco Gómez Pinzón, Rafael Uribe Uribe, Marco J. Serrano, Miguel Larrocha, Efraín Mejía, Lucas Caballero, Nemesio Camacho, Arturo Carreño... Algunos de ellos educados en Europa, y casi todos con bienes de fortuna. Lo que sucede, en este particular, es que hay escritores reaccionarios o frívolos que toman casos aislados de "generales espontáneos" a quienes ridiculizan a su antojo, y luego hacen de ellos el tipo standard de los caudillos guerreros.

Quinta conclusión. En el presente volumen hemos mencionado, sin plan biográfico alguno, a figuras estelares de nuestra Gran Guerra de Independencia Nacional, porque nos era necesario al enfocar los procesos en que fueron actores. Nuestro juicio sobre tan eminentes figuras, resulta, sin embargo del papel que jugaron en el panorama de los hechos, y que reducido a síntesis, hemos escrito. Con todo, retrotraemos aquí el enfoque de dos personalidades que son todavía las "fuentes" de inspiración ideológica que saturan la vida de los partidos tradicionales de Colombia: *Bolívar* y *Santander*. El odio de los conservadores ultramontanos a Santander, no es al Santander del fusilamiento de Barreiro y demás realistas prisioneros en Boyacá, ni de la muerte de Infante. Ese odio nace cuando Santander se opone a los planes dictatoriales del Libertador Bolívar: crece cuando Santander no delata, cual villano, a sus amigos conspiradores del 25 de septiembre de 1828; culmina cuando reprime el cuartelazo reaccionario de Sardá; cuando apoya la candidatura presidencial del General Obando, y cuando trata de obtener una ley de amnistía para los fanáticos de Pasto víctimas de una guerra provocada por la primera hegemonía conservadora. El Bolívar de los pueblos oprimidos de América meridional, el primer Capitán de la epopeya libertadora, termina en 1825. El Bolívar de los conservadores de comando, el jefe del regreso a la feudalidad: dictatorial, pro-monárquico, empieza en 1826... Claro que nosotros, los proletarios de las avanzadas ideológicas, apreciamos a Santander en el plano de su época, en el cauce demo-liberal de los intereses que represen-

taba, en lo que pudiera irradiar como en efecto irradió en el pensamiento de los hombres que lucharon en el siglo XIX y principios del XX contra el conservatismo regresivo.

Sexta conclusión. Las masas trabajadoras inconformes, sacudidas a veces con audacia por sus bizarros caudillos, han ido a las guerras civiles de resistencia en busca de cambios favorables a su situación de opresión, explotación y miseria. Pero en ningún caso por su propia inspiración, iniciativa y dirección. Por razones del insuficiente desarrollo histórico de la sociedad colombiana, no se puede hablar de organismos de masas propios de los trabajadores, ni de acciones independientes de clase... Algunos hechos, todavía vagos pero de todas maneras indicativos de gérmenes proletarios en acción, se suceden en diversos lugares del país, tales como huelgas rudimentarias en los comienzos del Ferrocarril del Pacífico, en 1876; en trabajos del Canal de Panamá, en 1884; en el Tranvía de Bogotá, en 1895, y diferentes actos de rebeldía popular, como el que fue de proporciones en Bogotá, en enero de 1893. Asimismo, hubo un período, cuando eliminadas casi completamente las Sociedades Democráticas —de esencia y beligerancia liberal—, la Regeneración, sus agentes en el seno de las capas artesanales de las principales ciudades, organizan las llamadas Sociedades Filantrópicas, bajo formas de mutuo auxilio pero de contenido esencialmente conservador.

Antes de terminar el siglo XIX, existía en Colombia una ley de ahorros, y si no una legislación sobre habitaciones para familias de trabajadores, sí “una inquietud” que llegó a tomar formas tangibles en al-

gunas ciudades, no como derecho social adquirido, sino como expresión de la "filantropía". Algunos periódicos, sobre todo regionales, se llamaron "obreros" o de modo que significaba "cosa propia" de las masas trabajadoras. Pero en realidad, no eran más que los nombres. De todos modos, lo que dejamos apenas enunciado aquí, lo examinaremos con alguna amplitud en el tercer volumen de la presente obra, cuando tratemos concretamente de la historia del proletariado.

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

I N D I C E

Prólogo	IX
Las luchas populares por las ideas democrático-liberales del siglo XIX	1
I. De la conspiración de Septiembre a la guerra civil de 1840	15
II. Del gobierno de Herrán y la intervención extranjera a la libertad de los esclavos en 1851	51
III. De la oleada reaccionaria en el mundo a la rutina de los gobiernos radicales	81
IV. Una ojeada a la economía y a la cultura del siglo XIX	119
V. De nuevo en el cauce de la lucha de los partidos	147

ESTRELLA ROJA khalil.rojo.col@gmail.com

EDITORIAL MARGEN IZQUIERDO

COLECCION PENSAMIENTO:

1. **China, proceso de la Revolución Cultural**
León Hunza.
2. **Síntesis de Historia Política de Colombia**
Ignacio Torres Giraldo.
3. **Los Inconformes, Volúmenes I y II**
Ignacio Torres Giraldo.

COLECCION BIOGRAFIA:

1. **Esbozo Autobiográfico**
Mao Tse-tung.

En prensa:

Los Inconformes, Volúmenes III, IV y V
Ignacio Torres Giraldo.

Este libro se terminó de imprimir
el día 1º de mayo de 1973, en
las Prensas Editoriales UNINCCA,
en Bogotá, D. E. 1, Cr. 13 N° 24-15.